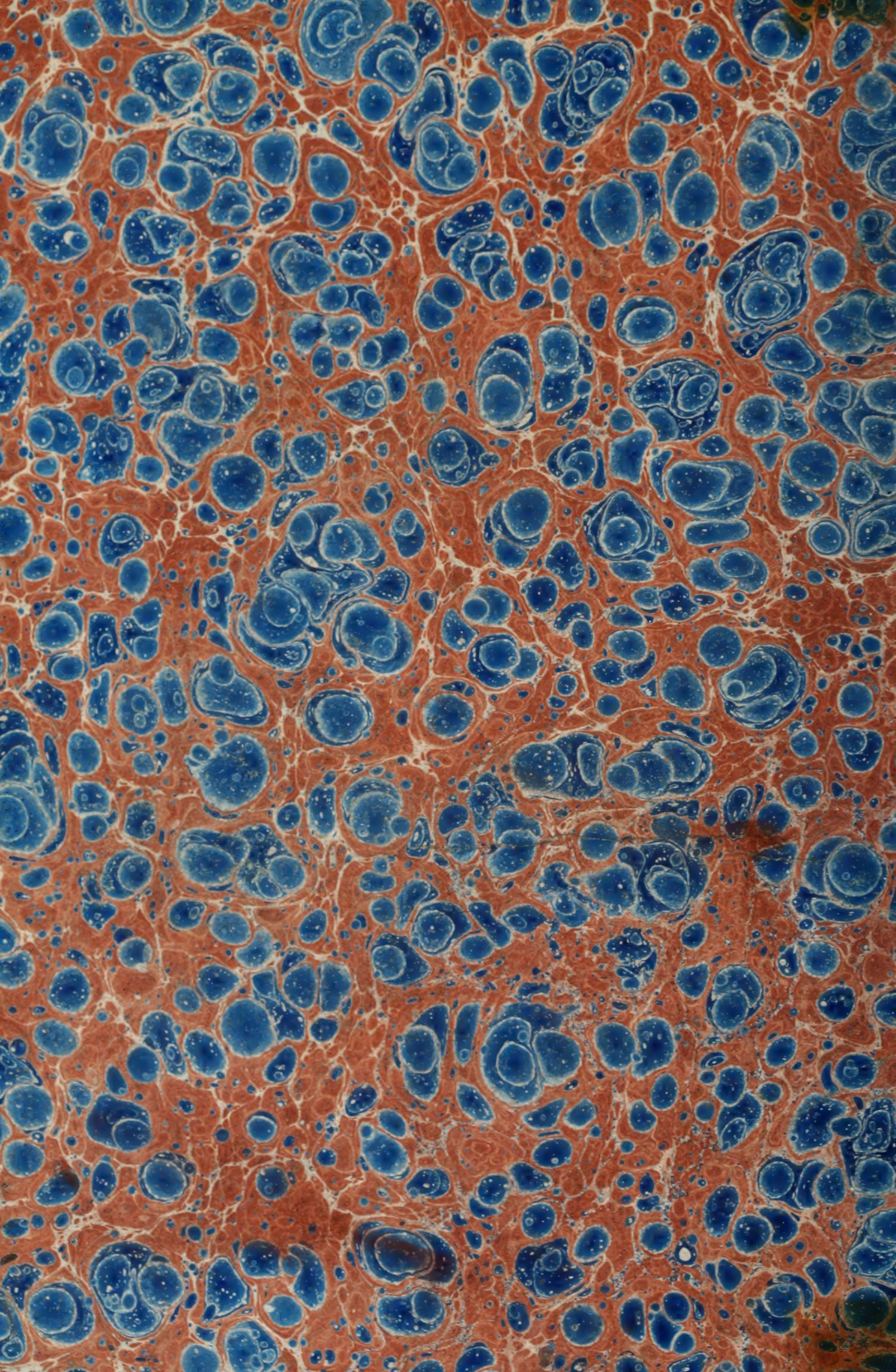
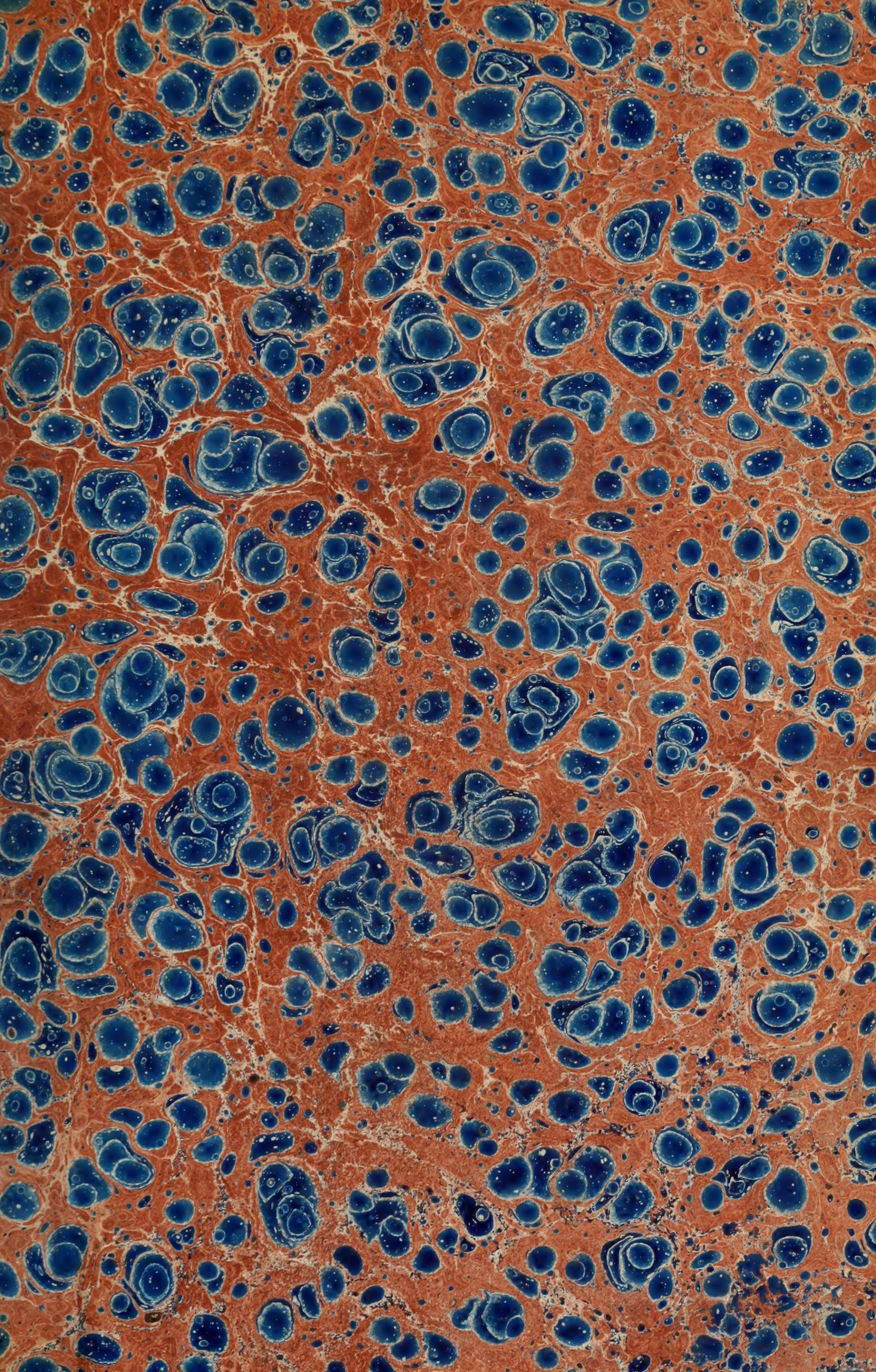







4-4

HISTORIA

DEL REBELION Y CASTIGO

DE LOS MORISCOS

DEL REYNO DE GRANADA,

DIRIGIDA

A DON JUAN DE CARDENAS Y ZUÑIGA,

CONDE DE MIRANDA, MARQUES DE LA BAÑEZA, DEL CONSEJO DE ESTADO DEL REY N. S. Y SU PRESIDENTE EN LOS DOS REALES CONSEJOS DE CASTILLA Y DE ITALIA.

HECHA

POR LUIS DEL MARMOL CARVAJAL,

ANDANTE EN CORTE DE S. M.

SEGUNDA IMPRESION.

TOMO II.



EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE SANCHA
AÑO DE MDCCXCVII.

TABLA

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE este tomo segundo.

LIBRO SEXTO.

 Fran-

LIBRO SEPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

XV.

LIBRO NOVENO.

LIBRO DECIMO.

or-

LIBRO SEXTO

DE LA HISTORIA

DEL REBELION DE LOS MORISCOS

DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO.

Como estando ya reducidos los lugares de la Alpuxarra, Alvaro Flores y Antonio de Avila saquearon á Válor, y se perdieron con la gente que llevaban.

Procuraba el Marques de Mondejar por todas las vias posibles como acabar el negocio de la reducion, y prender, ó matar á Aben Umeya y al Zaguer ; y habiendo errado de prenderlos Gaspar Maldonado, traía espías sobre ellos , especialmente á los Aben Zabas de Válor, que eran sus enemigos. Estando pues con este cuidado, fue avisado como acudian algunas noches á aquel lugar, y que Aben Umeya habia de venir á celebrar una boda á las casas de su padre , donde podria ser con facilidad preso , si á deshora daban sobre él quarenta ó cincuenta hombres de hecho , porque eran pocos los Moros que le acompañaban. Y mandando llamar á Geronímo de Tapia y á Andres Camacho, quadrilleros, hombres del campo , y muy platicos en aquella tierra , les encargó, que con toda diligenciá procurasen hacer aquel efeto con quarenta soldados escogidos de sus quadrillas.

Partieron de Órgiba á veinte y cinco dias del mes de Marzo, y llegando de parte de noche á Válor el alto, dexaron la gente emboscada entre unas matas, y ellos dos solos llegaron á las casas; y hallando las puertas abiertas, entraron dentro, y encendieron lumbre, y anduvieron todos los aposentos, y no hallando gente, ni señal de haber morado alli nadie muchos dias habia, tornaron á salirse, y se fueron hácia donde habian dexado los soldados. En el camino oyeron ruido en Válor el baxo, y sintiendo cruxidos de ballestas, y estando escuchando, vieron salir de las casas un Moro con dos bagages menores cargados; y aguardandole en un paso del camino, salieron á él, y le prendieron, para saber qué gente era aquella que tiraba con las ballestas: el qual les dixo, como Aben Umeya quedaba dentro del lugar en casa de un Morisco su amigo haciendo la zambra de una boda, y que estaban con él muchos ballesteros y escopeteros, monfis y gandules, y otros que le habian ido á buscar despues de la entrada de Laróles. Con esta nueva se volvieron los quadrilleros, no se atreviendo á entrar en el lugar con tan poca gente, porque estaba muy poblado, á causa de haberse reducido en él los vecinos del lugar alto y de otras partes. Y llegados á Órgiba, informaron al Marques de Mondejar de todo lo que el Moro les habia dicho. Y preguntandoles, qué gente bastaria para cercar el lugar, y hacer el efeto que se pretendia? le dixeron, que quatrocientos hombres seria numero suficiente para ello. Aquella noche vino Alvaro Flores de fuera, y el Marques les mandó á él y al capitan Antonio de Avila, vecino de Madrid, que con seiscientos arcabuceros escogidos de todas las compañias, llevando consigo los dos quadri-

drilleros, fuesen á Válor el baxo; y cercando de parte de noche el lugar, de manera que no fuesen sentidos, avisasen á qualquiera de los Aben Zabas, para que les mostrasen las casas donde podia estar Aben Umeya; y cercandolos á un tiempo, trabajasen por prenderle, ó matarle: y no le hallando, se informasen, si habia estado alli aquellos dias, y donde se habia recogido. Tambien se entendió, que mandó á Alvaro Flores, que pidiese á los regidores le entregasen las Moriscas de su Magestad, que se les habian dado en deposito en Jubíles, y que las llevase á Órgiba, donde se recogian las demas. Con esta orden salieron los capitanes del campo miercoles treinta dias del mes de Marzo, y al pasar de la puente, que está junto al lugar de Albacete, hicieron su reseña, y hallaron que llevaban seiscientos y cincuenta hombres, sin otros que los siguieron despues sin orden, entendiendo que iban á hacer algun buen efeto, y algunos aventureros, que llevaban cantidad de dineros para emplear en esclavas, ropa y joyas, porque en semejantes jornadas que estas siempre tenian los soldados aprovechamiento de buena ó de mala guerra; y hallando al pie de la obra quien se lo comprase, lo daba por poco dinero. Juntandose pues al pie de ochocientos hombres, caminaron todo aquel dia hácia la mar, dexando á Válor á la mano izquierda por desmentir las espías. Otro dia encontraron quarenta soldados del presidio de Motril, que estaban en una rambla bien descuidados, esperando que llegasen otros compañeros para ir á saquear un lugar; y llevandoselos consigo, prosiguieron su camino, dando vueltas á una parte y á otra. Y el viernes bien de mañana vieron baxar por un cerro abaxo otros cincuenta soldados huyendo, y muchos

Moros que los venian siguiendo dando grandes alaridos. Estos eran de Adra, y habian salido mas de ciento juntos, y repartidos en dos quadrillas, para saquear á un tiempo los lugares de Murtas y Turón. En Turón se habian defendido los Moros, y muerto once de ellos; y en Murtas se habian aposentado la noche en la iglesia, y los vecinos les habian dado de cenar y de almorzar á la mañana; y á la partida en pago del hospedage les habian saqueado las casas, y cargados del despojo iban huyendo, y los Moros tras de ellos dando voces; y si no acertára á llegar nuestra gente, los degolláran á todos. Recogiendolos pues los capitanes con la otra gente, fueron haciendo un gran rodeo hasta Válor, donde llegaron sabado en la noche á dos dias del mes de Abril: y antes de llegar al lugar, repartieron la gente en dos partes, para poderlo cercar á un tiempo. Antonio de Avila y Geronimo de Tapia tomaron la ladera por una vereda que iba derecha á las casas, y Alvaro Flores y Camacho fueron por un barranco, que se habia de pasar para tomar lo alto á la parte de la sierra. Habian de llegar todos á un tiempo: y como Alvaro Flores tenia mas camino que andar, y mas impedimento, por ser el barranco grande y hondo, llegó Antonio de Avila á su puesto primero que él. Los Moros tenian su cuerpo de guardia en el camino junto á una cruz, por temor de los soldados que andaban haciendo daño; y adelantandose Geronimo de Tapia, llegó á ellos, y les dixo, que no se alborotasen, porque eran soldados de Alvaro Flores, que andaban visitando la tierra; y conociendole uno de los Aben Zabas, que estaba con ellos, se fue para él, y le abrazó, y le rogó, que entretuviese la gente mientras iba á verse con Alvaro Flores, porque ya te-

tenia aviso de lo que iban á hacer. Sucedió pues, que yendo Aben Zaba el barranco arriba por defuera de las casas en busca de Alvaro Flores, llamandole por su nombre, y con la salvaguardia que tenia del Marques de Mondejar en la mano, como hacia luna, y se devisaba el vulto desde lejos, un soldado le tiró un arcabuzazo, y no le errando, le derribó muerto en tierra. Los Moros que iban con él dieron luego voces, y los Christianos tocaron arma; y dando los de Antonio de Avila en los que estaban de guardia en la cruz, los unos y los otros entraron de tropel en el lugar, y matando quantos Moros les venian por delante, saquearon las casas, captivaron las mugeres; y como si fueran muy de proposito á hacer aquel efeto, recogieron la presa en la iglesia. No era bien amanecido, quando los Moros, que habian podido huir de los soldados, comenzaron á echar ahumadas por la tierra, y los dos quadrilleros como hombres praticos dixeron á los capitanes, que de su consejo dexasen la presa y se recogiesen con tiempo, porque tenian ocho leguas de camino aspero y fragoso hasta llegar á Órgiba, y si cargaban enemigos, correrian riesgo de perderse. Alvaro Flores quisiera tomar su consejo; mas Antonio de Avila burló de él, diciendo, que con la gente que alli tenia atravesaria toda Africa, llevando mayor presa que aquella. Con este no menos cudicioso que soberbio parecer se conformaron todos los soldados y aventureros, y sacando las Moras de la iglesia, siendo ya alto el dia, hicieron dos esquadrones, con el uno tomó la vanguardia Alvaro Flores, y el otro quedó de retaguardia á orden de Antonio de Avila; y metiendo las Moras en medio, que pasaban de mil y doscientas almas, con algunas mangas
de

de arcabuceros á los lados, mientras marchaban los unos y los otros, Antonio de Avila con doscientos y cincuenta soldados hizo alto junto á las casas, por si los enemigos, que ya acudian dando alaridos por aquellas laderas, quisiesen hacer algun acometimiento á la baxada de una loma, por donde necesariamente habia de ir la gente á dar al camino real. A este tiempo los Moros, despojados de sus mugeres y hijos, y de sus haciendas, conociendo haber sido desorden la que se habia hecho, enviaron dos hombres delante, que dixesen á los capitanes, que mirasen que tenian salvaguardia del Marques de Mondejar, y estaban reducidos, y que no habia causa por donde hacerles tanto mal: que si habia sido inadvertencia de algunos soldados, lo pasado fuese pasado, y les dexasen sus mugeres y hijos, porque ellos querian paz y quietud en sus casas, y de lo contrario tomaban á Dios por testigo. A los quales respondió Antonio de Avila con palabras injuriosas, llamandolos de perros traydores á Dios y al Rey, que teniendo al tirano en sus casas, le habian avisado para que se fuese; y les mandó tirar de arcabuzazos. Viendo esto los Moros, acudieron como quinientos, la mayor parte desarmados, y acometieron como hombres desesperados á los doscientos y cincuenta soldados al tiempo que iban baxando la cuesta de la ladera, y desbaratandolos, mataron á Antonio de Avila y mas de treinta de ellos: los otros dieron todos á huir vilmente hácia el esquadron. Estaban todos los reducidos alterados por los daños que la gente desmandada les hacia desde la entrada de Laróles, y quando corrió la fama por los lugares convecinos de lo que habian hecho en Válor, y como se llevaban todas las mugeres captivas, no se mostraron nada pe-

perezosos en acudir á las ahumadas, y executando animosamente, por donde veían mejor entrada, en los desordenados soldados, que á un tiempo les faltó consejo, disciplina y animo; como iban caminando, les salian de través por los pasos y veredas que sabian, y los herian y mataban á su salvo. Un golpe de Moros cortó por medio de los esquadrones, donde iban las mugeres captivas, y matando mas de cincuenta soldados, les quitaron mas de trescientas de ellas, y se las llevaron. Tras de estos entraron otros y otros, hasta que no dexaron ninguna, yendose peleando tan flojamente de nuestra parte, que parecia ira del cielo la que perseguia aquellos cudiciosos soldados. Caminando pues quanto podian, llegó la vanguardia á un angostura que se hace entre dos sierras, donde forzosamente habian de pasar desordenados; y dexando de tomar las cordilleras altas como gente de disciplina, se metieron por un valle angosto y hondo, donde apenas podian ir apareados: y como los delanteros se diesen priesa á caminar, por salir del mal paso, dexando á los traseros en el peligro, hicieron un hilo tan largo, que tuvieron lugar los Moros de atajarlos: y entrandoles por muchas partes, los acabaron de romper, matando al capitan Arrieta, que animosamente habia resistido gran rato, haciendo algunas vueltas sobre los enemigos. Mientras la gente se alargaba, el capitan Alvaro Flores, y Camacho trabajaron su posible por detener los soldados que huían; y viendo que el trabajo era en vano, porque los Moros crecian, y los Christianos desmayaban cada hora mas, acordaron de ponerse en cobro embreñandose por aquellas sierras hácia la parte que la fortuna los echase, y para ir mas ligeros, fueron dexando las armas y los vestidos. Camacho se sal-

salvó, y Alvaro Flores, faltandole el aliento, se arrimó á una peña, y alli le alcanzaron los enemigos, y le mataron. Este fue un infelice suceso, con que los Moros tomaron animo, porque se perdieron aquel dia al pie de mil Christianos, y mucha cantidad de armas y de dineros que llevaban, con que se satisficieron bien del daño recebido en Laróles. Y verdaderamente pareció ser juicio de Dios, porque debiendo bastar un soldado para diez Moros viles y desarmados, hubo Moro que mató diez Christianos, hallandolos tan cargados de miedo y de cudicia juntamente, que aun en la presencia del peligro no querian soltar la presa que llevaban en las manos. Sesenta soldados se apartaron por un valle abaxo, y fueron á parar á la villa de Adra, porque tuvieron buena guia. Otros cincuenta se hicieron fuertes en la torre de una iglesia, y alli los cercaron los Moros, y los quemaron vivos: pocos fueron los que pudieron escapar con los quadrilleros por la sierra, los otros todos perecieron. Acabado de seguir el alcance, que duró mas de quatro leguas, porque como llegaban en parage de los lugares cansados y fatigados de sed, salian de refresco los moradores de ellos, y los iban degollando. Luego se retiraron los de Válor, y enviaron un hombre al Marques de Mondejar, descargandose de la culpa que se les podria imputar, y cargando á los capitanes, diciendo, que estaban prestos de entregar luego las armas que habian tomado á los Christianos, porque no deseaban mas que quietud. El qual quiso oirlos, y admitir su descargo; mas fue tanta la indignacion de todos los del campo chicos y grandes, que no hubo razon que bastase para aplacarlos, diciendo, que quanto trataban era engaño y maldad, y que el Marques de Mon-
de-

dejar se dexaba engañar de aquellos hereges, que tenia como por vasallos; y no faltaron personas particulares que ocurrieron á su Magestad con memoriales de quejas, tomando por ocasion esta gran perdida.

CAPITULO II.

Como los Moros de Turón mataron al capitan Diego Gasca, y sus soldados saquearon el lugar.

Dos dias despues de esto el capitan Diego Gasca, quiriendo tomar satisfacion de los de Turón, por los once soldados que le habian muerto, inducido á ello de algunos vecinos que solian ser de aquel lugar, amaneció sobre él una mañana con la gente de á pie y de á caballo de Adra, y le cercó. El alguacil y los regidores salieron luego á mostrarle la salvaguardia que tenian, y le dixeron: "Que los de aquel pueblo habian sido leales al servicio de Dios y de su Magestad, y puesto en libertad á los Christianos que moraban entre ellos, y no habian consentido quemar la iglesia; y quando habian podido, habian acudido á reducirse, porque antes no lo habian osado hacer por miedo de los monfis. Y que le pedian por merced los favoreciese y amparase, y no diese lugar á que se les hiciese agravio, como lo habian querido hacer ciertos soldados desmandados, que los dias pasados habian estado alli, y queridoles saquear las casas." Diego Gasca les respondió, que no iba á hacerles daño, sino á buscar las armas que tenian escondidas, y las que habian quitado á los Christianos que habian muerto, y á prender á los matadores, para que fuesen castigados por justicia. Y entrando en el pueblo,

sin embargo de los requerimientos que los reducidos le hacian con la salvaguardia que tenian, comenzaron á desmandarse los soldados por las casas, buscando lo que convenia para su aprovechamiento. Y como Diego Gasca entrase en un zofi baxo, donde estaban escondidos unos Moros sospechosos, uno de ellos se le descomidió de palabras, diciendo, que lo que hacia, no era buscar malhechores, sino robar las gentes. Y como él le quisiese dar de moxicones, sacando el Moro un puñal, que tenia escondido, se lo escondió en el cuerpo. Los soldados que se hallaron presentes mataron luego al matador, y á los que con él estaban; y se ayraron tanto, viendo el desdichado suceso de su capitan, que sin otra consideracion tocaron arma á gran priesa, y dando igualmente en los vecinos armados y desarmados, mataron ciento y veinte de ellos, y robaron el lugar, captivaron todas las mugeres y niños, y dexando ardiendo las casas, volvieron á su alojamiento, y repartieron la presa, como si hubieran llevado orden particular para aquel efeto, que todo lo disimuló la muerte de su capitan. Era Diego Gasca mancebo animoso, y habia desbaratado tres veces á Aben Umeya yendo sobre Adra, estando él dentro. La primera vez á ocho dias del mes de Enero del año de mil quinientos sesenta y nueve: en la qual, llevando el Moro ocho mil hombres, y hallandose él con sesenta caballos y trescientos infantes, le desbarató, y mató doscientos Moros. La segunda á veinte y quatro del dicho mes, que volviendo otra vez sobre aquel presidio, tambien le rompió, y le mató otros doscientos y veinte Moros. Y la tercera y ultima, quando llevandole el ganado de Adra, salió á él, y se lo quitó, y hizo retirar con daño. Y asi por estas vitorias, como

mo por otras entradas que habia hecho la tierra adentro con felices sucesos, estaba bien quisto de la gente de guerra; y sintieron mucho su muerte, especialmente sus soldados, á quien procuraba siempre aprovechar quanto podia, cosa con que mucho se gana la benevolencia.

CAPITULO III.

De otras desordenes que la gente desmandada hizo estos dias en los lugares reducidos.

En este mesmo tiempo los soldados que habian ido con el beneficiado Torrijos á reducir los lugares de la sierra de Filábres, enfadados de ver tanta paz, le dexaron ir; y desmandandose doscientos y cincuenta de ellos, quando hubieron andado rescatando los pueblos, llegaron al lugar de Bayarca, y le saquearon, para salirse por aquella parte de la Alpuxarra; mas los Moros de la comarca se juntaron y dieron en ellos, y los degollaron á todos, el mesmo dia que sucedió lo de Turón. Salió tambien estos dias del campo del Marques de los Velez una compañia de infanteria de los de Lorca, que anduvo por las taas de Verja y Dalías robando todos aquellos lugares, y llegando hasta Picena, donde estaban dos soldados de guardia, que habia dado el Marques de Mondejar á los vecinos, para que si acudiese alguna gente desmandada mostrasen la salvaguardia, y no dexasen hacerles daño, aunque salieron á recebirlos con el alguacil del lugar, y se la mostraron, como sino fueran obligados á guardarla, por no ser del Marques de los Velez, entraron ayradamente en las casas, y las saquearon, y captivaron mil y quinientas almas entre muge-

geres y niños, y mataron el uno de los dos soldados porque se lo reprehendia, y mas de treinta Moros de los reducidos. Los otros, que eran muchos, huyeron á las sierras, y juntando mas gente de los lugares comarcanos, les salieron al camino; y con la ocasion de una niebla muy espesa, y de una aguanieve que se les ofreció favorable, los acometieron por diferentes partes dando grandes alaridos; y como los soldados no se pudiesen aprovechar de sus arcabuces, porque á unos se les apagaron las mechas que llevaban encendidas, y á otros en descubriendo la cazoleta del fogon se les mojaba el polvorin, yendo asimesmo embarazados con una presa tan grande de gente, ganados y bagages, tuvieron lugar los Moros de entrarles, y desbaratandolos, los degollaron á todos, y les tomaron mucha cantidad de arcabuces, ballestas y espadas, con que se acabaron de armar los que no lo estaban. Con esta vitoria, y con la presa que cobraron, volvieron los Moros á sus lugares menos contentos de lo que lo suelen estar los vencedores, porque los hombres de buen entendimiento veían que era dar espuelas á su destruicion. No sucedió ansi á Don Diego Ramirez de Haro, alcayde de la fortaleza de Salobreña, que yendo á Mulvizar, lugar de aquella jurisdicion, donde se habian recogido muchos de los reducidos, y con ellos otros Moros de guerra, hallandolos cortando cañas dulces á jornal en unas hazas, los prendió á todos; y pasando al lugar, lo saqueó, y traxo captivas las mugeres, sin hallar quien le hiciese resistencia á la ida ni á la vuelta. Esta presa partieron entre Don Sancho de Leyva y él, porque iba gente de mar y de tierra. Los Moros se llevó Don Sancho para las galeras, y las Moras fueron vendidas por esclavas.

No

No menos que esto hacian los capitanes y soldados de los presidios hácia la parte que les tocaba con pequeñas ocasiones, buscando sus aprovechamientos entre paz y guerra, antes que la tierra se acabase de allanar.

CAPITULO IV.

Como los Moros de la Alpuxarra se tornaron á levantar, y juntandose con Aben Umeya renovaron la guerra: y de algunas provisiones que su Magestad hizo estos dias.

Estas desordenes, y otras muchas que sucedieron, estandose todavia el Marques de Mondejar en Órgiba, esperando que Don Juan de Austria partiese de la corte, fueron causa que los ya rendidos pueblos se alterasen de nuevo, dando credito á los sediciosos, que les reprehendian haberse fiado tan de ligero, y rendido las armas y las banderas, como si la hambre y la necesidad, que es la que suele rendir los lugares fuertes, no los hubiera combatido y doblado. "Cruel condicion, decian, es la de nuestros enemigos para ponernos en sus manos, teniendolos tan ofendidos. Apresuremos el paso, y tomemos la delantera con varoniles animos á una honrosa muerte, defendiendo nuestras mugeres y hijos, y haciendo lo que somos obligados por salvar las vidas y las honras, que naturaleza nos obliga á defender." Estas y otras muchas razones, que decian á la gente rustica, acrecentaron los enemigos animos, y dieron nuevas fuerzas á Aben Umeya. Y quando pensabamos tenerle ya vencido y deshecho, tornó á renovar la guerra con mayor confianza, viendose rodeado de mucha gente, que de todas

das partes le acudia, armados de las armas que quitaban juntamente con las vidas á nuestros cudiciosos soldados. Hizose poderoso para entre aquellas sierras brevemente, y poniendo su animo en defender la Alpuxarra, y en levantar los otros lugares, que hasta entonces no se habian levantado, con vana hinchazon imaginaba como poder ofender á Granada y á las otras ciudades de aquel reyno; mas la fortuna de su acelerada muerte le entregará presto á las tinieblas, y la guerra tomará castigo de los que la despertaron, haciendoles pagar con las gargantas los alborotos y las muertes que hicieren en ella. Quando ya su Magestad fue bien informado de tantas desordenes, de los daños que los rebeldes habian hecho, y de los males que habia en aquel reyno, apresurando la partida de Don Juan de Austria, en que parecia consistir el remedio, mandó proveer dineros, bastimentos y municiones, no de otra manera, que si hubiera de ir su Real persona á dar fin á la guerra. Avisó á las ciudades y señores para que le obedeciesen y guardasen sus ordenes, mandandoles, que rehiciesen sus compañias de gente, porque estaban ya casi deshechas; y á los que no las habian enviado, que las enviasen. Y asi envió luego á Granada la ciudad de Sevilla los dos mil infantes con que se habia ofrecido á servir en esta guerra á su costa, y doscientos caballos. Capitanes de la infanteria fueron Don Pedro de Pineda, escribano mayor del cabildo, Don Alonso de Arellano, Don Pedro Niño, Alonso Ochoa de Ribera, Pedro de Vergara, Diego Ortiz Melgarejo, y el jurado Alonso de Arauz; y de la caballeria Don Juan de Velasco, hijo del Conde de Nieva, y Don Joan Portocarrero. Y lo mismo hicieron las otras ciudades y villas de la Andalucía, que

no

no habian acudido. Era grande el contento de los soldados enemigos de la paz , pareciendoles que resucitaba la guerra , y viendo que con estas nuevas, apenas habia ya quien osase mentar la reducion. Juzgaban que la ida de Don Juan de Austria á Granada era dar fin de la nacion Morisca, por las nuevas muertes de aquellos soldados, y que para este efeto se habia mandado al Marques de Mondejar que saliese de la Alpuxarra. Por otro cabo los Moriscos de Granada mostraban haber perdido mucha parte del temor , creyendo que con su presencia serian desagraviados , y ternian fin sus trabajos , teniendo seguridad en las vidas y en las haciendas : porque no osaban salir á labrar los campos , ni á trabajar en sus oficios , por miedo que no los matasen , ó por no dexar sus mugeres y hijas solas , y las casas llenas de guespedes. No menos conformes que esto estaban los animos de los unos y de los otros en Granada , esperando que Don Juan de Austria viniese , quando el Marques de Mondejar , avisado como habia salido de Madrid, partió del alojamiento de Órgiba á ocho dias del mes de Abril , dexando en él á Don Juan de Mendoza Sarmiento con dos mil infantes y cien caballos ; y con toda la otra gente entró en la ciudad la vispera de pasqua de resurreccion , acompañado de muchos caballeros y ciudadanos nobles que le salieron á recebir. Metió la caballeria delante con las banderas que habia ganado á los Moros , arrastrandolas por el suelo. Luego iban los bagages cargados de las armas que le habian rendido. Tras de estos iba su persona rodeada de los alabarderos de su guardia ordinaria , y de retaguardia toda la infanteria puesta en sus ordenanzas. Entrada cierto de mucho regocijo , si la demasiada alegria de algunos no desper-

pertára el dolor en los corazones lastimados de los que habian perdido sus padres, maridos, hijos y hermanos, y los encendiera en mayor ira: porque se les representaba que los rebeldes quedarian sin castigo, y que el capitan general era autor de que fuesen perdonados. Salido el Marques de Mondejar de la Alpuxarra, Aben Umeya tuvo lugar de extenderse por ella á su voluntad; y perdiendo la vergüenza á toda crueldad: porque no le quedase á quien temer, hizo morir muchos hombres principales, alguaciles y regidores de los que se habian reducido, diciendo, que por haberlo hecho sin autoridad suya. Y enviando sus mensageros á Berbería, á que publicasen de nuevo vitorias y grandes muertes de Christianos, movió los animos de muchos hombres inquietos, que hasta alli no se habian determinado, teniendo por cosa de ayre el rebelion, para que le viniesen á socorrer, unos con sus personas y baxeles, y otros con armas y municiones por sus dineros.

CAPITULO V.

Del recebimiento que se le hizo á Don Juan de Austria, quando entró en Granada.

A seis dias del mes de Abril partió Don Juan de Austria de los jardines de Aranjuez, donde habia ido á besar las manos á su Magestad, y á despedirse para proseguir su camino, llevando consigo á Luis Quixada. Y tomando postas por jornadas moderadas, llegó en seis dias á la villa de Hiználeuz, que está cinco leguas de Granada. Alborotóse la ciudad con regocijo, quando supo su llegada, y que habia de entrar otro dia siguiente, deseo-

seosos todos de festejar un principe hermano de su Rey y señor natural, que tan de corazon amaban. El Marques de Mondejar salió el mesmo dia con la compañia de caballos de Juan de Carvajal, y algunos capitanes entretenidos y caballeros, deudos y amigos suyos, y estuvo con él en Hiználeuz aquella noche; y otro dia de mañana, viniendo juntos la vuelta de Granada, se adelantó para dar lugar á los otros recibimientos que se habian de hacer, y se subió á la fortaleza de la Alhambra. El Conde de Tendilla fue el primero que salió á recibir á Don Juan de Austria con doscientos ginetes muy bien aderezados, ciento de la compañia de Tello Gonzalez de Aguilar, y ciento de la suya, cuyo teniente era Gonzalo Chacon. Estos iban todos vestidos á la morisca, y los otros con ropetas de raso y de tafetan carmesí á nuestra usanza: y los unos y los otros bien armados de corazas, capacetes, adargas y lanzas, de manera que entre gala y guerra hacian hermosa y agradable vista. Llegó hasta el lugar de Albolote, legua y media de la ciudad; y hecho su cumplimiento, se volvió para dar tambien lugar á otros caballeros y señores, que iban al mesmo efeto. Ya el Presidente tenia orden de su Magestad de la que se habia de tener en el recibimiento de su hermano, que era, que saliesen con él solos quatro oidores y los alcaldes del crimen, y con el corregidor quatro veintiquatros y sus tenientes, y con el Arzobispo quatro personages del cabildo, los que él señalase. Y como supo que venia ya cerca, salió á juntarse con el Arzobispo en una encrucijada que se hace á la entrada de la calle Elvira, junto al pilar del toto; y tomando el Arzobispo la mano izquierda, salieron al hospital Real, y pasaron un tiro de ballesta mas adelan-

te hasta el arroyo de Béyro, donde se habia de hacer el recebimiento. Llegando Don Juan de Austria á un mesmo tiempo, se adelantó el Presidente el primero, quando le vio venir cerca, y llegó humilmente á hacer su cumplimiento: el qual lo recibió muy bien, y con el sombrero en la mano, y le tuvo un rato abrazado. Y apartandose á un lado, llegó el Arzobispo, y hizo lo mismo con él; y luego llegaron por su antigüedad los oidores y alcaldes, y las dignidades de la iglesia, y el corregidor y los veintiquatros, por esta orden; y á la postre los caballeros y ciudadanos particulares. Y el Presidente le decia quien era cada uno; y él los recebia con tanto amor, que todos quedaban satisfechos. Acabado este recibimiento, el Conde de Miranda, que venia al lado de Don Juan de Austria, se adelanto: y el Presidente y el Arzobispo le tomaron en medio, yendo el Presidente á la mano derecha. De esta manera caminaron á la ciudad con increible concurso de gente, que cubria todos aquellos campos. Estaba hecho un esquadron de toda la infanteria en el llano de Béyro; y en llegando á emparejar con las primeras hileras, comenzó la arcabuceria á disparar por su orden, y tan sin intervalo, que haciendo una hermosisima salva, pareció muy bien, no solo á los que no habian visto otra cosa semejante, mas aun á los soldados praticos que habian sido y muy experimentados en ello. Y el belicoso animo del mancebo, para quien estaba guardado el triunfo de la vitoria naval, no podia apartar los ojos de sobre aquella infanteria, que pasaba el numero de diez mil hombres. No hubo pasado muy adelante, quando le salió otro recebimiento, espectaculo piadoso y digno de compasion, aunque industriosamente hecho para provocarle á ira con-

contra los Moriscos. Salieron mas de quatrocientas mugeres Christianas, de las que habian sido captivas en la Alpuxarra, todas juntas, faltas de atavios y colmadas de tristeza, rociando el suelo con sus lagrimas, y esparciendo por él sus rubios y mesados cabellos; y quando le tuvieron cerca, poniendo algunas de ellas silencio á sus dolorosos llantos, no sin falta de sollozos y gemidos, abrazando consigo su dolor, le dixeron de esta manera: "Justicia, señor, justicia es la que piden estas pobres viudas y guerfanas, que aman el lloro en el lugar de sus maridos y padres: que no sintieron tanto dolor con oir los crueles golpes de las armas con que los hereges los mataban á ellos y á sus hijos, hermanos y parientes, como el que sienten en ver que han de ser perdonados." Y como prosiguiesen en sus quejas, hablando unas y otras tumultuosamente, Don Juan de Austria, enternecido de verlas de aquella manera, les dixo, que callasen, y las consoló con que tuviesen paciencia, y fuesen ciertas, que favoreceria su justicia quanto fuese posible. De alli entró en la ciudad, donde vió menos lastimas, y mas galas y regocijos, porque estaban las ventanas de las calles, por donde habia de pasar, entoldadas de paños de oro y seda, y mucho numero de damas y doncellas nobles en ellas, ricamente ataviadas, que habian acudido de toda la ciudad por verle. El qual pasó mirando á una parte y á otra, no menos hermoso, que bien compuesto, hasta las casas de la audiencia, donde le tenia hecho el Presidente su aposento en unas salas ricamente aderezadas, conforme á quien se habia de hospedar en ellas. Y antes que se apease, se despidieron de él el Arzobispo y el Conde de Tendilla, y el Presidente le acompañó hasta dexarle en su aposento.

CAPITULO VI.

Como los Moriscos del Albaycin diputaron personas que fuesen á besar las manos á Don Juan de Austria, y á darle cuenta de sus trabajos.

Quando pareció á los Moriscos, que Don Juan de Austria habria ya descansado del trabajo del camino, juntandose los mas ricos y principales, diputaron quatro personas entre ellos de los mas ladinos, que con su procurador general fuesen á besarle las manos por toda la nacion, y á darle cuenta de sus trabajos. Los quales fueron á su posada, y despues de haberle hecho humilde reverencia, el procurador general habló de esta manera: "Grande es el contento que todas estas gentes tienen de ver á vuestra excelencia en esta ciudad para el remedio de tantos males como hay en ella, que cierto les representaban su destruicion. Temen que algunos habran desatado las lenguas y dado falsas nuevas de su fidelidad, diciendo, ser autores del mal, ó favorecedores de los malos; mas confian en Dios, y en la bondad y clemencia de su Magestad, que los que hubieren sido leales, serán favorecidos y bien tratados, como es justo sean rigurosamente castigados los que pareciere haber sido culpados en el levantamiento. Quejanse que son molestados por los ministros de las cosas de justicia y de guerra con cohechos: que los soldados les roban sus haciendas, y les deshonran sus casas: y que hasta agora los superiores no han puesto remedio en ello. Y suplican á vuestra excelencia lo mande remediar de manera, que desagraviados de lo pasado, previniendo á lo por ve-

venir, cese el alojamiento de la gente de guerra en sus casas, y tengan libertad de poder ir seguros á sus labores. Bien sabe que en esta ciudad cada uno da fuerza á la ruin opinion, ó la acrecienta de manera, que muchos temen lo que ellos mesmos inventaron; mas asegúralos la presencia de vuestra excelencia, en cuya proteccion y amparo ponen sus vidas, honras y haciendas." Hasta aqui dixo el procurador general. Y Don Juan de Austria, con una serenidad agradable, que Dios puso en su rostro, les respondió estas palabras: "El Rey, mi señor, me mandó venir á este reyno por la quietud y pacificacion de él: sed ciertos que todos los que hubieredes sido leales al servicio de Dios nuestro señor, y de su Magestad, como decis, sereis mirados, favorecidos y honrados, y se os guardarán vuestras libertades y franquezas; pero tambien quiero que sepais, que juntamente con usar de equidad y clemencia con los que lo merecieren, los que no hubieren sido tales serán castigados con grandisimo rigor. Y en quanto á los agravios que vuestro procurador general dice que habeis recibido, darme heis vuestros memoriales, que yo lo mandaré ver y remediar luego; y quieroos advertir, que lo que dixeredes sea con verdad, porque de otra manera, habriades hecho daño á vosotros mesmos." Con esto se despidieron los Moriscos, y Don Juan de Austria nombró luego por asesor y auditor general al licenciado Pedro Lopez de Mesa, alcalde de aquella Real Audiencia, á quien cometió todas las quejas de los Moriscos: y para los bienes confiscados y negocios tocantes á la hacienda de su Magestad, dió comision al licenciado Rodrigo Vazquez de Arce, y al licenciado Montenegro Sarmiento, oidores de ella.

CA-

CAPITULO VII.

Como Don Juan de Austria comenzó á entender en el negocio del rebelion: y las relaciones que el Marques de Mondejar y el Presidente hicieron en el consejo.

Estuvo Don Juan de Austria en Granada esperando á que llegase el Duque de Sesa algunos dias sin hacer consejo, porque, como queda dicho, era uno de los consejeros que habian de asistir cerca de su persona: y en este tiempo visitó el Albaycin y todas las murallas de la ciudad por de dentro y por defuera; ordenó los cuerpos de guardia, las centinelas y rondas en lugares necesarios y convenientes, asi para la guardia y seguridad de la ciudad, como para que los Moriscos no recibiesen daño: lo qual todo se hacia con asistencia del Marques de Mondejar y de Luis Quixada. A veinte y un dias del mes de Abril llegó el Duque de Sesa, y se comenzó á tratar de negocios. Luego el siguiente dia se tomó muestra general para saber el numero de gente de á pie y de á caballo, que habia en la ciudad y en los lugares de la vega, asi de vecinos, como de forasteros. Hecho esto, se juntaron á consejo para tomar resolucion en lo que mas convendria hacer; y porque su Magestad mandaba, que ante todas cosas se viesen las relaciones del Marques de Mondejar y del Presidente, que eran los que mejor podian informar en aquel negocio. El Marques de Mondejar fue el primero que propuso, explicando muy en particular el suceso de toda la guerra, y lo que de su parte habia hecho hasta poner el ne-

negocio en el estado en que estaba, facilitando el efeto de la reducion con la disciplina de la gente de guerra, y loandola por el mas breve y seguro remedio. Decia: "Que la orden y traza que se podria dar para que hubiese brevedad, consistia en uno de tres medios. El primero y principal ponia en que la reducion pasase adelante, pues los lugares de la Alpuxarra todavia lo deseaban y pedian; y que reducidos se diese orden como recogerlos todos en las taas de Verja y Dalías, porque segun estaban obedientes, se podria hacer sin dificultad, y él se proferia á ponerlos alli; y puestos en aquella tierra llana, con tomarles la parte de las sierras con la gente de guerra, teniendo, como tenian, la mar del otro cabo, podria executarse en ellos lo que su Magestad mandase facilmente. El segundo era, no satisfaciendo el primero, que se pusiesen presidios de gente de guerra en los lugares convenientes, como él lo habia pensado hacer, porque los pueblos lo pedian con instancia, y se obligaban á sustentarlos á su costa, para que los defendiesen de los males y daños que la gente desmandada les hacia; y que á la hora que estos presidios estuviesen puestos, con un alguacil se podian enviar á prender los mas culpados, y los que pareciese que merecian algun castigo. Y el tercero, pareciendo que se debia usar de mayor rigor con ellos, seria darle licencia para volver á entrar en la Alpuxarra con mil soldados y doscientos caballos: porque con ellos, y con los que habia dexado en Órgiba, destruiria los panes, y quemaria todos los bastimentos que tenian: lo qual habia dexado de hacer por poderse aprovechar de ello; y que proveyendole á él de los que hubiese menester, de necesidad vendrian á darse las manos atadas." Hasta aqui

aqui dixo el Marques de Mondejar: y Don Juan de Austria, que habia estado atento á lo que decia, volviendose hácia el Presidente, le dixo, que dixese tambien lo que le parecia que se debia hacer, para que aquel negocio se acabase con brevedad. El qual propuso de esta manera: "Aunque su Magestad manda que asista yo aqui al lado de vuestra excelencia, nunca entendí que habia de ser para dar parecer en cosas de guerra, porque ni la he usado, ni las entiendo, y son muy fuera de mi profesion, especialmente estando aqui quien tanbien las entiende, como son el Duque de Sesa, y el Marques de Mondejar y Luis Quixada. Mas pues soy mandado, diré lo que siento, y la experiencia me ha mostrado en estos dias. Dos cosas son, excelente señor, las que á mi parecer se deben hacer, antes que se trate de ningun medio, para que estos negocios tengan buen fin. La una sacar estos Moriscos del Albaycin, y los de las alcarías de la vega y de la sierra, y meterlos la tierra adentro: porque mientras los tuvieremos aqui, no han de dexar de favorecer y ayudar á los alzados con avisos, con armas y con gente, y será dificultoso quererselo estorvar, no se pudiendo poner puertas al campo: y la otra, que para aplacar á Dios nuestro señor de tantos sacrilegios y maldades, como los hereges traydores han hecho, convendrá, que se haga un castigo exemplar, y este será bien se comience por el lugar de las Albuñuelas, donde hay muchos de los que mayores daños han hecho en los templos, menospreciando y destruyendo todas las cosas sagradas, y se han recogido alli so color de que se vienen á reducir; y acogiendolos los vecinos en sus casas con esta disimulacion, para poderlos mejor favorecer, salen juntamente con ellos

á

á saltear y robar á los Christianos por toda la comarca: y de ello tenemos bastante relacion. Estas dos cosas son de mucha importancia, y hechas se podrá tomar resolucion con mas acuerdo en lo que vuestra excelencia viere que conviene al servicio de Dios y de su Magestad." Con esto se acabó el consejo este dia, y en otros que adelante se hicieron, se trató mas largamente del negocio, como se dirá en el siguiente capitulo.

CAPITULO VIII.

De los pareceres que hubo en Granada sobre sacar de alli los Moriscos, y de algunas provisiones que Don Juan de Austria hizo.

Estas dos relaciones, no menos desconformes que lo estaban los que las hacian, tuvieron suspensos á los del consejo muchos dias; y en otros consejos, donde se trató del mesmo negocio, no dexó de haber diversos pareceres y opiniones sobre ello. El Duque de Sesa aprobaba la saca de los Moriscos del Albaycin: dificultabanlo mucho el Arzobispo y Luis Quixada, pareciendoles, que seria imposible echar tanto numero de gente de sus casas, sin que hubiese grandisimo escandalo. Y el Marques de Mondejar lo contradecia diciendo, que cómo se habia de despoblar un reyno como aquel, donde se perderian los frutos de la tierra, que tan apropriada era para aquella nacion acostumbrada á vivir entre sierras, y á sustentarse con muy poco, y tan impropria para los Christianos. Estos dias vino á Granada el licenciado Virviesca de Muñatones, del consejo y camara de su Magestad, para asistir tambien cerca de la per-

persona de Don Juan de Austria: al qual al principio no le parecia buen medio haber de echar los Moriscos de la tierra, por los inconvenientes de adelante; mas despues el Presidente y el licenciado Bohorques le traxeron á su opinion con muchas razones. Y el Marques de Mondejar, viendo que ya su voto era solo, no se apartando del primer parecer, vino á querer lo que todos, porque cierto eran muy grandes los daños que los Moros hacian en este tiempo, saliendo de los lugares que habian sido reducidos; mas era su conformidad de manera, que no contradiciendo, procuraba estorvarlo con grandes inconvenientes. Decia, que no se podia negar, sino que los Moriscos habian cometido atrocisimos delitos, especialmente los que se habian alzado; mas que echar del reyno todos los que habia en él, no lo tenia por seguro; antes entendia que se dexarian hacer todos pedazos primero, que dexar sus casas y recogerse donde se les mandase: que no era bien que dexasen de ser castigados los culpados con rigor; pero que habia muchos entre ellos, que ni habian cometido los delitos que los otros, ni se habian levantado; y muchos lo habian hecho contra su voluntad, siendo forzados á ello por los malos. Y que siendo esto ansi, seria bien tomar uno de los medios que habia dicho, y no usar con estos tales de tanto rigor, ni darles igual pena; y en caso que pareciese al consejo otra cosa, el camino que habia mas breve para acabar con todos, era el postrero que habia propuesto. Y al fin viendo quan mal le acudian á sus pareceres, poniendolos por escrito, los envió á su Magestad con Don Iñigo de Mendoza, su hijo segundo. Sobre esto hubo dares y tomares, y alongamiento de tiempo, en el qual los rebeldes tuvieron lugar

gar de rehacerse, como queda dicho; y añadiendo un daño á otro, se tomó resolucion en que lo que mas convenia, era apretarlos con el rigor de las armas, hasta que viniesen á hacer lo que se les mandase. No se descuidaba Don Juan de Austria en este tiempo, proveyendo en la seguridad de aquel reyno. Y quando tuvo resolucion que la guerra se prosiguiese, aunque la dilacion de ella le habia tenido ocioso, con mucha presteza hizo apercebir todas las cosas necesarias para ella. Solicitó con nuevas ordenes á las ciudades y señores, que servian con gente, que enviasen dineros con que pagar los soldados, porque no se fuesen; y en el entretanto ordenó como fuesen socorridos de hacienda de su Magestad, quiriendo sobrellevar la costa, que los Moriscos del Albaycin y de la vega tenian con ellos. Proveyó de nuevo capitanes que fuesen á levantar infanteria y caballos á sueldo: formó tres tercios, y dióIos á tres capitanes antiguos, para que con cabos tuviesen cargo de ellos. Estos fueron Antonio Moreno, Hernando de Oruña, y Don Francisco de Mendoza, vecino de Alcalá de Henares. Proveyó asi mesmo los presidios: en algunos dexó los capitanes que los tenian, y á otros envió nuevos gobernadores. El partido de Baza cometió á Don Enrique Enriquez; la ciudad de Almería encomendó á Don Garcia de Villa Roel; lo de Salobreña á Don Diego Ramirez de Haro; á Almuñecar envió á Don Lope de Valenzuela, vecino de Baeza, que servia el oficio de comisario general en el Albaycin por el Marques de Mondejar; y lo de Motril dexó á cargo de Don Luis de Valdivia: avisandoles á todos que estuviesen con mucho cuidado, porque se tenia nueva que habian llegado navios de Berberia á la costa de la Alpu-

xarra con gente, armas y municiones en favor de los alzados. Tambien proveyó en las fortalezas y castillos, y en la seguridad de los caminos: porque los Moros con la comodidad del verano, que tan favorable les era para su pretension, salian atrevidamente á llevarse los hombres y los ganados, y á dar en las escoltas que iban al campo del Marques de los Velez, y á Órgiba. En la fortaleza de Calahorra puso al capitan Navas de Puebla, y en la de Fiñana á Juan Perez de Vargas, vecino de Granada; la de Gor encomendó á Don Diego de Castilla, señor de aquel lugar, que moraba en él; en el Padúl puso á Diego Ponce, vecino de Sevilla. La gente de Alhama encomendó al capitan Hernan Carrillo de Cuenca, con orden que hiciese algunas entradas á la parte de las Guájaras para asegurar aquella tierra. A Don Alonso Mexia, veintiquatro de Granada, encargó la gente de las siete villas; y le mandó que se alojase en la villa de Hiználeuz, y asegurase el camino de Granada y de Guadix, donde los Moros baxaban de las sierras á hacer muchos saltos. Y al capitan Don Hernando Alvarez de Bohorques, vecino de Villa Martin, que habia venido á la fama del rebelion desde los primeros con veinte caballos y algunos peones á su costa, y tenía ya cumplida una compañia de doscientos y cincuenta soldados, mandó que se alojase en el lugar de Guevíjar, cerca de la sierra de Cogóllos, y que corriese aquella comarca, y hiciese las entradas que le pareciese á la parte de aquella sierra, por donde salian los Moros de noche á llevarse los ganados de la vega, y á hacer otros daños. Hechas todas estas provisiones y otras muchas que dexamos de decir, se ordenó á Don Francisco de Solís, vecino de Badajoz, que por mandado de su

su Magestad servia el oficio de comisario y proveedor general, y á Francisco de Salablanca, contador general del exercito, que diesen orden en comprar bastimentos, armas y municiones, y todas las otras cosas necesarias para la gente de guerra. Y se mandó pregonar segunda vez, que todos los Moriscos, que se habian venido al Albaycin de las alcarías de la sierra y de la vega, se volviesen luego á sus casas so pena de la vida. Y finalmente se dió orden en todas las cosas necesarias para formar un exercito suficiente con que proseguir la guerra muy de proposito. Y porque los alzados no tuviesen aprovechamiento de los ganados de los Moriscos de paces de los lugares comarcanos á Granada, mandó retirarlos todos á la vega. A esto fueron Don Antonio de Luna y Don Luis de Cordoba, cada uno por su parte. Don Luis de Cordoba retiró los de la sierra de Cogóllos, y envió á Gonzalo Argote de Molina con treinta arcabuceros de á caballo, con que servia á su costa, despues de haber dexado la gente de la milicia en las galeras, como queda dicho, y con otras treinta lanzas, á que retirase los de los lugares de la sierra; y Don Antonio de Luna retiró los de los lugares que caen á la parte del valle de Lecrin. Digamos agora lo que se hacia en este tiempo hácia la parte del Marques de los Velez.

CA-

CAPITULO IX.

Como el Marques de los Velez quiso meter su campo en la Alpuxarra, y hacer un fuerte en el puerto de la Ravaha; y como se le estorvó la entrada, y los Moros desbarataron los soldados que hacian el fuerte.

Habiendo estado el Marques de los Velez en Terque muchos dias, deseoso de hacer algun buen efeto, sin consultar á Don Juan de Austria su desinio, hasta haber movido con su campo de aquel alojamiento, caminó la vuelta de Andarax, enviando delante á Don Juan Enriquez con la relacion del estado de los negocios de la guerra, que su Magestad mandaba que le diese, y con aviso de su partida: y para que las escoltas, que le habian de llevar bastimentos pudiesen pasar con seguridad desde Guadix, envió á Pedro Arias de Avila, corregidor de aquella ciudad, orden que hiciese un fuerte en lo alto del puerto de la Ravaha, adonde pudiesen estar dos compañias de infanteria de presidio, que asegurasen aquel paso. Luego que Don Juan de Austria supo la mudanza del campo, y el desinio que llevaba, con parecer del consejo despachó un correo á diligencia al Marques de los Velez con orden, que donde quiera que le alcanzase hiciese alto, y no pasase adelante, porque asi convenia al servicio de su Magestad: dandole á entender, que si entraba por aquella parte en la Alpuxarra, los enemigos se retirarian á la parte de Órgiba, y darian sobre el campo de Don Juan de Mendoza, que estaba flaco de gente, y podria ser que le desbaratasen; aunque no era esto lo que daba cuidado, sino

no por quitarle aquella entrada, que con autoridad propria queria hacer. Finalmente paró en alcanzando el correo; y dexando el camino que llevaba, se fue á poner en el lugar de Verja, para estar mas cerca de su pretension, so color de dar calor á la ciudad de Almería, y valerse de los panes que habia en aquella taa, y en la de Dalías. Tampoco hubo efeto lo del fuerte, porque habiendo enviado Pedro Arias de Avila al capitan Gonzalo Hernandez, hombre animoso, nacido y criado en Oran, á que le hiciese con tres compañias de infanteria, las dos de gente de Ubeda, cuyos capitanes eran Jorge de Ribera y Arnaldos de Ortega, y la otra de Juan de Benavides, vecino de Guadix; y habiendo comenzado la obra, y hecho algunas paredes baxas á manera de trincheras, donde poderse encubrir la gente, en tres dias del mes de Mayo se juntaron tres capitanes Moros, el Hanon de Guevíjar, el Futey de Lanteyra, y el Zerrea de Zujar; y con poca mas gente que la nuestra acometieron el fuerte á tiempo que los soldados andaban ocupados en dar priesa á la obra. Las centinelas tocaron arma, y dieron aviso como venian Moros; y Gonzalo Hernandez sacó una manga de ciento y cincuenta arcabuceros, y la puso en el cuchillo de la sierra; y dexando orden á las banderas, que se pusiesen en esquadron fuera del fuerte, pasó á reconocer los enemigos con algunos soldados. Venian repartidos, aunque eran pocos, en muchas partes: unos por el camino real, hácia donde iba Gonzalo Hernandez, y otros por veredas que ellos sabian; y acometiendo á un mesmo tiempo á los que estaban con las banderas, dando grandes alaridos, creyeron que era mayor numero de gente. Juan de Benavides quiso que se recogiesen dentro de los viles

les reparos contra la voluntad de algunos soldados viejos, que decian, que en ningun tiempo se habia de mostrar flaqueza al enemigo: y fue asi, que en volviendo la cara y las banderas al fuerte, los Moros fueron tan prestos, que entraron á las vueltas con ellos, y los nuestros se turbaron de manera, que no hubo quien les hiciese rostro. Mataron á Juan de Benavides, y al alferez Pedrosa, que llevaba cargo de la compañia de Arnaldos de Ortega, que estaba enfermo en Guadix; y poniendose los demas en huida, llevaron tras de sí los de la manga, sin que Gonzalo Hernandez los pudiese detener: afrenta grande de nuestra nacion. Los Moros siguieron el alcance, mataron ciento y setenta soldados, ganaron la bandera de Juan de Benavides; las otras dos salvaron con harto trabajo Feliciano Chacon, alferez de Jorge de Ribera, la suya, y un negro libre la de Arnaldos de Ortega, que era abanderado. Gonzalo Hernandez se escapó milagrosamente, como acaece muchas veces huir la muerte de quien menos la teme, porque atravesando por medio de los enemigos, ninguno le pudo ofender. Toda la otra gente llegó á Guadix desarmada, que para aligerar la carga soltaron los arcabuces y las espadas, y aun les pesaban los vestidos. Sabida esta desgracia en Granada, Don Juan de Austria quiso poner persona de su mano en Guadix, pareciendole, que el corregidor pudiera escusar lo que habia hecho, mientras no tenia orden suya: y proveyó por cabo de la gente de guerra de aquel partido al capitan Francisco de Molina, vecino de Ubeda. Y porque no sucediese alguna desgracia á la parte de Órgiba, donde estaba Don Joan de Mendoza Sarmiento, envió á reforzar aquel campo á Don Luis de Cordoba con cantidad de gente
de

de á pie y de á caballo : el qual partió de Granada lunes á trece de Junio, y aquel mismo dia llegó á Órgiba, donde estuvo hasta que se dividió aquel campo, como se dirá en su lugar.

CAPITULO X.

De los apercebimientos y prevenciones que Aben Umeya hacia en este tiempo en la Alpuxarra : y como alzó el lugar de la Peza.

De quanto se hacia en Granada tenia avisos Aben Umeya por Moriscos del Albaycin, que iban cada dia á la Alpuxarra : el qual entendiendo que todo su negocio consistia en apresurar el socorro de Berbería, hacia grandisima diligencia, enviando presentes á los alcaydes y alfaquís, que sabia que eran privados del Xarife Abdala, y de Aluch Alí, gobernador de Argel, para tenerlos gratos, y que les persuadiesen á ello. Y aunque el socorro no venia, ni aun creo que les pasaba por pensamiento enviarlo, todavia no dexaban de darles buenas esperanzas. En Tetuan se disimulaba con algunos mercaderes y soldados aventureros Moros, que pasaban á la Alpuxarra con armas y municiones, y otras mercaderias de su provecho ; y Aluch Alí decia, que solamente aguardaba quarenta galeras, que el gran Turco su señor le enviaba de levante, para con ellas y con la armada de Argel ir luego á socorrerle. Estas cosas hacia divulgar Aben Umeya harto mas grandes de lo que eran, para que los Moros alzados se animasen viendo que el gran Turco los socorria, y los que no lo estaban se alzasen luego, pues en la Alpuxarra no habia

exercito de Christianos que les pudiese ofender : dandoles á entender, como era verdad, que en Órgiba habia muy poca gente, y que el Marques de los Velez se sustentaba con sola la opinion de su nombre, habiendosele deshecho el campo, y vueltosele la mayor parte de los soldados que tenia en Terque. Finalmente los Alpuxarreños comenzaron á poblar sus casas, y á labrar de proposito los campos, y salian á correr la tierra en quadrillas, como lo solian hacer sus pasados antes que aquel reyno se ganase. Y en la ciudad de Uxixar de Albacete vinieron á tener mercado, donde se vendian armas, municiones, bastimentos y otras mercaderias, en tanta abundancia, como en la ciudad de Tetuan. Viendo pues Aben Umeya la muchedumbre de gentes que de todas partes le acudia, vanaglorioso y soberbio con el vano nombre de Rey de la Alpuxarra, tan odioso á los oidos de los leales vasallos de su Magestad, quiso establecer de proposito un nuevo estado, proveyendo alcaydes y oficiales de la guerra, y ministros de justicia. A Geronimo el Maleh, alguacil de Ferreyra, encomendo el marquesado del Zenete y rio de Almanzora, y la frontera de Guadix y Baza; á Diego Lopez Aben Aboo, que ya estaba sano de las vinzas, el partido de Poqueyra y Ferreyra; á Miguel de Granada Xaba la frontera de Órgiba; á Aben Mequenun el de Xérgal, las taas de Lúchar y Marchena, sierras de Filábres y Gádor con el rio de Almería; y á Gironcillo y al Rendati lo del valle de Lecrin, y la frontera de Almuñecar, Salobreña y Motril, y á otros diferentes partidos, dandoles patentes firmadas de su nombre, para que los Moros les obedeciesen, y mandandoles, que con toda diligencia levantasen los lugares; y á los que no quisie-

sen

sen obedecer los matasen, y les confiscasen los bienes para su camara; y que cobrasen el quinto de todas las presas que se hiciesen para los gastos de la guerra. Y para de su consejo dexó á Don Hernando el Zaguer, al Dalay, á Moxarraf Calderon, vecino de Uxixar, y á Hernando el Habaqui, que se habia ido á la sierra estos dias, porque habiendo estado preso en Guadix por sospecha de rebelion, ó, como él nos dixo despues, porque habia ido á contradecir las prematicas á la corte; y habiendole soltado en fiado el corregidor de aquella ciudad, supo que le mandaban prender de nuevo. Todos estos y otros muchos, que ya le acompañaban, daban calor al nuevo estado, que ellos llamaban renovado y reformado por la gracia de Dios. Solo Aben Farax faltó en esta junta, que andaba huyendo de Aben Umeya, temiendo que le mandaria ahorcar, como en efeto lo hiciera, si le pudiera haber á las manos, porque le alborotó muchas veces la gente, y hizo grandes desafueros, quiriendo ser obedecido por gobernador de los Moros. Adelante diremos en lo que paró este traydor, porque no quede atras cosa que pertenezca á la historia. Juntando pues Aben Umeya mas de cinco mil hombres, fue á levantar el lugar de la Peza, y se llevó todos los moradores á la Alpuxarra, la mayor parte de ellos por fuerza maniatados, porque no querian levantarse; mas no esperó á combatir la fortaleza, ni el alcayde salió de ella hasta que se hubo retirado el enemigo. Entonces acabó de llevarse lo que habia quedado en las casas, y se proveyó de muchos mantenimientos, que no pudieron llevar los Moriscos, y lo metió en la fortaleza.

CAPITULO XI.

Como el Maleh fue á levantar la villa de Fiñana, y Francisco de Molina socorrió la fortaleza con la gente de Guadix.

Estos mesmos dias fue Geronimo el Maleh sobre la villa de Fiñana, pensando ocupar aquella fortaleza, por ser el paso de las escoltas que iban con bastimentos al campo del Marques de los Velez; y llevando consigo los Moriscos del marquesado del Zenete, y otros muchos de la Alpuxarra, llegó á la hora que amanecia sobre ella; y recogiendo todos los vecinos, hombres y mugeres con sus bagages cargados, y los ganados por delante, los envió la vuelta de la Alpuxarra. No pudo ocupar la fortaleza, ni hacer daño á los Christianos, porque no se teniendo por seguros entre sus vecinos, se habian metido dentro, y la defendieron hiriendo y matando algunos Moros. Estaba una esquadra de soldados en la iglesia, alli junto, que guardaba los bastimentos, que descargaban las escoltas que iban de Guadix, mientras venia la gente de guerra que los habia de acompañar para ir adelante; y teniendo los Moros mejor comodidad de poderla combatir, derribaron una pared, por donde les podian entrar á pie llano: y asi fue necesario que los nuestros la dexasen, y se recogiesen por una puerta alta que respondia á la fortaleza; y los enemigos desconfiados de poderla ganar, pusieron fuego al templo, y se volvieron á la sierra. Habia tenido aviso Francisco de Molina aquel mesmo dia en Guadix, como el Maleh iba sobre esta villa, y con ochocientos arca-

cabuceros y dos estandartes de caballos, salió luego á socorrerla; y caminando toda la noche, llegó otro dia quando amanecia, y hallando los Moros idos, no quiso seguirlos, porque le parecia que le llevaban mucha ventaja, y dexando gente de guerra en la fortaleza, dió vuelta á la ciudad de Guadix. Despues proveyó Don Juan de Austria al capitan Juan Perez de Vargas, como queda dicho, en guardia de ella con una compañia de infanteria, y algunos caballos: el qual la guardó mientras duró la guerra, y saliendo algunas veces de alli, hizo buenos efetos por aquella comarca.

CAPITULO XII.

Como los lugares de Guéjar, Dúdar y Quéntar se alzaron, y Don Juan de Austria mandó retirar los vecinos de Pinos y de Monachil á la vega de Granada.

El lugar de Guéjar cae tres leguas á levante de la ciudad de Granada, y entre él y la Sierra nevada corren las primeras aguas del rio Xenil. Está repartido en tres barrios, y en el de en medio está un peñoncete, donde solia haber antiguamente un castillo. Cercanle por todas partes sierras altas, y queda metido en una hoya; y para ir á él, yendo de Granada, hay dos caminos asperos y muy fragosos: el que sube á la mano derecha por el lugar de Pinos, es el mas corto y mas aspero; y el otro que va por el rio de Aguas blancas á la mano izquierda, y por los lugares de Dúdar y Quéntar, sube dando vueltas la sierra arriba á la parte del cierzo. Estos lugares, y los demas que están cerca de ellos metidos

dos en las quebradas de las sierras, estuvieron siempre á la mira esperando lo que los Moriscos del Albaycin hacian para seguir su fortuna. Hubo algunos vecinos, que dexando sus casas se fueron á juntar con los alzados al principio del rebelion, hallandose cargados de culpas, porque, como queda dicho, alli se habian hecho las escalas para escalar la fortaleza de la Alhambra, y de ellos eran la mayor parte de los que entraron á pregonar la seta de Mahoma en el Albaycin, y estos eran los que persuadieron á Aben Umeya que fuese á alzar aquellos lugares: el qual envió estos dias á Pedro de Mendoza el Husceni con mucho numero de gente á que los levantase. Sabido esto en Granada, Don Juan de Austria hizo dos provisiones, la una fue, que Don Antonio de Luna con la gente de su cargo retirase los Moriscos de Monachil y Pinos, y de los otros lugares comarcanos, porque, como ellos decian, no los llevasen los Moros á la sierra, y que los llevase á la Zubia y á Uxixar, lugares de la vega, donde parecia que estaban mas seguros. La otra fue, que se reconociese el peñon de Guéjar, para ver si se podria hacer en él algun fuerte donde poner presidio, porque baxaban por aquella parte los Moros, y llegaban á correr hasta el lugar de Cenes, una legua de Granada, y hacian mucho daño. A esto quiso ir él personalmente, y mientras Don Antonio de Luna recogia los lugares, pasó con la caballeria y un tercio de infanteria hácia Guéjar; mas no se efetuó lo del fuerte por entonces, porque Luis Quixada y el capitan Hernando de Oruña fueron de parecer, que no se podria proveer ni socorrer sin grandisima dificultad á causa de la aspereza del camino, y que seria mas la costa y el embarazo, que el provecho,

y

y asi se volvieron aquel mesmo dia á Granada. Don Antonio de Luna recogió la gente de aquellos lugares en las iglesias, no con pequeño desorden de los capitanes y soldados, porque hicieron que los Moriscos y las Moriscas encerrasen sus bienes muebles en dos casas grandes, so color de que estarian mejor guardados para quando se fuesen; y despues, sin dexarselo tomar, caminaron con ellos la vuelta de la vega, y partiendo entre sí el despojo, hubo muchos que escondieron doncellas y muchachos, y se los llevaron por esclavos: tan grande era la cudicia de nuestra gente en este tiempo, que quanto veían delante de los ojos, asi de amigos, como de enemigos, todo se lo querian apropriar; y les pesaba, porque no se acababa de levantar todo el reyno, para tener que captivar y robar. Luego como nuestra gente salió de Guéjar, los Moros que se habian ido á la Sierra nevada baxaron á poblar sus casas, y Aben Umeya mandó á Pedro de Mendoza, que se metiese en el lugar, y le fortaleciese y guardase, como lo hizo, hasta que Don Juan de Austria fue sobre él, y lo ganó. como se dirá adelante.

CAPITULO XIII.

Como los Moros robaron una escolta que iba de Granada á Guadix: y Francisco de Molina salió á ellos, y los desbarató, y se la quitó.

En este mesmo tiempo salieron de la Alpuxarra doscientos Moros, y baxando por la sierra que cae sobre el rio de Aguas blancas, fueron á dar por cima del lugar de la Peza, y por una punta de sierra, que está entre

tre Hiználeuz y Guadix, llamada el Puntal, llegaron á la venta de Tejada, y se pusieron en emboscada en unas quebradas que están alli cerca, aguardando que pasase alguna escolta de Christianos, porque está en el camino real, que va de Guadahortuna á Guadix. Y acertando á pasar Feliciano Chacon con una esquadra de soldados, y hasta quarenta bagages cargados de bastimentos, y una muger recien casada con todo su axuar, dieron en ellos, y matando ocho soldados, huyeron los otros, y les tomaron los bagages, y caminaron la vuelta de la sierra. Este aviso llegó luego á Guadix, y poniendose á caballo Francisco de Molina con algunos ciudadanos que acudieron, salió en busca de los Moros, dexando orden que la caballeria y la infanteria le siguiese; y tomando el rastro por donde iban, llegó á alcanzarlos cerca de la Peza, que se iban metiendo ya en la sierra; y aunque no llevaba mas que trece de á caballo, porque los otros no habian podido seguirle, pareciendole que con ellos podria entretenerlos, mientras llegaba el golpe de la gente, puso las piernas al caballo, y apellidando el nombre de los bienaventurados Santiago y Santa Barbara, que tenia por sus abogados, los acometió animosamente; mas hubierase de hallar burlado, porque entendiendo que los compañeros le seguian, quando volvió la cabeza, vió que solos tres estaban á su lado, que era el dotor Fonseca, Hernan Valle de Palacios y Juan del Castillo, vecinos de Guadix: los quales peleando como hombres de honra, fueron todos tres heridos, y les mataron dos caballos; y los matáran á ellos, sino fuera porque Francisco de Molina, hallandose armado de todas armas, atravesó por medio del esquadron de los Moros dos veces, y revolvien-

viendo sobre ellos, los socorrió, ayudandose con mucho valor los unos á los otros, y turbando á los enemigos, alancearon algunos de ellos, y los entretuvieron, hasta tanto que los caballos que venian atras, y los que no habian querido acometer, se juntaron; y haciendo sus entradas diversas veces, rompieron por el esquadron de los Moros, y los desbarataron y pusieron en huida. Murieron este dia veinte y siete Moros, y fueron muchos heridos, y perdieron una bandera y los bagages que llevaban con toda la presa; y de los Christianos no hubo ningun muerto: y con esta vitoria volvieron aquella tarde á la ciudad de Guadix, donde fueron alegremente recebidos.

CAPITULO XIV.

Como el Comendador mayor de Castilla viniendo de Italia con veinte y quatro galeras cargadas de infanteria corrió tormenta, y aportó á Palamos.

Mientras estas cosas se hacian en el reyno de Granada, el Comendador mayor de Castilla, que en cumplimiento de la orden de su Magestad habia embarcado á gran priesa la infanteria Española del tercio de Napoles, y venia navegando hácia poniente con veinte y quatro galeras, llegó al puerto de la ciudad de Marsella en la costa de Francia; y partiendo con bonanza de alli, en entrando la noche comenzó á refrescar el viento Narbonés, y se leventó una tormenta de mar tan grande, y con tanta fuerza de viento, que las galeras hubieron de disparar cada una por su cabo. La galera de Estefano de Mar, Ginoves, envistió en medio del

golfo con otra galera por un costado, y salvandose la envestida, se abrió esta, y se fue á fondo. Perdióse toda la gente de esta galera, y de otras tres que dieron al través. Otras aportaron á Serdeña, donde pasada la tormenta llegó Don Alvaro Bazan, Marques de Santacruz, con las galeras de Napoles de su cargo, que habia quedado para asegurar con ellas la costa de Italia: el qual reparó con brevedad cinco galeras de las que estaban destrozadas de la tormenta, y en ellas y en las suyas embarcó los mas soldados que pudo, y navegó la vuelta de Palamos, donde halló al Comendador mayor con su capitana y otras nueve galeras, que habian seguido su derrota. Duró esta tormenta tres dias sin cesar, y fue necesario aligerar, hasta venir á echar los soldados las armas y los vestidos á la mar; y llegó tan destrozada la capitana á Palamos, que los Turcos y Moros forzados tuvieron atrevimiento de quererse alzar con ella; mas fueron sentidos, y el Comendador mayor mandó hacer justicia de los mas culpados: y proveyendo á la necesidad de los soldados, lo mejor y mas brevemente que pudo, partió la vuelta de Poniente, y el Marques de Santacruz le dexó la infanteria que traía de aquel tercio en sus galeras, y se tornó á levante. Traía el Comendador mayor en estas galeras doce compañias de soldados viejos, diez del tercio de Napoles, una del de Piamonte, y otra del de Lombardía. Los capitanes de las del tercio de Napoles eran el Maese de campo Don Pedro de Padilla, Don Alonso de Luzon, Pedro Bermudez de Santis, Ruy Franco de Buytron, Pedro Ramirez de Arellano, Antonio Xuarez, el capitan Martinez, Alonso Beltran de la Peña, el Marques de Espejo, y el capitan Orejon. De estos diez capitanes llega-

ron

ron á España siete, porque los dos postreros se quedaron en Napoles., y enviaron sus compañias con sus alfereces; y el capitan Martinez se ahogó en la mar, y se dió su compañia á Carlos de Antillon, que era sargento mayor del tercio. De la de Piamonte era capitan Martin de Avila, y de la de Lombardía Don Luis Gaytan. Demas de esta gente traía muchos caballeros y soldados aventureros, que venian á su costa, por solo hallarse en esta jornada: los quales habian llegado á tierra tan desnudos y desarmados, que fue bien menester tiempo y diligencia para repararlos, y rehacer las compañias de gente, armas y vestidos. Siendo pues avisado el Marques de los Velez de la venida de esta gente, y de la calidad de ella, tuvo tiempo de escribir á su Magestad, suplicandole se la mandase dar, ofreciendose, que con ella y con la que tenia en Verja daria fin al negocio del rebelion: y su Magestad le envió una orden, en que mandaba, que en llegando el Comendador mayor á surgir á la villa de Adra, dexase toda aquella infanteria en tierra, para que la juntase con su campo; mas no hubo efeto esto, porque el Comendador mayor llegó á la playa de Adra el primer dia del mes de Mayo, y no se deteniendo alli mas que una sola hora, pasó la vuelta de Almuñecar, y á Velez, donde hizo el efeto del fuerte peñon de Fregiliana, como diremos en su lugar. Dexemosle ir navegando, y vamos á los movimientos que hubo estos dias en la sierra de Bentomíz.

CAPITULO XV.

Que trata la descripcion de la sierra de Bentomíz; y como los Moriscos de Canilles de Aceytuno comenzaron á levantar la tierra, y cercaron la fortaleza.

La sierra de Bentomíz cae en los terminos de la ciudad de Velez, y como atras diximos, es un brazo que se aparta de la sierra mayor por baxo de los puertos de Zalia, y va atravesando hácia el mar mediterraneo. Tiene de largo desde su principio hácia la mar ocho leguas, y de ancho seis, mas ó menos por algunas partes. Toda esta tierra es fragosisima, aunque fertil, poblada de muchas arboledas, abundante de fuentes frias y saludables, de donde proceden muchos arroyos de aguas claras, que baxan acompañados entre las peñas y piedras de aquellos valles; y sacandolos en acequias por las laderas, riegan sus guertas y hazas los moradores. Es buena la cria del ganado en esta sierra, porque gozan hermosos pastos de verano y de hibierno. Quando cargan los frios y las nieves, los apacientan por los otros terminos de la ciudad de Velez, que son espaciosos y muy templados: los quales tienen á poniente la Xarquia de Malaga, á levante la tierra de Almuñecar, al cierzo la de la ciudad de Alhama y villa de Archidona, y al mediodia el mar mediterraneo Iberio. Hay por toda la sierra grandisima cantidad de viñas, y de la uva hacen los moradores pasa de sol y de lexía, que venden á los mercaderes septentrionales, que vienen á la torre de la mar de Velez cada año á cargar sus navios, y la llevan á Bretaña, Inglaterra y á Flandes, y de alli

la

la pasan á Alemaña, y á Noruega y á otras partes. De mas de esto la cosecha del trigo y de la almendra les vale mucho dinero ; y cogen tanto pan , que les basta para su sustento. La cria de la seda es en cantidad , y tan fina, que iguala con la mejor que entra en la Alcaycería de Granada. Alcanza un cielo tan claro y tan saludable, que haciendola amenisima, cria los hombres ligeros, recios y de tan grande animo, que antiguamente los Reyes Moros los tenian por los mas valientes, mas sueltos y de mayor efeto que habia en el reyno de Granada, y ansi se servian de ellos en todas las ocasiones importantes. Tenia veinte y dos lugares poblados de gente rica, cuyos nombres, comenzando á la parte de la mar, son estos: Torrox, Lautin, Periana, Algarrobo, Cuheila, Arenas, Bentomíz, Daymalos, Nerja, Competa, Fragiliana, Sayalonga, Salares, Curumbila, Batarxix , Arches , Canilles de Albayde, Benescaler, Sedella, Rubite, Canilles de Aceytuno y Alcaucin. Está en Canilles de Aceytuno una fortaleza importante, y el Marques de Comares, cuya es, tenia por alcayde de ella á un Gonzalo de Carcamo, hombre cuidadoso y de mucha confianza, noble de los Carcamos de Cordoba: el qual siendo avisado del alzamiento de la Alpuxarra, y teniendo la fortaleza mal reparada, aportillados los muros por muchas partes, escribió luego al Marques de Comares sobre ello ; y mientras le venia gente y orden para repararla, metió dentro los Christianos que moraban en el lugar con sus mugeres y hijos. El Marques le envió sesenta soldados y cantidad de municion, y orden para que hiciese á los Moriscos que reparasen los muros: los quales lo hicieron, dando peones y bestias que trabajasen en traer materiales; por manera que en
po-

poco tiempo la puso en defensa, sin que hubiese el menor estorvo del mundo: porque habia entre aquellos serranos muchos hombres de buen entendimiento, que disimulando su negocio, mostraban estar llanos en el cumplimiento de las prematicas, aunque les fatigaba demasiadamente lo de la lengua. Estando pues con muestra de pacificacion y quietud, parece que vino á desasosegarlos un Moro de los que escaparon de las Guájaras, llamado Almueden. Este tenia su muger captiva en poder de un Christiano vecino de Canilles de Aceytuno; y con deseo de verla, y de tratar de su rescate, por intercesion de algunos amigos fue con una quadrilla de Moros á un molino, que estaba cerca del lugar en el camino de Sedella, encubierto hácia la parte de la sierra, donde le fueron á ver los vecinos de aquellos lugares, unos por conocimiento, y otros por saber lo que pasaba en la Alpuxarra. Viniendo pues á tratar de negocios del rebelion, el Moro que los vió inclinados á novedad, los persuadió mucho á que se alzasen, ofreciendoles que haria con Aben Umeya que les enviase socorro, y aun se lo traeria él mismo, si fuese menester: y contandoles fabulosamente prosperos sucesos, muertes de tantos Christianos, como habian muerto los Moros en Válor y en otras partes, y grandes socorros de Berbería, despertó los animos de aquellas gentes, y los alborotó de manera, que no veían la hora de estar ya con ellos. Solo un Morisco, regidor de Canilles de Aceytuno, llamado Luis Mendez, entre deseo y temor les aconsejó que por ninguna manera se alzasen, mientras el Albaycin estuviese en pie, porque seria destruirse; mas aunque se conformaron con su parecer, no dexaron los mancebos de quedar alborotados. Estaba
con

con el Mueden otro monfi, natural de Sedella, llamado Andres el Xorayran; y deseando hacer algun salto antes que se fuesen, preguntaron donde podrian ir que le hiciesen á su salvo: los de Canilles le dixeron, que en la venta de Pedro Mellado, que estaba al pie del puerto de Zalia, habia un ventero rico, que tenia mucho dinero; mas que seria menester ir cantidad de gente, porque andaba por alli una quadrilla de soldados de Velez, y podria ser topar con ella; y ofreciendosele que le irian á acompañar, asi ellos, como los de Sedella y de otros lugares convecinos, con acuerdo que solamente entrasen los forasteros en la venta, se juntaron mas de sesenta hombres armados de ballestas y escopetas. Y un sabado en la noche, á veinte y tres dias del mes de Abril de mil quinientos sesenta y nueve años, fueron á emboscarse entre unos cerros, no muy lejos de la venta; y otro dia domingo, ya bien tarde, viendo buena ocasion para hacer su salto, dexando la gente de la tierra en atalaya, baxó el Xorayran con veinte monfis forasteros á dar en la venta; y hallando las puertas abiertas, y á Pedro Ruiz Guerrero, que asi se llamaba el ventero, y á otro soldado llamado Domingo Lucero, sentados en un poyo con sendos arcabuces en las manos; creyendo que toda la quadrilla estaba dentro, tornaron á salirse fuera; y los dos Christianos tuvieron lugar de subirse á un sobrado, donde se hicieron fuertes, llevando consigo á la ventera y á una hija suya niña, porque no pudieron recoger á los demas. Luego tornaron los Moros á entrar, y á vuelta de ellos algunos de los de Canilles de Aceytuno, y pusieron fuego á la venta, amenazando á los venteros, que si no les daban el dinero que tenian, los quemarian vivos. La

ven-

ventera con temor de la muerte baxó luego, y les dió una arquilla con cien ducados; y teniendolos en su poder el Xorayran, echó mano de ella, y le dixo, que si no le daban tambien las armas, la matarian: la qual con muchas lagrimas las pidió á su marido; mas no las quiso dar, diciendo, que habia de morir con ellas en las manos. Estando pues en este debate, llegó la quadrilla de Gaspar Alonso, vecino de Velez, que andaba asegurando aquel paso, y comenzando á disparar algunos arcabuces contra los Moros, que estaban en atalaya, travaron una ligera escaramuza con ellos, que solamente aprovechó á que los que estaban dentro de la venta se saliesen fuera, llevando robado lo que en ella habia. En este tiempo los dos Christianos tuvieron lugar de salir al campo, el soldado tomó de la mano la niña, y la escondió detras de una mata, y él se escapó lo mejor que pudo, y lo mesmo pudiera hacer el ventero; mas oyó dar voces á su muger, que la estaban hiriendo los enemigos de Dios; y queriendola favorecer, le mataron tambien á él: y no les quedando mas que hacer, se retiraron á la sierra, dexando nueve personas muertas en la venta. Era alcalde mayor de la justicia en la ciudad de Velez el bachiller Pedro Guerra, vecino de Malaga: el qual luego como supo lo que los monfis habian hecho en la venta, hizo informacion de este delito; y resultando culpa contra muchos vecinos de Canilles de Aceytuno, y de Sedella, Salares y Curumbila, procedió contra ellos; y valiendose de la provision, que diximos que ganaron los alcaldes de la Chancilleria de Granada, para que las justicias realengas pudiesen entrar á prender los delinqüentes en lugares de señorío, determinó de ir á prender los de Canilles de Aceytuno;

y

y llevando consigo al capitan Luis de Paz con los caballos de su compañia, y otra mucha gente por ciudad, fue á amanecer entre dos albas sobre el lugar, sin haber prevenido al alcayde Gonzalo de Carcamo, que tambien era alcalde mayor de la justicia, del negocio que iba á hacer. Teniase aviso en Granada, como Aben Umeya enviaba siete mil Moros hácia poniente en favor de los de la sierra de Bentomíz, Xarquia y hoya de Malaga, para que alzasen todos aquellos pueblos; y que habia echado fama, que tenia cartas de Aluch Ali, gobernador de Argel por el gran Turco, en que prometia de venirle á socorrer brevemente. Y porque se entendia, que para recebir los navios de los Turcos, procuraria ocupar alguna plaza maritima, habia escrito Don Juan de Austria á la ciudad de Velez, que estuviese sobre aviso, por ser aquel lugar comodo para la pretension del enemigo: y con esto el cabildo habia hecho diligencia con los alcaydes de los castillos de su partido, y especialmente habia escrito á Gonzalo de Carcamo, diciendole, como mandaba poner doce hombres en la cumbre de un alto cerro junto con el castillo de Bentomíz, de donde se descubre la ciudad y la fortaleza de Canilles de Aceytuno, para que estuviesen de dia y de noche en centinela. Y que si acaso viniesen Moros á cercarle, ó supiese que entraban por aquella parte, siendo de dia hiciese tres ahumadas en la torre del homenage, y de noche tres fuegos; y que en respondiendole los del cerro, entendiese tener la ciudad aviso para socorrerle. Y que siendo los Moros muchos, hiciese muchas ahumadas, ó echase abaxo muchos hachos ardiendo; y que lo mesmo entendiese que habia de hacer, si supiese que se levantaba la tierra. Y él habia mandado

á los Moriscos, que pusiesen cada noche centinelas alderredor del lugar, y que si viesen venir algun golpe de gente, le avisasen: los quales lo hacian con toda diligencia, dando á entender, que les pesaba que viniese gente forastera á desasosegarlos. Llegando pues el licenciado Pedro Guerra con mas de seiscientos hombres, á la hora que diximos, con intento de cercar el lugar, y entrar á hacer sus prisiones, los que iban delante dieron en el cuerpo de guardia de los Moriscos, que estaba par de á una cruz, donde se juntan los caminos que van de Velez y de Granada; y sospechando mal de aquella diligencia, sin mas aguardar dieron en ellos, y hiriendo á uno, hicieron ir huyendo á los demas: y no parára el negocio en tan poco, si el alcalde mayor y el capitan Luis de Paz, y Beltran de Andia, regidor de aquella ciudad, que llevaba cargo de la infanteria, no detuvieran la gente con grandisimo trabajo de sus personas, porque cierto saqueáran y destruyeran el lugar, segun la indignacion con que iban. El alcayde luego que sintió el rebato, se puso en arma con la poca gente que tenia en la fortaleza, entendiendo que habia Moros forasteros en la tierra; y quando supo que era la justicia de Velez, procurando apaciguar el pueblo, requirió al alcalde mayor, que no entrase dentro, ni quebrantase la jurisdicion del Marques de Comares, ni le alborotase los vecinos que estaban quietos, haciendole muchas protestaciones sobre ello: y con todo eso no pudo acabar que dexase de entrar con alguna gente; y prendiendo ocho Moriscos, se volvió con ellos á Velez. Luego los examinó en riguroso tormento, y de sus confisiones resultaron mucho numero de culpados, asi de Canilles, como de otros lugares de la sierra. Y hacien-

ciendo prender algunos de ellos, y darles tormento, comenzó á hacer justicia. Y procediendo en el castigo, á veinte y dos dias del mes de Mayo de aquel año envió su requisitoria al alcayde de Canilles de Aceytuno, pidiendole, que prendiese quatro Moriscos que resultaban culpados, y los entregase á Alonso Gonzalez Enriquez, vecino de Velez, que con quarenta soldados de su quadrilla iba á traerlos. El qual los prendió luego, y se los entregó, uno de los quales era aquel Morisco regidor llamado Luis Mendez, que diximos que se halló en la junta del Molinillo, y otros viejos, cuya prision sintieron tanto todos los vecinos, que algunos convocaron gente para salirlos á quitar en el camino; mas el quadrillero puso tanta diligencia, que salió de aquellas sierras con ellos antes que llegasen á hacer el efeto. Estando pues la tierra alterada con estas prisiones, otro dia lunes viniendo un soldado de hácia la ciudad de Velez con su arcabuz en el hombro, le tiraron una saetada desde una mata, que le cosieron las dos faldas del capotillo con la saeta; y el fin de esto fue, que dos Moriscos de los que andaban ya alborotados, se pusieron en aquel paso aguardando algun Christiano desmandado de los que iban y venian á Velez, para matarle y quitarle el arcabuz, y armarse el uno de ellos con él. Mas no les sucedió como pensaban, porque el soldado les hizo rostro, y pasó por ellos sin que le enojasen, y fue á dar aviso á Gonzalo de Carcamo: el qual queriendo reconocer, si habia gente de mal vivir en la tierra, envió un cabo de esquadra, llamado Martin Nuñez, con catorce arcabuceros, mandandole, que no se alargase mucho, por si fuese menester retirarse con tiempo á la fortaleza. Los soldados fueron á dar con un Moris-

risco mancebo , que estaba echado debaxo de un olivo con una espada en la mano ; y caminando hácia él , se levantó, y subió huyendo por una loma arriba , que llaman Embarc Alahauyz , dando voces en algarabia , y diciendo : " Valientes , favoreccdme." Luego salieron de la hoya de una umbria mas de doscientos Moros, y delante de ellos el Xorayran , y otro capitan llamado Aben Audalla con una bandera nueva de tafetan colorado ; y cargando sobre los nuestros , los fueron siguiendo la vuelta del lugar. El cabo de esquadra y los que guiaron tras de él por trochas y veredas que sabia , se salvaron en la fortaleza , y quatro Christianos que tomaron por diferente camino , fueron muertos. Entrando pues los Moros de golpe por las calles, las Moriscas comenzaron á llorar y á dar voces , viendo que les decian los monfís , que dexasen sus casas y caminasen á la sierra : y muchos Moriscos se defendieron , diciendo, que los dexasen estar , porque no querian alzarse, ni ir á otra parte. En este tiempo el alcayde tuvo lugar de recoger los vecinos Christianos , que estaban fuera de la fortaleza, y entre ellos algunas casas de Moriscos , que acudieron á favorecerse de él; y echando fuera veinte peones, que andaban en el reparo de los muros , se puso en defensa. Entendióse no haber sido cosa acordada entre todos los vecinos este levantamiento , y estar la mayor parte de ellos ignorantes de él , sino que los ofendidos , juntandose con aquellos hombres perdidos , lo comenzaron; porque si otra cosa fuera , quando el cabo de esquadra y los otros soldados entraron huyendo por las calles del lugar , perdidos todos de cansancio y sin aliento , pudieran matarlos á su salvo y tomarles las armas : y no solamente no lo hicieron , antes los ayudaron y favore-
cie-

cieron hasta ponerlos en la fortaleza. Aun no era bien acabado de alzar el pueblo, quando pareció en la plaza del lugar una bandera de tafetan colorado, ya deslucida de vieja, con unas lunas verdes muy grandes; y despues se supo, que la tenia guardada Francisco de Roxas, Morisco de aquel lugar, que habia sido de sus pasados en tiempo de Moros, y la habian traido en las guerras de la serrania de Ronda. Y al mesmo punto pareció otra bandera blanca, que pusieron en un peñon alto, que está sobre el lugar á la parte de Sedella, donde llaman Haxar al Aocab, que quiere decir, la piedra del Aguila, para desde alli dar aviso en viendo que acudia la gente de Velez; y por bravosidad se pusieron todos los mancebos y gandules las mangas de las marlotas de las Moriscas en las cabezas, y tocas blancas alderredor para parecer Turcos; y enviando las mugeres con los muebles y ganados al peñon, que está encima del lugar de Sedella, cercaron el castillo, y le combatieron todo aquel dia hasta que vino la noche, defendiendose el alcayde valerosamente con treinta y dos Christianos que tenia dentro, los veinte soldados, y los doce de los vecinos del lugar, porque los demas se habian ido. Este mesmo dia se alzaron los de Sedella y Salares, y se juntaron.

CAPITULO XVI.

Como Arevalo de Zuazo, corregidor de Velez, socorrió la fortaleza de Canilles de Aceytuno.

No se descuidó Gonzalo de Carcamo en hacer ahumadas luego que los Moros alzaron el lugar; mas como hacia el sol recio, y el dia muy claro, no las deter-

terminaron los soldados de Velez, que estaban de centinela en el cerro que diximos, ó por ventura estuvieron descuidados. Y viendo que no le acudian con el contraseño, las mugeres que se veían cercadas comenzaron á afligirse, y con muchas lagrimas le pidieron, que enviase algun hombre de los que alli estaban, á dar aviso á la ciudad para que les fuese socorro: y aun ellas mesmas rogaron á un Morisco llamado Juan Navarro, que estaba preso por deudas, que fuese á hacer aquel efeto, prometiendole mucha gratificacion por ello: el qual se ofreció de ir y volver con la respuesta. Y el alcayde pareciendole que, en caso que no hiciese lo que prometia, se aventuraba poco tener un enemigo mas en el campo, escribió una carta al cabildo de la ciudad de Velez; y encargandole que hiciese el deber, porque haria bien su negocio, se la cosió en las espaldas en el aforro del sayo: y mientras los Moros andaban embebecidos en sacar los muebles de las casas, y enviar las mugeres al fuerte de Sedella, tuvo lugar de echarle por el postigo de la puerta de la fortaleza, diciendole, que si los Moros le preguntasen algo, dixese, que iba huyendo. El qual entró corriendo por las calles del lugar, como hombre que se habia soltado de la prision; y encontrando tres Moros, que le preguntaron como venia de aquella manera, les dixo, que por amor de Dios le favoreciesen, que iban los soldados tras de él. Y con esto no solamente le dexaron pasar, mas animandole á proseguir su camino, le encaminaron á la plaza, donde estaba otro hermano suyo con la bandera de los Moros, y diciendoles, que queria ir primero por una ballesta que tenia escondida, tomó por el rio de Laguiz abaxo, y fue á salir al camino de Velez; y avisando

do á los Christianos de los molinos, y á otras personas, como la tierra estaba alzada, llegó á la ciudad, y dió la carta á Arevalo de Zuazo, que habia venido alli de Malaga á poner cobro en la ciudad por otra carta de aviso que de Don Juan de Austria tenia, y andaba entendiendo en hacer algunos reparos, donde se asegurasen los vecinos dentro de los aportillados muros. El qual deseando saber, si era el levantamiento de solos los vecinos, ó si habian venido forasteros á levantar la tierra, antes que se determinase de hacer el socorro, quiso enviar el proprio Morisco á Gonzalo de Carcamo, para que le avisase qué gente era la que habia en la sierra; mas él no se atrevió á ir aquel dia, porque venia muy cansado. Estando pues todo el cabildo suspenso, por no tener certinidad de cosa tan importante, temian por un cabo, que si salia la gente de guerra á hacer el socorro de Canilles, que está tres leguas grandes de alli, podrian los Moros de los otros lugares de la sierra acudir á la ciudad á tiempo que hiciese algun efeto; y por otro deseaban socorrer aquella fortaleza, porque no se perdiese delante de sus ojos. Quiriendo al fin saber lo que habia á trueco de esperar un dia mas, mandó al concejo de Bena Mocarra, que enviase luego dos Moriscos de confianza con una carta del corregidor para Gonzalo de Carcamo, en que le decia, que avisase, si los que habian alzado el lugar eran los Moros que se aguardaban de la Alpuxarra, ó si eran solos los vecinos, y qué gente le parecia que seria menester para socorrerle. Con esta carta fueron dos Moriscos, vecinos de aquel lugar, llamados Hernando el Zordi y otro, con orden que llegasen de noche por la parte baxa de la fortaleza, y la diesen al alcayde: y para que con mas

mas seguridad lo pudiesen hacer, les mandaron que llevasen dos arcabuces y sus espadas. Llegando pues cerca del lugar, por la parte que les pareció que serian menos sentidos, dieron en el cuerpo de guardia y centinela que los monfis forasteros tenian; y aunque les hablaron en su lengua, y les dixeron que eran de los alzados, dandoles poco credito quisieron matarlos, diciendo, que iban con algun engaño; y libráran mal, sino acertára á llegar alli un Moro del proprio lugar de Canilles, llamado Francisco Tauz: el qual conoció al Zordi, y le abonó, diciendo, que era hombre de credito, y que no seria acertado hacerles mal, porque por la mesma razon no habria quien osase venirse á ellos. Tambien el Zordi, hombre astuto, les dixo, que los de Bena Mocarra los enviaban á saber, si era verdad que la sierra estaba alzada, porque querian hacer ellos lo mismo, si les enviaban alguna gente de socorro que les hiciese escolta, porque como estaban desarmados, tenian miedo de los de Velez. Oyendo estas palabras el Tauz, comenzó á dar saltos de regocijo, preguntandole muchas veces, si era verdad lo que decia; y como le afirmase que sí, dixo á los monfis, que mejor ni mas alegre dia no podia venir á los Moros, que saber que Bena Mocarra se queria levantar, porque no quedaria lugar en la Xarquia y hoya de Malaga, que no hiciese luego otro tanto. Y aplacandose con esto los forasteros, llevaron los dos Moriscos á su capitan Xorayran: los quales le dieron su recaudo fingido, que no les valió menos que las vidas; y supieron decirselo de manera, que les dió credito: y alegrandose con ellos, les mandó que volviesen á Bena Mocarra, y dixesen á los vecinos, que dentro de tres dias les daba su palabra
de

de socorrerlos con mas gente de la que pensaban. Quando el Zordi le oyó decir aquellas palabras, entendiendo que esperaba alguna gente de fuera, le replicó: "Señor, no entiendo que podrán aguardar tanto, porque tienen ya liada la ropa; y si los de Velez lo sienten, los degollarán." Al Moro pareció bien lo que decia, y estuvo un rato suspenso: y luego dixo, que se fuesen, y les dixesen, que otro dia por la mañana les haria escolta con doscientos gandules valientes, que ninguno volveria el rostro á diez de los de Velez, y que no habria falta en ello; y que por señas pornia en amaneciendo una bandera colorada encima del molino, que dicen del Poaype, para que supiese que estaba aguardandolos; y haciendoles dar muy bien de cenar, los despidió con aquella buena nueva. Otro dia amaneció en el lugar un silencio tan grande, que parecia no haber quedado criatura viva en él, y los soldados quisieran salir de la fortaleza á recoger lo que los Moriscos habian dexado en las casas; mas el alcayde, recelando algun engaño, no lo consintió, por mucho que le importunaron; y enviando otro Morisco, que se habia recogido con su muger y hijos á la fortaleza, á que viese si los enemigos se habian ido, en entrando por la puerta del lugar, fue preso, y llevado al Xorayran, diciendo que era Christiano, pues se habia recogido con los Christianos: el qual mandó que le llevasen al fuerte de Sedella, y que le entregasen al Cadi, que ya tenia puesto de su mano para execucion de la justicia. Quiriendo pues cumplir la palabra que habia dado á los de Bena Mocarra, envió delante su bandera colorada con diez Moros á que la pusiesen en el viso de Fax Alaviz, sobre una piedra que llaman Haxar Alabracana, que quiere decir, la piedra

de la Cornicabra, lugar alto y relevado, adonde se podia devisar muy bien; y recogiendo mas de quinientos Moros, baxó luego á juntarse con ellos, para en viniendo la noche ir á emboscarse sobre el molino del Poaype, como habia dicho. Dexó en el lugar á un Moro llamado Alonso Montical, con otro golpe de gente del pueblo, y de Sedella y de otras partes, que habian acudido alli, sabiendo que Canilles se habia alzado, con orden, que no cesase de combatir los cercados mientras iba á hacer el efeto de Bena Mocarra y volvia. Este combate fue muy recio, y duró mas de dos horas, defendiendose el alcayde y los que con él estaban valerosamente, y al fin se retiraron los Moros de él con daño, dos horas antes del medio dia. Habianse tardado el Zordi y su compañero mas de lo que quisieran en llevar la nueva de lo que pasaba á la ciudad de Velez, deteniendolos la importunidad de los Moros que acudian á certificarse de ellos, si era verdad que se querian alzar los de Bena Mocarra, porque era grande el contento que todos tenian de ello, y estaba el corregidor con cuidado, sospechando si los habian muerto, ó si se habian quedado con los Moros. Y haciendo llamar al Morisco, que habia llevado la carta del alcayde, le dió otra del tenor de la que le habian dado, y le encargó mucho, que procurase darla con toda brevedad, y volver luego con la respuesta. El qual llegó al tiempo que los Moros se retiraban del combate; y poniendose detras de un olivo, algo arredrado de la fortaleza, hizo señal con la capa, para que le asegurasen hasta llegar á ella: y el alcayde le entendió, y le aseguró, mandando poner los arcabuceros hácia aquella parte, de manera que pudo llegar seguro á un lienzo del muro, donde esta-

taba una ventana grande ; y subiendole con una soga arriba , el alcayde leyó la carta que llevaba , y luego le envió con otra en respuesta de ella , avisando á Arevalo de Zuazo , que no habia mas Moros que los de la tierra , y pocos forasteros con ellos hasta aquel punto. Mas ya quando el Morisco llegó á la presa del rio de Velez , le encontró que iba á hacer el socorro con mas de quinientos hombres de á pie y de á caballo , porque los dos Moriscos de Bena Mocarra habian llegado , y dadole cuenta muy particular de lo que pasaba. Descubrieron nuestra gente los cercados y los cercadores á un mesmo tiempo, y abatiendo los Moros la bandera blanca , que tenian puesta en la peña del Aguila , el Montical y los que con él estaban dexaron el cerco , y salieron huyendo la vuelta de la sierra ; y el Xorayran se volvió al puerto de Sedella , y de alli se fue á meter en el peñon, por manera , que quando el socorro llegó, ya no habia Moros con quien pelear ; mas pudierase hacer mucho efeto , si los siguieran , porque iban todos desbaratados y perdidos de miedo. Un escudero llamado Diego Moreno con otros compañeros se adelantó , y pasó buen rato ; mas el corregidor le mandó que se retirase , contento con haber socorrido la fortaleza : y haciendo sacar cien mugeres y niños , que habia dentro, dexó veinte soldados al alcayde , y volvió aquella noche á Velez , y los Moros se metieron en su fuerte.

CAPITULO XVII.

Como Competa y los otros lugares de la sierra de Bentomíz se alzaron, y se recogieron al fuerte peñon de Fregiliana.

Alzados los vecinos de Canilles de Aceytuno, Sedella y Salares, los de Competa y de los otros lugares de la sierra de Bentomíz hicieron lo mismo, movidos por Martin Alguacil, vecino de Competa, hombre noble y de mucha autoridad entre ellos, por ser el principal del linage de los Alguaciles, que en tiempo de Moros tuvieron mando en aquella tierra. Este Morisco daba á entender que era buen Christiano, y muy servidor de su Magestad; y con este nombre se hacia confianza de él, y se le encomendaba el repartimiento de la farda que pagaban los Moriscos de aquel partido. Y el Presidente Don Pedro de Deza les habia cometido á él, y á Bernardino de Reyna, regidor de Velez, que tambien era de su nacion, y tenia cargo de repartir la farda en la Xarquia de Malaga, que distribuyesen los mantos y sayas de la limosna de su Magestad entre las viudas y mugeres pobres, encargandoles que animasen aquellos pueblos á que dexasen el trage y habito Morisco, y se conformasen con las prematicas. Los quales en esto habian hecho buen oficio, y se tenia entendido, que por respeto de Martin Alguacil estaba la sierra de Bentomíz en pie: el qual habia venido aquellos dias á Velez, y de su propria autoridad habia hecho un protexto ante la justicia, diciendo, que era buen Christiano, y que protestaba de vivir y morir en la fe de

de Jesu-Christo, y de servir bien y fielmente, como leal vasallo de su Magestad en todo lo que se le mandase. Mas era con engaño, porque supo que la ciudad trataba de traer algunos vecinos de los principales de la sierra, y detenerlos para que los otros no se alzasen; y sabiendo que habia de ser él uno de ellos, hizo aquella diligencia para poderse descabullir: y así fue, que se tornó luego á Competa; y enviandole despues á llamar Arevalo de Zuazo, para animarle á que perseverase en lealtad, y lo procurase con los vecinos, no quiso ir, y trató de levantar la tierra; y juntando los vecinos de Competa y de otros pueblos comarcanos, les hizo un razonamiento de esta manera: "Hermanos y amigos, que pensabades estar libres de los trabajos de esta malaventura, que los Alpuxarreños han movido, bien veis el pago que se nos da en premio de nuestra lealtad, pues por un desatino que hicieron los monfis forasteros en compañia de algunos mozos livianos y de poco entendimiento, en la venta de Pero Mellado, quiere la justicia de Velez destruirnos á todos, no se contentando con haber hecho morir muchos de nuestros amigos y parientes, que sabemos, que ni fueron en ello, ni aun lo supieron, haciendo que se condenasen ellos mesmos con crueles invenciones de tormentos; y como si les pesase de ver, que estando toda la nacion Morisca alborotada, solo nosotros estemos quietos en nuestras casas, veis aqui una carta en que me envia á llamar el corregidor. Yo entiendo que es para prenderme y hacerme morir, porque no tiene otro negocio conmigo, ni yo con él. Tambien envia á llamar á Hernando el Darra: la muerte es cierta: yo pienso emplearla donde á lo menos no quede sin venganza, defendiendo nuestra libertad. Si mu-

muriesemos peleando, la madre tierra recibirá lo que produxo; y al que faltare sepultura que le esconda, no le faltará cielo que le cubra. No quiera Dios que se diga, que los hombres de Bentomíz no osaron morir por su patria. Aben Umeya está poderoso: ha tenido muchas vitorias contra los Christianos: vienele gente de Africa en socorro: el gran señor de los Turcos le ha prometido su favor: esperalo por momentos. Toda Bertería se mueve á defendernos. Venga pues, señoreemos á todos, y demosle obediencia, que los Christianos por Moros declarados nos tienen, y no demos lugar á que rompiendo la equidad de las leyes, executen solamente el rigor, llevandonos á la horca uno á uno." Hasta aqui dixo Martin Alguacil: y loando todos su parecer, le respondieron, que demasiada paciencia habia sido la que habian tenido, sujetos á tantos agravios como se les habian hecho. Y sin mas aguardar tomaron las armas que tenian escondidas, y ataviandole á él con ricos almayzares de seda y oro, como á hombre santo, le pusieron sobre una mula blanca, y llegaron todos á besarle la mano y la ropa. El qual declaró luego su corazon con las manos puestas y los ojos fixos en el cielo, diciendo: "Bendito y loado seais vos, señor, que me dexastes ver este dia." Alli nombraron capitanes particulares de cada lugar. Y pareciendoles que estarian mejor todos juntos en el peñon de Fregiliana, que era muy fuerte, y cerca de la mar, enviaron á decir á los del fuerte de Sedella, que se viniesen á juntar con ellos. Los quales, confiados en la vana devocion que tenian con los sepulcros de quatro Morabitos, que decian estar enterrados en la Rabita de Canilles de Aceytuno, que está junto al fuerte, no querian desamparar el sitio, hasta
que

que enviandoles gente y bagages, los obligaron á no hacer otra cosa contra la voluntad de un Moro viejo, llamado el Jorron de Leymon, que les decia, que por ninguna cosa lo dexasen, porque era lugar dichoso donde habian tenido siempre felices sucesos los Moros con la proteccion de aquellos santos; y que esto se hallaba por sus escrituras. El qual viendo que no le aprovechaban sus amonestaciones, y que holgaban mas de obedecer á la voluntad de Martin Alguacil, dió tantas voces sobre ello, que vino á perder el juicio, y juntamente la habla y el sentido. Habiendose pues juntado todos en Competa, nombraron por su caudillo y capitan general á Hernando el Darra, que tenia entre ellos opinion de muy noble, porque sus pasados en tiempo de Moros eran alcaydes y alguaciles de Fregiliana. Nombraron tres alfaquís para consejeros en las cosas temporales y de religion, uno de Sedella, y otro de Salares, y el tercero de Daymalos. No hicieron daño estas gentes en los Christianos sus vecinos, porque con la sospecha que se tenia, se habian puesto todos en cobro; y los beneficiados, que habian quedado entre ellos, los enviaron á Velez, entre los quales fue uno Christoval de Frias, beneficiado de Competa: el qual se habia metido en la torre de la iglesia con otros tres ó quatro Christianos. Y Martin Alguacil, quiriendose desculpar de aquel hecho con los de Velez, y darles á entender que el levantamiento habia sido contra su voluntad, forzados de los Moros forasteros, y que habia muchos en la tierra, para que la ciudad no saliese á ellos hasta ponerse en cobro, hizo pasar la gente alderredor de la iglesia, haciendoles mudar las armas y los vestidos, porque pareciesen muchos. Y quando hubo hecho esto tres ó quatro

ve-

veces, llegandose á la torre, llamó al beneficiado, y le dixo, que estuviese de buen animo, porque no consentiria que se le hiciese agravio á él ni á los que con él estaban: que se fuesen á Velez seguramente, y dixesen á los ciudadanos, que Gironcillo con gente forastera habia levantado la tierra, y que á los de Bentomíz les pesaba mucho, porque siendo buenos Christianos y leales servidores de su Magestad, no quisieran que de su parte hubiera novedad: y que les certificasen que no les harian daño á ellos ni á sus cosas, antes procurarian todo su bien como amigos y vecinos. Y dandoles algunos hombres armados, que los acompañasen, los envió á la ciudad de Velez, y él con todas las mugeres, ganados y ropa se fue á meter en el fuerte de Fregiliana.

CAPITULO XVIII.

Como Arevalo de Zuazo juntó la gente de su corregimiento, y fue contra los alzados de la sierra de Bentomíz: y la descripcion del peñon de Fregiliana.

Quando el beneficiado Christoval de Frias se vió en Velez, dió muchas gracias á Dios por haberle librado del peligro en que se habia visto; y hallando la ciudad alborotada, que se andaba la gente aprestando para salir aquella noche á la sierra, no teniendo aun perdido el miedo, exageraba las fuerzas de los alzados mucho mas de lo que eran, diciendo, que estaba la tierra llena de Moros forasteros. Y aunque algunos de los compañeros que venian con él, deshacian aquel temor, afirmando que la gente que habia pasado alderredor de la igle-

iglesia tantas veces estando ellos dentro, eran unos mesmos hombres, que habian conocido muchos de ellos; y que el astuto Moro lo habia hecho de industria, para que la ciudad entendiese que habia venidoles socorro de la Alpuxarra. El corregidor suspendió la salida por aquella noche, no se determinando á quien daria mas credito. Mas otro dia luego siguiente, haciendo instancia la ciudad sobre ello, y habiendo venido dos compañias de la ciudad de Malaga, cuyos capitanes eran Don Pedro de Coalla, y Hernando Duarte de Barrientos, con esta gente y la de la ciudad, que eran otros ochocientos infantes y cien caballos, y capitanes de la infantería, Alonso Zapata, Beltran de Andia, Marcos de la Barrera y Juan Moreno de Villalobos, y de la caballeria Luis de Paz, los unos y los otros regidores de aquellas ciudades, partió de la ciudad de Velez á veinte y siete dias del mes de Mayo de este año, y aquella noche fue al lugar de Torrox, que está en la marina, donde despunta la sierra de Bentomíz en la mar, y los Moriscos de este lugar se habian recogido con su ropa, mugeres y hijos en la Iglesia, diciendo, que eran Christianos: y quando vieron asomar las banderas con tanto numero de gente, quisieron meterse en el castillo; y no los quiriendo acoger los Christianos que habia dentro, caminaron la vuelta de la sierra, y se fueron á juntar con los alzados. Nuestra gente se alojó aquella noche en Torrox, y alli llegaron ciento y sesenta soldados de Almuñecar, que, segun ellos decian, habian salido á cobrar una manada de ganado que les llevaban los Moros; y alargaronse tanto, que no se atrevian á volver por temor de alguna emboscada. Otro dia bien de mañana partió Are-

valo de Zuazo la vuelta del peñon de Fregiliana, que estaba legua y media de alli; y llegó al pie de él á las diez horas del dia por la parte de una fuente, que llaman del alamo, que cae entre poniente y mediodia, donde está un llano espacioso para poderse revolver la caballeria. Alli hallaron algunos bagages, ropa y bastimentos, que no habian tenido lugar de poderlo subir arriba los Moros, que iban á meterse en el fuerte; de donde se entendió, que si los de Velez no se detuvieran tanto en salir, los alcanzáran fuera del peñon, y con qualquier numero de gente se pudiera hacer mucho efeto. Este peñon está entre el lugar de Competa y la mar; tiene á levante el rio de Chillar, que corre por asperisimas quebradas de sierras; á poniente el de Lautin, que con igual aspereza se va á meter en la mar; á tramontana hace la sierra de Bentomíz una quebrada muy honda, de donde comienza á subir el peñon en mucha altura; y al mediodia vuelve á baxar con otra descendida muy aspera, que se parte en dos lomas: la una va entre levante y mediodia á dar al lugar de Fregiliana, y la otra mas á poniente al castillo de Nerja; y quedando el peñon mucho mas alto que ellas, sin padrastro que de ninguna parte le señoree, tiene las entradas tan fragosas de riscos y de peñas tajadas, que poca gente puesta arriba las puede defender á qualquier numeroso exercito. Por la parte del rio de Chillar se saca una acequia de agua con que se regaban las tierras y hazas de Fregiliana, que estaba en este tiempo despoblada, y pasa la acequia al pie del peñon, que era la ocasion principal que los movió á meterse alli, porque no se les podia quitar el agua sin grandisima dificultad: y la fuente del alamo que está á estotra parte, entre poniente y mediodia,

dia, les caía algo arredrada. En lo alto del peñon se hace un espacioso ambito no muy llano, ni muy aspero, donde pudieran caber todos los moradores de la sierra de Bentomíz, y mayor numero, si lo hubiera. Los Moros pues habiendose retirado á lo alto, se pusieron en defensa, entendiendo que los Christianos como hombres de guerra asentarian su campo, y despues harian su requerimiento; y segun nos certificaron algunos de ellos, estuvieron tan desconformes y confusos, quando vieron ir tanto numero de gente, que la mayor parte queria darse á partido: y por ventura se rindieran todos, y no costára tanta sangre Christiana como costó. Estando pues Arevalo de Zuazo tratando de lo que se debia hacer, una manga de soldados que habia enviado á reconocer, se alargaron mas de lo que convenia la cuesta del peñon arriba escaramuzando con algunos Moros, que les salieron al encuentro: los quales fueron luego retirandose hácia lo alto, peleando tan tibiamente, que parecia ceder la entrada á los nuestros. A este tiempo Arevalo de Zuazo hizo caminar la demas gente, y comenzaron á pelear, siguiendo á los que se retiraban; mas luego acudieron hácia aquella parte los caudillos, que se habian puesto á hacer su consejo, quando vieron ir los Christianos á ellos, y el Darra vistoso delante de todos con un palo en la mano, dando grandes voces, y muchos palos á los que se iban retirando. Entre miedo y verguenza los hizo volver sobre los nuestros, que todavia porfiaban por ir adelante, con tan peligrosa como inconsiderada determinacion, porque estaban mas de tres mil Moros puestos en ala á la parte alta; y aunque habia entre ellos pocos escopeteros y ballesteros, tenian muchos honderos, y arrojaban tanta piedra, que pare-

cia estar sobre nuestra gente una nube de granizo; y era tan grande el cruxido de las hondas, que semejaba una hermosa salva de arcabuceria : y las piedras venian con tanta furia, que aun las armas ofensivas eran poco reparo contra ellas. Vimos una rodela que pasó un Moro este dia con una piedra, teniendola un soldado embrazada, y estaba una guija larga tan gruesa como el puño metida por ella, que pasaba la mitad de la otra parte. Acudiendo pues gente de un cabo y de otro, cargaron los enemigos de manera, que se hubieron de retirar los nuestros sin orden, dexando algunas banderas en peligro de perderse; y sin duda se perdieran las de Alonso Zapata y Juan Moreno de Villalobos, si ellos proprios no las socorrieran y retiráran peleando, y resistiendo el impetu de los enemigos. Valió mucho á nuestra infanteria no osar salir los Moros de la aspereza de su peñon por miedo de la caballeria, que veían estar puesta en esquadron, esperando que baxasen á lugar donde poderse aprovechar de ellos, porque pelearon determinadamente hasta llegar á las espadas; y aunque murieron muchos de arcabuzazos, baxando descubiertos á la ofensa de nuestra arcabuceria, que les tiraba de mampuesto, todavia mataron ellos veinte Christianos, y hirieron mas de ciento y cincuenta; y hicieran mayor daño, si tuvieran armas, y osáran seguir el alcance. Retirada la gente, y curados los heridos, Arevalo de Zuazo mandó tocar á recoger, y sin intentar mas la fortuna de la empresa, volvió aquella noche bien tarde á Velez con poco contento, y mucho deseo de castigar á aquellos barbaros.

CA-

CAPITULO XIX.

Como tuvo aviso el Marques de los Velez en Verja, que Aben Umeya iba sobre él; y se apercibió para esperarle.

Estaba el Marques de los Velez con un pequeño campo en Verja, porque, como atras queda dicho, se le habia ido la mayor parte de la gente, unos por ir á poner en cobro lo que habian ganado, y otros no pudiendo sufrir el trabajo, y la grande necesidad que alli se pasaba. Y como era hombre cuidadoso de su cargo, procuraba siempre saber lo que el enemigo hacia, y habiendo algunos dias que no tenia nueva cierta de él, fue avisado como en la cumbre de un cerro, cerca del alojamiento, se veía cada noche un fuego, que parecia ser señal que los Moros hacian; y mandando á un quadrillero, llamado Francisco de Cervantes, que con veinte soldados de su quadrilla fuese de parte de noche á ver lo que era, puso tan buena diligencia, que le traxo preso un Moro espía de Aben Umeya, que segun lo que despues se entendió, hacia de noche aquel fuego, y de dia se escondia en el cañon de la chimenea de una casa en Dalías. Traido este Moro á Verja, el Marques le mandó dar tormento, y confesó como Aben Umeya habia juntado toda la gente de guerra de la Alpuxarra en el lugar de Válor, y que habia hecho reseña general, y pasaban de diez mil Moros los que tenia juntos, mucha parte de ellos armados de arcabuces y ballestas; y que tenia acordado de dar con toda aquella gente una alborada en Verja: porque habiendo enviado á decir á

los

los Moriscos del Albaycin de Granada y de la Vega, y á los del rio de Almanzora, que cómo se sufria ver á su Rey con las armas en las manos por su libertad, y estarse ellos quedos, teniendo obligacion de ser los primeros; y que si no se alzaban luego, habia de dar orden como los Christianos los destruyesen á todos? le habian respondido, que mientras el Marques de los Velez estuviese con campo formado en la Alpuxarra, no osarian determinarse; y que quando le tuviese muerto ó preso, ellos se levantarian. Y que en tanto que se aprestaba para hacer aquella jornada, quiriendo saber si el campo se mudaba de Verja, tenia puesta aquella espía, y la señal de que se estaba todavia quedo, eran aquellos fuegos que hacia cada noche. Habian prendido los Moros aquellos dias cinco espías de nuestro campo, y el Marques de los Velez estaba muy con cuidado, teniendo por ruin señal la demasiada diligencia que ponian; y viendo la confision del Moro, entendió, que sin duda decia verdad, y que daban orden en algun acometimiento. Y deseando tener mas certidumbre de lo que tanto convenia saber, el capitan Tomas de Herrera, á cuyo cargo estaba la gente de á caballo de Adra, despues de la muerte de Diego Gasca, salió de parte de noche con algunos compañeros, y prendió tres Moros, y los traxo maniatados al campo. El Marques de los Velez se lo agradeció mucho, y mandando al licenciado Navas de Puebla, su auditor general, que les diese tormento, los dos de ellos no quisieron confesar nada; y el tercero declaró ser verdad lo que la espía habia dicho, y dixo, que le ahorcasen, si Aben Umeya no venia á dar sobre el campo dentro de tres ó quatro dias, y que traeria consigo toda la gente

te que tenia recogida en Válor, repartida en tres mangas; y con la una acometeria el lugar por lo llano, para tirar la caballeria hácia aquella parte, y poder acometer mas á su salvo con las otras dos los alojamientos, porque de esta manera entendia dividir á los Christianos, para que en ninguna parte fuesen poderosos, ni le resistiesen: y que todos los Moros que venian con él era gente escogida, que el mas mozo pasaba de veinte años, y el mayor no llegaba á quarenta. Estas confesiones acrecentaron el cuidado al Marques de los Velez, y mucho mas un dia que llegaron los Moros á correr á Verja, y se llevaron ciertos bagages de mozos, que andaban haciendo hierba para los caballos, cosa que hasta entonces no habian osado acometer, entendiendo que su venida era ensayo para ver, si la gente acudia de golpe al rebato, y que tanto trecho se alargaba la caballeria de la infanteria. Quiriendo pues hacer reseña, y ver los soldados que tenia, sin que se entendiese para el fin que se hacia, mandó que saliesen caballos y infantes como por via de regocijo á escaramuzar al campo; y despues siendo bien tarde hizo llamar á Don Juan Enriquez, que ya habia vuelto de Granada, y á Don Diego, Don Juan y Don Francisco Faxardo, y á Don Diego de Leyva, y á otros caballeros y capitanes que intervenian en su consejo; y quando los tuvo juntos en su posada, anduvo un gran rato paseandose por un aposento sin decirles nada, no sabiendo que se hacer. Consideraba, que si publicaba la venida de Aben Umeya, se le iria la mayor parte de la gente que alli tenia, que no llegaban á dos mil y quinientos hombres de á pie y de á caballo. Si lo encubria, temia que le hallaria el enemigo desapercebido. Y al fin habiendo estado vacilando

en

en su entendimiento, les dixo de esta manera: "Pensarán, señores, que lo que se ha hecho hoy ha sido por regocijo, pues quiero que sepan, que fue para entender qué soldados tenemos, porque no he querido hacer muestra general, y hallo infanteria muy ruin, y caballos pocos, y no muy buenos. Sin falta han de dar los Moros esta noche en nuestro alojamiento: vean lo que les parece que hagamos: que demas de ser la gente de la calidad que digo, ya habemos visto el sitio en que estamos: no es fuerte, ni seguro, ni lo podemos defender. Si nos vamos de aqui perdernos hemos, y si esperamos, tambien." Y repitiendo estas ultimas palabras muchas veces, Don Juan Enriquez le respondió, que pues sabia quan poco fuerte era aquel sitio, cómo no habia mandado hacer un reducto en él, y fortificadole en un mes que habia que estaba alli alojado? A lo qual respondió el Marques muy enojado: "A eso no puedo decir nada, hasta que estotro se haya acabado con bien, ó con mal." Y pasando la platica adelante, se tomó resolucion, que el mejor remedio en tanta brevedad seria mandar, que los soldados se recogiesen á sus banderas, y estuviesen con las armas para las manos, porque no los tomasen los enemigos descuidados. Este consejo pareció bien al Marques; mas no quiso que se publicase el fin para que lo hacia, sino que se les dixese, que queria mudarse á otro alojamiento cerca de aquel, en un sitio llano, apacible para los caballos. Con este acuerdo mandó al capitan Rodrigo de Mora, que servia el oficio de sargento mayor, que hiciese tocar á recoger, y que pusiese la gente toda en sus ordenanzas, y hiciese cargar los bagages, diciendoles, que para mudar alojamiento. Y por otra parte dixo á los del consejo, que secre-

cretamente avisasen á los capitanes del intento, porque no se descuidasen, y estuviesen apercebidos con los soldados. Hubo algunos que dieron el aviso tan diferente de lo que se habia tratado, que solamente dixeron, que aunque viesen tocar las caxas, no se alborotasen, porque no era para mas que recoger la gente, cosa que hubiera de costarles á todos caro. Finalmente el Marques hizo reforzar los cuerpos de guardia, doblar las centinelas, y poner gente de á caballo á lo largo, para que pudiesen avisar con tiempo; y con las armas acuestas, que siempre las traía á prueba de arcabuz, y el caballo ensillado y enfrenado, estuvo lo que faltaba de la noche aguardando al enemigo.

CAPITULO XX.

Como Aben Umeya acometió el campo del Marques de los Velez en Verja.

Habian partido aquella tarde de Uxixar Aben Umeya y Don Hernando el Zaguer, y Geronimo el Maleh y Aben Mequenun, y Juan Gironcillo y otros muchos capitanes Moros, con mas de diez mil hombres; y llegando cerca de Verja á tiempo que los atambores del campo tocaban á recoger, aunque sospecharon que habian sido sentidos, no por eso dexaron de proseguir su camino. Llevaban delante muchos Moros con las camisas vestidas sobre los sayos, á manera de encamisada, para conocerse en la escuridad de la noche. Luego seguian al pie de dos mil hombres, entre los quales iban muchos Berberiscos con guirnaldas de flores en las cabezas, porque habian jurado de vencer ó morir Muxe-

hedines, que quiere decir martires por la ley de Mahoma. Estos desventurados engañados del demonio, que no temen la muerte, con vana esperanza de gloria eterna se meten en grandes peligros de la vida, y llegaron tan determinadamente á nuestras centinelas, que no les dieron lugar á retirarse con tiempo, y entraron todos revueltos en el lugar, los unos tocando arma, y los otros dando el asalto, con tanta furia de escopeteria, y tan grandes voces y alaridos á su usanza, que atronaban todos aquellos campos. Su entrada fue por el quartel donde estaba el capitan Barrionuevo, vecino de Chinchilla, con una compañia de los Manchegos de los lugares reducidos, que fueron del marquesado de Villena; y no hallando la defensa, que fuera razon que hubiera en gente prevenida, pasaron tan adelante, que apenas se pudo el Marques de los Velez poner á caballo para salir á la plaza de armas, que estaba junto con su posada, quando ya estaban bien cerca de él. En este tiempo hubiera de ser dañoso el consejo del Marques, porque los soldados se embarazaban con los bagages, y los bagages embarazaban las calles: y si los enemigos acertáran á entrar por la puerta por donde iban á salir, matáran mucha gente, y pudiera ser que desbaratáran el campo. Pasado pues el primer impetu del temor, que los habia hecho retirar á los cuerpos de guardia, los caballeros Faxardos, y los capitanes Gualtero, Mora y Leon, que tenian á cargo la infanteria, con hasta quinientos soldados, resistieron; y acudiendoles la gente, que aun no se habia acabado de recoger á las banderas, pelearon valerosamente con los porfiados enemigos, que trabajaban por salir con la vitoria, y matando muchos de ellos, los hicieron detener. Estaba á todo esto quedo

do el Marques de los Velez en la plaza con la caballeria sin hacer acometimiento, esperando ver buena ocasion para poder salir, porque tenia puesta su confianza en ella, y no quiso oponerla al primer impetu de los enemigos. Y Aben Umeya viendo lo que le importaba salir con la vitoria, enviaba siempre gente de refresco: la qual, aunque no era tan furiosa como la primera, su gran numero suplia la furia, y eran tantas las pelotas y saetas que caían sobre los alojamientos, que no habia parte segura en todo el lugar. Creciendo pues los animos con las nuevas fuerzas, la pelea se renovó de manera, que el Marques de los Velez hubo de acudir en persona á favorecer á los suyos, dexando á Don Francisco Faxardo en la plaza con un esquadron de infanteria; y saliendo por un portillo, que hizo romper en una tapia, porque la calle estaba tan llena de bagages, que no podian pasar los caballos, acometió por dos veces á envestir con los enemigos. Mas Don Juan Enriquez se le puso delante, diciendole, que se acordase de lo que la espía habia dicho, y se detuviese, hasta ver si por lo llano acudia mayor golpe de gente: el qual envió á Don Alonso Habiz Venegas á que reconociese, si habia alguna polvareda ó señal de mas Moros alderredor del lugar. A este tiempo ya nuestra gente llevaba lo mejor de la pelea, y los Moros se ponian en huida; y dando su proprio desbarate mayor osadía á los soldados, los acabaron de romper: y siguiendo á Don Diego Faxardo, ya de dia claro, fueron tras de ellos por las guertas, hasta llegar á unas puntas que baxan de Sierra nevada. Don Juan Faxardo subió por la sierra arriba con quinientos arcabuceros, y el capitan Leon fue con otros doscientos por el camino de Dalías. Quedaron ataja-

jados dentro del lugar en una calle sin salida sesenta y seis de los Muxehedines, y alli fueron todos muertos. Murieron este dia mil y quinientos Moros, y perdieron diez banderas, y algunos caballos y yeguas que llevaban con sillas y frenos, y muchos bagages cargados de bastimentos. De los nuestros murieron veinte y dos soldados y dos escuderos, y hubo muchos heridos. Fue de mucha importancia este buen suceso, porque si el enemigo saliera de alli con opinion, no quedára Morisco que no se alzára en todo el reyno de Granada. Los que escaparon huyendo por las sierras, llegaron á la taa de Andarax tan cansados y faltos de aliento, que si el Marques de los Velez no detuviera la gente que los seguia, pudieran degollarlos con facilidad; mas no les consintió pasar adelante, temiendo siempre que Aben Umeya haria algun acometimiento por otra parte, y recogiendo toda la gente se volvió á su alojamiento. Fue luego avisado, que ciertos soldados, quando los Moros acometieron el lugar, se habian metido en unas torres mientras los compañeros peleaban; y haciendolos traer ante sí, les preguntó, de qué compañias eran? y diciendole, que de la de la Mancha, no poco temerosos que los mandaria castigar, se rió, y les dixo de esta manera: "No me marabillo que los que no conoceis la condicion de los Moros, ni os habeis visto con ellos, temais sus gritos y algazaras; mas pues sois Españoles, y no os falta otra cosa para ser soldados, sino haber tratado con Moros, la penitencia que os quiero dar por el descuido que habeis tenido es, que recojais todos los cuerpos muertos, y los amontoneis y quemeis, porque de esta manera perdereis el miedo que teneis cobrado." Y mandando al auditor Navas de Puebla que fuese con ellos,

ellos, juntaron mil quatrocientos noventa y quatro cuerpos de Moros muertos, y los quemaron. Quemó tambien el auditor noventa Moros, que se hicieron fuertes en unas casas de molinos fuera del lugar. Y porque el campo no estaba ya bien en aquel alojamiento, donde se padecia tanta necesidad de vituallas, se pasó á la villa de Adra ocho dias despues de la vitoria. Alli se entretuvo muchos dias con el trigo que los soldados traían del campo de Dalías, hasta que despues se le envió mas gente, y se le dió orden para entrar en la Alpuxarra, que no fue poca parte para ello este suceso.

CAPITULO XXI.

Como Don Antonio de Luna fue sobre el lugar de las Albuñuelas, estando de paces, porque recetaban Moros de guerra.

Hacian los Moros tantos daños en este tiempo á la parte de Granada, Loja y Alhama, captivando, matando y robando los Christianos, que no habia ya cosa segura en todas aquellas comarcas; y de ordinario se ponian los de los lugares del Valle á esperar en el barranco de Acequia las escoltas que iban con bastimentos á los presidios de Tabláte y de Órgiba: y algunas veces mataban los soldados y bagageros, y se las llevaban, no embargante que decian estar reducidos. Y por que se entendió, que se hallaban en ello muchos de los vecinos del lugar de las Albuñuelas, que estaba de paces, y que alli se acogian los otros, tomando Don Juan de Austria el parecer del Presidente Don Pedro de Deza, determinó que se hiciese castigo exemplar en ellos, dicien-

ciendo, que si jamas habia sido guerra gobernada con severidad, en esta era necesario y muy conviniente reducir la disciplina militar á su antigua costumbre, para que los demas pueblos temiesen. Consultado pues con su Magestad, se mandó á Don Antonio de Luna, que con la gente de á pie y de á caballo, que estaba alojada en las alcarías de la vega, y con las cien lanzas de Ecija, del cargo de Tello Gonzalez de Aguilar, fuese á hacer el efeto del castigo que se pretendia: y porque el alguacil Bartolomé de Santa Maria habia servido con avisos ciertos y de importancia, y no era justo que llevase igual pena que los malos, envió al beneficiado Ojeda, que era grande amigo suyo, y con la gente á que mirase por él. Llegó Don Antonio de Luna al Padúl el primer dia del mes de Junio, y alli supo como un dia antes se habia pregonado en las Albuñuelas, que ningun vecino recogiese Moro forastero, y que los que habia en el lugar se saliesen luego fuera; y pareciendole que debian de estar avisados, no quiso partir aquel dia, hasta dar noticia á Don Juan de Austria: el qual le envió á mandar, que sin embargo executase lo acordado. Con esta segunda orden partió del alojamiento de parte de noche, llevando consigo á Don Luis de Cardona, hijo mayor del Duque de Soma. Y encontrando en el camino quatro Moriscos, que venian de las Albuñuelas al Padúl con las cargas de pan, que daban cada semana de contribucion para la gente de guerra de aquel presidio, los mandó alancear; y sin detenerse pasó adelante, y dió sobre el barrio del lugar principal, siendo ya de dia. Lope, famoso monfi, que estaba dentro con gente de guerra, tuvo lugar de huir á la sierra; y quedandose la mayor parte de los vecinos disimulada-

damente en sus casas, como hombres que les parecia no haber cometido delito, y que bastaria para su disculpa haber echado fuera los Moros forasteros, en sintiendo el estruendo de los soldados, que entraban furiosos por las calles, salieron algunos á dar su descargo; mas asi ellos como los demas fueron muertos, sin que el beneficiado Ojeda tuviese tiempo de poder guarecer á su amigo el alguacil. La gente inutil huyó la vuelta de la sierra, pensando poderse salvar hácia aquella parte; mas Tello Gonzalez de Aguilar, que iba de vanguardia con los caballos, los atajó por una ladera arriba, y hizo volver hácia abaxo mas de mil y quinientas mugeres, y gran cantidad de bagages, que todo ello vino á poder de la infanteria. Y hubierase de perder él en este alcance, porque yendo la sierra arriba se le metió el caballo entre dos peñas en una angostura tan grande, que ni lo pudo revolver ni pasar adelante, y le fue necesario apearse, y dexarlo; mas luego acudieron dos escuderos de su compañia, y no lo pudiendo sacar, lo despeñaron por un barranco abaxo; y dando sobre un monton de arena que tenia recogida la corriente del agua, se mancó de un brazo, y todavia baxaron por él, y se lo llevaron manco como estaba, no quiriendo que en ningun tiempo se dixese, que los Moros habian tomado el caballo de su capitan. Este dia un animoso Moro se hizo fuerte en su casa con una ballesta en las manos, y por la ventanilla de un aposento mató al abanderado de la compañia de Don Pedro de Pineda, que con la bandera entraba á buscar que robar; y lo mismo hizo á otros dos soldados, que quisieron retirar á cobrar la bandera. A esto acudió luego Don Pedro de Pineda, y un soldado de su compañia llamado Zayas, ve-

vecino de Sevilla, se lanzó animosamente con el Moro cubierto de una rodela y una celada, que le fue bien provechosa; y como el Moro errase su tiro, Zayas le atravesó de una estocada: y el Moro pasado de parte á parte cerró con él, y bregando le quitó una daga que llevaba en la cinta, y le hirió con ella sobre la celada tan reciamente, que se la hendió; y le matára, sino fuera por ella. Mas al fin, no pudiendo resistir el desmayo de la muerte, cedió; y cayendo en el suelo, le cortó el soldado la cabeza, y el capitan retiró su bandera. Hecho esto los capitanes y soldados quisieran saquear las casas, porque estaban llenas de muchas riquezas, que habian traido de otros lugares á causa de estar aquel de paces, y no les parecia que era bien dexarlas á los enemigos. Mas Don Antonio de Luna no lo consintió, diciendo, que tenia aviso que venian de las Guájaras mas de seis mil Moros á las ahumadas, y que no convenia detenerse; y aunque hubo hartos requerimientos sobre ello, se hubieron de quedar las casas llenas. Volvió nuestra gente aquel dia al Padúl, que está dos leguas de alli, con mas de mil y quinientas almas captivas, y gran cantidad de bagages y de ganados de toda suerte. Esta presa mandó Don Juan de Austria que se repartiese entre los soldados, dando las Moras por esclavas; y dió libertad á la muger y hijas y sobrinas de Bartolomé de Santa Maria, pagando por ellas á los que les habian cabido por suerte seiscientos ducados de la hacienda de su Magestad; y demas de esto les dió licencia para que pudiesen vivir en Granada, ó donde quisiesen en aquel reyno.

CA-

CAPITULO XXII.

Como el Comendador mayor de Castilla llegó á la playa de Velez; y avisado del suceso del peñon de Fregiliana, determinó de hacer la empresa por su persona con la gente que llevaba.

El Comendador mayor de Castilla llegó á Adra á primero de Mayo, y no se deteniendo alli mas de una hora, pasó con veinte y cinco galeras que llevaba á la ciudad de Almuñecar, donde fue avisado de todo lo que habia sucedido á nuestra gente en el peñon de Fregiliana en la sierra de Bentomíz. Y navegando hácia la playa de Velez, llegó á la torre de la mar, que está poco mas de media legua de la ciudad, á tiempo que Arevalo de Zuazo estaba con harto cuidado de deshacer los Moros que alli se habian juntado: el qual acudió, luego que vió las galeras, á la marina. Y como el Comendador mayor, deseoso de saber en particular lo que habia pasado, y el estado en que estaban las cosas de aquel partido, enviase una fragata á tierra, Arevalo de Zuazo se metió luego en ella, y fue á verse con él á la galera real, donde trataron del negocio, y de lo mucho que convenia deshacer aquellos Moros, antes que se hiciesen mas fuertes con socorros forasteros, expugnando aquel peñon, donde estaba recogida la gente y riqueza de la sierra de Bentomíz. El Comendador mayor, que ninguna cosa deseaba mas que emplear aquellos soldados tan aventajados donde pudiesen ser de provecho, dixo, que holgára de tomar la empresa por su persona; mas que no traía orden para ello, ni venia proveido

de bastimentos, ni de las otras cosas necesarias; y que le parecia, segun la cantidad de enemigos le decian que habia juntos en sitio tan fuerte, que seria menester mayor numero de gente, y una provision muy de proposito. Mas al fin satisfizo á todas estas dificultades su buen deseo, y entender del corregidor la cantidad de caballos y peones que se podrian juntar de su corregimiento, y la provision de bagages y bastimentos que se podria hacer en él. Solo faltaba la orden: y mientras se aprestaban las otras cosas, envió por la posta á Don Miguel de Moncada, caballero Catalan, su primo, á Granada, á que informase á Don Juan de Austria de aquel negocio, y se la pidiese. Partido Don Miguel de Moncada, mandó el Comendador mayor desembarcar la gente, y haciendo reseña, halló que tenia dos mil y seiscientos soldados de los de Italia, y quatrocientos de los ordinarios de las galeras. Y por no perder tiempo, mientras le venia la orden de Don Juan de Austria, envió á Don Martin de Padilla, que despues fue adelantado de Castilla, y general de las galeras de España, con doscientos arcabuceros de los de Velez, y sesenta caballos á reconocer el fuerte, y á ver si andaban los Moros desmandados fuera de él, de quien poder tomar lengua. Don Miguel de Moncada llegó á Granada, y hizo relacion en el consejo del negocio á que iba; y con orden que el Comendador mayor hiciese la jornada, volvió con la mesma diligencia á la ciudad de Velez. Y luego envió el consejo á mandar á Don Gomez de Figueroa, corregidor de Loja, Alhama y Alcalá la Real, y al licenciado Soto, alcalde mayor de Archidona, que con el mayor numero de peones y caballos que pudiesen recoger en sus gobernaciones, fuesen á juntarse con él,

él, entendiendo que seria menester mas fuerza de gente de la que tenia para hacer aquel efeto; mas quando llegaron fue ya tarde, por mucha priesa que se dieron.

CAPITULO XXIII.

Como el Comendador mayor juntó toda la gente en Torrox; y de alli fue á poner su campo sobre el peñon de Fregiliana.

Estando pues apercibido todo lo necesario para la jornada, á seis del mes de Junio del año de mil quinientos sesenta y nueve partió Arevalo de Zuazo de Velez con dos mil y quinientos infantes, y quatrocientos caballos de las dos ciudades de su corregimiento, y fue á poner su campo cerca del lugar de Torrox en un sitio fuerte cerca del rio. El mesmo dia saltó en tierra el Comendador mayor de Castilla, y acompañado de Don Juan de Cardenas, que agora es Conde de Miranda, y de Don Pedro de Padilla, y de Don Juan de Zanoguera, y de otros caballeros y capitanes, fue á reconocer al fuerte, y de vuelta vió la gente de las ciudades, que le dió mucho contento verla tan bien en orden. Aquella noche se volvió á las galeras, y otro dia desembarcó su infanteria en la playa del castillo de Torrox. Y puestos los unos y los otros en sus ordenanzas, caminaron los dos campos apartado el uno del otro la vuelta de los enemigos. El Comendador mayor fue á poner su campo en la fuente del alamo, y el corregidor de la otra parte, donde llaman la fuente del acebuchal, en una umbria que cae entre cierzo y levante, cerca del puerto blanco. Capitanes de la infanteria de Malaga

 eran

eran Hernan Duarte de Barrientos, Don Pedro de Coalla, Gomez Vazques, Luis de Baldivia, y el jurado Pedro de Villalobos; y de la de Velez Antonio Perez, Marcos de la Barrera y Francisco de Villalobos; y de la caballeria Luis de Paz; y sargentos mayores el Capitan Berengel Cancer de Omos y Martin de Andía, vecinos de Velez. Don Martin de Padilla reconoció el peñon, y refirió que era muy fuerte, y que no se podria subir á él sin grandisimo trabajo y peligro. Y aunque al Comendador mayor le pareció lo mesmo, su mucha prudencia y gran valor le hizo dar á entender á los soldados, que habia menos dificultad de la que parecia, diciendoles, que no habia cosa tan aspera, donde la virtud y el esfuerzo del buen soldado no hiciese camino. Era el sitio, que el corregidor tenia, aspero y poco seguro; mas convenia mucho tenerle ocupado, por ser aquella la entrada, por donde podia ser socorrido el enemigo de la gente de la Alpuxarra. Y para ver como se habia alojado el campo, y dar orden en lo que se habia de hacer, pasó luego el Comendador allá, y vuelto á su alojamiento, estuvieron aquella noche todos puestos en arma, sin que hubiese cosa notable. Otro dia de mañana se trabaron dos escaramuzas, la una con la gente de Velez Malaga, defendiendose á los Moros el agua del acequia, y la otra con Don Miguel de Moncada, que fue á reconocer el peñon por la parte de levante con setecientos arcabuceros, y cincuenta caballos. El qual andubo al pie de él hasta llegar á la loma de Fregiliana, y subió tanto por ella escaramuzando con algunos Moros, que llegó á descubrir el llano que se hace en la cumbre del peñon, y vió tantas tiendas y chozas de rama, que parecia estar junto en aquel sitio un

un exercito numeroso de gente. En estas escaramuzas murieron algunos Moros, y se retiraron los Christianos á sus alojamientos sin daño. Estando apercibidos los animos y las armas para el asalto tan deseado de nuestra gente, la vispera de San Bernabé en la noche dió orden el Comendador mayor á los capitanes de lo que cada uno habia de hacer. Por la loma de los Pinillos, que cae entre poniente y mediodia, donde primero habia estado Arevalo de Zuazo, mandó que fuese Don Pedro de Padilla con tres mangas de infanteria de su tercio, reforzadas á manera de esquadrones. Por la otra que llaman de Fregiliana, que cae á la mano derecha, Don Juan de Cardenas, hermano de Don Pedro de Zuñiga, Conde de Miranda, á quien despues sucedió en el estado, con quatrocientos aventureros, y alguna gente de Italia. Don Martin de Padilla, que agora es Adelantado de Castilla y Conde de Santa Gadea, por otra lomilla que se hace entre estas dos con trescientos soldados de los de galera, y alguno de Malaga y Velez, y una compañia de los del tercio de Napoles; y por la parte de puerto blanco, hácia la umbria que diximos, mandó que subiese la gente de las dos ciudades, que estaba alojada hácia aquella parte por la loma que dicen de Conca. Y porque el asalto habia de ser á un mesmo tiempo, y no se descubrian los unos á los otros, les ordenó, que llegando á sus puestos hiciesen ahumadas, y que no se moviesen hasta oir tirar una pieza de artilleria de su quartel. En el siguiente capitulo diremos como se combatió y ganó el fuerte.

CA-

CAPITULO XXIV.

Como se combatió y ganó por fuerza de armas el fuerte de Fregiliana.

Quando estuvo la gente apercebida, y puesta en sus lugares, para en oyendo la señal dar el asalto, los soldados de Italia, que iban con Don Pedro de Padilla, quiriendo llevarse la honra, y el premio y la vitoria, se anticiparon, y comenzaron á subir animosamente por el cerro arriba; mas presto fueron pocos los que quedaron libres de muertes, ó de heridas, porque los Moros los aguardaron metidos detras de sus reparos, y tirando muchas saetas y piedras, aunque pocas escopetas, porque no las tenian, los tuvieron arredrados con daño. Y aun se comenzaron á retirar, quando el Comendador mayor, viendo la desorden, mandó dar la señal del asalto, para que no se acabasen de perder aquellos soldados atrevidos. Lo qual se hizo con tanta furia y presteza, que daba bien á entender nuestra gente el deseo que tenia de llegar á las manos con los barbaros infieles, subiendo por laderas tan asperas y fragosas, que aun huyendo temieran otros de ir por ellas. Hubo muchos que antes de llegar arriba iban vencidos del cansancio, que les doblaba la necesidad de irse apartando y encubriendo de las peñas y piedras que los enemigos echaban rodando sobre ellos, que no era el menor peligro. A este se les juntaba otro inconveniente muy grande, y era, que la loma por donde subian no tenia buena arremetida; y los Moros industriosamente habian arrancado las matas, y cortado los estribos que ha-

hacian las peñas, porque no hallasen los soldados donde estribar con los pies, ni de que asir con las manos. Mas aunque estas dificultades aguaban el impetu de los animosos veteranos, muchos las vencieron con valor proprio, hasta llegar á pegarse con los reparos de los enemigos. Alli se trabó una pelea harto reñida y porfiada de entrambas partes, no se oyendo mas que un horrible estruendo de armas, y los dolorosos gemidos de los que caían con desigualdad de las partes, por ser el sitio mas favorable á los Moros que á los nuestros. Ya comenzaban á salir del fuerte animosos barbaros, que con pronta ligereza herian y mataban Christianos, y nuestra gente se retiraba para tornarse á rehacer, viendo que se peleaba con adversa fortuna, quando las compañias de las ciudades de Malaga y Velez, en oyendo la arcabuceria, comenzando á subir por la loma, ó cuchillo de Conca, donde habia una larga legua de cuesta, vinieron á conseguir la deseada vitoria, ayudados de la desorden de los soldados de Italia. Estaban confiados los enemigos de la natural fortaleza, que sin artificio de hombres tenia el peñon por aquella parte, atajando la entrada una peña tajada tan sin camino ni vereda, que parecia imposible poderla hollar hombre humano; y de esta causa habia acudido el golpe de la gente hácia donde les pareció haber mas necesidad de resistencia. Iba la infanteria repartida por tres partes, unos por la loma de Puerto blanco, otros por la mesma umbria, y el mayor golpe de gente por el cuchillo, que dixe de Conca, y el corregidor con los caballos de retaguardia: solos doscientos soldados quedaron de guardia de los alojamientos. Llegando pues los delanteros á la peña que diximos, aunque hallaron algu-

guna resistencia, comenzaron á subir á gatas, y como mejor podian, ayudandose unos á otros, no sin muertes de algunos animosos, que señalaron con su sangre el camino por donde habian de ir los compañeros. Gonzalo de Bozmediano, vecino de Velez, alzó arriba una tobaja blanca en la punta de la espada, y los alfereces Hernando de Caraveo, vecino de Malaga, y Gaspar Zerezo, vecino de Velez, cada uno por su parte fueron los primeros que arbolaron sus banderas y las campearon sobre el fuerte, acompañados de sus capitanes y soldados, que animosamente vencieron la dificultad de la subida, y la ofensa de los enemigos, siendo bien servidos de piedras y saetas por aquella parte, y fueron ocupando tanto espacio del fuerte, que la otra gente tuvo lugar de subir arriba. Luego subieron los trompetas á pie, y comenzaron á tocar el son de vitoria, con que se acobardaron y perdieron el animo los enemigos, y lo cobraron los esforzados del tercio de Napoles, que habian tornado á renovar el asalto, y les iba tan mal en él como en el primero, y el Comendador mayor los mandaba ya retirar. Cobrando pues nuevo aliento, no de otra manera, que si entonces se comenzára la pelea, de doscientos Moros ó mas, que habian salido á darles carga, ninguno volvió al fuerte, que todos los pasaron á cuchillo; y hallando desocupada la entrada, cargaron á los otros de manera, que arrojandose por aquellos despeñaderos abaxo, pusieron su esperanza en los pies, buscando lo mas fragoso de la sierra, donde poderse guarecer huyendo. El mayor golpe de los enemigos fue á dar á dos cañadas que caen, la una cerca de la loma de Fregiliana, y la otra hácia Puerto blanco, donde los caballos, que llevaba Arevalo de Zuazo, dieron

ron en ellos, y mataron muchos: otros acudieron á otras partes, que tambien cayeron en manos de la infanteria. Finalmente de quatro mil Moros, que habia en el peñon, murieron los dos mil: los otros pudieron irse á la Alpuxarra, y muchos de ellos tan heridos, que murieron en el camino. Hubo algunas Moras que pelearon como esforzados varones, ayudando á sus maridos, hermanos y hijos: y quando vieron el fuerte perdido, se despeñaron por las peñas mas agrias, quiriendo mas morir hechas pedazos, que venir en poder de Christianos. A otras no les faltó animo para ponerse en cobro con sus hijos en los hombros, saltando como cabras de peña en peña. Fueron captivas tres mil almas, y el despojo de seda, oro, plata y aljofar valió mucho precio. Tomóse gran cantidad de ganado mayor y menor, trigo, cebada y otros bastimentos que tenian recogidos en el fuerte, en tanta cantidad, que pudieran sustentarse con ello muchos dias. No hubieron los nuestros la vitoria sin sangre, porque murieron en los asaltos mas de quatrocientos hombres, y entre ellos Don Pedro de Sandoval, sobrino del Obispo de Osma; y hubo mas de ochocientos heridos, la mayor parte de ellos soldados de Italia, y casi todos los capitanes, y entre ellos Don Juan de Cardenas, Don Antonio Luzon, Don Luis Gaytan, Carlos de Antillon y otros caballeros. Ganado el fuerte, y saqueado lo que habia en él, el Comendador mayor se estuvo quedo en su alojamiento aquella noche, dexando encargadas las esclavas y el despojo que alli habia al capitan Don Alonso Luzon. Y el siguiente dia, habiendo hecho desbaratar los reparos, y destruir los bastimentos y las otras cosas que no se podian llevar, y dado orden en curar los heridos; ca-

 mi-

minó la vuelta de Torrox, y de alli se embarcó para Malaga, donde fue bien recebido, y los ciudadanos con mucha caridad y amor recogieron los caballeros y soldados, y los acariciaron y hicieron curar, que lo habian bien menester, segun el trabajo que habian pasado en la mar y en la tierra. Arevalo de Zuazo con la gente de su corregimiento se fue á Velez, y los soldados que quedaron sanos fueron bien aprovechados: y lo fueran todos, si el repartimiento de las esclavas, que cupieron á los soldados del tercio de Napoles, se hiciera luego; mas dilatóse algunos meses, hasta que se consumieron, como se suelen consumir las cosas de comunidad: y quando vino á darse alguna parte, ya los que la habian de haber eran muertos ó idos. No era bien acabado de ganar el fuerte de Fregiliana, quando la gente de Loja, Alhama, Alcalá la Real y Archidona, que serian ochocientos hombres de á pie y de á caballo, llegaron á la sierra de Bentomíz, y viendo que no habia que hacer, la pasearon muy á su voluntad, y recogieron los ganados que pudieron haber en los campos; y de las casas de los Moros sacaron muchos silos de ropa y joyas, que habian dexado escondido, quando se subieron al peñon: y no con menor despojo que los que habian combatido, se volvieron á sus casas.

CAPITULO XXV.

Como Aben Umeya envió á levantar los lugares del rio de Almanzora: y la descripcion de aquella tierra.

Rio de Almanzora quiere decir rio de la vitoria. Tiene principio de una fuente, que nace en el camino que va

va de Canilles de Baza á Seron , llamada Fuencaliente, y corriendo por un valle lleno de arboledas, va á dar á la villa de Tíjola , dexando en los cerros de la mano derecha algo apartadas del rio á Seron , el Déyre , Bayarca , Lúcar , Sierro , Sofloy, Almuña , Purchena , que tiene titulo de ciudad , Olúla , Finíx , Lanteyra , Cantoria , Líxar , Codbar , Errax , el Borx , Alboleas , Sujura , ó Súrgena , Overa , las Cuevas , Lubrín , Urriecal, Ante, Védar, Serena , Teresea, Cabrera , Benitagla , Albanchez : y en la torre de Montroy , una legua á poniente de la ciudad de Vera , se mete en el mar mediterraneo. En las sierras que son á levante de él , yendo hácia la mar, están Lucus , Somontin , Partalóba , Codbar , Oria , Albóx , Velez el Rubio , y Velez el Blanco. Tiene á poniente la sierra de Bacáres , y la de Filábres, cuyo lugar principal se llama Tahalí. Los otros son Senes , Chercos , Alcudia , Álhabra , Benalguacil el alto, Benalguacil el baxo , Benicanon , Senimina , Xenecít, Castro , Ulela de Castro , y Ulela del Campo. Y á tramontana la hoya y comarca de Baza , donde están las villas de Canilles , Benamaurel , Zujar , Freyla , Cúllar, Guescar , Castilleja , Orce , Galera , Cortes y otros. A levante tiene las sierras de los Velez y de Moxacar. Y á mediodia el mar mediterraneo. Toda esta tierra es abundante de pan y de legumbres ; crian los moradores mucha seda y muy buena , y tienen muchos ganados. En las laderas de las sierras de una parte y otra del rio hay hermosas arboledas de guertas , que se riegan con el agua de las fuentes que nacen de ellas , y corren á dar al rio principal : y las frutas todas son tempranas y muy sabrosas. La mayor parte de las villas tienen castillos antiguos puestos en sitios fuertes por naturaleza , y algu-

nos son de calidad, que con poco trabajo se podrian hacer inexpugnables. Quisieron los rebeldes levantar todos los pueblos de este rio, quando levantaron á Xérgal; y por temor del Marques de los Velez, que, como atras diximos, entraba por aquella parte, lo dexaron de hacer. Este miedo les duró todo el tiempo que estuvo alojado en Terque. Y como despues salió el Marques de Mondejar de la Alpuxarra, y el Marques de los Velez se recogió en Verja, y despues en Adra; acudiendo los Moros por las sierras de Xérgal y de Bacáres, comenzaron á hacer algunos saltos en el rio de Almanzora. De aquí tomó atrevimiento Aben Umeya de enviar á levantar aquella tierra; y andandolo tratando, un Moro de los que estaban con él fue al lugar de Almuña, y quiriendo consolar á la muger y hijas de Geronimo el Maleh, que las tenia captivas el alcayde Diego Ramirez, les dixo, que estuviesen de buen animo, porque dentro de quince dias tendrian libertad, y que el proprio Maleh venia con mucha gente á levantar aquellos pueblos. Habia hecho Diego Ramirez muy buen tratamiento á estas Moriscas, y tenialas recogidas en casa de un Morisco amigo suyo; y quiriendo gratificarle la buena obra, le dixeron lo que el Moro les habia dicho, para que se pusiese con tiempo en cobro. El qual envio luego un correo á Don Juan de Austria, suplicandole que enviase alguna gente de guerra, con que poder asegurar aquella tierra antes que los Moros entrasen en ella, porque de otra manera se perderia. Y como esto no se pudo hacer tan presto como la necesidad pedia, á doce dias del mes de Junio de este año de mil quinientos sesenta y nueve baxaron de la Alpuxarra el Gorri de Andarax, y el Peligui de Xérgal, y con ellos el Maleh

leh y otros capitanes Moros con mas de quatro mil hombres de pelea ; y dando primero en Purchena , se hubieran de perder los Christianos que alli habia , si el bachiller Roman , beneficiado de Macaela , que venia de captiverio de la Alpuxarra , y habia llegado la noche antes, no les avisára como dexaba junta aquella gente para venir á amanecer sobre ellos. Los quales viendo que en la fortaleza no habia alcayde ni gente de guerra , aunque de sitio era muy fuerte, no osaron meterse dentro ; y dexandola desamparada , se fueron huyendo á Oria , y á Vera , y á otras partes. Por manera que quando llegaron los Moros , habia solas tres horas que se habian salido de la ciudad , y solamente hicieron que los Moriscos, que moraban en ella, se rebelasen; y á los que no querian hacerlo , les daban muchos palos , y los llevaban consigo maniatados. Hubo tres Moriscos de los principales , que por no alzarse dexaron sus mugeres y hijos : los dos de ellos se metieron en Oria , y el uno en Cantoria : los otros todos , qual de grado, qual por fuerza, se fueron con sus mugeres y hijos á la Alpuxarra. Los Moros robaron y destruyeron la iglesia ; luego saquearon las casas de los Christianos, y mataron una muger vieja , que no habia querido irse con los demas ; y no quiriendo dexar aquella fortaleza desamparada , por ser de la calidad que era , metieron gente de guerra dentro para sustentarla : y de la madera de los techos de la iglesia , que desbarataron , hicieron aposentos y reparos en ella , y levantaron una torre de tapieria hácia aquella parte. Hecho esto pasaron á Olúla y á los otros lugares, y levantando los Moriscos de ellos , saquearon y destruyeron las iglesias y las casas de los Christianos ; mas no mataron ninguno , porque

se

se habian puesto todos en cobro con el aviso de la muger y hijas del Malch. Los Moriscos de Seron estuvieron tres dias que no se alzaron, porque los entretuvo Diego de Mirones, vecino de Madrid, que tenia la tenencia de aquel castillo por el Marques de Villena, cuya es aquella villa. El qual habiendo enviado su muger y hijos á Castilla con los soldados que tenia de guarnicion, y con los vecinos Christianos que vivian en aquel lugar, que por todos serian ciento y treinta hombres, se velaba con mucho cuidado; y quando supo que los Moros andaban alzando los lugares del rio, recogió todas las mugeres Christianas en el castillo. Estando pues los alcaydes Moros en el rio, le enviaron á decir, que por tenerle buena voluntad, y pesarles de su trabajo, le aconsejaban, que les entregase aquella fortaleza: y que si esto hacia, le dexarian ir con toda la gente que tenia dentro, y le acompañarian hasta ponerle en lugar seguro cerca de Baza; mas que sino lo hacia, supiese que no podian dexar de pasar él y los que con él estaban por el rigor de la muerte. Diego de Mirones recibió la embaxada con alegre semblante, y hizo dar de comer á dos Moros que la llevaban, y sendos pares de alpargates que le pidieron. Y despues les respondió, que él agradecia mucho á los alcaydes la voluntad que mostraban á sus cosas; mas que el castillo le tenia por el Marques de Villena, á quien habia escrito para ver lo que mandaba que hiciese de él: y que venida la resolucion, que seria muy en breve, podria responderles con mas certidumbre. Vueltos los dos Moros con la respuesta, los alcaydes entendieron que era dilacion, y dende á dos dias el Malch y el Hanon fueron con todo el golpe de la gente sobre él; y alzando los Moriscos de la villa, le

le tuvieron cercado doce dias. Y al fin viendo que se les defendia, y que no tenian artilleria con que poderle batir, ni se podia ganar á batalla de manos, levantaron el cerco, y fueron sobre Tahali, lugar de Don Enrique Enriquez; y alzandose los Moriscos del lugar, cercaron y combatieron el castillo, donde estaba Don Alvaro de Luna, vecino de Baza, con cincuenta soldados. Lo primero que hicieron fue acometer el reducto, ó rebellin; y picandole, hicieron un portillo, y entraron dentro, y sacaron dos caballos que estaban en una caballeriza. Luego enviaron á requerir al alcayde que se rindiese, diciendo, que por ser aquel lugar de Don Enrique Enriquez harian todo buen tratamiento á los que estaban dentro con él, y los dexarian ir libremente con sus armas y bienes muebles donde quisiesen. Y aunque sobre esto hubo demandas y respuestas, estando el alcayde suspenso entre temor y esperanza, al fin aceptó el partido, con que le diesen solos dos dias de termino, y los Moros alzaron el cerco. Esto hizo Don Alvaro de Luna contra la voluntad de un Morisco llamado Juan Alguacil y de un hijo suyo, de los mas ricos de aquel lugar, que se habian recogido con él en el castillo: los quales le requirieron, que no lo rindiese, porque ellos se ofrecian á defenderle con la gente que alli habia; mas no le pudieron convencer, antes se enojó con ellos, y los metió en una mazmorra: y dentro del termino que los alcaydes le habian dado salió de él con todos los soldados y cinco mugeres vestidas en habito de hombres, y se fue á la ciudad de Almería. Los Moros entraron en el castillo, y hallando en la mazmorra aquellos dos Moriscos, los sacaron fuera, y los ahorcaron luego, no sin grandisima nota del que

que los habia dexado alli. Certificaronnos personas, que dixeron haberse hallado presentes, que murieron Christianos, diciendo, que morian por no ser traydores á Dios ni al Rey. Ganado el castillo de Tahali, los Moros pasaron á Cantoria, y teniendo cercada aquella villa solo un dia, se les dió, porque eran todos los vecinos Moriscos. Y por esta orden fueron levantando todos los otros lugares del rio, excepto á Oria, las Cuevas y Seron, que se defendieron los castillos por entonces.

CAPITULO XXVI.

Como los Moros volvieron á cercar el castillo de Seron, y yendo á socorrerle Don Alonso de Carvajal, se le mandó que no fuese, y se volvió á su villa de Jódar.

Quiriendo pues Aben Umeya acabar de ocupar todos los lugares del rio de Almanzora, para hacer la guerra por aquella parte, recogió el mayor numero de gente que pudo, y se fue á poner en la sierra de Bacáres, y desde alli envió un alcayde llamado el Mecebe sobre el castillo de Seron: el qual le cercó con cinco mil Moros á diez dias del mes de Junio de este año con grandes regocijos y algazaras. El alcayde Diego de Mirones envió luego un soldado á Baza, para que desde alli se diese aviso á su Magestad y á Don Juan de Austria del estado en que estaba. El qual salió de parte de noche, y pudo hacer el efeto á que iba, sin que los Moros se lo estorvasen. Mas ya en este tiempo Don Juan de Austria sabia por algunas espias, como los Moros se aprestaban para ir sobre el castillo, y se habia tratado del re-

remedio, y tomadose resolucion en el consejo en que convendria que fuese á socorrerle suficiente numero de gente, por si fuese menester pelear con el enemigo en campaña; y porque no la habia de ordenanza, que pudiese ir con la brevedad que el negocio requeria, acordaron de cometerlo á Don Alonso de Carvajal, señor de Jódar, encargandole, que juntase el mayor numero de gente que pudiese de sus deudos, amigos y vasallos, y hiciese aquel socorro. Este acuerdo habia sido muy acertado, si otra provision no lo interrompiera: porque su Magestad siendo avisado del cerco, escribió aquellos mesmos dias al Marques de los Velez, que procurase socorrer aquella fuerza, pareciendole, que por tener su campo junto en Adra, nadie lo podria hacer con mas brevedad. El aviso de esta orden llegó á Don Juan de Austria á tiempo que Don Alonso de Carvajal iba la vuelta de Baza con mil y quinientos arcabuceros, y ciento y cincuenta caballos, y muchos caballeros y hijosdalgo de Ubeda y de Baeza, amigos y allegados de su casa. Y casi á un mesmo tiempo, estando un dia Don Juan de Austria con los del consejo, le llegó un correo con carta del Marques de los Velez, en que decia, que habiendole su Magestad cometido el socorro del castillo de Seron, y viendo quan mal lo podia hacer, por la distancia que habia desde Adra, le habia parecido que podria ir á hacerlo en su lugar una de tres personas, Juan Rodriguez de Villafuerte Maldonado, corregidor de Granada, Don Luis de Cordoba, ó Don Rodrigo de Benavides, con mil y quinientos infantes, y trescientos caballos, que era numero suficiente y necesario para aquel efeto. Esta carta puso en confusion á los del consejo por el inconviniente que traía; y estu-

vieron suspensos, no se determinando, si pasaria adelante Don Alonso de Carvajal con la orden que llevaba de Don Juan de Austria, ó si se le mandaria que parase. Luis Quixada decia, que no se debia hacer otra provision sobre la que su Magestad habia hecho en el Marques de los Velez; el Presidente porfiaba, que la que Don Juan de Austria habia hecho en Don Alonso de Carvajal, pues el consejo supremo no proveyera lo contrario, si supiera lo que él tenia proveido, era la que se habia de guardar, porque tenia poder y facultad para poderlo hacer, como capitan general: mayormente que se habia de mirar el inconviniente que se presentaba de perder aquel castillo con qualquiera dilacion, poniendo exemplo en que en tiempo del Emperador Don Carlos, habiendo él mesmo proveido la plaza de maese de campo del tercio de Napoles, que estaba vaca, en un caballero particular, teniendola proveida el Visorey Don Pedro de Toledo en otro, se habia determinado que la provision del Visorey se habia de cumplir, pues siendo capitan general habia podido proveerla. De este parecer fueron la mayor parte del consejo, mas Don Juan de Austria se arrimó á lo que Luis Quixada decia, y se resolvió en que Don Alonso de Carvajal se volviese, porque llegó luego otra carta del Marques de los Velez, avisando, como por parecerle que habia dificultad en ir á hacer aquel socorro uno de los tres caballeros que habia señalado, lo habia cometido á Don Enrique Enriquez su cuñado, que estaba mas á la mano en Baza. Toda esta diligencia que el Marques de los Velez hacia, se entendió que era para deshacer la provision de Don Alonso de Carvajal, de que ya estaba avisado, quiriendo enviar persona de su mano. Era el

Mar-

Marques de los Velez valeroso y esforzado caballero, y muy discreto; mas no se podia determinar qual era en él mayor extremo, su esfuerzo, valentía y discrecion, ó la arrogancia y ambicion de honra, acompañada de aspereza de condicion, á que demasiadamente era inclinado. Volviendo pues á nuestra historia, Don Juan de Austria escribió luego á Don Alonso de Carvajal, mandandole, que en el lugar que le alcanzase aquella carta, parase, y se volviese á su casa, y agradeciese de su parte á la gente que llevaba la voluntad con que se habian movido á hacer aquella jornada: la qual convenia que parase por algunos respetos que habia parecido al consejo; y alcanzandole el correo en Cullar, una legua antes de llegar á Baza, se volvió bien desgustado, por no dexarle llegar á hacer el efeto para que habia salido. Dexemos agora el socorro de este castillo, que hubo hartas controversias en él por encontrarse las dos provisiones, y vamos á echar los Moriscos del Albaycin de Granada, cosa en que hacian grandisima instancia el Presidente y el Duque de Sesa, pareciendoles que aquella gente no era de provecho, y podria ser muy dañosa, teniendola en la ciudad.

CAPITULO XXVII.

Como se sacaron los Moriscos del Albaycin de Granada, y los metieron la tierra adentro.

Todas las ocupaciones del consejo eran estos dias en tratar de la orden que se ternia para echar los Moriscos del Albaycin, viendo que los negocios de la guerra iban cada dia empeorandose: porque los Moros ya no al-

alzaban los pueblos para sacar gente , como lo habian hecho hasta alli, sino para defenderlos, poniendo el animo y la confianza en mayores cosas : lo qual parecia causar la remision que habia de nuestra parte , no se acabando de resolver en cosa de quantas se trataban. Al fin vino orden de su Magestad para que con el menor escandalo que ser pudiese se metiesen la tierra adentro todos los Moriscos de Granada y del Albaycin, que fuesen de edad de diez años arriba , y de sesenta abaxo , y que los llevasen á los lugares de la Andalucía, y á otros pueblos comarcanos fuera de aquel reyno , y los entregasen por sus nominas á las justicias para que tuviesen cuenta con ellos : y que para que esto se hiciese sin alboroto , se les diese á entender como los apartaban de peligro por su bien y quietud , y que allanada la tierra se ternia cuenta con ellos , y serian remunerados los que hubiesen sido leales. Tomado pues acuerdo de la manera que esto se habia de hacer , la vispera de San Juan de Junio Don Juan de Austria mandó apercebir la gente de guerra que habia en la ciudad y en los lugares de la vega. Luego se echó bando general , que todos los Moriscos y Mudejares , que moraban en la ciudad de Granada, y en su Albaycin y Alcazaba , asi vecinos como forasteros , se recogiesen á sus parroquias: los quales con harto miedo , como personas que sabian muy bien la pena en que habian incurrido , y temian que los encerraban para hacer algun castigo exemplar en ellos , no pudiendo hacer otra cosa , obedecieron. Y viendolos tan afligidos el padre Albotodo , fue al Presidente Don Pedro de Deza , y le dió parte del temor y afliccion con que estaban aquellas gentes : el qual le dixo , que fuese de su parte á decirles , que no temiesen,
por-

porque él les aseguraba las vidas; y que si para ello quisiesen una cedula firmada de su nombre, se la daria. El qual escribió luego la cedula, y se la dió que la firmase, y se la firmó por solo asegurarlos. Y con esto tomaron algun consuelo, porque entendieron, que siendo clerigo no los engañaria; aunque lo que mas los aseguró fue la palabra que Don Juan de Austria les dió, estando ya encerrados en las iglesias, en nombre de su Magestad, diciendo, que los tomaba debaxo del amparo y seguro Real, y les certificaba, que no les seria hecho daño; y que sacarlos de Granada era para desviarlos del peligro en que estaban puestos entre la gente de guerra. Tambien Don Alonso de Granada Venegas les certificó, que lo que se hacia era para su bien. Y con esto se aseguraron los hombres de buen entendimiento, y estos tales aseguraron á los demas. Estuvieron aquella noche con algunas compañias de infantaria de guardia en las puertas de las iglesias. Y otro dia de mañana, estando apercebida y puesta en sus esquadrones toda la gente de guerra, en el llano que se hace entre la puerta de Elvira y el hospital Real, Don Juan de Austria, el Duque de Sesa, el Marques de Mondejar, Luis Quixada, y el licenciado Birviesca de Muñatones, cada uno por su parte, porque no hubiese algun escandalo, los sacaron de alli, y llevandolos recogidos en medio de las ordenanzas de los arcabuceros, los fueron encerrando poco á poco en el hospital real, donde estaba Francisco Gutierrez de Cuellar, caballero del habito de Santiago, y teniente de contador mayor de cuentas, que por mandado de su Magestad habia venido aquel dia á Granada, y con él algunos contadores y escribanos, tomando por memoria los nombres y edades de los que en-

encerraban , para que hubiese cuenta y razon con los que iban y quedaban , y se pudiesen entregar por sus listas á los corregidores de los partidos donde habian de ir. Fue un miserable espectaculo ver tantos hombres de todas edades , las cabezas baxas , las manos cruzadas, y los rostros bañados de lagrimas , con semblante doloroso y triste , viendo que dexaban sus regaladas casas, sus familias , su patria , su naturaleza , sus haciendas, y tanto bien como tenian , y aun no sabian cierto lo que se haria de sus cabezas. Exemplo grande para que los subditos entiendan , quan bien les está ser leales vasallos á sus Reyes y señores naturales , pues al fin son ellos los que los han de amparar y defender ; y por el contrario nadie se paga del traydor. Con toda quanta diligencia pusieron Don Juan de Austria y los del consejo en recoger los Moriscos sin escandalo , este dia se ofreció ocasion con que los hubieran de matar á todos, y fue , que Don Alonso de Arellano , uno de los capitanes de infanteria de Sevilla , quiriendo hacer una invencion á diferencia de las otras compañias , puso un crucifixo en una hasta de una lanza cubierto con un velo negro, y le hizo llevar delante de su compañia; y viniendo por la calle Elvira con los Moriscos de dos parroquias en medio de los soldados , viendo los desventurados aquella insignia , entendieron que los llevaban á matar ; y aun las Moriscas que iban llorando tras de ellos creyeron lo mesmo : una de las quales vimos dar grandes voces mesandose los cabellos , y diciendo en aljamia : "O desventurados de vosotros , que os llevan como corderos al degolladero; quánto mejor os fuera morir en las casas donde nacistes?" Llegando pues con este miedo á la puerta del hospital Real , sucedió , que un

un barrachel de campaña llamado Velasco dió un palo á un Morisco mancebo algo falto de juicio, que llevaba medio ladrillo debaxo del brazo: el qual se lo tiró, y le hendió una oreja. A esto acudieron luego los alabarderos de la guardia, y matando al Morisco, no parára alli el negocio, porque los matáran los soldados á todos, creyendo que era Don Juan de Austria el herido, que iba vestido de las mismas colores que el Velasco, si el valeroso Principe no acudiera á detener la gente metiendose en medio, y diciendo á voces: "Qué es esto, soldados? Vosotros no veis que si á Dios desplace la maldad del infiel, por mas ofendido se tiene de aquellos que profesan su ley, porque están mas obligados á guardar verdad á todo genero de gentes, principalmente en cosas de confianza. Mirad pues lo que haceis, no quebranteis el seguro que les he dado, porque hasta agora no hay cosa que lo pueda innovar; y si la justicia de Dios tardare, no disimulará el exemplo de su castigo." Con estas y otras razones de ruego y amenazas los apaciguó. Y porque no se alborotase la ciudad, y matasen los Moriscos que venian por las calles, mandó á Don Francisco de Solís y á mí, que nos fuesemos á poner en las puertas de la ciudad, y no dexasemos entrar á nadie dentro. Y demas de esto dixo al barrachel que se fuese luego á curar, y dixese, que no le habia herido nadie, sino que su mesmo caballo le habia dado una cabezada. Finalmente se quietó el negocio, y fueron encerrados todos los Moriscos en aquel hospital, que es un edificio muy suntuoso y muy grande, que la Catholica Reyna Doña Isabel mandó hacer poco despues de haber ganado aquella ciudad para curar enfermos de todas enfermedades, y recoger los locos,

y

y de alli los llevó la gente de guerra á los lugares de la Andalucía , dexando por entonces , demas de los muchachos y viejos , muchos oficiales que eran menester en la ciudad , y otros que tuvieron favor. Quedaron tambien los Mudejares , porque alegaban no deber ser ellos tratados igualmente que los Moriscos , por haber venido en vasallage del pueblo Christiano en su prosperidad , y no opresos de necesidad como ellos , y haber servido sus antepasados en las guerras á los Principes Christianos en tiempo que pudieran servir á los Reyes Moros : y asi se disimuló con ellos por entonces. Hecho esto comenzó á sentirse mas seguridad en la ciudad , aunque quedó grandisima lastima á los que habiendo visto la prosperidad , la policía , y el regalo de las casas, carmenes y guertas, donde los Moriscos tenian todas sus recreaciones y pasatiempos , y desde á pocos dias lo vieron todo asolado y destruido , y tan mal parado , que parecia bien estar sujeta aquella felicisima ciudad á tal destruicion , para que se entienda que las cosas mas esplendidas y floridas entre la gente están mas aparejadas á los golpes de fortuna. Tenian los del Albaycin cierto pronostico , que , segun nos dixeron algunos de ellos, les decia, que vernia tiempo en que verian baxar por la cuesta de la Alcazaba un arroyo de sangre morisca , que cubriria una gran piedra que estaba á un lado de aquella calle junto al pilar de la Merced. Y pudieron decir que se les cumplió este dia , porque por toda aquella cuesta abaxo vimos baxar tantos Moriscos , que cubrieron la calle y la piedra ; y si bien se considera, ellos eran la verdadera sangre que su pronostico decia. Dexemoslos pues con su mala ventura, que los que quedan iran presto tras de ellos ; y volvamos

mos al rio de Almanzora , donde dexamos cercado el castillo de Seron.

CAPITULO XXVIII.

Como Don Enrique Enriquez envió á Don Antonio Enriquez , su hermano , en socorro del castillo de Seron, y los Moros le desbarataron.

En este tiempo los Moros apretaban reciamente á los Christianos que tenian cercados en el castillo de Seron. Y Don Juan de Austria siendo avisado , que Don Enrique Enriquez estaba mal dispuesto , y que no podia ir á hacer aquel socorro por su persona , como el Marques de los Velez decia , acordó de enviar á ello á Don Luis de Cordoba , uno de los tres caballeros que habia señalado al principio ; y mientras se aparejaba la gente que habia de ir , y se daba orden en las cosas necesarias para la jornada , envió delante al capitan Antonio Moreno. El qual adoleció en Baza, de cuya causa se procedió en el socorro mas lenta y espaciosamente de lo que convenia , y sucedieron los inconvenientes que adelante diremos : porque viendose el alcayde Diego de Mirones en grandisimo trabajo por la falta de agua para tanta gente como tenia dentro, á culpa de los mesmos soldados y vecinos , que por ocuparse en robar las casas del lugar , quando se fueron los Moriscos , no habian querido henchir el algibe, que les fuera de mas provecho , que los viles despojos que metieron en el castillo , hizo que se descolgasen por el muro de parte de noche tres soldados grandes arabigos : y les mandó , que , lo mas encubiertamente que

pudiesen, pasasen por el campo de los enemigos cada uno por su parte, y fuesen á dar aviso á la ciudad de Baza del estado en que le dexaban, y dixesen á Don Enrique Enriquez que le enviase socorro; y que de vuelta procurasen traer alguna polvora acuestas, como mejor pudiesen; avisandoles, que quando tornasen, si viesen que no podian llegar al castillo con seguridad, hiciesen una ahumada de dia en el cerro del Xavea, que está dos leguas de Seron á la parte de Baza; y si les respondiesen á ella desde la torre del homenage, llegasen; y si no, se volviesen. Salieron estos tres soldados del castillo, de la manera que hemos dicho, dia de San Pedro á veinte y nueve de Junio, y fueron tan venturosos, que pasaron por medio del campo de los Moros sin ser conocidos, y llegaron á Baza, y dieron su recaudo á Don Enrique. El qual no fue á hacer el socorro por estar enfermo, ni lo envió por entonces, porque no tenia cantidad de gente para ello, y estaba aguardando que le viniese de fuera; y haciendo dar á cada uno de ellos un zurron de polvora, los despidió. Mandandoles, que dixesen al alcayde Mirones, que con mucha brevedad le socorreria, y que se entretuviese lo mejor que pudiese. Sucedió pues que los Moriscos, que moraban dentro la ciudad de Baza, vieron los tres soldados, y supieron lo que iban á tratar, porque tenian espías dentro de la casa del proprio Don Enrique. Y para dar aviso á los Moros, tomaron las señas de ellos, y despacharon un Morisco al alcayde Mecebe, avisandole, que si acudiesen al campo, tuviese cuenta con prenderlos. El qual usó de un ardid de guerra que le pudiera aprovechar, y fue mandar que algunos Moros aljamiados se llegasen al castillo, y dixesen como los tres Christianos que habian

bian enviado á Baza eran muertos, y diesen las propias señas que tenian, y les persuadiesen á que se rindiesen, pues ya no tenian remedio sino que se habian de perder. Mas los cercados entendieron luego que no era verdad lo que decian, porque los soldados habian hecho la ahumada que se les habia mandado en el cerro del Xavea, y no les habia respondido, y entendieron claramente, que se habian vuelto á Baza conforme á la orden que llevaban, antes tomaron alguna manera de consuelo, por entender que habrian pasado á dar su recaudo. No mucho despues Don Enrique acordó de enviar el socorro con Don Antonio Enriquez, su hermano, aunque fue muy flaco, porque no llevó mas de quinientos arcabuceros y sesenta caballos, con orden que entrase por el parage de Lucar, que cae tres leguas de Seron en el mesmo rio. Con esta gente llegó Don Antonio Enriquez á Lucar, y hallando solas las mugeres en las casas, y doce Moros que se habian hecho fuertes en el castillo, no quiso detenerse en combatirle, antes viendo que hacian grandes ahumadas, apellidando la tierra, y entendiendo que se juntaria mucha gente contra él, dió vuelta hácia Baza sin llegar á Seron: y no se engañó mucho, porque el Mecebe con toda su gente acudió luego á las ahumadas. Y estando en el cortijo del Xauca, que á penas acababan de llegar á él, dieron sobre ellos; y hallandolos desapercebidos, con improviso acometimiento los desbarataron; y matando mas de doscientos soldados, pusieron los demas en huida; y cargados de armas y despojos volvieron aquel dia á Seron, haciendo grandes alegrias por la vitoria. Luego envió el Mecebe un recaudo á Mirones, diciendo, que no porfiase mas en su vana defensa, que

le habia de aprovechar poco, porque le hacia saber, como todos los Christianos, que iban á socorrerle, eran muertos, y ofreciendole qualquier partido que pidiese, si determinaba de entregarle aquel castillo.

CAPITULO XXIX.

Como Diego de Mirones salió á buscar socorro, y fue preso: y los cercados rindieron el castillo de Seron.

Entendiendo pues los cercados que debia de haber alguna rota de nuestra parte, porque la polvora, con que los Moros tiraban, era de mejor respuesta, que la con que habian tirado hasta alli, asi por esto, como por ver los grandes regocijos que por todo el campo hacian, comenzaron á desmayar; y estando en gran confusion, vieron asomar cincuenta de á caballo, que Don Enrique enviaba á que diesen vista al castillo desde lejos para entretener á los cercados en esperanza, mientras llegaba Don Luis de Cordoba con la gente que iba de Granada: porque tenia aviso que le enviaba Don Juan de Austria á hacer aquel socorro. Estos caballos los pusieron en mayor confusion, porque, como dieron luego la vuelta, sin llegar al castillo, entendieron que iban huyendo. Creciendo pues cada hora el temor, y la falta del agua que los aquejaba mucho, Diego de Mirones determinó de salir en persona con treinta arcabuceros de parte de noche, y rompiendo por medio del campo de los enemigos ir á buscar socorro, antes que la gente pereciese de sed. Con este acuerdo salió, y arcabuzeandose con los Moros, pasó por todos ellos sin perder hombre: y pusieranse en salvo con mucha facilidad, si los sol-

soldados, que iban muertos de sed, no se detuvieran tanto en el rio bebiendo, que los Moros tuvieron lugar de alcanzarlos : los quales tomandoles los pasos por diferentes partes, siguiendo el rastro de las cuerdas que llevaban encendidas, dieron con catorce de ellos, y los mataron: los otros diez y seis pudieron salvarse con la escuridad de la noche, y llegaron otro dia á Baza. Diego de Mirones, que iba á caballo, anduvo toda la noche perdido de un barranco en otro con un solo mozo, que le pudo seguir. Y como no era pratico en la tierra, despues de cansado de dar vueltas, dexó ir el caballo por donde quiso; y quando creyó estar cerca de Caniles, en la hoya de Baza, se halló en las viñas de Seron, porque como el caballo habia sido criado en aquel lugar, volvió á la querencia. Y descubriendole los Moros que estaban en las atalayas, baxaron á él, y le tomaron los pasos: y al fin no se pudiendo menear ya el caballo de cansado, le prendieron. Con esta prision fueron los enemigos muy alegres, porque entendieron que se les entregarian luego los cercados; y llevandole á la tienda del Mecebe, donde estaba tambien el Maleh, que habia venido aquellos dias al campo, trataron con él, que si hacia que los Christianos rindiesen el castillo, les darian libertad á él y á quantos habia dentro chicos y grandes, hombres y mugeres, con que dexasen las armas, y no llevasen consigo mas de cada ocho reales: y entre ruego y amenazas le dixeron, que si no lo hacian, le darian cruelisima muerte. Viendose Diego de Mirones preso, y sabiendo el trabajo que habia dentro del castillo, y quan mal se podia ya sustentar, creyendo que los Moros cumplirian su palabra, tuvo este medio por razonable. Y llevandole maniatiado á una casa jun-

junto á la puerta del castillo, llamó á Gonzalez su escribano, y á otros Christianos por sus nombres, y les dió cuenta de su desventura, y les rogó que saliese uno de ellos debaxo de seguro á tratar de partido, porque los alcaydes le hacian tal, que le parecia que no era de desechar. Luego salió el escribano, y con él otros tres Christianos, que hicieron sus capitulaciones con los alcaydes de la manera que diximos, con aquellas condiciones. Y á once de Julio de este año de mil quinientos sesenta y nueve entregaron el castillo á los Moros; mas los enemigos de Dios no les guardaron nada de quanto les prometieron, porque tomaron las mugeres y niños por esclavos, y mataron cruelmente todos los hombres, y entre ellos dos clerigos de misa, y quatro mugeres viejas. Y como dixese un Moro, vecino de Seron, al Maleh, que cómo permitia que se hiciese un tan mal hecho como aquel, mostró una carta de Aben Umeya, por la qual le mandaba, que no diese vida á Christiano que pasase de doce años; y que luego le enviase á Diego de Mirones y á todas las mugeres á Bacáres. Mataron este dia ciento y cincuenta Christianos, y fueron captivas ochenta mugeres. Otro dia siguiente llegaron á vista de Seron Don Antonio Enriquez, y el capitan Antonio Moreno, que llevaban la vanguardia del socorro; y hallando las calles llenas de cuerpos de Christianos muertos, y el castillo ocupado de Moros, se volvieron. Y lo mismo hizo Don Luis de Cordoba desde el camino, quando supo que era perdido Seron.

CAPITULO XXX.

Como Don Juan de Austria mandó proveer de gente las fortalezas de los Velez y Oria, y encomendó aquel partido á Don Juan de Haro.

Siendo el castillo de Seron perdido, los Moros quedaron por señores de todos los lugares del rio de Almanzora. Y como las villas de los Velez y Oria estuviesen en peligro, por haber en ellas muchos Moriscos y pocos Christianos, y la fortaleza de Velez el Blanco, donde estaban las hijas del Marques de los Velez, mal proveida de gente que la pudiese defender, y falta de agua, porque un algibe que habia dentro, no la detenia, que estaba hendido, el Presidente Don Pedro de Deza pidió con mucha instancia á Don Juan de Austria mandase proveer aquellas villas, de manera que el enemigo no hiciese algun daño en ellas, estando como estaba el Marques de los Velez metido en la Alpuxarra, donde no podia socorrerlas, porque podria ser que fuese sobre ellas para ocuparlas, y alzar aquellos Moriscos; ó á lo menos, quando otra cosa no pudiese hacer, sacarle de la Alpuxarra llamandole hácia aquella parte, cosa que seria de mucho inconveniente. A esto proveyó luego Don Juan de Austria, que se escribiese al licenciado Pedro del Odio, alcalde de corte de la Audiencia Real, que estaba en la ciudad de Lorca, haciendo justicia sobre un delito, que con toda brevedad proveyese aquellas villas de gente, bastimentos y municiones, y de todas las otras cosas necesarias para su defensa. Y se envio orden á Don Juan de Haro, capitan de los caballos

llos del Marques del Carpio, que venia de camino hácia Granada, que con su compañia se metiese en Velez el Blanco, y tuviese cuidado de guardar aquel partido, procurando que los Moros no hiciesen daño en él. Pedro del Odio envió solos quarenta soldados con Diego Ramirez, alcayde de Almuña, porque no pudo sacar mas gente de Lorca: con los quales, y con otros sesenta arcabuceros que envió la ciudad de Murcia, se metió en la fortaleza de Oria; y pareciendole no estar alli muy seguro, sacó cantidad de municion de polvora, cuerda y plomo, y muchas esclavas Moras, que el Marques de los Velez tenia dentro, y lo llevó todo á Velez el Blanco. Y con esta gente, y la que Don Juan de Haro llevó, se aseguraron aquellas villas por entonces, que no estaban en poco peligro, si los Moros fueran sobre ellas antes que este socorro les llegára, porque el Maleh con mas de tres mil hombres intentó de ocupar la fortaleza de Oria; y hallando resistencia en los soldados, que habia dentro, alzó el lugar, y se llevó todos los vecinos Moriscos á la sierra, dia de señor Santiago de este año de mil quinientos sesenta y nueve.

CAPITULO XXXI.

Como Aben Umeya escribió á Don Juan de Austria, pidiendole que le rescatase á su padre y hermano que estaban presos en Granada.

Habiendo Aben Umeya apoderadose de las fortalezas del rio de Almanzora, dexó por general de aquel partido al Maleh, y se fue al Lauxár de Andarax, y desde alli envió la gente á sus partidos; y vanaglorioso con aquel

aquel suceso, acordó que seria bien tratar de la libertad de su padre y de su hermano, que, como diximos, estaban todavia presos en la carcel de la Chancillería de Granada. Para esto despachó un mozuelo Christiano, que habia sido preso en Seron, con tres cartas, una para Don Juan de Austria, otra para Don Luis de Cordoba, y la tercera para el Marques de los Velez: en la qual le rogaba, que encaminase aquel mozo á Granada con el despacho que llevaba. Y porque los Moros no le hiciesen algun mal en el camino, le dió un pasaporte en arabigo, que traducido en romance decia de esta manera: "Con el nombre de Dios misericordioso y piadoso. Del estado alto ensalzado, y renovado por la gracia de Dios, el Rey Muley Mahamate Aben Umeya, haga Dios con él dichosa la gente afligida y atribulada del poniente. Sepan todos que este mozo es Christiano de los de Seron, y va á la ciudad de Granada con negocios mios, tocantes al bien de los Moros y de los Christianos, como es costumbre tratarse entre los Reyes. Todos los que le vieren y encontraren, dexenle pasar libremente y seguir su camino; y ayudenle, y denle todo favor, para que lo cumpla, porque el que lo contrario hiciere, y le estorvare, ó prendiere, condenarse ha en perdimiento de la cabeza." Y abaxo decia: "Escribiólo, por mandado del Rey, Aben Chapela." Y á la mano izquierda debaxo de los renglones estaban unas letras grandes, que parecian de su mano, que decian: "Esto es verdad", imitando á los Reyes Moros de Africa, que no acostumbran firmar sus nombres sino por aquellas palabras por mas grandeza. Llegado el mozo con el despacho á la Calahorra, el Marques de los Velez lo encaminó á Granada, y él se fue derecho á la

fortaleza de la Alhambra, y lo dió al Marques de Mondejar, y le dixo, como Aben Umeya le enviaba á solo llevar aquellas cartas, y que para aquel efeto le habia dado libertad; mas que no sabia lo que se contenia en ellas. Y el Marques llevando consigo al mozo se fue luego á Don Juan de Austria, y juntandose los del consejo, algunos quisieran que el proprio mensagero entrára á dar su recaudo; mas el licenciado Virviesca de Muñatones dixo, que no convenia á la autoridad de Don Juan de Austria dar audiencia á la embaxada de un herege y traydor, que estaba con las armas en las manos, sino que se cometiese á uno de los que alli estaban, que viese las cartas, y examinase aquel mozo, y hiciese despues relacion en el consejo. Cometiendoselo pues al proprio licenciado Muñatones, abrió las cartas, y lo que se contenia en la que venia para Don Juan de Austria era: "Que habia sabido que habia dado tormento á Don Antonio de Válor su padre, y á Don Francisco su hermano: los quales no tenian culpa de lo que él hacia; y que la causa de aquel levantamiento solamente habia sido por los agravios que los ministros de justicia habian hecho: que le rogaba mucho mandase hacerles buen tratamiento, porque de otra manera mataria quantos Christianos tenia en su poder; y que quiriendoselos dar por rescate, ó trueque, daria ochenta captivos por ellos: y si fuese menester dar algunos de los que estaban en Berbería, los haria traer para aquel efeto, aunque estuviesen en poder del gran Turco." Esto se contenia en la carta de Don Juan de Austria: y en la de Don Luis de Cordoba solamente le encomendaba, que tratase aquel negocio con Don Juan de Austria. Haciendo pues relacion en el consejo de lo que se contenia en las cartas, se acordó,

que

que no se le respondiese, sino que el proprio Don Antonio de Válor le escribiese, certificandole como se les hacia buen tratamiento, y que no se les habia dado tormento, y lo que mas á él le pareciese, aconsejandole como padre que se apartase de aquella liviandad en que andaba. Lo qual se hizo asi, y dende á pocos dias tornó á escrebir otra carta en respuesta de la de su padre por la via de Guéjar, y la encaminó al alcayde Xoaybi, que estaba de guarnicion en aquel presidio, con otra para él, que decia de esta manera: "Los loores á Dios del estado grande, venturoso, renovado por Muley Mahamete Aben Umeya, que Dios haga vitorioso: salud en Dios, y su gracia y bendicion, que desea á su especial amigo el alcayde Xoaybi de Guéjar. Hermano mio, lo que os ruego es, que envieis luego á Granada esta carta, que os será dada escrita en castellano: y guardaos no alceis mas alcaría ninguna hasta que venga respuesta de ella, que despues de esto yo os daré orden de lo que habeis de hacer. Y por Dios os encargo seais hombre de secreto, que presto iré á veros, y proveeré todo lo que os cumpliere. La salud y bendicion de Dios sea sobre vos." Hasta aqui decia la carta del alcayde Xoaybi: la qual hallamos originalmente en su posada, quando despues Don Juan de Austria ganó el lugar de Guéjar; y segun parece, el traydor no envió la otra á Granada, antes la debió de abrir, y visto lo que se contenia, la guardó para calumniarle con ella. Y asi parece que los Moros, gente sospechosa, entendiendo que trataba de su daño, se indignaron contra él, persuadidos por algunos ofendidos, que le aborrecian por las crueldades que habia hecho en los hombres mas principales de su nacion; y de secreto comenzaron á tratarle

le la muerte : y al fin se la dieron , como se dirá en su lugar.

CAPITULO XXXII.

Como Aben Umeya juntó su campo en Andarax para ir sobre Almería : y como Don Garcia de Villa Roel dió sobre Guécija , y le desbarató el desinio que llevaba.

En el capitulo treinta y seis del quinto libro diximos, como Don Garcia de Villa Roel hizo ahorcar á Francisco Lopez , alguacil de Tavernas , luego que volvió al cargo de la gente de guerra de Almería : porque se temió que el Marques de los Velez enviaba por él á ruego de unos Moriscos deudos suyos, que andaban de paces , y habian hecho que se reduxese otro Moro no menos valeroso que él, llamado Alonso Lopez , con un hijo suyo que se decia Pedro Lopez , que andaban estos dias en nuestro campo , y despues huyeron á la sierra; y juntando numero de Moros , hicieron grandes daños á los Christianos, corriendo la tierra , y captivando y matando mucha gente. Fortalecieron el castillo de Tavernas , y lo sustentaron hasta que Don Juan de Austria ocupó las fortalezas del rio de Almanzora , como diremos adelante. Los quales hacian instancia , pidiendo á Aben Umeya que fuese sobre Almería, facilitandole aquella empresa con decir , que no habia gente de guerra dentro suficiente para defenderla , en especial habiendo tanto numero de Moriscos de los muros adentro , con quien ellos tenian sus inteligencias. Y no se engañaban, porque por el mes de Marzo pasado habia pedido el Mar-

Marques de los Velez á Don Garcia de Villa Roel su compañia de caballos para cierto efeto, y le habia enviado á Juan de las Eras su alferez con treinta escuderos escogidos, y una compañia de infanteria del capitan Bernardino de Quesada, y no le habia vuelto mas la gente, y la que quedaba era poca, y la ciudad estaba como cercada; y era tan molestada de los enemigos, que no osaban salir de los muros, especialmente que tenian aviso, como Aben Umeya habia tratado de sacarlos por una parte; y teniendolos arredrados de los muros, dar él por otra, y atajarlos fuera de la ciudad. Y aun lo habia ya intentando dos veces, enviando mas de mil Moros de parte de noche á que se metiesen en las guertas: los quales se llevaron los Moriscos de paces que moraban en ellas, y mataron algunos que no quisieron ir con ellos. Finalmente Aben Umeya con determinacion de poner cerco sobre Almería, y ocupar aquel puerto tan importante para recebir los navios de Africa, juntó mucho numero de gente en Andarax. Y siendo avisado de ello Don Garcia de Villa Roel por sus espias, aunque no con certidumbre de lo que queria hacer, porque unos le decian que la junta era para dar sobre Almería, otros sobre Adra. Para entender el desinio que tenia, ó interrompersele, si pudiese, salió de Almería á veinte y tres de Julio con doscientos arcabuceros y treinta caballos; y sin declarar lo que iba á hacer, porque los Moriscos de la ciudad no lo sintiesen, y diesen aviso á sus parientes, caminó aquel dia la vuelta de Inóx, que está á levante de Almería, y quando anochecia hizo alto; y recogiendo la gente, les dixo el fin para que los habia sacado de la ciudad, y como iban á dar sobre Guécija, donde sabia que estaban Moros de guer-

guerra, y esperaba en Dios hacer algun buen efeto. Está el lugar de Guécija quatro leguas de Andarax, donde tenia Aben Umeya recogida su gente, y de esta causa quisieran algunos de los que iban con Don Garcia de Villa Roel, que se dexára la empresa para mejor ocasion, quando el campo del enemigo estuviese mas apartado; mas él los persuadió de manera, que hubieron de proseguir su camino. Y volviendo sobre el norte, caminaron toda aquella noche con grandisimo trabajo, porque demas de ser el camino aspero y muy fragoso, hacia grande escuridad; y al reir del alba fueron á dar sobre el lugar; y quedandose á la parte de fuera Don Garcia de Villa Roel con cien arcabuceros y quince caballos puestos en su esquadron, Don Christoval de Benavides su hermano acometió con los demas el lugar: y matando muchos Moros, salió de la otra parte con algunos soldados siguiendo á los que se subian huyendo á la sierra. A este tiempo Don Garcia de Villa Roel mandó tocar á recoger, porque se desmandaban mucho yendo cebados en los enemigos, y sabia que estando Aben Umeya tan cerca, no dexaria de acudir á las ahumadas que hacian por las sierras. Habiendose pues recogido nuestra gente, dió vuelta hácia Almería con ciento y treinta esclavas y muchos bagages cargados de ropa. No tardó mucho en llegar el socorro que enviaba Aben Umeya; y en el barranco que dicen del Ramon, dos leguas y media de Almería, los Moros mas ligeros alcanzaron la retaguardia, donde iban Don Garcia y Don Christoval de Benavides, y otros caballeros y soldados de honra: los quales se pusieron en emboscada detras de un cerro, aguardando á que los enemigos se acercasen para darles un Santiago; mas ellos se desviaron, y to-

tomaron lo alto de una loma sobre mano izquierda, y desde alli comenzaron á escopetear á nuestra gente. Venia delante de todos un Moro animando á los otros, y dando grandes voces que acometiesen sin miedo: al qual derribó un soldado de un arcabuzazo, y muerto aquel todos los demas aflojaron, y se fueron quedando por aquellos cerros; y no siendo los Christianos mas seguidos, prosiguieron su camino con toda la presa, y entraron en Almería una hora antes de medio dia. De esta jornada se consiguió mucho efeto, porque Aben Umeya mudó parecer, entendiendo que le habian mentido los Moriscos de Almería, y que habia en la ciudad mas gente y mejor recaudo del que le habian dicho. Y quedó tan enojado con ellos de alli adelante, que hacia matar quantos le venian á las manos con sola informacion de que los hubiesen visto hablar con Don Garcia de Villa Roel, creyendo que eran espias: y en poco tiempo faltaron veinte y tres Moriscos de la ciudad y su tierra, que hizo morir cruelisimamente. A unos hacia enterrar hasta la cinta, y tirarles con las ballestas; á otros desquartizaban vivos; y á uno hizo aserrar por medio con una sierra. Y fue tanto el miedo que de alli adelante tuvieron, que muchos dexaron el oficio, y sino era con grande interes, no se hallaba quien quisiese ser espia.

CA-

CAPITULO XXXIII.

De una entrada que Don Antonio de Luna hizo en el valle de Lecrin, donde murió el capitan Cespedes: y de algunos recuentros que hubo estos dias con los enemigos á la parte de Salobreña.

Habianse vuelto los vecinos de Pinillos del Valle á sus casas estos dias, y como hubiese entre ellos algunos Moros de guerra que hacian daño, Don Juan de Austria mandó á Don Antonio de Luna, que con las compañias que estaban alojadas en la vega de Granada, y tomando de camino alguna gente de la que estaba en el presidio de Tabláte, fuese á dar una alborada sobre aquel lugar: el qual recogió tres mil y doscientos infantes, y ciento y veinte caballos, con que llegó á Tabláte la vispera de señor Santiago. Y porque no halló alli al capitan Cespedes, cabo y gobernador del presidio, que era ido á uno de los lugares reducidos alli cerca, dexó orden al capitan Juan Diaz de Orea, que en viniendo le dixese, que dos horas antes que amaneciese enviase dos compañias de infanteria de tres que alli tenia por el camino derecho de Pinillos, y fuesen á amanecer sobre el lugar, porque lo mesmo haria él con toda la otra gente. Y porque entendió que los Moros, que le habian visto llegar, estaban sobre aviso, para desmentir las espias, acordó de volverse por donde habia venido, para que entendiesen que era escolta que habia traido bastimentos, y se volvia á Granada: y se fue á emboscar aquella noche en lo de Béznar, hasta que vió que le quedaba de la noche el tiempo que habia menester para ir

ir á amanecer sobre Pinillos. Apenas se habia vuelto Don Antonio de Luna, quando el capitan Cespedes vino á Tabláte, y vista la orden que habia dexado, quiso ir él con la gente, no embargante que algunos amigos le aconsejaron que no hiciese la jornada, pues no tenia orden de Don Juan de Austria para ello, ni estaban bien él y Don Antonio de Luna. Otro dia de mañana, que fue la fiesta del señor Santiago á veinte y cinco de Julio al reir del alba, se halló toda nuestra gente sobre el lugar de Pinillos; mas no se pudo hacer el efeto, porque estaban los Moros avisados, y habian subidose con sus mugeres y hijos á las sierras. Y viendo que habia errado el tiro Don Antonio de Luna, dió vuelta hácia los lugares de las Albuñuelas y Salares; y llegando á Restaval, que todos estos pueblos están juntos, ordenó al capitan Cespedes, que fuese por el camino arriba, que sube hácia las Albuñuelas, con doscientos arcabuceros, y con él Francisco de Arroyo con los soldados de la quadrilla de Pedro de Vilches; y él con toda la otra gente pasó al lugar de Salares, á fin de cercar aquellos dos lugares á un tiempo. Llegando pues el capitan Cespedes á lo alto de la sierra, que está entre Restaval y las Albuñuelas, vió estar un golpe de Moros en un cerro redondo que está á la mano izquierda en medio de un llano, y á las espaldas de él tenian las mugeres, bagages y ganados en el valle de la sierra, que está sobre Restaval. Dexando pues el camino que llevaba, y enderezando hácia ellos, los tiradores comenzaron á trabar escaramuza; y á la primera rociada le dieron un escopetazo por los pechos, que le pasó un peto fuerte que llevaba, y le derribó muerto en tierra. Acudieron tantos Moros de los que andaban derramados por aque-

llas sierras sobre los Christianos que con él iban, que hubieron de retirarse desordenadamente, dexando muertos algunos soldados, y entre ellos uno llamado Narvaez de Ximena, que peleó este dia como buen Español al lado de su capitan por retirarle. No pudo Don Antonio de Luna socorrerlos, hallandose de la otra parte de un barranco que se hace entre los dos cerros; y la caballeria que estaba abaxo en el rio con Don Alvaro de Luna su hijo se retiró luego desbaratada. Algunos dixeron que Don Antonio de Luna no habia querido socorrer al capitan Cespedes; mas no se debe presumir semejante crueldad en caballero Christiano, ni aunque le socorriera llegára á tiempo de poderle salvar la vida, porque le mataron luego como comenzó la escaramuza; antes se entendió haber sido causa de su muerte su demasiado animo, y quererse meter donde estaban los Moros de todo el valle, por ventura con deseo de hacer algun efeto importante. Finalmente Don Antonio de Luna no quiso pasar el barranco, que estaba entre él y el cerro de la escaramuza: el qual habiendo saqueado á Salares, juntó los capitanes á consejo para ver lo que se haria; y despues de haber dado y tomado gran rato sobre ello, viendo que el numero de los Moros crecia, se fue retirando la vuelta del Padúl por diferente camino del que habia llevado, quedando el capitan Lazaro de Eredia, esforzado mancebo, de retaguardia con su compañia para recoger la gente que venia medio desbaratada. Los Moros siguieron el alcance todo lo que les duró la aspereza de la tierra, que no osaron pasar adelante por miedo de los caballos; y volviendo á Salares, mataron algunos soldados que se habian quedado saqueando las casas. El alferez de Cespedes se hizo fuerte en

la

la iglesia con tres soldados, y se defendió alli tres dias, hasta que les pusieron fuego, y los quemaron dentro. Solamente llevaron los escuderos algun ganado que toparon desmandado, y cantidad de bagages y ropa que sacaron del lugar, y seis Moras captivas. El suceso de este dia puso mayor animo á los alzados, y luego la semana siguiente, yendo el alferez Moriz con la infanteria de la ciudad de Truxillo, cuyo capitan era Juan de Chaves de Orellana, acompañando una escolta que iba del Padúl á Tabláte, el Macox envió trescientos escopeteros á esperarla en el barranco de Talara; y saliendo de una emboscada, en que se habia metido, la desbarataron, y mataron al alferez y á todos los soldados que iban con ella. Mas luego envió Don Juan de Austria otra mas á recaudo con el capitan Iñigo de Arroyo Santistevan, y Pedro de Vilches Pie de palo: los quales dexando el paso de Talara, donde se entendia que estarian los Moros, fueron de parte de noche á pasar por otro paso mas arriba, que llaman de los nogales; y los burlaron de manera, que quando era de dia estaban de la otra parte del barranco, y llegaron seguramente á Tabláte, donde quedó la mitad del bastimento, y la otra mitad llevó el capitan Gaspar de Alarcon, que vino por ello desde Órgiba. No mucho despues se mandó sacar el presidio de Tabláte, y se pasó á Acequia, lugar mas conviniente para la seguridad del camino, y de las escoltas.

Habianse juntado algunas veces los Moros del valle de Lecrin y de las Guájaras, y llevadolos Gironcillo á correr hácia lo de Motril y Salobreña; y saliendo á ellos los caballos, aunque pocos, les habian hecho mucho daño. Juntando pues el Moro seiscientos tiradores estos

dias, fue á emboscarse detras del cerro que llaman del hacho cerca de Salobreña; y andando unos Christianos desmandados en el campo, salió á ellos, y mató uno, y hirió otro: los demas volvieron huyendo á la villa. Y como las centinelas tocasen rebato, Don Diego Ramirez de Haro hizo disparar una culebrina para dar aviso en Motril, que está una legua de alli, y es todo tierra llana. Y saliendo Don Luis de Baldivia con sesenta caballos de su compañia, y de la de los contiosos de Arjona, que estaban con él de guarnicion en aquella villa, fue en busca de los enemigos: los quales en sintiendo disparar la pieza de artilleria se habian retirado hácia la sierra; y alcanzandolos en las cuestas de Termay, que están á poniente de Salobreña, andando peleando con ellos, salió Don Diego Ramirez con solos siete caballos que tenia consigo; y acometiendolos animosamente, los desbarataron, y hicieron huir. Y pasando los capitanes hasta junto á Itrabo, pusieron fuego á los panes, y quemaron todos aquellos montes; y como no llevaban infanteria para combatir el lugar, se volvieron á sus presidios. Sucedió aquel dia que un Moro de á pie se abrazó con un escudero, y derribandole del caballo, se lo quitó, y subió en él para llevarselo; mas otro escudero de Motril, llamado Diego Perez Treviño, viendo que se iba con el caballo del Christiano, arremetió con el suyo contra él; y alcanzandole, le echó mano de los cabezones, y el Moro asió de él tan recio, que entrambos vinieron al suelo; y bregando un buen rato, al fin mató Treviño al Moro, y cobró el caballo, y lo volvió á dar á su dueño.

LI-

LIBRO SEPTIMO
DE LA HISTORIA
DEL REBELION DE LOS MORISCOS
DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO.

Como su Magestad mandó reforzar el campo del Marques de los Velez, y se le ordenó que allanase la Alpuxarra.

Estabase todavia el campo del Marques de los Velez en Adra sin hacer efeto, porque tenia muy poca gente, y gran falta de bastimentos, por haber consumido ya el trigo y cebada que habia hallado en el campo de Dalías; y deseoso de salir de alli, pedia que le engrosasen el campo, proveyendole de gente, y de todas las otras cosas necesarias con que poder deshacer al enemigo, y allanar la tierra. Y habiendose platicado largamente sobre su comision en el consejo de su Magestad, se tomó resolucion en que se pusiese luego por la obra, no siendo tiempo de poderse dilatar mas el negocio. Ordenóse al Comendador mayor de Castilla, que con las galeras que traía á su orden llevase al campo del Marques de los Velez los soldados platicos de Italia; y la gente que Don Juan de Mendoza tenia en Órgiba, que iria á embarcarse á la playa de Motril; y cinco com-

pañias que iban á orden del Marques de la Favara, las quatro de la ciudad de Cordoba, cuyos capitanes eran Don Francisco de Simancas, Cosme de Armenta, Don Pedro de Acevedo y Don Diego de Argote, y la otra suya; y á Don Sancho de Leyva, que fuese á traer mil Catalanes, que estaban hechos en Tortosa, cuyo cabo era un caballero del habito de Santiago, de aquella nacion, llamado Antic Sarriera. Al capitan Francisco de Molina se mandó, que entregase la gente de guerra, que tenia en Guadix, á Don Rodrigo de Benavides, hermano del Conde de Santistevan, y que con mil infantes y cincuenta caballos, que se le darian en Granada, se fuese á meter en Órgiba; y que Don Luis de Cordoba, general de la caballeria, que alli estaba, se viniese á Granada: todo lo qual se puso luego por la obra. El Comendador mayor llevó los soldados viejos, y toda la otra gente á la villa de Adra, y hizo tres viages desde Motril cargado de bastimentos, municiones y bagages; y Don Sancho de Leyva llevó el tercio de los Catalanes. Los proveedores de Granada y Malaga aprestaron mucha cantidad de bastimentos: el de Granada los envió á Órgiba, y el de Malaga por mar á Adra. Solamente se dexó de poner bastimento en la Calahorra, cosa que el Marques de los Velez pedia con instancia, entendiendo que no seria menester, ó por los fines que al consejo pareció, que, segun lo que despues sucedió, fuera de grande importancia, y fue de mucho daño no haberlos puesto alli. Tampoco se le proveyeron todos los bagages que pedia, porque se habian con grandisima dificultad, á causa de que los bagageros los huían, y muchos los desjarretaban, ó los dexaban morir de hambre, por no servir con ellos: tantos eran los cohechos,

ro-

robos y malos tratamientos, que los alguaciles y comisarios les hacian. Habia opiniones diferentes en el consejo de Granada en este tiempo sobre la orden que se habia de dar al Marques de los Velez. Algunos querian que pasase á Vera, para asegurar la sospecha que habia de los Moriscos de los reynos de Murcia y Valencia, y de toda aquella costa, y allanar lo del rio de Almanzora: otros que se estuviese quedo en Adra, y saliese de alli á hacer los efetos necesarios para allanar la Alpuxarra, y deshacer al enemigo. Y estando un dia tratando sobre ello Don Juan de Austria, dixo que le parecia que no podria ser bien proveido el campo en Adra, porque por tierra era muy largo el camino para las escoltas, habiendo de ir desde Granada á Órgiba, y desde alli á Adra; y por mar tampoco habia seguridad de poder enviar los navios, por los inciertos temporales; y que le parecia debia ponerse en parte donde estuviese mas cerca del enemigo, y fuese proveido con menos dificultad; y que seria bien que se pusiese en Uxixar de la Alpuxarra, lugar puesto entre las taas, y en buen comedio para salir á conseguir el efeto que se pretendia, cosa que se podia hacer muy mal desde Vera, por estar á trasmano. Y estando todos de este acuerdo, al Marques de Mondejar se le representó un inconviniente, á su parecer grande, y era, que para pasar de Adra á Uxixar se habia de ir forzosamente á Verja, y entre Verja y Uxixar habia un paso, por donde de necesidad se pasaba la sierra por una peña horadada, que no podia ir mas que un hombre tras de otro; y si se ponian alli los enemigos, que habian de acudir á las ahumadas en viendo marchar el campo, podrían recebir mucho daño los Christianos. Esta dificultad tuvo algo suspen-

sos

sos á los del consejo, entendiendo que no habia otro camino por donde poder ir, sino aquel; y mandando venir los adalides alli delante de ellos, se informaron muy particularmente, si habia otra parte por donde se pudiese ir, quiriendo desechar el paso que el Marques de Mondejar decia. Los quales dixeron, que rodeando una legua se podia escusar, yendo á dar á Lucaynena, y de alli á Uxixar; aunque tambien habia otro mal paso en un barranco, que los Moros llamaban Haudar el Bacar, que quiere decir el arroyo de las vacas, dificultoso, no tanto como el de la peña horadada. Finalmente se concluyó aquel consejo con que se escribiese al Marques de los Velez, que tomase el camino que los adalides decian, y se fuese á poner en Uxixar, no perdiendo el tiempo ni la ocasion en lo que se habia de hacer, porque en lo que tocaba á las provisiones se harian las diligencias posibles para proveerle. En el siguiente capitulo diremos lo que le sucedió en el camino.

CAPITULO II.

Como el Marques de los Velez partió con su campo de Adra; y como los Moros le salieron al camino, y los desbarató, y pasó á Uxixar.

Siendo avisado el Marques de los Velez donde habia de ir, y el camino que habia de llevar, y teniendo aprestadas todas las cosas para la partida, mandó dar cinco raciones á la gente de guerra; y haciendo cargar todos los bastimentos y las municiones que pudieron ir en los bagages, partió de la villa de Adra á veinte y seis dias del mes de Julio de mil quinientos sesenta

y

y nueve años, con doce mil infantes y quatrocientos caballos. Llevaba su campo puesto en ordenanza, repartida la infanteria en tres esquadrones, el uno á vista del otro. La vanguardia llevaba el Marques de la Favara: de batalla iban Don Pedro de Padilla, y Don Juan de Mendoza, y Don Juan Faxardo, á cuyo cargo estaba la infanteria que el Marques de los Velez tenia en Adra; y de retaguardia Antic Sarriera: el bagage iba en medio, y el Marques de los Velez detras de todo el campo con la caballeria. Aquella tarde llegaron al lugar de Verja, donde estuvo tres dias alojado el campo; y habiendose informado muy bien el Marques de los Velez del camino que se habia de tomar, para huir el paso de peña horadada, partió otro dia de mañana la vuelta de Uxixar por el camino de Lucaynena, llevando la mesma orden que quando salió de Adra, excepto que los tercios iban trocados. De vanguardia iba Don Juan de Mendoza, luego el Marques de la Favara; seguíale el Marques de los Velez con la caballeria, y detras de él Antic Sarriera y Don Juan Faxardo; y de retaguardia de todos Don Pedro de Padilla. Tenia ya aviso Aben Umeya del poderoso exercito que se aparejaba contra él, y hizo tres provisiones. A Hernando el Habaqui envió con cartas á Argel, para que procurase traerle algun socorro; á Don Hernando el Zaguer hizo ir á recoger el mayor numero de gente que pudiese en los partidos de Almería, rio de Almanzora, y sierras de Baza y Filábres; y á Pedro de Mendoza el Hosceyn, con cinco mil hombres, mandó que defendiese la entrada de la Alpuxarra á nuestro campo, aunque el proprio Hosceyn nos dixo despues, que no llevaba orden de pelear, sino de espantar, porque tenian acordado de

no pelear hasta tener toda la gente junta. Caminando pues nuestros esquadrones poco á poco, llevando sus mangas de arcabuceria sueltas á los lados, y algunos caballos y peones descubriendo delante, á las ocho horas de la mañana los descubridores llegaron á unas vertientes de sierras que están á la mano derecha del paso de las vacas, donde descubrieron los Moros que estaban derramados por aquellos cerros haciendo grandes algazaras. Don Juan de Mendoza prosiguió su camino, y llegó á un llano que se hace junto al barranco, y alli hizo alto, tomando por frente á los enemigos: los quales comenzaron á deshonrar á los soldados, diciendo y haciendo las deshonestidades que semejantes barbaros acostumbran. Metieronse algunos soldados en el barranco con deseo de arcabuzearse con ellos, á tiempo que el Marques de los Velez asomaba por un cerro con la caballeria: el qual viendo trabada la escaramuza sin orden suya, envió á mandar á Don Juan de Mendoza que parase, y pasando á la vanguardia le reprehendió, diciendo, que habia sido atrevimiento, con el qual pudiera poner el campo en condicion de perderse. Y mostrando estar enojado con él, mandó á Don Juan Faxardo que pasase adelante con dos mil infantes, y que acometiendo á los enemigos, procurase echarlos de aquellos lugares: y por otra parte envió á Don Juan Enriquez con algunos caballos el barranco arriba á buscar paso por donde pudiese pasar la caballeria. Los Moros comenzaron á remolinar, y dende un poco se fueron retirando; mas luego dieron vuelta, mostrando querer hacer algun acometimiento, como gente que presumia defender aquel paso; y quando vieron subir otra manga de arcabuceros, y entre ellos caballeria que los iba

cer-

cercando, no osando aguardar, dieron luego á huir. A este tiempo los soldados delanteros comenzaron á llamar la caballeria para que los siguiese, y el Marques de los Velez dexando sobre el barranco á Don Juan Enriquez con las banderas de los Catalanes y del tercio de Napoles, pasó, y fue en su seguimiento. Iban ya los Moros huyendo por aquellos cerros la vuelta de Lucaynena, y no osando aguardar en ninguna parte, pasaron á Uxixar y á Válor, donde estaba Aben Umeya, dexando muertos mas de cincuenta de ellos, que pudo nuestra gente alcanzar; y mataranse muchos mas, si no fuera el calor que hacia tan grande, que desmayaba los hombres y los caballos; y hubo algunos soldados que perecieron de sed en el alcance. Aquella noche se alojó nuestro campo en Lucaynena, tan desordenadamente, que el Marques de los Velez, viendo la mala orden del alojamiento, se apeó fuera del lugar al pie de una encina. A este tiempo Don Juan Enriquez, que vió el paso del barranco desembarazado, hizo pasar la infanteria adelante, y se quedó con los caballos de resguardo mientras pasaba el bagage, por si acudiesen enemigos; y fue bien que no los hubiese segun el embarazo y la confusion grande que hubo, porque cayendo los bagages cargados unos sobre otros en el barranco, murieron muchos; y siendo necesario poner cobro en la municion y bastimentos que llevaban, se detuvieron tanto, que sobrevino la noche; y juntandose los capitanes á consejo, acordaron de quedarse alli hasta otro dia, y enviaron dos escuderos que avisasen al Marques de los Velez, para que mandase poner dos ó tres compañias de guardia en el camino, que hiciesen escolta á los bagages que iban enviando poco á poco; mas no hubo es-

to efeto, porque los escuderos no le hallaron aquella noche, por haberse apeado de la manera que diximos. Otro dia los capitanes hicieron cargar los bagages, y los aviaron lo mejor que pudieron, no con pequeño trabajo, haciendo que los escuderos llevasen la polvora, plomo, y cuerda y pelotas de los bagages, que quedaban muertos, delante en los arzones de los caballos, porque no se quedase alli aquella municion. Recogida toda la gente partió el Marques del alojamiento de Lucaynena, y fue aquel dia á Uxixar, y se metió dentro á vista de los enemigos, que estaban puestos en ala por las laderas de las sierras: los quales se retiraron luego á Válor sin hacer acometimiento. Esta mesma noche llegó Don Hernando el Zaguer con mucha gente que traía recogida de los lugares por donde habia andado; y quando vió nuestro campo en Uxixar, y supo quan poca defensa habia hecho el Hosceyn en el paso que habia ido á defender, y que tampoco habia osado acometer el segundo dia, desconfiado del negocio de la guerra, dixo que no era ya tiempo de aguardar mas, y se fue la vuelta de Murtas; y en un lugar llamado Mecina de Tedel murió de enfermedad dentro de quatro dias. Estuvo el Marques de los Velez en Uxixar dos dias, y siendo avisado que Aben Umeya habia juntado la gente de la Alpuxarra en Válor, y que estaba con determinacion de pelear, pareciendole que no habia mas que aguardar para deshacerle, quiso informarse del camino que podria llevar, para que la caballeria fuese superior, y pudiese executar el alcance. Y como las guias le dixesen que de ninguna manera se podria ir por tierra llana, sino era rodeando una jornada, y haciendo noche en el camino en parte donde no habia agua,
qui-

quiso ir él en persona á reconocerlo; y pareciendole que el camino derecho, que va por el rio arriba, no era tan dificultoso como decian las guias, acordó de ir por él en busca del enemigo.

CAPITULO III.

Como nuestro campo fue en busca del enemigo, y peleó con él en Válor, y le venció.

Habiendo reconocido el Marques de los Velez el camino, y determinado de ir por él, á tres dias del mes de Agosto, despues de haber oido misa, y encomendadose todos los fieles á Dios, comenzó á marchar con todo su campo en la mesma orden que habia venido hasta alli. Llevaba la vanguardia Don Pedro de Padilla con los soldados viejos de su tercio, y la mayor parte de la gente del tercio de los pardillos mezclados unos con otros. Luego seguia el Marques de los Velez con la caballeria, armado de unas armas negras de la color del acero, y una celada en la cabeza llena de plumages, ceñida con una banda roxa, que daba una lazada muy grande atras, y una gruesa lanza en la mano mas recia que larga. El caballo era de color vayo encubertado á la bastarda con muchas plumas encima de la testera: el qual iba poniendose con tanta furia, lozaneandose y mordiendo el espumoso freno con los dientes, que señoreando aquellos campos representaba bien la pompa y ferocidad del capitan general que llevaba encima. Detras de la caballeria iba el bagage, y en la batalla el Marques de la Favara con sus compañias, y algunas del reyno de Murcia, y de retaguardia Antic Sarriera con los

los Catalanes, y luego Don Juan de Mendoza. Todos estos esquadrones llevaban sus mangas de arcabuceros á los lados, ocupando las laderas y las cumbres de los cerros, de donde parecia que los enemigos podrian hacer daño: y de esta manera caminaban poco á poco, guardando sus ordenanzas por el rio arriba. Habiase puesto el enemigo con toda su gente en la ladera de un cerro que está por baxo de Válor con las banderas tendidas, tocando los atabalejos y las dulzaynas con tanta armonía, que atronaban aquellos valles; y en un cerrillo que está á caballero del rio y del camino, por donde forzosamente habia de pasar nuestra gente, tenia puestos quinientos escopeteros escogidos, que defendiesen aquel paso. Llegando pues nuestra vanguardia á este cerrillo, Don Pedro de Padilla y otros caballeros sus amigos, que se habian apeado de los caballos, y puestose en la primera hilera de la vanguardia, acometieron animosamente á los enemigos: los quales esperaron y resistieron, como si fuera gente de ordenanza; y de tal manera pelearon, que hubieron bien menester los nuestros las manos un buen rato. Mas al fin se valieron tan bien de ellas, que les entraron, matando mas de doscientos Moros; aunque murieron tambien de los nuestros treinta Christianos. Y fue bien menester que les acudiese la caballeria, porque andaba Aben Umeya vistoso delante de todos en un caballo blanco con una aljuba de grana vestida, y un turbante turquesco en la cabeza, discurriendo de un cabo á otro, animando su gente, y diciendo: "Que fuesen adelante, y peleando animosamente tomasen venganza de sus enemigos: que no temiesen el vano nombre del Marques de los Velez, porque en los mayores trabajos acudia Dios á los suyos; y quando les fal-

faltase, no les podria faltar una honrosa muerte con las armas en las manos, que les estaba mejor que vivir deshonrados." Por otra parte el Marques de los Velez, viendo que los de la vanguardia pedian caballeria de mano en mano, mandó á Don Diego Faxardo su hijo, que pasase con los caballos adelante: el qual pasó por una acequia á la mano izquierda del rio, yendo un caballo tras de otro, porque siendo el paso angosto, no desbaratasen las hileras de la infanteria. Siguieronle Don Geronimo de Guzman con algunos caballos de Cordoba, y Don Martin de Avila con los de Xerez de la Frontera, y subieron por la halda del cerro, y fueron á salir con harto trabajo á unas viñas que estaban á media ladera, y por alli acometieron á los enemigos: los quales viendolos subir por donde jamas pensaron que pudiesen correr caballos, comenzaron á desmayar, y teniendose por perdidos, dexaron el sitio y el lugar, y se pusieron todos en huida. Viendo pues Aben Umeya el desbarate de su gente, y que no podia hacerlos detener, volviendo tambien él las espaldas, llegó á un barranco, donde se hacia una quebrada de peñas entre Válor y Mecina; y apeandose del caballo, le hizo desjarretar, y se embreñó en las sierras con solos seis Moros que le siguieron, dexando ahorcados á Diego de Mirones, alcayde de Seron, y á un alguacil de la sierra de Filábres llamado Juan Alguacil, que llevaba preso, porque no queria ser contra nuestra santa fe, para con aquel espectaculo entretener nuestra gente. Los caballos subieron buen rato por la sierra arriba, hasta encaramar á los enemigos en lo mas alto de ella, donde no eran ya de provecho. La infanteria llegó cerca de Válor, y pasando de largo, fue siguiendo el alcance hasta el proprio

prio barranco, donde Aben Umeya habia hecho desjarretar el caballo, que estaba casi una legua mas arriba, y alli se alojó aquella noche por haber agua, y leña de chaparros en abundancia. Al Marques de los Velez le reventó el caballo al subir de la cuesta, y tomando otro subió á mano derecha, y llegó al puerto de Loth con Don Alvaro Bazan, Marques de Santacruz, y Don Jorge Vique y otros caballeros, y obra de cincuenta caballos. Y siendo ya las cinco horas, ó mas, pasó la sierra, y se fue á la fortaleza de la Calahorra, no le pareciendo que seria acertado volver de noche con los caballos cansados por donde andaban los enemigos; ó, como despues decia, porque en el campo no habia bastimentos mas que para aquella noche, y para otro dia, quando mucho; y especialmente les faltaba á los Catalanes, que por no llevar las raciones acuestas, se habian dexado la mitad de ellas en Adra; y quiso ir á dar orden en el despacho de los que hallase en aquella fortaleza; y no los habiendo, remediar con su presencia como se llevasen de otra parte: y como no halló ningunos que poder llevar, despachó luego á la hora á Guadix, y á Baza, y á Granada, para que con brevedad le proveyesen de algunos. Otro dia de mañana fueron el Obispo de Guadix y Don Rodrigo de Benavides á visitarle, y le llevaron mas de doscientos bagages cargados de pan y de vizcocho, con que volvió aquel mesmo dia al campo, que halló alojado en Válor, donde se detuvo dos dias aguardando otras escoltas. Y como vió que no venian, ni tenia nueva que fuesen, dexando puesto fuego á las casas que Aben Umeya tenia en aquel lugar, se fue á poner en lo mas alto del puerto de Loth. En este alojamiento se comenzaron á ir los soldados sin orden,

que

que no fue posible detenerlos en viendo la tierra llana; y desde alli fueron á Guadix los Marqueses de Santacruz, y de la Favara, y otros caballeros. Enfermó mucha gente con los ayres delgados de la sierra; y fue tanto lo que aquejó la hambre á los que quedaban, que fue necesario baxar con todo el campo á la Calahorra, confiado en que, con las vituallas que traerian vianderos, se podria entretener, mientras le proveían los ministros de su Magestad. Puesto el campo en la Calahorra, comenzaron á irse los soldados mas de veras, pudiendolo hacer mejor. Y aunque Don Juan de Austria envió luego al licenciado Pero Lopez de Mesa, alcalde de la Chancillería de la ciudad de Granada, á que le proveyese de bastimentos con diligencia desde la ciudad de Guadix, no se pudo enviar tanta cantidad junta, que bastase á suplir la necesidad presente: y asi se estuvo en aquel alojamiento muchos dias, consumiendo poco á poco los bastimentos de aquella comarca, sin hacer efeto. Estando pues el Marques de los Velez en la Calahorra, Don Enrique Enriquez su cuñado falleció en Baza de enfermedad, y Don Juan de Austria envió en su lugar á Don Antonio de Luna con mil infantes y doscientos caballos: el qual estuvo en aquella ciudad desde catorce dias del mes de Agosto hasta quince del mes de Noviembre; y en la vega de Granada quedó en su cargo Don Garcia Manrique, hijo del Marques de Aguilar. Vamos á lo que Hernando el Habaqui negoció en la ciudad de Argel con Aluch Alí sobre el socorro que Aben Umeya le pedia.

CAPITULO IV.

Como Hernando el Habaqui pasó á Berbería por socorro; y como Aben Umeya se rehizo con los socorros que le vinieron de Argel y de otras partes.

Partió Hernando el Habaqui de España á tres dias del mes de Agosto, el proprio dia que Aben Umeya fue desbaratado en Válor; y llegando á Argel dentro de ocho dias, hizo instancia con Aluch Alí para que le diese socorro de navios y gente, poniendole por intercesores algunos Morabitos que le moviesen á ello por via de religion: el qual mandó pregonar, que todos los Turcos y Moros que quisiesen pasar á socorrer á los Andaluces, que asi llaman en Africa á los Moros del reyno de Granada, lo pudiesen hacer libremente. Mas despues viendo que á la fama de este socorro habia acudido mucha y muy buena gente, acordó que seria mejor llevarla consigo al reyno de Tunez: y asi lo hizo, dexando indulto en Argel, para que todos los delinqüentes que andaban huidos por delitos, y quisiesen ir á España en favor de los Moros Andaluces, fuesen perdonados. De estas gentes recogió Hernando el Habaqui quatrocientos escopeteros debaxo la conduta de un Turco sedicioso y malo llamado Hosceyn; y embarcandose con ellos en ocho fustas, donde metieron algunos particulares mucha cantidad de armas y municiones para venderselas á los Moros, vino con todo ello á la Alpuxarra. Con este socorro, y con el de otras fustas, que vinieron tambien de Tetuan con armas y municiones, que traían mercaderes Moros y Judios, los enemi-

migos de Dios tomaron animo para proseguir en su maldad, y se hicieron mas fuertes, no habiendo en toda la Alpuxarra exercito de Christianos que poder temer. Luego tornó Aben Umeya á proveer sus fronteras, y los Moros habiendose recogido á sus pueblos, sembraban sus panes, y labraban sus heredades, y criaban la seda, como si estuvieran ya seguros y muy de reposo en sus casas. El Hosceyn hinchendolos de esperanza, con decirles que Aluch Alí le enviaba por mandado del gran Turco á que viese la disposicion y calidad de la tierra, y el numero de gente Morisca que habia en ella para poder tomar armas, quiso ver los rios de Almanzora y Almería, y la sierra de Filábres, y todos los lugares de la Alpuxarra; y despues entró secretamente en la ciudad de Granada, y en la de Guadix, y en la de Baza, y las reconoció. Y siendo informado de todo lo que quiso saber de los moradores de ellas, diciendo que deseaba tener alas para ir volando á dar cuenta de lo que habia visto al gran Turco su señor, para que luego les enviase su poderosa armada de socorro, se tornó á Berbería cargado de preseas, joyas y captivos que le dieron en aquellos partidos donde anduvo. Vamos á lo que se hacia en este tiempo á la parte del valle de Lecrin; y como los Moros fueron sobre el lugar del Padúl para alzarle, y desbaratar el presidio que alli habia para seguridad de las escoltas.

CAPITULO V.

Como los Moros del valle de Lecrin combatieron el fuerte que los nuestros tenian hecho en el Padúl, y quemaron parte de las casas del lugar.

Con la nueva del socorro de Africa tornaron los alzados á su vana porfia: y los Moriscos del Padúl, que ya no podian sufrir la costa ordinaria, y las molestias y vexaciones de la gente de guerra que tenia alojada en sus casas, teniendo aviso que andaban dando orden de irlos á levantar, y gobernandose por algunos hombres de buen entendimiento que habia entre ellos, determinaron de pedir licencia á Don Juan de Austria para irse á Castilla con sus mugeres y hijos. Y andando en esto, les aconsejó un clerigo beneficiado del lugar de Gojar, que pidiesen que los dexase ir á poblar aquel lugar, que estaba despoblado, y los moradores de él se habian ido á la sierra: lo qual les fue luego concedido, y con mucha brevedad mudaron sus casas á Gojar. No eran bien idos del lugar, quando los Moros del valle de Lecrin, y de las Guájaras, y de otros lugares comarcanos se juntaron: y siendo mas de dos mil hombres de pelea, en que habia muchos escopeteros y ballesteros, determinaron de ir á dar una madrugada sobre el Padúl, y degollando los Christianos que estaban en él de presidio, llevarse los Moriscos á la sierra. Con esta determinacion partieron de las Albuñuelas á veinte y un dias del mes de Agosto de este año de mil quinientos sesenta y nueve; y caminando toda aquella noche, fueron la vuelta de Granada para engañar las centinelas, y poder tomar

mar á los nuestros descuidados : y volvieron luego por el camino real, que va desde aquella ciudad al Padúl, puestos en su ordenanza, y caminando poco á poco, como lo solian hacer las compañias que iban acompañando alguna escolta. De esta manera llegaron al esclarecer del dia cerca del lugar ; y como la centinela, que estaba puesta en lo alto de la torre de la iglesia, los descubrió, aunque tocó la campana á rebato, diciendo que por el camino de Granada venian muchos Moros, no por eso se alteraron los soldados, ni se pusieron en arma ; antes hubo algunos que le dixeron, que debia de estar borracho ; que cómo podia ser que viniesen Moros de hácia Granada. Estando pues en esto, asomaron por un viso, donde estaba un humilladero, no muy lejos de las casas, con once banderas tendidas ; y acometiendo el lugar con grande impetu, antes que los nuestros se acabasen de recoger á un fuerte que tenian hecho alderredor de la iglesia, mataron treinta y seis soldados, y tomaron treinta caballos de una compañia de gente de Cordoba que estaba alli de presidio, cuyo capitan era Don Alonso de Valdelomar ; y saqueando la mayor parte de las casas, se llevaron hartos despojos y dineros. Y con la misma furia acometieron el fuerte, creyendo hallar poca defensa en él ; mas el capitan Pedro de Redroban, vecino del Corral de Almaguer, que estaba alli por gobernador, y Don Juan Chacon, vecino de Antequera, que por mandado de Don Juan de Austria se habia metido en aquel presidio con ciento y cincuenta soldados de su compañia dos dias habia, y otros dos capitanes, llamados Pedro de Vilches, vecino de la ciudad de Jaen, y Juan de Chaves de Orellana, natural de la ciudad de Truxillo, que despues de la rota del bar-

barranco de Acequia habia vuelto á rehacer su compañia, se defendieron valerosamente, y matando buena cantidad de Moros, los arredraron de sí. Los quales viendo que eran poderosos para entrarlos á batalla de manos enviaron mas de quinientos hombres á traer de las viñas cantidad de rama, espinos y paja, y pusieron fuego á todas las casas del lugar, creyendo poder tambien quemar las que estaban dentro del fuerte: y estando las unas y las otras cubiertas de llamas y de humo, no cesaban de dar asaltos por donde entendian poder tener entrada, horadando las casas y las paredes por muchas partes. Lo qual todo resistia el notable valor y esfuerzo de los capitanes y soldados, no sin gran daño de los enemigos. Habia una casa grande fuera del pueblo, donde vivia un Vizcayno, natural de Vergara, llamado Martin Perez de Aroztigui: el qual habiendo llevado su muger y hijos á Granada, acertó á hallarse aquella noche en su casa con quatro mozos Christianos y tres Moriscos amigos suyos, de los que se habian ido á vivir á Gojar, que se quisieron recoger con él; y como el acometimiento de los Moros fue tan de improviso por aquella parte, no teniendo lugar de recogerse dentro del fuerte, se fortaleció en la casa, atrancando las puertas con maderos y piedras. Y viendose en manifiesto peligro, porque no habia dentro mas que una sola escopeta, dixo á los Moriscos que tenia consigo, que hablasen á los Moros, y les rogasen, que no le hiciesen daño en la persona ni en la hacienda, pues sabian que era su amigo, y los habia favorecido siempre en sus negocios en tiempo de paz. Los quales respondieron, que asi era verdad, y que les diese el dinero y la escopeta, si queria que le dexasen ir libremente á Granada; mas

él

él no lo quiso hacer , diciendo , que dineros no los tenia , y que la escopeta habia de ir juntamente con la cabeza. Entonces los enemigos combatieron la casa , y poniendole fuego á todas partes , procuraron tambien hacer un portillo con picos y hazadones en una pared que respondia al campo. No faltó animo á Martin Perez para defenderse , viendose combatido del fuego , y de las escopetas y ballestas , que no le daban lugar de poderse asomar á tirar piedras desde las ventanas; y acudiendo á la mayor necesidad, hizo echar agua en la puerta de la casa que ardia : y echando grandes piedras al peso de la pared , donde los Moros hacian el agujero, procuraba tambien ofenderlos con la escopeta , porque hasta entonces no lo habia osado hacer , creyendo poderlos entretener con buenas palabras mientras llegaba el socorro. Finalmente se dió tan buena maña , que no hizo tiro que no derribase Moro , por manera , que quando tuvo muertos siete de los que mas ahincaban el combate , los otros tuvieron por bien de retirarse afuera. A este tiempo , habiendo ya mas de quatro horas que duraba la pelea en el fuerte y en la casa , la atalaya que los enemigos tenian puesta á la parte de Granada les avisó como venia gente de á caballo , y sin hacer mas efeto del que hemos dicho se retiraron la vuelta del valle. Habia salido del Padúl un escudero de los de Cordoba, quando los Moros llegaron , y pasando por medio de ellos , habia ido á dar rebato á Don Garcia Manrique , que estaba en Otura , alcaría de la vega de Granada ; y pasando á la ciudad , habia tambien dado aviso á Don Juan de Austria. Y la gente que los Moros descubrieron , eran sesenta caballos , que se habian adelantado con Don Garcia Manrique : los quales juntan-

tandose con once escuderos que habian quedado en el Padúl, se pusieron en su seguimiento, y alancearon algunos que quedaron atras desmandados. Tambien acudió al socorro el Duque de Sesa desde Granada con mucha gente de á pie y de á caballo; pero llegó tarde, á tiempo que ya llevaban los Moros mas de una legua de ventaja: y proveyendo la plaza de gente, que la habia bien menester, porque habian sido muertos cincuenta soldados, y muchos mas heridos, loó á los capitanes lo bien que se habian defendido de tanto numero de gente, y de una violencia tan grande del fuego, que era lo que mas se temia, y aquella noche volvió á Granada.

CAPITULO VI.

De las platicas que hubo sobre la salida que el Marques de los Velez hizo á la Calahorra: y como el Marques de Mondejar fue llamado á corte.

Aunque el Marques de los Velez desbarató á Aben Umeya en Válor de la manera que hemos dicho, algunos contemplativos no le atribuían gloria entera de la vitoria por salir como salió á la Calahorra dexandole en la Alpuxarra, donde con facilidad pudo tornar á juntar gente, y rehacerse, especialmente viendo que no habia vuelto á entrar luego para acabarle de deshacer. Y como en los consejos suele siempre haber humores diversos, y aficiones particulares que despiertan los juicios delicados á dar justas causas y sospechas de su desacuerdo, formando queja de lo que por ventura podria merecer loor, estando sanas y conformes las voluntades, no faltaba quien decia, que los enemigos habian sido me-

menos de los que habia escrito : que se le habia dado mas gente al doble de la con que se habia ofrecido á allanar la tierra : que habia perdido ocasion, por salir de la Alpuxarra antes de tiempo : que la salida habia sido mas para dar á entender que se podia hollar la Alpuxarra con caballos , cosa que se habia dificultado en el consejo de Don Juan de Austria algunas veces , que por necesidad de bastimentos : y que habiendo consumido un campo tan numeroso , se estaba en el alojamiento consumiendo los bastimentos y la gente que le habia quedado sin hacer efeto. Estas cosas aguaban la vitoria al Marques de los Velez : el qual se quejaba , que quarenta dias antes que partiese de Adra, habia avisado al consejo de Granada , que le pusiesen bastimento y municiones en la Calahorra , porque entendia acudir hácia aquella parte , y proveerse de alli : y por no lo haber hecho, le habia sido necesario sacar la gente á parte donde pereciese de hambre ; ni menos le proveían para poder salir de donde estaba , de cuya causa se le iban cada dia los soldados , y cargaba la culpa de todo ello al Marques de Mondejar , y al Duque de Sesa , y á Luis Quixada , entendiendo que le hacian poca amistad : el Marques de Mondejar por pasiones antiguas , renovadas por razon del cargo y preeminencia en que se habia metido : el Duque de Sesa por tenerle por su enemigo , aunque era su sobrino ; y Luis Quixada , segun él decia , por ser su emulo y envidioso de su felicidad, y que habia acriminadole la entrada en el reyno de Granada sin orden de su Magestad. Y porque nuestro oficio no es condenar ni asolver estas cosas , sino apuntarlas para los que esta historia leyeren , solamente diremos como su Magestad , Principe discretisimo , vistos

los cargos que por via de justificacion se daban unos á otros, dixo, que aunque no era tanto el daño de los Moros, como se habia dicho, habia sido importante cosa desbaratarlos y esparcirlos; y dende á pocos dias para mejor se informar, mandó al Marques de Mondejar por carta de tres de Setiembre, que fuese luego á la corte, y que el consejo enviase relacion de todos los bastimentos y municiones que se habian llevado á la Calahorra. El qual partió de Granada á doce dias de dicho mes, y llegado á la villa de Madrid satisfizo al negocio para que habia sido llamado: y su Magestad le mandó ir con él á la ciudad de Cordoba, donde habia llamado á cortes. Y ansi no volvió mas al reyno de Granada, porque le proveyó por Visorey de Valencia, y despues le envió por Visorey de Napoles.

CAPITULO VII.

Como el capitan Francisco de Molina se fortaleció en Albacete de Órgiba: y de una escaramuza que hubo con los Moros sobre el quitar el agua.

Habiendose metido Francisco de Molina en Órgiba de presidio, con la gente que diximos, luego comenzó á fortalecerse en Albacete, lugar principal de aquella taa, atajandole de manera que se pudiese defender con menos gente; y porque tenia orden de Don Juan de Austria para meter la torre y la iglesia en el reducto que hiciese, á causa de que se habian de encerrar dentro cantidad de bastimentos y municiones que estuviesen de respeto, y no se podia hacer la fortificacion tan aventajadamente como convenia, por tener muchos padrastros que seño-

ñoreaban desde fuera la plaza y el muro, fue necesario que se hiciesen dos murallas de tapia, la una á la parte de fuera, y la otra á la de dentro, para que entre ellas pudiesen estar los soldados encubiertos, y algunas trincheas por donde pudiesen atravesar de una parte á otra. Y porque no habia agua dentro del lugar, ni se podia hallar en pozos á cincuenta ni á sesenta brazas, habiendose de proveer necesariamente de una acequia que los Moros podian quitar á todas horas, mandó cavar unos hoyos muy grandes alderredor del muro donde echarla, para tenerlos llenos, si acaso le cercasen. Quiriendo pues Aben Umeya ir sobre este presidio, el proprio dia que se acabaron de hacer los hoyos, envió once banderas de Moros que quitasen el agua de la acequia, y procurasen tomar algun prisionero de quien saber la gente que habia quedado dentro, y en qué terminos estaba la fortificacion: los quales llegaron cerca del lugar, y quitaron luego el agua, pudiendolo hacer facilmente, porque se tomaba á media legua de alli. Francisco de Molina pues sospechando el desinio del enemigo, y viendo ir las banderas hácia el tomadero de la acequia, envió al capitan Diego Nuñez, vecino de Granada, con doscientos arcabuceros á que se pusiese sobre el tomadero del agua, y se la defendiese de manera, que no dexase de ir su camino: el qual procuró de hacerlo asi; mas eran los Moros tantos, que no se atrevió á pasar de unas peñas, donde estuvo arcabuceandose con ellos gran rato. Entendiendo esto Francisco de Molina, envió luego al capitan Lorenzo de Avila con otro golpe de gente, y despues pareciendole que todo era poco para arrancar á los enemigos de donde se habian puesto, dexando encomendado el fuerte á Don

Gabriel de Montalvo, vecino de Granada, que era capitan de infanteria y sargento mayor de aquel presidio, salió él con cien arcabuceros y piqueros, y veinte caballos, y llegando cerca de las peñas, halló que los dos capitanes estaban peleando con los Moros: los quales viendo venir aquel socorro cargaron de manera, que matando algunos, los arredraron de sí, tanto que tuvieron lugar de volver la acequia hácia el lugar, y estuvieron guardando el tomadero hasta que fue de noche, escaramuzando siempre con ellos. A esta hora Francisco de Molina se retiró; y porque entendiesen los Moros que todavia se estaba quedo, y no osasen baxar á quitar otra vez el agua, hizo dexar muchos cabos de cuerdas encendidas á los soldados entre las matas, y alderredor de las peñas; y con este ardid de guerra los entretuvo burlados tirando toda la noche á los fuegos; y el agua corrió á los fosos hasta que se hincheron: y como fue de dia, los enemigos entendieron el engaño, y tornando á quitar el agua, se fueron la vuelta de la sierra sin hacer otro efeto. Francisco de Molina quiriendo ver si los hoyos detenian algunos dias el agua, halló que se secaron á segundo dia: entonces sacó una parte del fuerte mas á fuera hasta un barranco, que cae sobre el rio, y desde alli hizo un camino cubierto á manera de trinchea, por donde los soldados pudiesen ir á tomar agua, sin que los enemigos se lo estorvasen: y con esto aseguró aquella plaza por entonces.

CA-

CAPITULO VIII.

Como Aben Umeya alzó el lugar de las Cuevas, y fue á cercar á Vera: y como Lorca socorrió aquella ciudad.

Estaba por alcalde mayor en la ciudad de Lorca el dotor Matias de Guerta Sarmiento, natural de la ciudad de Ciguenza: el qual debaxo de profesion de letras era tambien soldado, y habia estado muchos dias en Oran, en tiempo que era alli capitan general Don Alonso de Cordoba, Conde de Alcaudete, y tenia pratica y experiencia en cosas de guerra. Y deseando conservar los lugares de su jurisdicion, y saber el desinio de los enemigos, enviaba algunas espías al rio de Almanzora; y puso tan buena diligencia en esto, y en prender las de los enemigos, que á diez y siete dias del mes de Setiembre de este año le vinieron á las manos dos espías de Aben Umeya, y dandoles tormento, confesaron como se quedaba aprestando para ir á ocupar la ciudad de Vera, donde tenia pensado esperar el socorro de Berbería, por ser plaza á su proposito para aquel efeto; y que seria su venida sin falta á la entrada de la luna de Otubre, que era al fin de Setiembre, con toda la gente que pudiese juntar, y que los Moriscos de las villas de los Velez se habian ofrecido de enviarle encubiertamente bastimentos. Y demas de esto declararon quién habian sido los Moros que habian captivado aquellos dias ciertos Christianos de Maria y de Caravaca, y de los otros lugares sus comarcanos. Estas confisiones envió luego á Don Juan de Austria, y al Marques de los Velez, y al Comen-

mendador mayor, que todavia andaba por la costa con las galeras, para que estuviesen todos apercebidos, si fuese menester hacer algun socorro por mar ó por tierra. Avisó tambien á la ciudad de Vera con tres de á caballo que estuviesen sobre aviso, porque sin duda irian los Moros á cercarla, y envió al cabildo el traslado de las confesiones de las dos espías, ofreciendose que socorreria con la gente de Lorca siempre que fuese menester. Y para tener aviso cierto, y poder acudir con tiempo, hizo poner atalayas que se descubriesen unas á otras desde Lorca á Moxácar, y los de Moxácar hicieron lo mismo hasta Vera, para que de dia con ahumadas, y de noche con almenaras de fuego, se correspondiesen y avisasen, quando llegase el enemigo: advirtiendoles, que en el punto enviasen tres de á caballo con toda diligencia con el aviso, por si acaso faltase alguna atalaya. Y para ver como correspondian, á veinte y tres de Setiembre se hizo el ensayo y prueba de las ahumadas de dia, y de las almenaras de noche: las quales pasaron de mano en mano desde Vera á Moxácar, y al como de Gali, y al cerro de en medio, y al cerro gordo, y á la torre de Alfonsi de Lorca. No se engañaron los Christianos en hacer esta diligencia, porque Aben Umeya, viendo que el Marques de los Velez se estaba quedo en la Calahorra, y que no habia campo que le pudiese enojar, deseando ocupar la ciudad de Vera en aquella ocasion, baxó con cinco mil hombres al rio de Almanzora, y juntando con ellos mas de otros cinco mil de aquellos lugares, fue sobre la villa de las Cuevas, que es del Marques de los Velez, y haciendo que se alzasen los vecinos, que eran todos Moriscos, en venganza de las casas que le habia hecho quemar en Válor, le hizo des-

destruir y talar una hermosa guerta que alli tenia; y no pudiendo tomar el castillo, porque lo defendian los Christianos que se habian metido dentro, pasó á la ciudad de Vera, y el dia de San Mateo, á veinte y quatro de Setiembre, puso su campo sobre Vera la vieja, y desde alli hizo una gran salva de arcabuceria contra la ciudad de Vera la nueva, que está á la parte de abaxo. Era alcalde mayor de esta ciudad el licenciado Mendez Pardo: el qual salió á reconocer el campo con treinta de á caballo; y habiendo escaramuzado un rato con los enemigos, se retiró á la ciudad, y dió luego aviso á las ciudades de Lorca y Murcia por las atalayas, y con gente de á caballo, como estaba tratado. Quiriendo pues Aben Umeya poner temor á los ciudadanos, plantó dos pecezuelas de artilleria de bronce que llevaba, y comenzó á batir un lienzo de muro viejo, tirando asimesmo á las casas que se descubrian por aquella parte; mas luego reventó la una de ellas, y un arcabucero hirió desde una tronera al artillero que tiraba la otra, y paró la bateria. En este tiempo las atalayas daban priesa con las ahumadas que se alcanzaban unas á otras; y estando la gente de Lorca en el fermon, poco antes de medio dia, llegó la guardia de la atalaya de la torre del Alfonsin con el aviso al alcalde mayor: el qual sospechando lo que debia ser, hizo luego tocar á rebato, y haciendo alarde de la gente de la ciudad, proveyó de armas á los que no las tenian; y juntando á cabildo, se nombraron por capitanes de la infanteria Juan Navarro de Alava, y Alonso de Ortega Salazar; y de los caballos Diego Mateo Xerez, todos regidores. Y estando haciendo el nombramiento, llegó un escudero de Vera, que habia corrido nueve leguas, á dar aviso como habian

bian llegado domingo de mañana mas de doce mil Moros, y como tiraban con dos piezas de artilleria á la ciudad, pidiendo que fuese luego el socorro. Y siendo todos de conformidad que se hiciese asi, entre las dos y las tres de la tarde se juntaron en el campo, que dicen de nuestra Señora de Gracia, novecientos y setenta y dos infantes, y ochenta caballos muy bien en orden; y antes que partiesen de alli, envió el alcalde mayor sus cartas requisitorias y notificatorias á la ciudad de Murcia, y á las villas de Zehegin, Caravaca, Calasparra, Moratalla, Sevilla, Alhama y alumbres del Almazarron, avisandoles como iba á socorrer á Vera con la gente de Lorca, y requiriendoles de parte de su Magestad que hiciesen lo mesmo. Y prosiguiendo su camino anduvo toda aquella noche, y al amanecer entró en la ciudad de Vera, que son nueve leguas de camino. Mas quando él llegó, los Moros habian tenido aviso del socorro que iba, y estando para picar el muro, porque no tenian ya con que batir, habian dexado la obra, y retiradose hácia las Cuevas. Juntandose pues la gente de Lorca con la de Vera, fueron en su seguimiento hasta el rio de las Cuevas. De alli se volvieron los de Lorca, porque les pareció que no convenia ir mas adelante con tan poca gente, siendo tan grande el numero de los enemigos; y habiendo conseguido el efeto que se pretendia, que era descercar á Vera, y en el camino encontraron la gente de Murcia que iba al socorro, y eran tres mil infantes y trescientos caballos. Y juntandose los alcaldes mayores y capitanes á consejo sobre si seria bien ir todos en seguimiento del enemigo, aunque hubo algunos que decian, que no habia para qué, pues Vera estaba descercada, los mas

mas votos fueron de parecer que le siguiesen, porque no hiciese daño en otra parte. Y estando con esta determinacion, nació entre ellos una diferencia honrosa: los de Lorca decian, que les pertenecia por privilegio antiquisimo llevar en la guerra del reyno de Granada la vanguardia, yendo hácia el enemigo, y la retaguardia á la retirada; y los de Murcia querian llevarla ellos, por ser cabeza de reyno y de aquel corregimiento, y sobre ello hubieran de llegar á las armas; y viendo esto los alcaldes mayores mudaron parecer, y recogiendo su gente se volvieron á las ciudades. Aben Umeya tornó á Purchena, y de alli al Lauxár de Andarax, y envió la gente á sus partidos.

CAPITULO IX.

Como unos soldados que se iban sin orden del campo del Marques de los Velez hirieron á Don Diego Faxardo, quiriendolos volver al campo.

Era tan grande el desgusto que nuestra gente tenia en verse acorralada en el alojamiento de la Calahorra sin salir á hacer efeto, que no habia reparo que bastase á detener los soldados; y aun los mesmos capitanes, por ventura holgaban que se les deshiciesen las compañias, por tener ocasion de salir de alli, so color de tornarlas á rehacer: y ansi habia muchas banderas que no habian quedado diez hombres con ellas. El Marques de los Velez hacia sus diligencias, y no le pareciendo tener suficiente numero de gente, ni la provision de vituallas que habia menester para volver á entrar en la Alpuxarra, de necesidad habia de estarse quedo gastando las

 que

que el licenciado Pero Lopez de Mesa le enviaba de un dia para otro desde Guadix. Culpabanle mucho de remiso, y no los que sabian que cosa era gobernar exercitos, y aventurarlos tan á costa de la autoridad y reputacion de los capitanes generales. Estando pues no con pequeño cuidado y congoja, en ver que se le iba cada dia deshaciendo mas el campo, y que apenas tenia de quien poder fiar las rondas y centinelas, que cada noche mandaba poner dobladas; mas para guardar que la gente no se fuese, que por temor del enemigo, fue avisado que tenian concertado de irse juntos mas de quatrocientos soldados; y encomendando á Don Rodrigo de Benavides, que habia venido de Guadix con la compañia de caballos del Duque de Osuna, y á Don Diego Faxardo su hijo con un estandarte de caballos de Cordoba, que estaba á cargo de Don Geronimo de Guzman, la ronda de la noche en que le habian dicho que se tenian de ir, sucedió que andando rondando Don Diego Faxardo, y con él Don Geronimo de Guzman, y el capitan Castellanos, comisario de la caballeria, al quarto de la modorra sintieron salir gente por hácia donde Don Rodrigo de Benavides andaba, que era á la parte de levante del lugar; y volviendo el capitan Castellanos por los escuderos de Cordoba, que habian quedado en el cuerpo de guardia, fueron los dos hácia donde estaba otra compañia de caballos de Osuna, y llamandolos, acudió tambien Don Rodrigo de Benavides, y juntos se metieron por los soldados fugitivos, que iban atropellados sin orden, y hicieron volver muchos de ellos á sus alojamientos. Otros que no quisieron dexar de proseguir su camino, subieron por un cerro arriba, que cae hácia aquella parte de levante, y á paso largo

go procuraron tomar lo alto y mas agrio de él, donde los caballos no pudiesen aprovecharse de ellos. Los capitanes se pusieron en su seguimiento, y llegando cerca Don Diego Faxardo, les dixo, que no hiciesen cosa tan fea como era dexar las banderas, y que se volviesen á sus quarteles, porque él les daba su palabra, que no les seria hecho mal ni daño por aquella salida. Mas ellos no le quisieron oir ni responder, prosiguiendo siempre su camino á la sorda con las mechas de los arcabuces encendidas. De ver esto se ayró mucho Don Rodrigo de Benavides, y llamando á voces á Don Diego Faxardo, para que los soldados le conociesen y temiesen, dixo: "Corramos, señor Don Diego: por esta ladera atajarlos hemos, y cerrando con ellos cayga el que cayere, que de esta manera se han de tratar estos bellacos traydores." Estas palabras indignaron á los determinados soldados de tal manera, que como hombres agraviados de ellas respondieron, que el que las decia, y los que con él iban eran los traydores y malos caballeros, y que se hiciesen adelante, verian como les iba. De aqueste desacato se enojó Don Rodrigo de Benavides; y aunque no eran mas de catorce de á caballo los que estaban juntos para poder acometer, porque los otros se habian quedado muy atras, hizo con Don Diego Faxardo que los acometiesen, apellidando Don Rodrigo de Benavides el nombre de señor Santiago; y pasando por ellos, los que estaban á la parte alta, pareciendoles que los trataban como á Moros, dispararon sus arcabuces. Don Diego Faxardo se fue metiendo á media ladera, yendo par de él Don Geronimo de Guzman, y un escudero de Cordoba; y alli le dieron un arcabuzazo, que le pasó la rodela acerada que llevaba

por junto á la embrazadura, y le quebró un dedo de la mano izquierda, y pasó la bala á la tetilla derecha, donde paró. Fue tan grande el golpe, que el caballo cayó, y echó por cima de la cabeza á Don Diego Faxardo medio aturdido; y apeandose Don Geronimo de Guzman y el escudero, le alzaron del suelo. Era Don Diego Faxardo esforzado caballero, afable y muy amigo de soldados, y viendose herido de tan mala manera, pidió su rodela para ver si estaba pasada; y quando vió el agujero que habia hecho la bala, entendió que le habian muerto: y sintiendo en sí un estimulo de virtuosa congoja, que no le dexaba descansar en otra cosa, dixo, que le llegaba al alma que Christianos le hubiesen puesto en aquel estado; y subiendo lo mejor que pudo en su caballo, se volvió á la Calahorra. Encontróle en el camino el Marques de los Velez, que habia salido con toda la caballeria en oyendo tocar al arma: el qual viendole de aquella manera recibió tanta alteracion, que no le pudo hablar; y mandando á Don Juan Faxardo su hermano, y á Don Rodrigo de Benavides, que tambien se habia vuelto, que diesen orden de atajar aquellos soldados por tres ó quatro partes con caballos y infantes, se subió á la fortaleza. Los soldados se fueron, que no bastó nada á detenerlos, y de alli adelante se fueron otros muchos: por manera que vino á quedar aquel campo, en que habia doce mil hombres, en menos de tres mil, la mayor parte de ellos del tercio que llamaban de los Pardillos, y del de Don Pedro de Padilla, que como gente obligada, y de ordenanza vieja, tuvieron mas sufrimiento.

CA-

CAPITULO X.

De una vitoria que Don Garcia Manrique hubo del Anacoz en el valle de Lecrin.

Andaba en el valle de Lecrin el Anacoz con mas de mil hombres haciendo daño en las escoltas que iban de Granada á Órgiba: el qual habia muerto los doscientos soldados de la compañia de Juan de Chaves de Orellana, que diximos, entre Acequia y Lanxaron, y hecho otros muchos daños en la vega, y en lo de Alhama. Y quiriendo el consejo refrenar la insolencia de aquel herege, mandaron llamar á Pedro de Vilches, por sobrenombre Pie de palo, porque tenia una pierna cortada de la rodilla para abaxo, y en su lugar otra de madera, hombre platico en toda aquella comarca, y muy animoso. Y preguntandole, qué orden se podria tener para hacer una emboscada al Anacoz, dixo, que le dexasen ir á él de parte de noche á las Albuñuelas y á Salares, donde se recogian aquellos Moros, y que les daria un arma, y se vendria retirando á la mañana entreteniendolos, hasta sacarlos de dia al rio, porque de noche era cierto que no saldrian, y que estuviese la caballeria metida en emboscada en los llanos que caen entre la laguna del Padúl y Dúrcal, y que él se los pondria en las manos de manera que los pudiesen alancear á todos. Este consejo pareció bien á Don Juan de Austria y á los del consejo: y luego se mandó á Don Garcia Manrique que apercibiese la gente de la vega; y dexando ir delante á Pedro de Vilches, se pusiese él en emboscada con la caballeria en el lugar que le señalase: el

el qual partió de Otura con cien caballos y quatrocientos arcabuceros, de los que estaban alojados en las alcarías de la vega, llevando consigo á Tello Gonzalez de Aguilar con las cien lanzas de Ecija, que fue para aquel efeto desde Granada, y se fueron á meter antes que amaneciese en unas guertas, que están por baxo del barranco del rio de Dúrcal. Pedro de Vilches se fue derecho á los lugares de las Albuñuelas y Salares con los soldados de las quadrillas, y ellos se estuvieron quedos esperando á que viniese huyendo de los enemigos, como habia dicho. Lo qual se hizo con tanto recato, que las centinelas que tenian puestas los Moros hácia aquella parte no lo sintieron, y las nuestras las veían á ellas. Pedro de Vilches tocó su arma al amanecer del dia: luego comenzaron las ahumadas, y los Moros salieron á él con grande grita: hizo un poco de resistencia, y dando á entender que tenia miedo, comenzó á retirarse con orden hácia la emboscada. Los Moros fueron creciendo cada hora en tanto numero, que cubrian aquellos cerros; y apretaron tanto á Pedro de Vilches, que quando llegó cerca del socorro, ya le habian muerto dos soldados, y herido algunos: y venian tan cerca de él, que fue necesario que Don Garcia Manrique, viendo venir á las vueltas Moros y Christianos, saliese á ellos, sin aguardar que baxasen todos á lo llano, como estaba acordado; y matando seis Turcos, que venian delante de todos, y mas de doscientos Moros, el Anacoz con todos los demas se pusieron en huida, metiendose por los barrancos y despeñaderos del rio, donde no pudieron los caballos seguirlos, ni la gente de á pie, que no llegó á tiempo de poderlos alcanzar. Mas adelante llevó la pena de sus maldades, porque siendo preso, le man-

mandó justiciar el Duque de Arcos en Granada. Ganaron los nuestros en esta vitoria tres banderas, y para regocijar la ciudad entraron por ella arrastrandolas, y llevando los escuderos las cabezas y las manos de los Moros en los hierros de las lanzas. Estando pues todos muy contentos en Granada con este suceso, solo el animoso Vilches se quejaba de Don Garcia Manrique, diciendo, que por haber salido la caballeria tan presto á favorecerle, no habian alanceado aquel dia todos aquellos Moros; y como le dixese el Presidente, que si habia salido antes de tiempo, habia sido porque no le matasen los Moros á él, siendo hombre impedido, y trayendolos tan cerca á las espaldas, le respondió muy enojado: "Bien entiendo yo, señor, que lo hizo por eso; mas qué iba en ello que matasen un hombre como yo, á trueco de alancear dos mil Moros?" Respuesta de hombre leal, que no estimaba la vida por el servicio de Dios y de su Rey.

CAPITULO XI.

De algunas provisiones que su Magestad hizo estos dias para el breve despacho de la guerra.

Hizo su Magestad estos dias dos provisiones muy importantes para la brevedad que se pretendia en esta guerra, con parecer de Don Juan de Austria y de los consejeros que quedaron cerca de su persona. La una fue mandar que acabasen de sacar los Moriscos que habian quedado en Granada, y los metiesen la tierra adentro, por sospecha que de ellos se tenia que daban avisos á Aben Umeya de todo lo que se hacia, teniendo

sus inteligencias con los que andaban levantados : y la otra mandar que se publicase la guerra á fuego y á sangre, cosa que aun hasta este tiempo no se habia publicado, porque solamente se trataba en el supremo consejo de guerra con nombre de castigo en los rebeldes, no les quiriendo dar otra autoridad; y aun se ofendian con muy justa razon los señores del reyno de que llamasen Rey, ni aun tirano á Aben Umeya, á quien mejor quadraba el nombre de traydor, pues lo era contra su Rey y señor natural, y dentro de su proprio reyno. Concedió ansimesmo campo franco á todos los Christianos que sirviesen debaxo de bandera ó estandarte, y que aprehendiesen en sí todos los bienes muebles, dineros, joyas y ganados que tomasen á los enemigos; y que no pagasen quinto ni otra cosa alguna de las personas que captivasen, haciendoles de todo ello gracia y merced por esta vez y presente ocasion, para animar la gente, que andaba ya muy desgustada, á que sirviesen voluntariamente, sin que fuese menester otro rigor, porque estaban escandalizados los pueblos de la Andalucía de oir las quejas que daban los soldados, que se iban huyendo del campo del Marques de los Velez. Y para que mejor se pudiesen entender con la paga ordinaria, les mandó acrecentar el sueldo á respeto de como se acostumbraba pagar la gente de guerra en Italia, que es quatro escudos de oro cada mes al coselete y al arcabucero, y tres al piquero, que llaman pica seca. Y porque los cabildos, concejos y señores, á quien se mandó que rehiciesen las compañias con que servian, y las acrecentasen á mayor numero, estaban ya muy gastados, no les bastando los proprios ni las sisas, que con licencia del consejo Real echaban sobre los bastimentos

tos para pagar la gente, ordenó, que desde el primero dia del mes de Noviembre luego siguiente se pagase toda la infanteria del dinero de su Real hacienda; y que los cabildos, concejos y señores pagasen solamente la gente de á caballo. Lo qual todo se publicó en la ciudad de Granada por bando general á diez y nueve de Otubre de este año de mil quinientos sesenta y nueve: y luego se enviaron traslados autorizados á todas las ciudades y señores de la Andalucía y reyno de Granada, para que se supiese en todas partes las gracias y mercedes que su Magestad hacia á la gente de guerra. Dexemos agora el provecho que resultó de estas provisiones, que fue muy grande, y digamos como Aben Umeya pagó la pena de sus crimenes y maldades por mano de los proprios rebeldes, que le ordenaron la muerte.

CAPITULO XII.

Como los Moros mataron á Aben Umeya, y nombraron en su lugar á Diego Lopez Aben Aboo.

Mientras estas provisiones se hacian de nuestra parte, Diego Alguacil, vecino de Albacete de Uxixar, y otros deudos suyos enemigos de Aben Umeya, que andaban ausentes de él, por miedo que los mandaria matar, trataban de darle ellos la muerte, por librarse de aquel temor, y tomar venganza de las crueldades que habia usado con los naturales de la tierra, y especialmente con Miguel de Roxas su suegro, y Rafael de Arcos, y con otros alguaciles y hombres principales de aquella taa, y de la de Jubíles, que habia hecho morir por consejo de los capitanes de los monfis que traía con-

sigo : y al fin vinieron á tomar venganza de él , matandole por sus proprias manos , como agora diremos. Entre otras cosas que Aben Umeya habia hecho , de que se sentia muy agraviado Diego Alguacil, era haberse llevado de Uxixar una prima suya viuda , con quien estaba amancebado , y traerla consigo por amiga contra su voluntad ; aunque otros entendieron , que la causa del enojo que tenia con él no eran zelos , sino punto de honra , afrentado de que siendo muger principal, que podia casar con ella , la traía por manceba. Mas de esto nos desengañó despues el tiempo , quando la vieron casada á ley de maldicion con el proprio Diego Alguacil en Tetuan seis años despues de aquesta guerra. Finalmente , sea como fuere , él tuvo buena ocasion para conseguir el efeto que deseaba , siendo la mesma Mora la secretaria de su enemigo , y el instrumento de su mal. Era ya Aben Umeya estrañamente aborrecido , y casi tenido por sospechoso en toda la Alpuxarra , despues que se supo lo que habia escrito á Don Juan de Austria , y al alcayde Xoaybi de Guéjar , entendiendo que andaba en tratos para entregar la tierra á los Christianos , procurando solamente su particular seguridad y aprovechamiento, y por ventura tenia aquel deseo ; mas era tan pusilanimo , y hallabase tan cargado de culpas, que no se osaba fiar , teniendo por cierto , que la culpa del rebelion habia de ser atribuida á pocos , y necesariamente castigado el que hubiese sido cabeza de él ; y como hombre que tenia poca seguridad de su persona , tenia en Lauxár de Andarax , donde se habia recogido despues de la jornada de Vera , los caudillos y capitanes mas amigos con dos mil Moros que repartian la guardia cada noche por su rueda , y tampoco se descuida-

daban de dia, teniendo barreadas las calles del lugar de manera, que nadie pudiese entrar en él sin ser visto ó sentido. Y porque no se fiaba de los Turcos, ni estaba bien con ellos, ó por ventura no tenia con que pagarles el sueldo mientras estuviesen ociosos, por apartarlos de sí los habia enviado á la frontera de Órgiba á orden de Aben Aboo. Sucedió pues, que como estos hombres viciosos eran todos cosarios, ladrones y homicidas, donde quiera que llegaban hacian muchos insultos y deshonestidades, forzando mugeres, y robando las haciendas á los Moros de la tierra. Y como fuesen muchas quejas de ellos á Aben Umeya, escribió sobre ello á Aben Aboo, encargandole que lo remediase: el qual le respondió, que los Turcos no hacian agravio á nadie; y que si alguna desorden hiciesen, él lo castigaria. Sobre esto fueron y vinieron correos de una parte á otra; y ansi de lo que se trataba, como de la indignacion que Aben Umeya tenia contra los Turcos, avisaba por momentos la Mora á Diego Alguacil. Y de aqui tuvo principio la traycion que le urdió, revolviendole con ellos, para que viniesen á descomponerle y matarle, como lo hicieron, porque quiriendo estos dias ir á alzar los Moriscos que vivian en Motril, y saquear la villa, sin dar á entender su desinio á Aben Aboo, le envió á decir que recogiese los Turcos, y caminase con ellos la vuelta de las Albuñuelas, y que en el camino le alcanzaria otro correo con la orden de lo que habia de hacer. Y como estos correos pasaban forzosamente por Uxixar, y la Mora avisaba á Diego Alguacil de los despachos que llevaban, saliendo á esperar en el camino al postrero en compañia de Diego de Arcos y de otros sus amigos, le mataron, y le quitaron la carta que lle-

vaba ; y contrahaciendola Diego de Arcos , que habia servido de secretario á Aben Umeya , y firmado algunas veces por él , como decia que volviese luego con los Turcos á dar sobre Motril , puso que los llevase á Mecina de Bombáron ; y que despues de tenerlos alojados de manera que no se pudiesen juntar con la gente de la tierra , y con cien hombres que llevaba Diego Alguacil , los desarmase , y hiciese degollar á todos : y que lo mesmo hiciese de Diego Alguacil , despues que se hubiese aprovechado de él. Esta carta enviaron luego á Aben Aboo con persona de recaudo : el qual marabillado de tan gran novedad , entendió que sin duda era verdad lo que se decia , que Aben Umeya andaba en tratos para entregar la tierra. Y estando suspenso sin poderse determinar en lo que haria , Diego Alguacil, que habia medido el camino y el tiempo , llegó con los cien hombres á su puerta ; y hallandole alborotado , le dixo , como Aben Umeya le habia enviado á mandar que fuese con aquella gente á hallarse en la muerte de los Turcos ; mas que no pensaba intervenir en semejante crueldad , por ser personas que habian venido á favorecer á los Moros , y puesto las vidas por su libertad : antes cansado de servir un hombre ingrato , voluntario , de quien no se podia esperar otra mejor paga, pensaba avisarlos de ello , para que mirasen por sí. Y estandole diciendo estas palabras , acertó á pasar por delante de la puerta donde estaban Husceyn , capitan Turco ; y como Diego Alguacil quisiese hablarle , Aben Aboo se adelantó , porque no le previniese , temiendo que le matarian los Turcos, ó por ventura quiriendo ganar él aquellas gracias ; y llamandole á él y á Caracax su hermano , les mostró la carta : los quales avisaron lue-

luego á Nebel, y á Alí arraez, y á Mahamete arraez, y á el Hascen, y á otros alcaydes Turcos. Y alborotandose todos entre temor y saña, comenzaron á bravear cargando las escopetas, y diciendo, que aquello merecian los que habian dexado sus casas, sus mugeres y sus hijos por venirlos á socorrer? Y apenas podia Aben Aboo apaciguarlos, diciendoles estuviesen seguros, porque no se les haria el menor agravio del mundo. Diego Alguacil viendo los Turcos alterados, y su negocio bien encaminado, para acreditarle mas sacó una hierba que llaman haxiz, que los Turcos acostumbran á comer quando han de pelear, porque los hace borrachos, alegres y soñolientos; y dixo que se la habia enviado Aben Umeya para que se la diese estando cenando á los capitanes, porque se adormeciesen, y pudiesen matarlos aquella noche. Tratóse alli que no convenia que reynase aquel hombre cruel, que mataba toda la gente noble, sino que le matasen á él, y criasen otro Rey. Diego Alguacil decia que lo fuese el Husceyn, ó Caracax; mas ellos, aunque aprobaban en lo de la muerte, no quisieron aceptar la oferta diciendo, que Aluch Alí los habia enviado, no á ser Reyes, sino á favorecer al Rey de los Andaluces, y que lo mas acertado era poner el gobierno en manos de alguno de los naturales de la tierra, que fuese hombre de linage, de quien se tuviese confianza que procuraria el bien de los Moros, mientras venia aprobacion del reyno de Argel. Esto pareció á todos bien, y sin perder tiempo nombraron á Aben Aboo harto contra su voluntad, á lo que mostró al principio. Mas al fin aceptó el cargo y honra que le daban, con que le prometieron de matar luego á Aben Umeya, y de prender todos los alcaydes y hombres principales

que

que tenia por amigos, y de no soltarlos hasta que llanamente fuese obedecido. Era Caracax hombre escandaloso y malo, y por muchos delitos que habia cometido andaba desterrado de Argel, quando su hermano el Husceyn vino con el socorro que traxo el Habaqui; y poniendo luego por obra lo que Aben Aboo pedia, hizo primeramente que todos los que alli estaban le obedeciesen por gobernador de los Moros por tres meses, mientras venia aprobacion de Argel. Luego se puso en camino la vuelta de Andarax con doscientos Turcos y otros tantos Moros, y con él Aben Aboo, y Diego Alguacil, y Diego de Roxas con los cien Moros que llevaban. Y llegando á media noche al Lauxár, aseguró las guardas con decirles, que eran Turcos que iban á hablar con el Rey; y dexandolos pasar, llegaron á la posada de Aben Umeya, y haciendo pedazos las puertas, entraron dentro; y hallandole que salia á la puerta con una ballesta armada en la mano, le prendieron. Algunos dicen que estaba acostado durmiendo entre dos mugeres, y que la una era aquella prima de Diego Alguacil, y que ella mesma se abrazó con él hasta que llegaron á prenderle. No sé como puede ser esto, porque habia sido avisado á prima noche, y tenia dos caballos ensillados y enfrenados para irse, y por no dexar una zambra, en que estuvieron gran rato de la noche, no habia querido decir nada; y despues cansado de festejar se habia ido á su posada, donde tenia veinte y quatro escopeteros, y mas de trescientos Moros de guardia alderredor del lugar para caminar antes que amaneciese. Sea como fuere, ninguno de los que con él estaban le acudió la hora que le vieron preso; y atandole las manos con un cordel Aben Aboo y Diego Alguacil,

cil, le hicieron luego cargo de sus culpas, y le mostraron la carta; y conociendo la firma, dixo, que su enemigo la habia hecho, y que no era suya: y les protestó de parte de Mahoma y del gran Turco, que no procediesen contra él, sino que le tuviesen preso, porque no eran ellos sus jueces, ni tenian autoridad de juzgarle, y que era buen Moro, y no tenia trato con los Christianos; y envió á llamar al Habaqui para justificar su negocio. Mas la razon tuvo poca fuerza entre aquella gente barbara indignada, y llena de cudicia, porque le saquearon la casa; y metiendole en un palacio, Diego Alguacil y Diego de Arcos se encerraron con él so color de guardarle, porque no se les fuese; y antes que amaneciese, echandole un cordel á la garganta, le ahogaron, tirando uno de una parte y otro de otra. Dicen que él mesmo se puso el cordel como le hiciese menos mal, concertó la ropa, cubrió la cabeza, y que dixo que iba bien vengado, y que era Christiano. De esta manera dió fin aquel desventutado á su desconcertada vida, y á su nuevo y temerario estado, en conformidad de Moros y de Christianos. Hubo algunos que afirmaron haberle oido decir muchos dias antes, que le traía desasosegado un sueño que habia soñado tres noches arreo, pareciendole que unos hombres estrangeros le prendian, y le entregaban á otros que le ahogaban con su propria toca, y que por esta causa andaba imaginativo, y se recelaba de los Turcos. De donde se puede colegir, que el espiritu del hombre en las cosas que teme, el hervor que le eleva á la contemplacion de ellas, le hace pronosticar en futuro parte de su suceso, porque como los cuidados del dia hacen que el espiritu entre sueños esté de noche imaginando muchas cosas, que des-

despues vemos puestas en efeto, por razon de una simpatía natural, á que la naturaleza obedece: ansi en futuro la mesma simpatía, que está obediente á las influencias celestiales, hace afirmar, no por fe, sino por temor, parte de lo que se teme. Y no hay duda sino que Aben Umeya tenia entera noticia de los Reyes Moros, á quien los Turcos habian favorecido al principio en Africa para ponerlos en estado; y despues los habian ellos mesmos muerto, y quedadose con todo lo que les habian ayudado á ganar, y estaba con temor de que harian otro tanto de él. Volviendo pues á nuestra historia, otro dia de mañana le sacaron muerto, y le enterraron en un muladar con el desprecio que merecian sus maldades; saquearonle la casa, cobró Diego Alguacil su prima, y los otros alcaydes repartieron entre sí las otras mugeres: y dando el gobierno y mando á Aben Aboo con termino limitado de tres meses, envió por confirmacion de su eleccion al gobernador de Argel, como á persona que estaba en lugar del gran Turco. A esto fue Mahamete Ben Daud, de quien al principio de esta historia hicimos mencion, con un presente de Christianos captivos y de cosas de la tierra. Y no mucho despues Daud le envió el despacho, y se quedó allá, que no osó volver mas á España. De alli adelante se intituló el herege, Muley Abdala Aben Aboo, Rey de los Andaluces; y puso en su bandera unas letras que decian: "No pude desear mas, ni contentarme con menos." Los Turcos prendieron todos los alcaydes que no querian obedecerle, y hicieron que le diesen obediencia, sino fue Aben Mequenun, hijo de Puertocarrero, que se apartó con quatrocientos Moros en el rio de Almería, y á la parte de Almuñecar Gironcillo, llamado por otro nombre

bre el Archidoni. Nombró Aben Aboo por general de los rios de Almería, Boloduy, Almanzora, y sierra de Baza y Filábres, y tierra del marquesado del Zenete, á Geronimo el Maleh. Al Xoaybi y al Hasceyn de Guéjar encargó el partido de Sierra nevada, tierra de Velez, Alpuxarra, y valle y sierra de Granada, con patentes que les obedeciesen todos los otros capitanes. Y dende á poco tiempo despachó al alcayde Hosceyn, Turco, con segundo presente para el gobernador de Argel, y para el Mesti de Costantinopla, encargandole, que por via de religion encomendase sus negocios al gran Turco, para que le mandase dar socorro de gente, armas y municiones, mientras baxaba su poderosa armada; y ordenando una milicia ordinaria de quatro mil tiradores, mandó que los mil de ellos asistiesen por su rueda cerca de su persona: los doscientos hiciesen cada dia guardia, y pusiesen centinelas de noche dentro y fuera del lugar donde se hallase, como personas en quien tenia puesta su confianza, y que pensaba gobernarse por su consejo.

CAPITULO XIII.

Como Aben Aboo juntó la gente de la Alpuxarra, y fue á cercar á Órgiba.

Quando Aben Aboo hubo asentado las cosas de la Alpuxarra, juntando el mayor numero de gente que pudo, fue á reconocer el valle de Lecrin, y dió vuelta á Lóbras, y vista á Salobreña, y se alojó en la boca del rio de Motril, y de alli ordenó de ir á combatir el fuerte de Órgiba. Habian salido de aquel presidio aquellos

dias ochenta soldados de la compañia de Antonio Moreno á hacer una entrada con Vilches su alferez, y engañados por una espia, que los llevaba vendidos, habian dado en una emboscada de Moros, que los aguardaba en el barranco de la negra, y los habian muerto á todos; y entendiendo el Moro que debia quedar poca gente dentro, y que podria ocupar aquella plaza, partió del lugar de Cádiar á veinte y seis dias del mes de Otubre con diez mil hombres de pelea, y entre ellos seiscientos Turcos y Moros Berberiscos. Y el siguiente dia, vispera de San Simon y Judas en la noche, llegó cerca de nuestro fuerte; y emboscando toda la gente en unas ramblas que se hacen dos tiros de arcabuz, el otro dia domingo de mañana echó quatro Moros delante, que disimuladamente, como que andaban cazando, procurasen sacar á lo largo una esquadra de soldados, que salian de ordinario á descubrir la tierra, para poder tomar lengua. Mudabase cada mes la gente de guerra de este presidio, porque los soldados huían de ir á él por causa del mucho trabajo que padecian; y Don Juan de Austria enviaba desde Granada con las escoltas las compañias que habian de quedar, y con los bagages vacíos se volvian las que habian estado su temporada: y esto era cada mes. Con esta orden habian llegado poco antes que los Moros matasen al alferez Vilches, y á los ochenta soldados, en una escolta seis compañias de infanteria: las tres con sus proprios capitanes, llamados Gaspar Maldonado, Don Alonso de Arellano, y Gaspar Delgado, sobrino del Obispo de Jaen, que servia á costa de su tio con trescientos arcabuceros; y las otras tres, que eran de Antonio Moreno, y Francisco de Salante y Alonso de Arauz, capitan de los de Sevilla, llevaban

sus

sus alfereces, porque quedaban ellos ocupados en Granada; y dos estandartes de caballos, el uno de Juan Alvarez de Bohorques, y el otro que servia Lorenzo de Leyva por Don Luis de la Cueva. Y con el infelice suceso de aquella gente estaba Francisco de Molina muy recatado, y no dexaba salir del fuerte á nadie, sin primero descubrir y reconocer muy bien toda la tierra alderredor, entendiendo, que con la vanagloria de aquellas muertes no dexarian los Moros de venirle á correr, y á poner emboscadas. Y como aquel dia saliese una esquadra á descubrir hácia la parte donde los quatro Moros andaban, y ellos diesen luego á huir, el caporal que iba con ella, llamado Francisco Hidalgo, sin considerar lo que podia haber en las ramblas, se puso en su seguimiento; y fue cebandose tanto en ellos, que dió de golpe en una de las emboscadas: y saliendole los Moros de muy cerca, le cercaron por todas partes, y le mataron, y con él otros quatro soldados que iban delante: los otros se retiraron con mucho peligro al fuerte, y dieron aviso á Francisco de Molina del suceso. El qual envió luego á Lorenzo de Leyva con seis caballos suyos, y quatro del capitan Juan Alvarez de Bohorques, que estaban alojados fuera del fuerte, á que reconociese qué gente era aquella: con los quales llegó al lugar donde los Moros habian estado emboscados; y hallandolos retirados, pasó tan adelante, que llegó adonde estaba el proprio Aben Aboo con el golpe de la gente: y deteniendose para reconocer bien, se hubiera de perder, porque le cargaron tantos escopeteros, que matando el caballo á un escudero, le hirieron el suyo, y se hubo de retirar con harto trabajo, yendole siguiendo siempre los enemigos con grandes alaridos hasta me-

terle dentro del fuerte. Y este dia, que fue veinte y ocho dias del mes de Otubre, cercaron el sitio que tenian los nuestros por todas partes, ocupando todos los lugares que le tenian á caballero para poderlos ofender con las escopetas; y haciendo un recio acometimiento mataron algunos Christianos, y entre ellos á Christoval de Zayas, alferez de Don Alonso de Arellano, y á un escudero de la compañia de Juan Alvarez de Bohorques, llamado Pescador. Viendo pues nuestra gente la determinacion que traían los enemigos, y que los muros del fuerte eran tapias de tierra, y paredejas de piedra seca tan baxas, que en algunas partes no cubrian un hombre, acudiendo animosamente al reparo con sus personas y con la arcabuceria puesta de mampuesto en las saeteras y traveses, y mataron y hirieron muchos de ellos, y les hicieron perder la furia que traían. Juan Alvarez de Bohorques con sus escuderos se puso á defender un portillo, que aun no estaba acabado de cerrar, entre el quartel de Salante y el de Don Alonso de Arellano, por donde á pie llano pudiera entrar un buen golpe de gente. Y cierto fue provision divina la inadvertencia de los Moros este dia, porque si acometieran por tres ó quatro partes el fuerte, segun los muros estaban baxos y mal reparados, y la muchedumbre que eran, facilmente pudieran entrarle. Viendo pues Aben Aboo la resistencia que habia en nuestros Christianos, retiró su gente, y repartiendola en quatro quarteles cercó el fuerte por quatro partes; y quitando el agua de la acequia, comenzó á dar orden en los combates. En este tiempo repartió Francisco de Molina los quarteles, señalando á cada compañia lo que habian de defender. A la parte del norte, donde sale el camino que va á Gra-

Granada, puso la compañia de Arauz, y con ella á Geronimo Casaus su alferez; y á la mano izquierda de él á Gaspar Maldonado con la suya, teniendo á las espaldas la iglesia; á la parte del rio, que responde hácia poniente, la de Salante con Alonso Velazquez de Portillo su alferez; á la parte de mediodia, donde sale el camino para Motril, á Don Alonso de Arellano; y entre él y el quartel de Arauz á Gaspar Delgado. Los capitanes de caballos quedaron sobresalientes, para acudir á pie donde viesen ser mas necesario, y con ellos para el dicho efeto Don Antonio Enriquez, Gonzalo Rodriguel, el capitan Medrano y Francisco Ximenez, soldados praticos entretenidos, por haber tenido cargos en la milicia, á quien su Magestad habia mandado ir á servir en esta guerra, y Don Juan de Austria los habia enviado aquellos dias á Órgiba. Lo primero que los enemigos hicieron fue ocupar la casa de un horno, que estaba tan cerca, que sola una calle habia entre ella y el muro; y mandando juntar mucha fagina, la echaron por una ventana en otra casa, que estaba incorporada en el proprio muro, para ponerle fuego, y quemarla, porque dende unos traveses baxos que habia hechos en ella les hacian daño los nuestros con los arcabuces; y porque tambien entendieron, que quemando aquella casa, les quedaria la entrada llana por aquella parte. Mas no les sucedió como pensaban, porque antes que hubiesen arrojado tanta fagina, que bastase para hacer el efeto que pretendian, nuestros capitanes hicieron echar sobre ella muchas esteras ardiendo untadas con aceyte, y se les quemó toda; y arrojando cantidad de alcancías de fuego por las ventanas en la otra casa del horno, les fue necesario desampararla, y que se retirasen con daño. No por

por eso dexaban de acercarse los enemigos por otras partes haciendo impetuosos acometimientos; y eran tantas las piedras que echaban sobre los que estaban en las troneras y en los traveses, que fue menester que el capitan Juan Alvarez acudiese hácia aquella parte, y cubriendo los soldados con las adargas y rodelas de los escuderos, resistió el impetu y furia de piedras. Y los Moros viendo quan poco les aprovechaba, tomaron unos cerros alderredor, que descubrian el ambito del fuerte; y poniendose algunos escopeteros en un palomar alto y en unas casas, que habian sido de los Abulmestes, entre los quarteles de Gaspar Maldonado y Don Alonso de Arellano, mataron ocho caballos, y hirieron algunos soldados y escuderos, que atravesaban de una parte á otra: y para reparar este daño fue necesario hacer trincheas, por donde atravesase nuestra gente encubierta. Hicieron tambien los Moros quatro minas, que respondian á diferentes partes. La que iba hácia el quartel de Gaspar Maldonado pensaron meter debaxo de la iglesia, donde entendian que estaban los bastimentos y municiones; mas el capitan levantó luego un caballero alto para sujetar á los trabajadores, y poderles descubrir en la obra que hacian: y acudiendo hácia aquella parte los capitanes Juan Alvarez de Bohorques y Lorenzo de Leyva, fueron tambien de mucha importancia las adargas este dia, porque resistieron con ellas la furia de las piedras que los de fuera tiraban. La otra mina enderezaron hácia el quartel del capitan Delgado: la qual pasó tan adelante, que llegaron á encontrarse con los soldados en una contramina que les hicieron; y peleando con ellos, mataron algunos Moros dentro, y se la hicieron desamparar, y les tomaron las herramientas

con

con que cavaban. Las otras dos, que respondian al quartel de Don Alonso de Arellano, no hubieron efeto, porque toparon luego con una peña viva, que las atajó. Dexando pues la obra de las minas, porque vieron el ruin suceso de ellas, los Turcos comenzaron á hacer un terrapleno de tierra, fagina y piedra en una casa junto á la muralla, que no habian tenido lugar los Christianos de derribarla. Desde alli señoreaban otra casamata, que habia entre los quarteles de Gaspar Maldonado y Arauz; y fue tanta la presteza con que lo hicieron, que los nuestros no tuvieron otro remedio, sino retirarse al segundo muro de la casamata, dexando el primero desamparado, y el ambito de ella hecho plaza. Alli hicieron nuevos traveses, porque los enemigos les cegaron los que tenian á la parte de fuera, hinchendo la calle de tierra, piedra y rama, de manera que entendian poder entrar á pie llano por encima de los terrados. Como vió Aben Aboo que los Christianos habian desamparado la casamata, creyendo que tambien habian dexado el muro, y recogidose á la torre y á la iglesia, mandó que se les diese por alli un recio combate; y juntandose hácia aquella parte los Turcos, y toda la mejor gente de los Moros, con muchos sones de atabalejos y dulzaynas, y grandes alaridos á su usanza, acometieron el fuerte dia de Todos Santos. Fue tanta la presteza de los barbaros, que antes que Francisco de Molina y los otros capitanes, que andaban visitando los quarteles, acudiesen, habian entrado ya muchos de ellos dentro del fuerte; y aunque Geronimo de Casaus, alferez de Arauz, que guardaba aquel quartel, resistió su impetu animosamente, andando envuelto en polvo y sangre de los enemigos, no fuera parte para defenderles la entrada, porque los

los soldados se retiraban, si no llegára Francisco de Molina : el qual armado de un coselete dorado, con la espada en la mano se opuso valerosamente á los enemigos ; y acudiendole Juan Alvarez de Bohorques , y Lorenzo de Leyva , y el alferez Portillo , y con ellos muchos animosos escuderos y soldados , resistieron su acometimiento. Este dia hizo Francisco de Molina oficio de capitan y valiente soldado : el qual discurriendo de una parte á otra animaba á los unos, y amenazaba á los que veía que aflojaban ; y peleando por su persona donde veía que era menester , retiró y echó fuera á los enemigos , que tenian ya arboladas dos banderas sobre el muro , la una de damasco blanco, y la otra de tafetan carmesí , con una media luna blanca en medio bordada de oro , y las borlas guarnecidas de aljofar ; y cayendo los alfereces Moros que las traían , se las quitaron , y mataron mas de doscientos Moriscos. Cerca de ellas un alferez de estos quedó caido á la parte de fuera del muro con los muslos atravesados de un arcabuzazo: el qual viendo huir su gente , comenzó á dar grandes voces , diciendoles, que volviesen á pelear , porque mas valia morir como hombres , que huir como mugeres. Y viendo que no acudian á retirarle , los comenzó á deshonrar de perros cobardes ; y rogó á los Christianos que baxasen , y le acabasen de matar , porque mayor honra le seria morir á sus manos , que vivir entre gente tan vil : y no tardó mucho , que baxó un soldado del fuerte , y le cortó la cabeza. Despues de esto , quiriendo Aben Aboo dar tercero asalto , mandó que se metiesen mas de dos mil Moros en unas casas que estaban destechadas par del muro : los quales estando cubiertos con las paredes de la ofensa de los arcabuces, comenzaron á ti-

tirar por encima de ellas tanta multitud de piedra, que apenas se podian defender de ella los soldados, porque les caía de peso encima. Y estando Francisco de Molina cerca de la puerta de Granada, quitada la celada de la cabeza, le descalabraron. Fue tanta la furia de las piedras este dia, que derribaron mucha parte de la pared de una casa, donde posaba el capitan Delgado, con ser de cal y ladrillo, y hicieron portillos en otras, por donde pudieran entrar á placer, si los soldados no los repararan luego. Acudiendo pues á esta parte el capitan Juan Alvarez de Bohorques, tomó por remedio ofender á los enemigos con sus mesmas armas; y juntando el mayor numero de soldados y mozos que pudo, les mandó que volviesen á arrojar contra las casas donde se habian metido los enemigos, las mesmas piedras que ellos tiraban; y como no tenian adargas ni celadas con que cubrir las cabezas como los Christianos, fueles forzado salir huyendo, y dexarlas desamparadas. Y con esto cesó aquel asaltó, y de alli adelante no osaron llegar mas á tirar piedras. Este capitan Juan Alvarez de Bohorques era natural de Villamartin, hermano del otro capitan Don Hernando Alvarez de Bohorques, de quien hice mencion, y servia con una compañia de caballos de su mesmo pueblo, y Don Juan de Austria le habia mandado que llevase á Órgiba la escolta ultima que diximos. Y porque estaba enfermo, y tenia necesidad de curarse, le habia dado licencia para que en llegando al presidio dexase alli sus escuderos, y se volviese á Granada: el qual como supo que habia sospecha de cerco, no le pareciendo que convenia á su honra dexar la gente y volverse á Granada, dixo á Francisco de Molina, que no queria usar de la licencia, sino esperar la comun

fortuna. El qual se lo tuvo en mucho, porque todos huían de estar en aquel presidio: y cierto fue su quedada importante, porque era hombre animoso y de muy buen entendimiento. Viendo pues Aben Aboo el poco efeto que hacian los suyos en los asaltos, y que cada dia habia mayor defensa en los cercados, determinó de tomar el fuerte por hambre. Veía que tomando los pasos, por donde habian de venir las escoltas de Granada, de necesidad les habia de faltar el bastimento; y que quitandoles el agua del rio y de la acequia, perecerian de sed en acabandoseles la que tenian en los fosos: los quales se secaban luego al principio; mas despues se habia ido apretando la tierra, y detenian ya el agua: y poco antes que el campo de los enemigos llegase, los habian henchido, y de alli bebian los soldados; aunque salian á tomarla con peligro, hasta que se hizo una mina por de dentro para poder llegar encubiertos á ellos, y no les quedaba ya agua para dos dias. Por otra parte Francisco de Molina, en retirandose los Moros del asalto, dió orden como aquella noche saliesen del fuerte dos soldados, que sabian la lengua arabiga, y eran muy praticos en la tierra; y tocando arma por diferentes partes para pervertir al enemigo, y que tuviesen lugar de pasar adelante encubiertos, los envió á Granada con una carta para Don Juan de Austria. Y por si acaso los prendiesen en el camino, porque no se entendiese la flaqueza que habia en el fuerte, decia en ella, que no tuviese su Alteza pena, porque aunque los Moros eran muchos, con mil y quinientos hombres que alli habia, y cantidad de bastimentos y municiones que le quedaban para mas de un mes, estaba seguro el presidio: y aun entendia salir á ofender al enemigo. Y por otra parte

te

te mandó á los dos soldados, que dixesen de palabra la falta que habia de lo uno y de lo otro, y lo mucho que convenia socorrer con brevedad. Estos dos soldados se dieron tan buena maña, que pasando por medio del campo de los Moros fueron á Granada, y dieron aviso á Don Juan de Austria del estado del cerco; mas ya se tenian otros avisos por espias, y se aparejaba el Duque de Sesa para ir á hacer el socorro, como diremos en el siguiente capitulo.

CAPITULO XIV.

Como el Duque de Sesa salió á socorrer á Órgiba: y como Aben Aboo alzó el cerco, y le fue á defender el paso.

Como se supo en Granada el aprieto en que estaba Órgiba, el Duque de Sesa, á quien estaba cometido el socorro, salió con la gente de guerra que habia en la ciudad y en los lugares de la vega, y fue al Padúl, y de alli pasó al lugar de Acequia. Por cabo de la infantería iba Don Pedro de Vargas, y de los caballos Don Miguel de Leon: y capitanes eran Don Geronimo Zapata, y Ruy Diaz de Mendoza. En este alojamiento se detuvo muchos dias, asi por aguardar que llegase la gente de la Andalucía, que Don Juan de Austria habia enviado á pedir aquellos dias, para que llevasen los Moriscos que habian quedado en Granada, como porque le dió la enfermedad de la gota, y Don Juan de Austria quiso enviar á Luis Quixada en su lugar, mas luego mejoró. Siendo pues avisado Aben Aboo, que el Duque estaba en campaña, y que iba á socorrer aquel pre-

sidio, al octavo dia acordó de alzar el cerco, y salir á esperarle en el paso de Lanjarón para defenderle la entrada, y pelear con él con ventaja de sitio. Y porque los cercados no le sintiesen partir, levantó el campo á media noche, y tan á la sorda, que no se entendió en el fuerte hasta otro dia de mañana, que Francisco de Molina, viendo que no bullia cosa viva en el campo, hizo abrir una puerta que salia á los fosos del agua, y envió al alferez Portillo á reconocer las trincheas de los enemigos, el qual refirió como se habian ido. Esta fue una alegre nueva para los cercados, y dando muchas gracias á Dios por verse libres de aquel peligro, salieron á los alojamientos, donde hallaron muchos quartos de carne y otras cosas de comer, que se habian dexado con la priesa de la partida, y lo recogieron todo. Y echando la acequia en los fosos, los tornaron á henchir de agua, porque, como queda dicho, tenian ya mucha falta de ella. Luego envió Francisco de Molina otros dos soldados con segundo aviso á Don Juan de Austria, de como el enemigo habia alzado el cerco, y entendia que se iba á poner en la sierra de Lanjarón para defender el paso á la gente del socorro. En este tiempo los dos soldados, que habian ido primero á Granada, volvieron á Órgiba con la respuesta de Don Juan de Austria, en que decia, que se habia tratado en el consejo de retirar aquel presidio, y dexar el fuerte; y que no se habia acabado de tomar resolucion hasta ver su parecer. Por tanto que avisase luego; y si le parecia que convenia defenderle, enviase las causas con relacion de la gente y de las otras cosas que serian menester para ello. A esto respondió Francisco de Molina, que al servicio de Dios y de su Magestad convenia que aquel fuer-

fuerte se sustentase por muchos respetos, y especialmente porque los Moros cobrarian animo viendole retirar: que conforme á esto le parecia, que se debia socorrer con brevedad; y llegando la gente del socorro, podria quedar el numero que pareciese suficiente para defenderle. Mas este parecer no fue aprobado, antes el consejo se resolvió en que se desamparase, retirando la gente que habia dentro, por ser lugar mas costoso que provechoso, y no de momento para el enemigo. Despues de esto tuvo otra carta del Duque de Sesa con los segundos soldados, en que decia, que habiendo llegado hasta el lugar de Acequia para socorrer aquella plaza, estaba aguardando que llegase la gente que venia de las ciudades para ir adelante; y que le avisase luego para quantos dias tenia de comer, porque para el dia y hora que le dixese iria á sacarle de alli, como estaba acordado: advirtiendole que estuviese á punto para retirarse con brevedad, porque no llegaria mas que hasta el barranco de Lanjarón. El qual le respondió, que tenia solo pan para cinco dias, y que para qualquiera hora que fuese menester estaria apercebido; mas que habia en el fuerte ochenta soldados heridos y enfermos, y algunas mugeres y niños, y otras muchas cosas de municion, que para llevarlo seria necesario llegar hasta el lugar de Órgiba con algunos bagages. Dexemos agora á Francisco de Molina en Órgiba, y digamos lo que sucedió en Acequia al campo del Duque de Sesa estos dias.

CA-

CAPITULO XV.

Como Aben Aboo, procurando que nuestro campo no pasase á socorrer á Órgiba, peleó con él entre Acequia y Lanjarón.

Usaba de muchas mañas Aben Aboo para entretener al Duque de Sesa que no pasase á socorrer á Órgiba, porque entendia que los Christianos, que estaban dentro, no podian dexar de perderse muy en breve, faltandoles los bastimentos. Hacia grandes representaciones de gentes por aquellos cerros; fingia cartas exagerando el poder de los Moros; y aun echaba fama que ya era perdido el fuerte, y que eran muertos todos los Christianos de hambre. Estas cosas divulgaban los Moriscos de paz en Granada, las espias en el campo; y los unos y los otros tan disimuladamente, que tenian suspenso al Duque de Sesa, no se determinando si pasaria con la gente que alli tenia, ó si esperaria la que venia de las ciudades, que no acababa de llegar. Estando pues con este cuidado, deseoso de prender algun Moro de quien tomar lengua, Pedro de Vilches Pie de palo se le ofreció que se lo traeria, dandole licencia para ello. Quisiera el Duque escusarle de aquel trabajo, por ser hombre impedido, y hacer la noche escura y tempestuosa de agua y viento; mas el animoso Vilches porfió tanto con él, y la necesidad era tan grande, que hubo de darle la licencia que pedia, enviando con él á Francisco de Arroyo otro quadrillero con su gente. Los quales salieron á prima noche, y emboscandose con los soldados en unas trochas que sabian, quando vino el dia tenian

nian ya presos seis Moros que venian hácia donde estaba Aben Aboo con cartas suyas. Con esta presa volvieron al campo, y quiriendo saber el Duque de Sesa lo que se contenia en aquellas cartas, porque estaban en arabigo, y no habia alli quien las supiese leer, escribió luego al Presidente, que le enviase un romanzador que las declarase. El qual envió al licenciado Castillo, que las romanzó, y eran, segun lo que despues nos dixo, para los alcaydes de Guéjar, Albuñuelas y Guájaras, diciendoles, que al bien de los Moros convenia que recogiesen luego toda la gente de sus partidos, y se fuesen á juntar con él, porque queria dar batalla al Duque de Sesa, que estaba en Acequia con fin de pasar á socorrer á Órgiba, y sin duda le desbaratarian; y que se habia dexado de proseguir en el cerco de Órgiba para venirle á esperar en el paso: y que los Christianos quedaban ya de manera, que no podrian dexar de perderse brevemente. Y en la carta que iba para el alcayde Xoaybi de Guéjar decia otra particularidad mas: que saliese con seis mil Moros de los que alli tenia, y tomando el barranco entre Acequia y Lanjarón, quando el campo del Duque hubiese pasado, cortase el camino á las escoltas, que de necesidad habian de ir con bastimento, porque esto solo bastaria para desbaratarle. Por otra parte habia hecho que se divulgase en Granada, que el fuerte era ya perdido, y que los Christianos habian sido todos muertos, para que Don Juan de Austria mandase al Duque de Sesa que retirase el campo, ó á lo menos le entretuviese en aquel alojamiento: y habialo sabido hacer de manera, que para que se diese mas credito habia escrito que lo dixese algun Morisco á un religioso en forma de confesion. Y estando un dia Don Juan

Juan de Austria solo en su aposento, llegó á él un frayle á decirselo por cosa muy cierta. Esta nueva puso en harto cuidado al animoso Principe, y mandando juntar luego consejo, propuso lo que el frayle le habia dicho, para ver el remedio que se podria tener: y dando y tomando sobre el negocio, jamas se pudo persuadir el Presidente Don Pedro de Deza á que fuese verdad, diciendo que sin duda era algun trato de Moros: porque si otra cosa fuera, no era posible dexar de haber venido alguna persona que depusiera de vista; y tanto mas dexó de creerlo, quando Don Juan de Austria le dixo de quién y cómo lo habia sabido. Dando pues todavia priesa al Duque de Sesa que pasase adelante, determinó de hacerlo; y enviando á Pedro de Vilches con ochocientos infantes á que reconociese el barranco que atraviesa el camino real, y baxa á dar á Tabláte, le mandó que tomase lo alto de él, y se pusiese donde el camino de Lanjarón hace vuelta cerca de Órgiba, y desde alli diese aviso á Francisco de Molina; y para asegurarle envió luego en su resguardo ochocientos hombres, y él siguió con todo el resto del exercito, que serian poco mas de quatro mil infantes y trescientos caballos, sospechando que los unos y los otros habrian menester socorro. Luego que los enemigos vieron caminar nuestra gente, repartiendo la suya en dos partes, el Husceyn y el Dali, capitanes Turcos, fueron á encontrar á nuestro quadrillero con la una, y la otra quedó de retaguardia; y encubriendose los delanteros, antes de llegar á ellos comenzó Dali á mostrarse tarde, y á entretenerse escaramuzando: y entretanto apartaron seiscientos hombres, trescientos con el Rendati, para que se emboscase á las espaldas, y trescientos con el

Ma-

Macox, que fuese encubiertamente á ponerse junto al camino de Acequia, donde dicen Calat el haxar, que quiere decir atalaya de las piedras: cosa pocas veces vista, y de hombres muy praticos en la tierra, apartarse con gente estando escaramuzando, y emboscarse sin ser sentidos de los que estaban á la frente, ni de los que venian á las espaldas. Cayó la tarde, y cargó Dali reforzando la escaramuza á la parte del barranco cerca del agua, de manera que á los nuestros pareció retirarse hácia donde entendian que venia el Duque. A este tiempo se descubrió el Rendati, y fue cargando sobre ellos: los qnales hallandose lejos del socorro, y viendo que cerraba ya la noche, se retiraron á un alto cerca del barranco con proposito de parar alli hechos fuertes: y pudieran estar seguros, aunque con algun daño, si el capitan Perea, natural de Ocaña, tuviera sufrimiento; mas en viendo el socorro que les iba, desamparó el cerro, y baxando el barranco abaxo, fue seguido de los enemigos, y muerto peleando con parte de los soldados que iban con él. Los otros pasaron adelante siguiendolos los Moros, hasta que llegaron donde estaba el Duque ya anochecido: el qual los socorrió, y retiró. Mas dando en la segunda emboscada del Macox; y hallandose por una parte apretado de los enemigos, y por otra incierto del camino y de la tierra, con la escuridad y confusion, y con el miedo de la gente que le iba faltando, fue necesario hacer frente al enemigo con su persona. Quedaron con el Duque Don Gabriel de Cordoba y Don Luis de Cordoba, y Don Luis de Cardona, Pagan de Oria, hermano de Juan Andrea de Oria, y otros caballeros y capitanes: muchos de los quales se apearon con la infanteria, y con la mejor orden que pudieron

se retiraron al alojamiento casi á media noche. Hubo algunas opiniones, que si los Moros cargáran como al principio, corrieran peligro de perderse todos los nuestros; mas el daño estuvo en que Pedro de Vilches partió á hora que no le bastó al Duque el dia para llegar á Órgiba, ni para socorrer, porque le faltó el tiempo: cosa que engañó á muchos en el reyno de Granada, que no le medían bien por la aspereza de la tierra, hondura de barrancos, y estrechura de caminos. Murieron quatrocientos Christianos, y hubo muchos heridos, y perdieronse muchas armas, segun lo que los Moros decian; pero segun nosotros, que en esta guerra nos enseñamos á disimular y encubrir la perdida, solos sesenta fueron los muertos, no con poco daño de los enemigos, y con mucha reputacion del Duque, que de noche sospechoso de la gente, apretado de los enemigos, impedido de la persona, tuvo libertad para poner en execucion lo que se ofrecia proveer á todas partes, resolucion para apartar los enemigos, y autoridad para detener á los soldados, que habian ya comenzado á huir.

CAPITULO XVI.

Como Francisco de Molina dexó el fuerte de Órgiba, y se retiró con toda la gente á Motril; y el Duque de Sesa se volvió á Granada.

En este tiempo Francisco de Molina, viendo que los cinco dias, en que el Duque de Sesa habia enviado á decir que lo socorreria, eran ya pasados, y otros cinco mas, considerando, que, pues su entrada no era para mas efeto, que para sacarle de alli, podria escusarse con salir

él.

él. El proprio dia que recibió la carta ultima, tomando consigo á los capitanes Juan Alvarez de Bohorques, y Gaspar Maldonado, y otros tres de á caballo, salió á reconocer el sitio donde se habia puesto el campo del enemigo; y pasando por muchas centinelas de Moros, que estaban puestas por aquellos cerros, llegó hasta el castillo de Lanjarón, dos leguas de Órgiba, donde habia una esquadra de soldados á su orden: á los quales preguntó, qué nuevas tenian del campo de los Moros. Y diciendole, que no sabian mas de que todos aquellos cerros estaban cubiertos de ellos, considerando que su intento no era mas que defender aquella entrada, volvió luego al fuerte por otro camino; y aquella misma noche hizo calentar con las hastas de las picas y alabardas de la municion unas piezas de artilleria de campaña que habia dentro; y haciendolas pedazos, enterró el metal y otras cosas de peso, que entendió que no se podian llevar. Y haciendo subir los enfermos y heridos y algunas mugeres en los caballos de los escuderos, lo mejor que pudo, tomando por estandarte un crucifixo, á quien todos se encomendaron con mucha devocion, sin hacer ruido con las caxas, sacó toda la gente del fuerte á las diez de la noche, y caminó la vuelta de Motril, llevando las cruces, los retablos y los ornamentos de la iglesia consigo. Dexó quatro soldados en la torre de la campana, con orden que tañesen siempre, como se tenia de costumbre, hasta que la gente se hubiese alargado de la otra parte del rio; y que en viendo cierta señal, que se les haria con fuego, se retirasen. De esta manera se fueron todos por el camino de Motril, sin hallar quien les hiciese estorvo, donde llegaron otro dia de mañana: y se escusó la entrada del Duque

que de Sesa por entonces, dexando burlado al enemigo. Llegada nuestra gente á vista de Motril, los de la villa estuvieron harto temerosos, creyendo que eran Moros, porque la mesma noche que salieron de Órgiba, habian venido los enemigos de Dios á dar en las casas del barrio de los Moriscos, y se los habian llevado á la sierra, á unos por fuerza, y á otros de grado, y habian peleado buen rato con los Christianos, que tenian barreadas las bocas de las calles, y las mugeres y niños metidos en la iglesia, que es á manera de una fortaleza. Mas quando supieron que eran los soldados de Órgiba, no se puede encarecer el contento que recibieron, asi por verlos libres del cerco, como por entender que la villa estaria guardada: y porque tenian falta de bastimentos, y los nuevos guespedes llevaban pocos, acordaron luego de salir á buscar que comer á los lugares de Lóbras, Patabra y Mulbizar. Otro dia siguiente salió el capitan Juan Alvarez de Bohorques con la gente de á caballo y algunos arcabuceros de á pie, y dando sobre ellos, los saqueó, y recogió muchas cosas de comer y cantidad de paja, que era lo que mas habian menester para los caballos; mas no hizo daño á los Moros en sus personas, porque tuvieron aviso de como iba, y se subieron á la sierra. Quando Don Juan de Austria supo lo que Francisco de Molina habia hecho, loó mucho su buena diligencia; y mandandole que se quedase en Motril por cabo de la gente de guerra que alli habia, hizo hartos buenos efetos en los Moros: y quando hubo de ir al rio de Almanzora, le mandó que fuese á servir aquella jornada. Por otra parte el Duque de Sesa, que todavia estaba con su campo en Acequia, viendo que ya no habia para que pasar adelante, dió vuelta hácia las Albu-
ñue-

ñuelas, donde se habian recogido muchos Moros, y acabando de destruir aquellos lugares, dexó alli mil hombres de presidio, y se fue á Granada. El primero que dió aviso como Francisco de Molina habia dexado á Órgiba y retirado la gente á Motril, fue un Christiano captivo que acudió á la Calahorra, y dixo al Marques de los Velez como los Moros habian hecho grandes alegrias por toda la Alpuxarra; y que era tan grande su regocijo, que se habia descuidado su amo con él, y habia tenido lugar para poder huir: el qual despachó luego con la nueva á su Magestad, y á Don Juan de Austria.

CAPITULO XVII.

Como Geronimo el Maleh alzó la villa de Galera, y como los de Guescar fueron á socorrer unos soldados que se hicieron fuertes en la iglesia.

La villa de Galera era de Don Enrique Enriquez, vecino de Baza: el qual á pedimento de los proprios vecinos, que todos eran Moriscos, para defenderlos, si viniesen algunos Moros á hacerles que se alzasen, habia enviadoles sesenta arcabuceros con Almarta su criado, encargandole que no los alojase en las casas, porque no diesen pesadumbre á los Moriscos: el qual estaba alojado con ellos en la iglesia, que está fuera de la villa á la parte del cierzo, en un llano que se hace entre las casas y el rio. La torre del campanario era fuerte, y en ella tenia su centinela de noche y de dia. Andaba en este tiempo Geronimo el Maleh con otro campo de Moros á la parte del rio de Almanzora y Baza, solicitando todos los pueblos de Moriscos á rebelion, y hacien-

ciendo el daño que podia en los Christianos, y traía consigo un capitan Turco llamado Carvajal con doscientos escopeteros Berberiscos. Y quiriendo levantar á Galera, para recoger alli la gente de Orce y Castilleja, por ser sitio fuerte, del qual haremos adelante mencion, los vecinos se escusaban con decir que no podian alzarse, mientras Almarta estuviese alli con aquellos soldados; y para quitarselos de delante, habia metido secretamente en la villa doscientos Moros armados que los matasen: cosa que pudiera hacer con mucha facilidad, segun estaba Almarta confiado de que no le harian traycion, porque subian cada mañana los soldados de dos en dos, y de tres en tres á la plaza á comprar bastimentos, tan descuidados, como si todos fueran unos ellos y los vecinos. Ordenaron pues los enemigos de Dios de ponerse una mañana á trechos por las calles y por las casas, y como fuesen subiendo los soldados, matarlos, y acudir luego á la iglesia, y ponerle fuego para quemar á los que hubiesen quedado dentro. Estando pues con esta determinacion la noche antes del dia que habian de hacer el efeto, un Moro llamado Anrique, natural de Purchena, de los que el Maleh habia enviado, que habia sido monfi en tiempo de paces; pareciendole que era buena coyuntura la que se ofrecia para alcanzar gracia y perdon de sus culpas, determinó de meterse en la iglesia, y dar aviso á los Christianos del engaño que les tenian ordenado; y arrojandose por la ventana de una casa, aunque fue sentido de las centinelas y de otros Moros sus compañeros, que salieron en su seguimiento, y le descalabraron, todavia corrió mas que ellos, y se metió con los Christianos en la iglesia, y les descubrió lo que tenian acordado para matar-

los,

los, y como habia en la villa doscientos Moros que el Maleh habia enviado, y que él era uno de ellos. Almarta le agradeció mucho el aviso, y envió luego dos soldados á Guescar, que está una legua de alli, pidiendo al alcayde Francisco de Villa Pecellin, caballero del habito de Calatrava, y gobernador de aquel estado, que es del Duque de Alba, y al dotor Guerra, alcalde mayor, que le socorriesen con alguna gente, para poderse retirar con la poca que tenia consigo. Los quales juntaron á gran priesa los caballos y peones, y fueron á Galera; mas ya quando llegaron la villa estaba alzada, y los Moros tenian cercada la iglesia, y la habian combatido y puestole fuego para quemarla. Y como los de Guescar llegaron, se retiraron escaramuzando hácia la villa, de manera que los cercados tuvieron lugar de poder salir por unas ventanas que salian hácia el rio con igual trabajo que peligro: y sin hacer otro efeto mas que retirar aquella gente, se volvieron el mesmo dia á Guescar, dexando aquella villa alzada y puesta en arma, con proposito de volver mejor apercebidos sobre ella.

CAPITULO XVIII.

Como la gente de Guescar volvió sobre Galera; y volviendo desbaratados, quisieron matar los Moriscos que vivian en Guescar.

Vuelta nuestra gente á Guescar, creció tanto la ira popular en ver la insolencia con que se habian alzado los de Galera, y el trato que aquellos Moros tan regalados de su señor tenian hecho para matar á los soldados que les habia enviado para que los defendiesen, que in-

indignados contra toda la nacion Morisca quisieron matar á los que vivian entre ellos , y saquearles las casas antes que viniesen á hacer otro tanto. Y como anduviese este ruido entre la gente comun , el comendador Pecellin recogió todos los Moriscos en las casas de las tercias , que son unos alholis muy grandes , donde se encierra el pan que pertenece al Duque de Alba de sus rentas , dexando solas las Moriscas en las casas. Apaciguóse el pueblo por entonces con esperanza de saquear á Galera ; y enviando á llamar á los vecinos de la villa de Bolteruela para que los acompañasen , fueron luego á hacer el efeto , aunque confusa y desordenadamente, como hombres que llevaban menos zelo y mas cudicia de la que era menester en aquella coyuntura. Llegados á Galera , pelearon dos dias con los Moros sin hacer nada , ni quererse retirar; y viendo la resistencia que les hacian , y que seria menester mas fuerza de gente, enviaron á pedir socorro á Don Antonio de Luna, que, como queda dicho , estaba por cabo de la gente de guerra de Baza. En este tiempo Doña Juana Faxardo viuda, muger de Don Enrique Enriquez, porque no le saqueasen aquellos vasallos , entendiendo poderlos apaciguar, envió á Don Antonio Enriquez su cuñado con algunos caballos á que les hablase de su parte, y les persuadiese á que dexasen las armas, y se reduxesen al servicio de su Magestad : el qual llegó á la villa , estando sobre ellos los de Guescar, y acercandose á las casas, llamó por sus nombres á algunos de los vecinos que conocia, y les dixo , que se marabillaba mucho de ver novedad tan grande en gente que siempre habian sido leales , y que bien se dexaba entender no ser ellos los autores de la maldad , sino los Moros forasteros , que habian

bian hecho que se alzasen por fuerza : que el remedio estaba en la mano, porque él venia á defenderlos, y á dar orden como tan poco recibiesen daño de la gente de guerra. Por tanto les rogaba, que asegurando sus cabezas volviesen al servicio de su Magestad, y que él haria con los de Guescar que se volviesen á sus casas, sin que el daño pasase mas adelante. De estas palabras escarnecieron los barbaros ignorantes, engañados de su propria confianza, y de la que les ponian los Turcos que estaban con ellos : y sin dexar hablar á los llamados, algunos de los Moros Berberiscos respondieron, que los de aquella villa no conocian mas que á Dios y á Mahoma ; y que se quitase de alli, porque le tirarian con las escopetas. Con esta respuesta se ayraron nuestros Christianos de manera, que quisieron luego combatir la villa contra la voluntad de los capitanes, á quien Don Antonio Enriquez hacia muchos requerimientos que no lo consintiesen, diciendo, que él haria con los Moriscos que se rindiesen, porque no eran los vecinos, sino los Moros forasteros los que habian respondido de aquella manera. Y al fin pudo tanto la ira en la gente comun, poco acostumbrada á obedecer, que sin aguardar orden se fueron determinadamente hácia las casas ; y subiendo unos tras de otros por las calles, llegaron hasta cerca de la plaza con voz de declarada vitoria : y si fueran seguidos de toda la otra gente, pudiera ser que tomáran la villa en aquel dia, y no costára la sangre que costó despues ganarla ; mas como los capitanes estaban suspensos, no sabiendo como se tomaria aquel hecho, y detenian la gente, fue necesario que los atrevidos se retirasen, y á la retirada mataron y hirieron los Moros muchos de ellos : los qua-

les no salieron de la villa, contentandose con lo hecho, y con defender sus paredes, porque tenian mucho temor á los de á caballo. Los Christianos volvieron tan desbaratados á Guescar, y con tanta indignacion contra la nacion Morisca, que entrando en la ciudad, asi hombres como mugeres, comenzaron á dar voces, diciendo, que por qué habian de quedar vivos los Moriscos que Pecellin habia recogido en las tercias, pues los de Galera sus parientes habian muerto y herido tantos Christianos, y apellidado el nombre y seta de Mahoma: añadiendo á esto, que quien los defendia era peor que ellos; y á furia de pueblo corrieron unos á combatir las tercias, y otros á saquear las casas de la Moreria. Los que fueron á las tercias pusieron fuego á las puertas, porque las hallaron cerradas; y tirando con los arcabuces por las lumbreras de los sotanos, donde los Moros estaban metidos, mataron algunos de ellos: y los matáran á todos, si el mesmo fuego encendido en su daño no les fuera favorable, porque creció tanto la llama con la fuerza del trigo y de la cebada que alli habia, que estando ardiendo las puertas, umbrales y techos, hecho todo una llama, no hubo Christiano que osase entrar dentro, y se quedaron los Moriscos metidos en las bovedas. A este tiempo los que habian acudido á robar las casas de la Moreria, se llevaron quanto habia en ellas, sin haber quien se lo contradixese; y como acudiesen tambien á la fama del despojo los que combatian las tercias, Pecellin tuvo lugar de favorecer los Moriscos; y haciendo apagar el fuego, los sacó de las bovedas, y los llevó á casa de Don Rodrigo de Balboa, y de alli á unos sotanos que habia en el rebellin del castillo, donde los tuvo encerrados muchos dias

dias por miedo que se los matarian, hasta que su Magestad mandó que los metiesen la tierra adentro con los demas de aquel reyno.

CAPITULO XIX.

Como el Marques de los Velez fue avisado, que Geronimo el Maleh iba á cercar la fortaleza de Oria; y como fue luego socorrida.

Sabiendo Geronimo el Maleh que en la fortaleza de Oria habia mucha gente inutil, y falta de bastimentos y de municiones, quisiera mucho ocuparla por ser plaza importante para su pretension; y como anduviese juntando gente y haciendo otras prevenciones, el Marques de los Velez fue avisado de ello: el qual escribió desde la Calahorra á Baza á Don Juan Enriquez, y á Velez el Blanco á Don Juan de Haro, ordenandoles, que cada uno por su parte procurasen bastecer con toda brevedad aquella fortaleza; y que sacasen las mugeres y gente inutil que habia dentro, y los llevasen á los Velez y á otros lugares apartados del peligro; y que si el capitan Valentin de Quirós, cabo del presidio, hubiese menester mas gente de la que tenia, se la dexasen. Don Juan Enriquez salió de Baza con ciento y quarenta de á caballo, y dando vista al campo del enemigo, que andaba junto á Canilles, envió á Don Antonio su hermano con ciento y veinte escuderos, y otros tantos costales de harina en las ancas de los caballos, la vuelta de Oria, mientras hacia representacion con los otros veinte; y burlando de esta manera á los Moros, hizo el efeto del socorro. Tambien envió Don Juan de

Haro quarenta de á caballo desde Velez el Blanco, y con ellos cien arcabuceros: los quales entraron en Oria el primero dia del mes de Noviembre con algunos bastimentos y municiones, y orden de retirar la gente inutil que alli habia. Y siendo el Malch avisado de ello, tomó consigo dos mil Moros escogidos, y á gran priesa fue á tomarles un paso, donde llaman la boca de Oria, por donde forzosamente habian de volver á Velez el Blanco. Y pudiera ser que hiciera mucho daño, si no fuera por la diligencia de un clerigo llamado Martin de Falces, beneficiado de Velez el Blanco, hombre aficionado á la caza de monteria, y por esta razon muy platico en toda aquella tierra: el qual quiso ir á reconocer el camino antes que partiese la gente de Oria, y dando con la emboscada de los Moros, volvió luego á los capitanes, y les requirió que no partiesen de alli hasta tanto que el paso estuviese desembarazado, ó hubiese mayor numero de gente con que poder pasar. Con este aviso se detuvo la escolta, y los capitanes escribieron luego á Don Juan de Haro el estado en que quedaban, para que diese orden como asegurarles el camino. Luego escribio Don Juan de Haro al cabildo de la ciudad de Lorca, avisando del peligro en que estaban aquellos Christianos, y pidiendo que le acudiesen con el mayor numero de gente que ser pudiese, porque convenia socorrer aquella fortaleza, y desocupar el paso que el enemigo tenia tomado á la escolta. Y como la carta fuese con alguna manera de superioridad, los regidores, enfadados de ver el termino con que escribia, respondieron, que enviarian primero á Murcia y á Caravaca, para que se recogiese la gente, y que venida harian el socorro. Luego se entendió en Velez el Blanco la causa por-

porque no habian acudido los de Lorca, y las hijas del Marques de los Velez, doncellas discretas y de mucho valor, escribieron por su parte á la ciudad, y al dotor Guerta Sarmiento, alcalde mayor, representando la mucha necesidad que habia de que fuese socorrida la gente que estaba en Oria, y encargandoles que fuese con toda brevedad. Y juntandose sobre ello otra vez á cabildo, aunque de doce regidores fueron los ocho de parecer que todavia se dilatase el negocio, hasta que la gente de Murcia y de Caravaca viniese, el alcalde mayor no quiso arrimarse á los mas votos, sino acudir á la necesidad presente: y luego hizo avisar á las villas de los Alumbres, Totana y Librilla, para que fuesen á esperarlo en Velez el Blanco; y recogiendo la gente de la ciudad, partió de Lorca á cinco dias del mes de Noviembre con ochocientos infantes y cien caballos. Capitanes de la infanteria eran Juan Navarro de Alba, Juan Helices Gutierrez y Diego Mateo de Guevara, y de los caballos Juan Hernandez Manchiron. Con esta gente llegó el alcalde mayor á Velez el Blanco, y se alojó fuera de la villa en el arrabal en las casas de los Moriscos, que segun pareció tenian liada la ropa para caminar á la sierra, y habia dentro de las casas algunos Moros de los alzados de las Cuevas, que aguardaban un capitan Moro, llamado Francisco Chelen, que habia de ir á levantarlos. En este alojamiento estuvieron los de Lorca hasta que llegó la gente de los Alumbres, Totana y Librilla; y á diez dias del mes de Noviembre partieron con toda la gente en ordenanza, y fueron á dormir aquella noche á Chiribel, llevando cantidad de bagages cargados de bastimentos y municiones para dexar en Oria. Enviaron delante dos hombres platicos en la

la tierra, que reconociesen aquel paso, con orden que volviesen luego al amanecer del dia por el mesmo camino. Estos hombres pasaron tan adelante, que quando quisieron tornar á dar aviso, no pudieron, porque los Moros les tomaron el paso; y metiendose por aquellas sierras, fueron á parar desde á quatro dias á Lorca. El alcalde mayor viendo que no venian, como se les habia ordenado, llevando sus descubridores delante prosiguió su camino; y quando llegó al paso, halló que los Moros se habian retirado aquella noche; y entrando pacificamente en Oria, metió los bastimentos y municiones que llevaba, y sacó toda la gente inutil que alli habia, y la envió á los Velez y á otros lugares. Y dexando la plaza proveida, fue de vuelta sobre Cantoria, y quemó á los Moros una casa de municion que alli tenian, y peleó con ellos, y los venció, como se dirá en el siguiente capitulo.

CAPITULO XX.

Como la gente de Lorca habiendo socorrido á Oria, y pasando á Cantoria quemado á los Moros la casa de municion que alli tenian, de vuelta pelearon con ellos, y los vencieron.

Habiendo los de Lorca socorrido la fortaleza de Oria, y sacado la gente inutil que alli habia, quisieran mucho ir luego sobre la villa de Galera, sabiendo que los Moriscos de ella estaban alzados, y el daño que habian hecho en los de Guescar; y juntandose con los capitanes á consejo, no vinieron en ello, diciendo que no habian salido por aquel efeto, ni era bien poner el estandarte de

de su ciudad debaxo del de Don Antonio de Luna sin orden de su Magestad. Y siendo avisados que en la villa de Cantoria habia muchas mugeres, ropa y ganados, y que tenian los Moros una casa de municion, donde hacian polvora, acordaron de ir sobre ella; y repartiendo municion á los arcabuceros, á media noche salieron de Oria con proposito de llegar á darles una alborada, por estar Cantoria quatro leguas de alli; mas es tan aspero el camino, que no pudieron llegar hasta que ya era alto el dia, porque les amaneció en Partalóba: y hallando los Moros apercebidos, pasaron con la gente en ordenanza por las guertas; y caminando por el rio abaxo, descubrieron la fortaleza de Cantoria, y vieron estar en la muralla y sobre los terrados mucha gente haciendo algazaras con instrumentos y voces que atronaban aquella tierra, y muchas banderas tendidas por las almenas: los quales comenzaron luego á tirar con dos tirillos de artilleria que tenian. El alcalde mayor envió una compañia de arcabuceros por una ladera arriba á que tomase un peñon, que está á caballero de la fortaleza; y con toda la otra gente se arrimó á la puerta del rebellin, y comenzó á pelear con los de dentro, que se defendian con escopetas y ballestas y hondas. Duró la pelea desde las siete de la mañana hasta las dos de la tarde. En este tiempo nuestra gente ganó el peñon, y teniendo desde alli la muralla y los terrados á caballero, que no se podia encubrir nadie de los que andaban de dentro, mataron algunos Moros, y tuvieron lugar de poder llegar los que estaban con el alcalde mayor á desquiciar las puertas primeras del rebellin con rejas de arados, y con hazadones y hachas, donde los Moros tenian metido todo el ganado. Y entrando

do dentro, aunque de las saeteras y traveses del muro principal herian algunos soldados, se metieron en la casa de la municion, que estaba entre los dos muros, y desbarataron el ingenio de refinar el salitre y de hacer la polvora, y pegaron fuego al edificio, y lo quemaron todo. Y porque no se podia entrar la fortaleza sin artilleria, ó escalas, sacaron dos mil y setecientas cabezas de ganado menudo, y trescientas vacas, y se retiraron. Y enviando delante á Martin de Molina con treinta caballos y trescientos peones, que se alargase con la cabalgada, y procurase llegar aquella noche al lugar de Guercal de Lorca, porque se tuvo entendido que acudirian muchos Moros, segun las grandes ahumadas que hacian llamandose unos á otros por todo el rio de Almanzora, caminó luego el alcalde mayor con toda la otra gente. Y como cerca del lugar de Alboreas se descubriesen cantidad de enemigos, que venian al socorro de Cantoria del rio de Almanzora, y hallando nuestra gente retirada, la seguian, estuvo un rato hecho alto, para que el ganado tuviese lugar de alargarse; y entretanto envió algunos caballos á reconocer qué gente era la que parecia: y tras de ellos fue él proprio, y reconoció quatro banderas de Moros que iban algo arredradas, y parecia que caminaban á meterse en las guertas de Alboreas, donde habia un paso peligroso por la espesura de las arboledas, y de las acequias que cruzaban de una parte á otra sin puentes. Y temiendo que si los Moros tomaban aquel paso podrian hacerle daño, porque de necesidad habian de ir las hileras desbaratadas, hizo muestra de aguardarlos para pelear á la entrada de las guertas. A este tiempo habia pasado ya la presa de la otra parte de las guertas, y los Moros tenien-

niendo entendido, que, pues aquella gente hacia alto para pelear, debia tenerles armada alguna emboscada, dexando el camino del rio que llevaban, subieron á gran priesa por encima de una venta que dicen de Bena Romana, y desde alli comenzaron á arcabucear á nuestra retaguardia. En este lugar quisieran los de Lorca dar Santiago en los enemigos; mas el alcalde mayor no lo consintió, diciendo que pasasen adelante, que él les daria orden para ello en hallando dispusicion de sitio, donde los caballos se pudiesen revolver. Y habiendo pasado la venta, y atravesado el rio y un lodazar grande que se hacia par de ella, llegando como media legua adelante cerca de donde dicen el Corral, puso toda la gente en orden de batalla. Los enemigos llegaron hechos una grande ala, y como praticos en la tierra enviaron tres Turcos de á caballo y cinco Moros de á pie, que descubriesen nuestras ordenanzas, y viesen la orden que llevaban, y el sitio y dispusicion en que estaban puestos; porque como habian venido hasta alli algo arredrados, aun no sabian bien con quien habian de pelear. Y habiendolos reconocido, y descubierto una emboscada de infanteria y de caballos, que el capitan Diego Mateo les habia puesto á un lado del camino, pareciendoles que era poca gente, segun la mucha que ellos traían, acometieron con grandes alaridos, disparando sus escopetas y ballestas. Mas los hombres de Lorca acostumbrados á no temer, habiendo hecho su oracion y encomendadose á Dios, dieron Santiago en ellos, y la caballeria procuró atajarlos y entretenerlos con su acometimiento mientras llegaba la infanteria. Y fue tan grande el impetu de los unos y de los otros, que no tuvieron lugar de tirar mas que una rociada de ar-

arcabuceria, porque llegaron luego á las manos; y peleando esforzadamente caballos y peones, mataron algunos Turcos y Moros que venian de vanguardia, y pusieron los otros en huida, y les tomaron cinco banderas. Peleó este dia un Moro, que llevaba la una de estas banderas, admirablemente: el qual estando pasado de dos lanzadas, y teniendole atravesado con la lanza el alferez de la caballeria, con la una mano asida de la lanza del enemigo, y la otra puesta en la bandera estuvo gran rato lidiando, hasta que el alcalde mayor mandó á un escudero que le atropellase con el caballo; y caido en el suelo, jamas pudieron sacarle de las manos la bandera, mientras tuvo el alma en el cuerpo. Estas banderas eran de los lugares de Codbar, Líjar, Albanchez, Purchena, Seron, Tavernas y Beni-Tegla, y venia con ellas un hijo del Maleh. Siendo pues los Moros vencidos, y muertos mas de quatrocientos y cincuenta de ellos, los otros se derribaron por unas ramblas abaxo; y por ser ya noche, no pudieron seguir los nuestros el alcance. Murieron de nuestra parte dos soldados, y hubo heridos treinta y siete, y entre ellos cinco escuderos, y catorce caballos muertos: algunos desbarrigó un Moro al pasar por junto á una paredeja de piedra, estando cubierto con ella con una lanzuela en la mano. Y siendo ya anochecido, caminaron á paso largo hasta alcanzar á Martin de Molina: y aquella noche se alojaron en Guercal de Lorca con buenas guardas y centinelas. Alli recibió el alcalde mayor una carta de su cabildo, encargandole que volviese á poner cobro luego en aquella ciudad, porque habia cada hora rebatos de Moros. A la qual no quiso responder, mas de enviar á Martin de Molina y á Pedro de Oliver con las nue-

vas

vas del buen suceso. Otro dia á trece de Noviembre caminó la vuelta de Lorca, donde fueron todos alegremente recibidos de los ciudadanos. Y las banderas que se ganaron á los Moros, quedaron por trofeo en aquella ciudad en memoria de esta vitoria; y votó el cabildo de los regidores de celebrar cada año la fiesta de señor San Millan, por haber sido en el dia de su festividad.

CAPITULO XXI.

De algunas provisiones que Don Juan de Austria hizo á la parte de Granada estos dias, por los daños que los Moros de Guéjar hacian.

La dilacion en las provisiones de la guerra, que de nuestra parte se habian de hacer, causaba mayor atrevimiento á los rebeldes. Habianse recogido en Guéjar con Pedro de Mendoza el Hosceyn tantos Moros, que demas de la gente del presidio que alli tenia, que eran seiscientos hombres, se juntaban algunas veces tres y quatro mil con los capitanes Xoaybi, Choconcillo, el Macox, y el Moxaxar, y otros que se mudaban á temporadas, por la comodidad que tenian en la aspereza de aquellas sierras para salir á robar, y poderse retirar á su salvo: y como desasosegasen á Granada, llegando á todas horas cerca de los muros de la ciudad, Don Juan de Austria puso alguna gente de guerra en presidios con que asegurar la tierra, y escusar los daños que hacian. A los lugares de Pinos y Cenes, que están en la ribera de Xenil, envió dos compañias de infanteria. En el cerro del sol se pusieron dos quadrillas de las ordinarias, porque desde aquella cumbre alta se descubren todos

los cerros que hay hasta la sierra de Guéjar. Hizo alzar un muro de tapias, que atravesaba por la ermita de los Martires, y cerraba toda la entrada de la loma por aquella parte; y en la ermita hacia cuerpo de guardia una compañia, otra en Antequeruela, y otra en la puerta de los Molinos. Y porque se tardaba en salir, quando habia rebatos, la caballeria aguardando orden, mandó á Tello Gonzalez de Aguilar, que en sintiendo rebato, á qualquiera hora que fuese, saliese con sus caballos en busca de los enemigos, y que no perdiese tiempo en esperar ordenes. Y para asegurar las entradas de la vega, demas de la gente de guerra que estaba alojada en las alcarías, envió á Don Geronimo de Padilla, hijo de Gutierre Lopez de Padilla, á que se alojase en Santa Fe con una compañia de caballos, y otra á la villa de Hiználeuz para que asegurase aquel paso. De esta manera estaba la ciudad de Granada rodeada de presidios, por razon de la molestia de los Moros de Guéjar, quando Don Juan de Austria propuso un dia en el consejo, quán importante cosa seria que el Marques de los Velez, pues estaba consumiendo los bastimentos en la Calahorra sin hacer efeto, fuese á expugnar aquella ladronera con la gente que alli tenia; y que á la parte de Granada podria salir otro campo que atajase los enemigos que respondiesen por alli, porque no podian en ninguna manera atravesar la sierra, que estaba cargada de nieve. Y como pareciese á todos que seria cosa acertada, y fuese el Marques de los Velez avisado de ello, previniendo á la orden quiso hacer la jornada, y envió secretamente á Tomas de Herrera á que reconociese el lugar y la cantidad de gente que habia dentro. Y mientras iba y venia, escribió á Don Rodrigo de Benavides, que dexan-

xando buena guardia en la ciudad de Guadix, se viniese con toda la otra gente á la Calahorra, porque pensaba hacer una importante entrada. Hizo reseña general, y apercibió todas las cosas necesarias para ella; mas venido Tomas de Herrera, fue de calidad la relacion que le traxo, que le hizo mudar parecer, fuese por tener poca gente, siendo menester mucha para cercar y acometer el lugar por diferentes partes, como era necesario que se hiciese, por estar repartido en tres barrios arredrados uno de otro, y metidos entre asperisimas sierras, ó porque entendió que Don Juan de Austria saldria luego de Granada, y llevando consigo á Luis Quixada vendrian á juntarse de necesidad, cosa que él procuraba escusar todo lo posible. Sea como fuere, él despidió la gente de Guadix, agradeciendo la voluntad con que habian venido, y dixo á Don Rodrigo de Benavides, que brevemente le enviaria á llamar para otra cosa de mayor importancia. Y ansi se dexó de hacer la jornada de Guéjar por entonces, hasta que despues hubo de hacerla Don Juan de Austria por su persona.

CAPITULO XXII.

De la entrada que el Marques de los Velez hizo en el Boloduy.

Quatro dias despues de esto vinieron unas espias al Marques de los Velez con aviso, como Aben Aboo habia enviado gran numero de mugeres á coger la aceytuna en los lugares del rio del Boloduy, y ochocientos Moros de guardia con ellas. Y tornando á enviar á llamar á Don Rodrigo de Benavides con su gente, y á los ca-

caballeros de la ciudad de Guadix, juntó un campo de dos mil y quinientos infantes, y trescientos caballos: con el qual partió de la Calahorra dos horas antes de medio dia, sin dar parte á nadie de lo que iba á hacer. Aquella tarde llegó á la villa de Fiñana, y á las nueve de la noche, quando entendió que la gente habia ya cenado, mandó tocar las caxas y las trompetas á recoger, y que luego marchasen los esquadrones de la infanteria, llevando Don Pedro de Padilla la vanguardia, y Don Juan de Mendoza la retaguardia: y con la caballeria y las guias por delante tomó la vuelta de Santa Cruz del Boloduy, donde decian las espias quedaban las Moras y los Moros que Aben Aboo habia enviado. Este camino quisiera hacer el Marques de los Velez con mucha brevedad para ir á amanecer sobre los enemigos, que estaban cinco leguas de alli; mas iban los soldados tan desmayados de hambre y de enfermedad, y hacia una noche tan aspera de frio, que no fue posible, especialmente habiendo de pasar el rio mas de diez veces por aquel camino. El qual viendo que la infanteria se iba quedando, y que aclaraba ya el dia, envió á decir á Don Pedro de Padilla, que anduviese todo lo que pudiese; y poniendo las piernas á su caballo, corrió al galope hasta meterse en la rambla, donde están aquellos lugares del Boloduy y Santa Cruz; mas con toda esta diligencia, quandó llegó, habian descubierto las atalayas, y comenzado á hacer ahumadas por las sierras apellidando la tierra. Viendo pues que habia sido sentido, envió á Don Rodrigo de Benavides con cien caballos por la rambla abaxo; y atajando él por una vereda harto aspera y fragosa, fue á ponerse encima del lugar del Boloduy sobre el proprio rio, en un cerro alto que des-

cu-

cubria toda aquella tierra. Desde alli hizo ir los caballos en seguimiento de los Moros, que iban huyendo por aquellas sierras arriba, llevando las mugeres por delante: los quales alcanzaron algunos hombres, y los mataron, y captivaron mucha cantidad de Moras, y tomaron muchos bagages. Don Rodrigo de Benavides fue siguiendo el alcance por la rambla abaxo hasta cerca de Guécija, y recogió muchas mugeres, y mató algunos Moros de los que habian acudido hácia aquella parte: porque siendo sobresaltados de aquella manera, huían cada qual hácia donde la fortuna le echaba, y andaban los Christianos como en monteria tras de ellos. En este tiempo los Moros que habia enviado Aben Aboo en guardia de las mugeres acudieron á las ahumadas, y entreteniendo la caballeria con escaramuza, hicieron alguna resistencia, y dieron lugar á que se pusiesen en cobro muchas de ellas. Llegó la infanteria como á las nueve de la mañana, y viendo el Marques de los Velez, que no era ya de efeto, y podria serlo, si los Moros acudiesen, mandó que hiciese alto en la rambla puesta en su ordenanza, y que ningun soldado se desmandase de las banderas so pena de la vida, hasta que siendo ya mas de medio dia hizo que las trompetas tocasen á recoger. Venia á este tiempo Don Rodrigo de Benavides retirandose por unas lomas abaxo á dar á un paso, por donde forzosamente habia de baxar al rio: el qual era tan angosto, que de necesidad habian de pasar los caballos uno á uno á la hila, y venian siguiendole muchos Moros con tanta determinacion, que algunos llegaban á echar mano de las colas de los caballos. Y como el Marques los vió venir de aquella manera, mandó á gran priesa que veinte soldados arcabuceros tomasen un cer-

ro,

ro, donde le pareció que estarian bien, para asegurar el paso á los nuestros. Los quales llegaron á tan buen tiempo, que repararon el daño, y Don Rodrigo de Benavides, y los que con él venian, se pudieron retirar. Recogida la gente y la presa, mandó el Marques de los Velez al auditor Navas de Puebla, que con treinta de á caballo fuese á tomar un paso de la vereda, por donde diximos que habia entrado, temiendo que se irian por alli los soldados desmandados con las Moras, y causarian alguna desorden. El qual llevó consigo al capitan Juan Zapata, vecino de Albacete, y otros capitanes sus amigos; y deteniendose en el camino mas de lo que convenia, quando llegó á lo alto, halló que los Moros le tenian tomado el paso; y quiriendo romper por ellos para juntarse con la otra gente, al pasar mataron de un escopetazo en la frente al capitan Juan Zapata, y desbarataron á los demas. Hubo algunos que acudieron á la retaguardia de la infanteria, donde iba Don Pedro de Padilla; y otros tomando por guia un escudero que sabia la tierra, volvieron el rio abaxo, y fueron á parar á la ciudad de Almería, y con ellos el licenciado Navas de Puebla. El Marques de los Velez no pudo volver á socorrerlos, aunque se tocó arma, porque iba muy adelante, y se daba priesa por subir á tomar lo alto antes que fuese de noche, y dexar aquellos lugares angostos, donde no podian los caballos rodearse. Y no siendo mas seguido de los enemigos, fue á alojarse aquella noche á la venta de Doña Maria, donde estuvieron los soldados con las armas en las manos, y con una tempestad de nieve y de viento tan grande, que perecieron de frio algunas criaturas de las que llevaban las Moras. Otro dia pasó á Fiñana, y alli se detuvo dos dias,

y

y al tercero llegó á la Calahorra. Murieron en esta jornada doscientos Moros, y fueron captivas ochocientas mugeres y niños, y tomaronse mucha cantidad de bagages. De los Christianos faltaron diez y ocho, y hubo algunos heridos.

CAPITULO XXIII.

Como el Marques de los Velez tuvo orden de su Magestad para acudir al partido de Baza: y como el Maleh fue sobre Guescar, y lo que sucedió estos dias hácia aquella parte.

Vuelto el Marques de los Velez á la Calahorra, tuvo orden de su Magestad para ir á lo de Baza; y que con la gente que alli tenia, y la que habia en aquella ciudad á orden de Don Antonio de Luna, y mil hombres que el Marques de Camarasa habia enviado aquellos dias de las villas del adelantamiento de Cazorla, procurase poner freno al enemigo, que andaba campeando. El qual partió de aquel alojamiento á veinte y tres dias del mes de Noviembre de este año de mil quinientos sesenta y nueve con mil infantes y doscientos caballos, porque ya no le habian quedado mas. Don Antonio de Luna salió de Baza con orden de Don Juan de Austria, y volvió á servir su oficio de general de la gente que estaba alojada en la vega de Granada. El Marques de los Velez estuvo algunos dias en aquella ciudad apercibiendo las cosas necesarias para ir adelante. Y en este tiempo Geronimo el Maleh fue con mas de seis mil hombres á la villa de Orce; y sacando todos los Moriscos que vivian en ella, los envió con sus mugeres

y hijos y bienes muebles á la villa de Galera. Y no pudiendo ocupar la fortaleza de Oria, que se la defendió el alcayde Serna, y le mató algunos Moros, pasó á Castilleja, y recogió tambien los Moriscos de aquella villa, y los metió en Galera; y pensando hacer alli la masa de la guerra, encerró dentro gran cantidad de trigo, cebada y harina, y otros bastimentos. Ordenó un molino de polvora, y atajando las calles, comenzó á fortalecer aquella villa con toda diligencia, entendiendo en la fortificacion aquel capitan Turco, que diximos, llamado Caravajal, que era hombre ingenioso en cosas de guerra. Y pareciendole buena ocasion para ocupar á Guescar, fue á ponerse una noche en emboscada en unas viñas cerca del pueblo con mas de cinco mil hombres, para en amaneciendo, antes de ser sentido, hallarse en las calles y casas, y ponerles fuego, y cercar la fortaleza, donde sabia que estaban los Moriscos encerrados en los sotanos: y quando no los pudiese sacar de alli, ni ganarla, hacer todo el daño que pudiese en los Christianos, y llevarse las Moriscas. Sucedió pues que á diez y ocho dias del mes de Diciembre, entre las siete y las ocho horas de la mañana, estando veinte de á caballo forasteros en la plaza, que habian madrugado para irse á la fortaleza de Orce, vieron venir corriendo la calle adelante un frayle de Santo Domingo, revestido para decir misa, tocando arma, y diciendo que los Moros entraban por las calles. Y como se hallaron apunto, juntandose con ellos otros diez ó doce de á caballo de los vecinos, corrieron hácia donde les dixo que venian; y quando llegaron, andaban ya muchos Moros poniendo fuego á las casas, y apenas habian sido sentidos, porque Guescar es un pueblo grande, llano y desparramado, y no tie-

tiene cercado mas que la villa vieja y el castillo, y habian podido llegar encubiertos, y entrar por las calles, donde no habia guardias ni defensa de muros que se lo impidiese. Mas presto acudió el verdadero muro, que son los animos de los hombres esforzados; y recogiendose obra de doscientos arcabuceros con calor de la gente de á caballo, se les opusieron, y pelearon valerosamente con ellos mas de tres horas, acudiendo siempre gente de refresco en favor de los Christianos, que peleaban por sus proprias casas, mugeres y hijos. Y al fin los enemigos fueron desbaratados y puestos en huida con muerte de mas de quatrocientos de ellos, y de solos cinco Christianos. Traía el Maleh doscientos Turcos escopeteros, que fueron siempre haciendo rostro mientras su gente se retiraba; y si no fuera por ellos, recibiera mucho mas daño: el qual se recogió á Galera, y dexando bastante numero de gente dentro, y á Caravajal con ciento y quarenta Turcos, pasó con la otra gente al rio de Almanzora. Los de Guescar quedaron alegres y muy regocijados, dando infinitas gracias á Dios por haberlos librado de aquel peligro, y dadoles tan señalada vitoria. Tres dias despues de esto les llegó el socorro de Caravaca, Cehegin y Moratalla, que eran quarenta de á caballo y quinientos infantes muy bien en orden. Y quiriendo el alcalde mayor ir á cercar á Galera, le envió á mandar el Marques de los Velez que no fuese. Y dende á ocho dias partió él de Baza con quatro mil infantes y doscientos caballos; y pasando por junto á Galera, dexó alli al capitan Diego Alvarez de Leon con cantidad de gente, entendiendo que los Moros se irian, y no osarian aguardar el cerco: y fue á media noche á Guescar á dar orden en las cosas que le

pareció convenir. Y dende á tres dias, viendo que se estaban quedos los Moros, salió con todo el campo, y cercó aquella villa, y la batió con seis piezas de bronce y dos lombardas de hierro; aunque con poco efeto, porque salian los Moros fuera cada dia, y hacian daño sin recebirlo, y no hubo asalto ni cosa memorable. Dexemosle agora aqui, y vamos á lo que se hacia á la parte de Granada.

CAPITULO XXIV.

Como Tello Gonzalez de Aguilar desbarató los Moros de Guéjar, que venian á correr á Granada.

Estos mesmos dias salieron de Guéjar quatrocientos Moros con el Choconcillo, y llegaron hasta la casa de las gallinas, cerca de la ciudad de Granada, dia de San Nicolas á diez y seis de Diciembre. Y como las centinelas del cerro del sol los descubrieron, y tocaron arma, Tello Gonzalez de Aguilar salió con los escuderos de Ecija de su cargo por la puerta de Fraxal leuz; y baxando al rio Darro, subió luego al cerro donde estaban las quadrillas; y siendo avisado que los Moros se iban retirando la vuelta de Guéjar, y que iban cerca de alli, tomó consigo veinte arcabuceros, y se puso en su seguimiento. Los Moros iban recogidos caminando poco á poco, y como descubrieron los caballos, comenzaron á echar ahumadas por los cerros; y dando muestras de querer pelear, repararon en la cumbre de un cerro haciendo las algazaras que suelen. Tello de Aguilar, porque venian los escuderos atras, que no le habian podido seguir mas de veinte caballos, hizo tambien alto,

y

y mandó tocar las trompetas para que se diesen priesa á caminar. No tardó mucho que se juntaron ochenta de á caballo ; y porque algunos decian que detras del cerro, donde los Moros se habian parado, habia emboscada, envió dos escuderos que le reconociesen , el uno hácia el rio Xenil , donde habia grandes quebradas , y el otro á la parte alta del cerro , los quales partieron sin saber uno de otro. Y venido el que habia ido á la parte de Xenil , dixo que no habia en todo aquello mas Moros de los que se descubrian ; y el segundo diferentemente refirió , que habia mas de quatro mil Moros emboscados detras del cerro ; mas luego se entendió que el primero decia verdad , porque si hubiera gente emboscada , era cierto que los enemigos no hicieran ahumadas: y que si las hacian , era llamando socorro. Poniendo pues Tello de Aguilar los caballos en orden , mandó tocar las trompetas , y dió Santiago. Los Moros hicieron rostro , y en la primera rociada de las escopetas , porque no se les dió lugar á tirar otra , hirieron dos escuderos , y mataron tres caballos , y á él le pasaron el adarga por la embrazadura. Mas luego los atropelló la caballeria , y desbaratandolos , mataron cincuenta Moros, y hirieron muchos : los otros dieron á huir , echandose por aquellas quebradas hácia Xenil , y dexaron muchas escopetas y ballestas por ir mas ligeros. Los caballos los siguieron gran rato , y del pie de las sierras de Guéjar les tomaron cien vacas y treinta bagages vacíos : y con esta presa , no pensada , se retiraron la vuelta de Granada. A este tiempo acudieron muchos Moros á las ahumadas , y cargando á nuestra gente , fueron escaramuzando con ellos , y les necesitaron á que dexasen parte de la presa , no la pudiendo guiar toda por aquellos luga-

ga-

gares asperos y fragosos ; mas llegando al cerro del sol, donde los caballos podian mejor revolverse , no osaron pasar adelante. Este efeto fue importante para refrenar los Moros del presidio de Guéjar , porque de alli adelante salian menos veces , y no se atrevian llegar á hacer daño tan cerca de la ciudad.

CAPITULO XXV.

Como su Magestad mandó formar dos campos contra los alzados , y que Don Juan de Austria fuese con el uno.

El poco efeto que nuestro campo hacia en Galera , y la dilacion del castigo de los alzados , dió materia á que Don Juan de Austria , mancebo belicoso y de grande animo , cargase la mano con su Magestad , como agraviado de que le hubiese enviado á Granada , y le tuviese alli metido en tiempo que todos andaban ocupados , y él solo estaba ocioso , siendo el que menos convenia holgar. Representabale el deseo que tenia de emplear su persona , el entretenimiento de los Moros en la Alpuxarra , el espacio con que se hacia la guerra en el rio de Almanzora , el peligro que habia de que el rebelion pasase á los reynos de Murcia y Valencia , si los enemigos se afirmaban en las plazas de Seron , Tíjola, Purchena , Tahalí , Xérgal , Cantoria , Galera y otras que tenian ocupadas ; lo mucho que convenia tomar el negocio de la guerra con calor ; y la merced tan particular que recibiria en que se le diese licencia para salir de Granada , y ir á acabarla por su persona. Considerando pues su Magestad todas estas cosas , y condescendien-

diendo con tan buenos deseos, ordenó que se formasen de nuevo dos campos, uno á la parte del rio de Almanzora, donde andaba el Marques de los Velez, y que fuese en su lugar Don Juan de Austria; y otro á la parte de Granada, para que entrase en la Alpuxarra el Duque de Sesa por aquella parte. Hicieronse grandes prevenciones, y proveyeronse muchos bastimentos, armas y municiones para esta jornada. Salieron alcaldes de corte y de chancillería á proveer en las comarcas todas las cosas necesarias: y á mí se me ordenó que fuese á las ciudades de Ubeda y Baeza, y al adelantamiento de Cazorla, á dar orden en la provision de bastimentos y municiones que de alli habian de ir; y los cabildos nombraron comisarios de sus ayuntamientos, y se les dexó dinero para ellos y para los bagages. El Comendador mayor de Castilla fue á traer de Cartagena artillería, armas y municiones, y mucha cantidad de bastimentos por tierra. Nombraronse nuevos capitanes con condutas para hacer gente. Apercibióse á las ciudades que rehiciesen las compañias con que servian; y á las que no las habian enviado, que las enviasen. Fue grande el regocijo de la gente de guerra, quando se publicó la salida de Don Juan de Austria en campaña. Acudieron al campo muchos caballeros y soldados particulares, que hasta entonces no se habian movido: hinchieronse los animos de las gentes de buena esperanza, y temieron los Moros, pronosticando su perdicion, por ver que con la autoridad de un tan gran principe cesaria la dilacion que los entretenia, y les era tan favorable. Y porque habiendo de salir de Granada Don Juan de Austria, no era bien dexar atras á Guéjar, determinó de ir por su persona á expugnar aquella ladronera,

an-

antes que partiese ; y aunque tuvo algunas contradiciones en ello , la expugnó , como diremos adelante. Vamos á lo que en este tiempo se hacia á la parte de Bentomíz.

CAPITULO XXVI.

Como los Moros de la sierra de Bentomíz volvieron á poblar sus casas , y quemaron la fortaleza de Torrox, y hicieron otros daños en la tierra.

Luego como el Comendador mayor de Castilla ganó el fuerte de Frigiliana , Martin Alguacil y Hernando el Darra , y los otros caudillos de los Moros de la sierra de Bentomíz se recogieron á la Alpuxarra. Los quales anduvieron muchos dias con Aben Umeya , y despues con Aben Aboo ganando sueldo ; y todo lo que hay desde once de Junio hasta trece de Diciembre estuvo despoblada la sierra , y tan segura , que andaban los de Velez por ella sin peligro ni sospecha de él , buscando las cosas que habian dexado los alzados escondidas: y como habia ganancia , á esta fama acudió tanta gente á la ciudad , que parecia haber en ella un grueso presidio, de cuya causa los Moros no osaban volver á la tierra ; y ansi padecian trabajo y hambre los que estaban en la Alpuxarra ; y andaban ya tan necesitados por tierras agenas , que el Xorayran se determinó de ir con sesenta compañeros á reconocer la sierra , y ver como estaba ; y hallandola sola , y llena de frutos , volvió á ellos , y les dixo , como sus casas estaban solas , los arboles que se desgajaban de fruta , y que aun paxaros no habia que les enojase. Y con esta nueva se vino luego el Darra con toda la gente á Competa , y de alli se re-

par-

partieron, el Xorayran á Sedella, y los capitanes cada uno á su lugar. Lo primero que hicieron con exemplo de lo que habian visto en la Alpuxarra fue quemar las iglesias, y corriendo la tierra, de alli adelante hicieron grandes daños captivando y matando Christianos, y llevandoles los ganados: y demas de esto pusieron en tanto aprieto la fortaleza de Canilles de Aceytuno, que era menester gruesa escolta para proveerla; y obligaron á que el Marques de Comares viniese en persona con mas de mil hombres de la villa de Lucena á requerirla y proveerla, porque el Darra vino á tener mas de siete mil hombres de pelea en la sierra, con que desasosegaba á todas horas la ciudad de Velez, llegando hasta las proprias casas, y retirandose á su salvo, por serles el tiempo y la dispusicion de la tierra favorable. Luego se publicó que fortalecian á Competa para poner alli su frontera contra Velez, y que no aguardaban otra cosa los lugares de la Xarquia y hoya de Malaga para alzarse; mas fue nueva fabricada por personas á quien pesaba de ver aquellos pueblos pacificos, por el provecho que de su inquietud les podia venir. Arevalo de Zuazo, entendiendo ser verdad lo que le decian de Competa, juntó mil y seiscientos infantes, y ciento y sesenta caballos de su corregimiento, y trescientos soldados de las galeras, que le dieron Don Sancho de Leyva y Don Berenguel Domos, y con toda esta gente fue á amanecer sobre aquel lugar; mas los Moros fueron avisados con tiempo, y no osando aguardar se retiraron á la sierra. Tomaronseles muchos bastimentos, bagages y ganados; y no consintiendo que la gente pasase del puerto blanco en su seguimiento, mandó destruir el lugar, donde no habia fuerte, ni señal de quererle ha-

hacer ; y se volvió á Velez. No mucho despues envió el Darra novecientos Moros , que quemaron el lugar de Alfarnatejo , y de vuelta mataron veinte soldados , que el alcayde de Canilles enviaba de escolta con un alguacil, donde dicen la tinajuela de Canilles. Y teniendo aviso como los Christianos , que vivian en Torrox , se recogian en la fortaleza , y que de dia salian á hacer las labores en el campo, y dexaban un hombre solo con las mugeres , envió cantidad de Moros, que de parte de noche se emboscasen en las casas del lugar , y aguardando á tiempo que estuviesen fuera los Christianos , la ocupasen. Los quales se emboscaron, y quando les pareció tiempo, hicieron ladrar un perro ; y saliendo á ver qué ruido era aquel un hombre poco avisado, llamado Hernando de la Coba , le mataron de una saetada ; y poniendo fuego á la puerta de la fortaleza , las temerosas mugeres , que no tenian quien las defendiese , se rindieron , y las llevaron captivas á la Alpuxarra : y no les pareciendo que podrian defender la fortaleza , le pusieron fuego , y se volvieron á la sierra.

CAPITULO XXVII.

Como Don Juan de Austria fue sobre el lugar de Guéjar, y lo ganó.

Guéjar es un lugar grande , que , como queda dicho, está repartido en tres barrios, metidos en el seno de una sierra muy fragosa , que procede de la Sierra nevada, al pie de la umbria que los Moros llaman Hofarat Gihenen , de donde proceden las fuentes principales del rio Xenil : el qual corriendo por entre aquellas sierras baxa por

por asperisimas peñas con el lecho pedregoso y desigual, hasta llegar al lugar de Pinillos; y poco mas abaxo se junta con Aguas blancas, que viene por los lugares de Quéntar y Dúdar, por un valle mas llano y apacible: y juntos van á dar á la alcaría de Cenes, y de alli á la ciudad de Granada; y sale á una vega llana, la mas fresca y graciosa que puede ser para el deleyte de la vista, porque sus guertas y arboledas parecen un solo jardin, en que naturaleza con la diversidad de frutas que alli puso, se quiso deleytar en su pintura: por manera que la sierra de Guéjar es la que cae entre estos dos rios, y fenece donde se vienen á juntar. Quiriendo pues Don Juan de Austria salir en campaña á la parte de Baza y rio de Almanzora, y estando acordado que se hiciese primero la empresa de Guéjar, nacieron algunas dificultades en el consejo. Los que estaban diputados para el efeto principal, quisieran desviarla como cosa que podria ser menos util que dañosa. Porque si sucedia bien, paraba en solo expugnar aquel presidio, y no habia donde ir adelante por aquella parte: y si mal, se venia á perder mucha reputacion, siendo aquella la primera jornada que Don Juan de Austria hacia por su persona. Y el Presidente Don Pedro de Deza, á cuyo cargo habia de quedar lo de Granada, decia que convenia ante todas cosas quitar de alli aquella ladronera para asegurar la ciudad de correrias, y no dexar enemigo atras: que no era tanta la aspereza del sitio, la fortificacion que los Moros habian hecho, ni el presidio era tan grande como se publicaba; y que parecia cosa impertinente querer ir á buscar al enemigo á otra parte tan lejos, dexandole cerca de casa. Era negocio de mucha consideracion este, especialmente en aquella co-

yuntura ; y por dificultarse tanto, Don Juan de Austria mandó llamar al consejo á Don Antonio de Luna , y á Don Juan de Mendoza Sarmiento, y á Don Diego de Quesada , hombre nacido y criado entre aquellas sierras , y muy platico en todas ellas, para que juntamente con los del consejo platicase lo que mas convenia hacer en él. Y como no se acabasen de resolver , por no tener certidumbre de lo que habia en Guéjar, Don Diego de Quesada se ofreció de traerles dos ó tres Moros del proprio lugar, que pudiesen dar razon de lo que se deseaba ; y como Don Juan de Austria le dixese , que no queria ponerle en aquel peligro, respondió, que peligro no lo habia , trabajo sí ; mas que los pies lo pagarian. Esto pareció muy bien á todos , y quedando á su cargo la diligencia , se mandó tambien á Don Garcia Manrique , y á Tello Gonzalez de Aguilar , que con doscientos caballos fuesen á reconocer el lugar por el camino de Aguas blancas ; mas este reconocimiento solamente sirvió para aventar parte del presidio que alli habia , como adelante diremos. Don Diego de Quesada tomó consigo doce hombres bien sueltos , y rodeando por la villa de Hiznaleuz , y por las sierras de la Peza , donde era natural , fue á pie á dar á unas trochas, que él sabia , á las espaldas de la sierra de Guéjar ; y prendiendo tres Moros , que venian del mesmo lugar, dió luego vuelta con ellos á Granada. Estos dieron noticia de la fortificacion que los Moros hacian , y dixeron como estaba dentro el Xoaybi con quatrocientos escopeteros de la tierra, y sesenta Turcos y Moros Berberiscos, con aquel capitan Turco llamado Carvajal, que diximos que andaba con el Maleh : el qual se habia salido estos dias de Galera , diciendo á los Moros que la des-

desamparasen, porque se perderia. Y que tambien estaba alli el Rendati y el Partal, y otros capitanes Moros con sus quadrillas, que todos se velaban con mucho cuidado, y tenian atajado el camino que sube de Aguas blancas con una trinchea de piedra ancha, y mas alta que un estado, que atajaba la silla del portichuelo de un cerro á otro, que está como un tiro de ballesta del primer barrio á la parte del cierzo. Y que en el barrio de en medio, donde antiguamente estaba el castillo, andaban haciendo un muro de tapias en la frente del cerro, por donde era menos dificultosa la entrada, por estar todo lo demas cercado de una alta peña tajada, que asombra las aguas de Xenil. Habiendose pues tomado lengua de los tres Moros, que fueron conformes en lo que dixeron, cosa pocas veces vista en esta guerra, Don Juan de Austria mandó llamar los adalides, y algunos hombres platicos en la tierra: de los quales se entendió, que poniendose un poco de mas trabajo, se podria entrar en el lugar por dos partes, sin tocar en los caminos ni en la trinchea, partiendo la gente de manera, que mientras los unos subiesen por el cuchillo de la sierra, que sube de la parte del rio de Aguas blancas, los otros tomando un largo rodeo viniesen á entrar por la parte de levante á un mesmo tiempo: salvando los unos y los otros la entrada de la silla, y baxando entre ella y el lugar por las laderas de los dos cerros, sin que los enemigos diesen en ello, estando confiados en que no era posible entrarles por otra parte que por los caminos. Finalmente se tomó resolucion en que la jornada se hiciese, y porque se ofreció una diferencia honrosa entre el Conde de Tendilla y el corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte, sobre qual habia de

de llevar á su cargo la gente de la ciudad, el uno como alcayde, y el otro como corregidor, y se hubo de remitir esta duda al supremo consejo, se dilató hasta que vino orden que el corregidor fuese con ella. Estando pues todo puesto á punto para partir, Don Juan de Austria hizo dos partes de la gente de guerra, que eran nueve mil infantes y setecientos caballos: y con la una, en que iban cinco mil infantes y quatrocientos caballos, salió de Granada viernes á veinte y tres dias del mes de Diciembre á las tres de la tarde, para tomar el rodeo que se habia de hacer, y entrar por la parte de levante; y por el lugar de Veas, donde cenó y reposó un rato aquella noche, prosiguió su camino. La otra dexó á cargo del Duque de Sesa con quatro mil infantes y trescientos caballos, y con orden que partiese á media noche, porque tenia menos camino que andar. Iban con Don Juan de Austria los tercios de la infanteria pagada, y parte de la gente de la ciudad. Llevaba la vanguardia Luis Quixada con dos mil infantes, y él con ella. Don Garcia Manrique iba con la caballeria, y en la retaguardia, donde iba su guion, el licenciado Pedro Lopez de Mesa; y con la artilleria y bagage Don Francisco de Solís, proveedor general. El Duque de Sesa llevaba las compañias de milicia de la ciudad. De vanguardia iba Don Juan de Mendoza, y su persona. El corregidor con la caballeria. El artilleria y bagage á mi cargo, y algunas compañias de infanteria de retaguardia: y delante de todo el campo las quadrillas de la gente suelta. Detuvose un gran rato el Duque de Sesa en el camino, para que Don Juan de Austria tuviese lugar de hacer su rodeo; y quando le parecio tiempo, por junto á la puente, que diximos, que está donde el
rio

rio de Aguas blancas se junta con Xenil, tomó una cordillera y cuchillo de la sierra de Guéjar, yendo siempre por las cumbres mas altas, y mandando hacer almenaras de fuegos, para que Don Juan de Austria, que iba de la otra parte, viese donde llegaba; y hiciese la diligencia de manera, que por las señales de los fuegos pudiesen llegar á un tiempo. Los adalides que Don Juan de Austria llevaba guiaron por camino tan fragoso, y rodearon tanto, que no fue posible llegar al cerro de levante de la silla hasta que ya el dia iba bien alto. Y en este tiempo los soldados de las quadrillas que guiaban la vanguardia del Duque, como tuvieron menos que andar, y por mejor camino, llegaron mas presto al cerro de poniente, por donde habia de baxar: y entre dos albas fueron á dar con las centinelas de los Moros, que estaban en la cumbre de él, y por la parte de dentro, como si les fueran mostrando ellos mesmos el camino por donde habian de entrar, fueron huyendo á dar rebato en el cuerpo de guardia que tenian puesto en la trinchea. Siguieronlos los soldados sin orden, y con tanta determinacion, que no les dieron lugar á poder resistir, y dieron todos á huir la vuelta del lugar. Cargando pues toda nuestra gente caminaron al otro fuerte, que tambien desampararon luego los Moros; y llevando por delante las mugeres y algunos bagages cargados de ropa, se subieron á la Sierra nevada, cuya guarida tenian tan cerca, que no hay mas que el cristalino Xenil en medio. El Duque viendo entrado el lugar y el fuerte, pasó al barrio baxo, y al vado del rio, donde los Moros escopeteros hacian rostro para dar lugar á que las mugeres se adelantasen. Aqui mataron al capitan Quixada de una pedrada en la cabeza, y treinta y cin-

cinco soldados, que con cudicia de atajar las Moras y los bagages que iban huyendo, se desmandaron; y fuera mayor el daño, si el dia que llegó Don Garcia Manrique, no se hubieran ido los Turcos, y despues el Rendati, y el Partal, y los otros caudillos con la mayor parte de los tiradores: porque estos hombres ladrones, que no buscaban mas que robar, y para esto habian ido alli por la comodidad de las sierras, no quisieron ponerse en peligro de defender el lugar, tomando por ocasion que iban á recoger mas gente para dar en las espaldas de nuestro campo, si fuese sobre él. Murieron este dia quarenta Moros, y fue poca la presa que nuestros soldados hicieron, habiendo poco que saquear. Con todo eso se les tomó cantidad de ganado mayor y menor, y algunos bastimentos y ropa que tenian metido en silos. En la casa donde posaba el alcayde Xoaybi hallé yo muchos papeles, y entre ellos la carta que Aben Umeya le habia escrito, mandandole que no alzase mas alcarías hasta que se lo mandase, como queda dicho atras. Ya los Moros eran idos, y el lugar ganado, quando Don Juan de Austria asomó por el cerro donde habia de baxar; y viendo que no le habia dexado el Duque nada que hacer, mostró mucho sentimiento de ello. Pusieronsele los ojos encendidos como brasa de puro corage: no sabia si culparia á los adalides, por haberle guiado mal, ó al Duque, por no haber aguardado á que llegase: el qual se desculpó y satisfizo muy bien, con que desde el camino le habia enviado un villete con un soldado diciendo, que le parecia que se detenia mucho; y si aclaraba el dia, y los Moros habian sentimiento, podria perderse ocasion: que viese lo que era servido que hiciese; y le habia respondido, que hiciese lo que mejor le

le pareciese; no embargante que tampoco habia sido en su mano, porque los soldados de las quadrillas habian dado de improviso sobre las centinelas de los enemigos, y no se habia podido dexar de seguirlos. Con todo eso Don Juan de Austria no quiso detenerse alli, y mandando á Don Juan de Mendoza que se quedase en el fuerte, que los Moros habian comenzado á hacer en el barrio de en medio, mientras se proveía quien habia de estar en él de presidio, sin comer bocado en todo aquel dia se volvió á la ciudad de Granada. No mucho despues fue alli Don Juan de Alarcon, señor de Buenache, con quatro compañias de su cargo, y algunos caballos: el qual estuvo hasta que Don Luis de Cordoba y el capitan Oruña reduxeron el fuerte en menor ambito, y quedó en él Don Francisco de Mendoza con quinientos infantes.

CAPITULO XXVIII.

Del fin que hubo el traydor de Farax Aben Farax.

Bien vemos que habrá ido pidiendo cuenta el letor de lo que hacia en este tiempo Farax Aben Farax, habiendo sido principal autor de este rebelion, creyendo que nos hemos olvidado de él; y porque no quede atras cosa que se pueda desear, diremos su discurso en este lugar, que no será lo menos agradable de esta historia. Ya diximos como Aben Umeya, quando en el valle le dieron los de Béznar el vano nombre de Rey, por desechar de sí este mal hombre, le envió á que recogiese la plata, oro y dinero, que los alzados hubiesen tomado á los Christianos de la Alpuxarra y de las iglesias:

el qual hizo tantas tiranias y crueldades por toda la tierra con favor de doscientos monfis que traia consigo, que temió que se le alzaria con el gobierno y mando de los Moros. Y haciendole venir al lugar de Lauxár, le mandó que entregase todo el dinero, oro y plata que tenia recogido á Miguel de Roxas su suegro, que, como queda dicho, le habia hecho su tesorero; y enviando los doscientos monfis á diferentes partes, so color de servirse de ellos y aprovecharlos, le mandó á él, que no se partiese del campo sin su licencia y mandado so pena de la vida: y de esta manera le traxo consigo muchos dias, hasta tanto que el Marques de Mondejar desbarató el campo de los Moros, y se comenzó á reducir la tierra. Entonces el solene traydor, hallandose tan aborrecido de los Moros como de los Christianos, por las insolencias y crueldades que con los unos y con los otros habia usado, se retiró al lugar de Guéjar, y alli estuvo encubierto, hasta que Aben Umeya se rehizo con nuestras desordenes, y tornó á resucitar la guerra. Y viendo que si volvia á él, le iria mal; y si se iba á los Christianos, peor, no sabiendo á que parte se echar, tomó por remedio presentarse en el santo oficio de la Inquisicion, y pedir misericordia de sus culpas, entendiendo que alli no le matarian, dandole alguna pena corporal. Dando pues cuenta de su determinacion á un mal Christiano tintorero, que andaba en su compañia, le dixo de esta manera: "Hermano, nosotros andamos ya aborrecidos de las gentes: nuestro negocio no ha correspondido como pensabamos, porque los Moros, malamente conformes, no se han sabido gobernar: hannos despreciado, y traemos el cuchillo de Aben Umeya cerca de las gargantas. Si los Christianos nos prenden, ó

nos

nos vamos á ellos, tampoco nos faltará la soga. Solo un remedio tenemos para sustentar algunos dias esta miserable vida, y es irnos á poner en manos de la Inquisicion, donde si nos dieren algun castigo en penitencia de nuestras culpas, no nos matarán. Yo soy muy conocido en Granada, y no podrá ser menos sino que entrando por la ciudad me maten, ó prendan; y lo mesmo harán á tí yendo conmigo. Pues para evitar este inconveniente, me parece que vayas tu solo delante; y presentandote ante los Inquisidores, les pidas de mi parte que manden venir un familiar ó dos por mí, con quien pueda ir seguro." Esto pareció bien al compañero, y quedaron de acuerdo, que en anocheciendo partiria de una cueva, donde estaban escondidos, y iria á Granada. Mas en este tiempo Farax Aben Farax se echó á dormir, y el compañero enfadado de traerle tanto tiempo consigo, ó por ventura pensando ganar el perdon mas facil con su muerte, determinó de acabar con él y con sus maldades; y alzando una piedra muy grande, que halló par de sí, le dió en la cabeza tantos golpes, que le quebró los dientes y las muelas y las quixadas, y le deshizo las narices y la boca y los ojos, y toda la cara; y creyendo que le dexaba muerto se fue derecho á Granada, y no parando hasta la sala del aposento del Arzobispo, dixo á un page, que entrase á su señoria, y le dixese como estaba alli un soldado, que queria darle parte de cierto negocio importante en confision: el qual le oyó, y le envió luego á los inquisidores, en cuyo poder le dexaremos. Volviendo pues á Aben Farax, estuvo dos noches y un dia en la cueva sin sentido, como hombre muerto, hasta que llegando acaso por alli unos Moros de Guéjar, y viendo aquel

hombre tendido con la cabeza y la cara hinchada, y las heridas llenas de gusanos, llegaron á reconocer, si era Moro, ó Christiano; y hallandole vivo y retajado, le llevaron á su lugar sin poderle conocer. Y siendo curado vino á sanar de las heridas, y quedó como monstruo tan disforme, que no tenia despues semejanza de hombre humano; y quando habia de comer ó beber, le habian de echar el agua y el mantenimiento con un cañuto de caña por un pequeño agujero que le habia quedado en el lugar de la boca. Y quando Don Juan de Austria ganó á Guéjar, como queda dicho en el capitulo precedente, estaba alli, y huyó con los otros Moros, y anduvo despues por la Alpuxarra pidiendo limosna; y en la reducion general se reduxo con los Moros del valle de Lecrin, y con ellos le metieron la tierra adentro. No pudimos saber lo que fue de él, ni en qué paró, aunque lo procuramos con toda diligencia entre los que fueron con él.

LIBRO OCTAVO
DE LA HISTORIA
DEL REBELION DE LOS MORISCOS
DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO.

Como Don Juan de Austria fue á la jornada del rio de Almanzora, y el Marques de los Velez alzó el cerco de sobre Galera.

Para la salida que Don Juan de Austria habia de hacer se apercibieron y aprestaron muchas cosas. Hicieronse gran cantidad de provisiones en los pueblos comarcanos al reyno de Granada, cometiendolas á los proprios concejos, y enviandoles dineros para ello, por escusar los robos, sobornos y cohechos, que con mayor disolucion de lo que aqui podriamos decir hacian los comisarios y los alguaciles de las escoltas. Y porque convenia quedar recaudo en la ciudad de Granada, antes de su partida diputó quatro mil infantes que le guardasen: con los quales, estando ya los Moriscos fuera, Guéjar por nosotros, la vega con su guarda, y andando las quadrillas corriendo la tierra, quedó suficientemente asegurada, y lo estuvo todo el tiempo que duró la guerra. Partió Don Juan de Austria á veinte y nueve dias del mes de Diciembre del año del Señor mil quinientos sesen-

senta y nueve con tres mil infantes y quatrocientos caballos, llevando consigo á Luis Quixada, y al licenciado Birviesca de Muñatones, del consejo y camara de su Magestad, que por su mandado asistia en el consejo, y dexando lo de aquella ciudad á cargo del Duque de Sesa, hasta que fuese tiempo de salir con el otro campo: el qual se pasó luego á su aposento, y comenzó á dar orden, juntamente con el Presidente, en la provision, y en las otras cosas necesarias para la expedicion de la guerra. El primer dia fue Don Juan de Austria á la villa de Hiználeuz, que está cinco leguas de alli, el segundo á Guadix, que los antiguos llamaron Aciurge, y los Moros Guer Ayx, el tercero á Gor, donde hallaron á Don Diego de Castilla con todas las Moriscas del lugar encerradas en el castillo, porque no se las llevasen á la sierra, y aun para tener seguridad de los Moriscos que no se alzasen. El quarto dia llegó á la ciudad de Baza, que los Moros llaman Batha, y los antiguos Basta, y á la provincia Bastetana. Alli estaba el Comendador mayor de Castilla esperando: el qual habia venido de Cartagena, y traido la artilleria, armas, municion y bastimentos que diximos, y de paso se habia visto con el Marques de los Velez, y proveidole de algunas cosas de estas, que le habia pedido. Estuvo Don Juan de Austria en aquella ciudad pocos dias esperando gente, y proveyendo otras cosas que convenian, siendo mucha la priesa que llevaba. Y porque para ir á combatir á Galera se habia de hacer la maquina de la guerra en Guescar, envió delante dos dias antes que partiese todos los carros y bagages que habia en el exercito cargados de los bastimentos y municiones, con orden que volviesen luego á llevar lo que quedaba en

su

su partida. Toda esta diligencia se hacia con recelo que el Marques de los Velez, agraviado de la ida de Don Juan de Austria, en sabiendo que partia de Baza, alzaria el cerco de sobre Galera: y por ventura le habian oido decir algunas palabras personas que habian avisado de ello, porque fue ansi, que la noche antes que partiese la primera escolta de Baza, despojó aquel alojamiento, donde con adverso favor de la fortuna habia estado muchos dias, y alzó el campo, y se retiró á Guescar, dexando á los Moros libres para poder salir donde quisiesen; y pudiera correr riesgo de perderse la escolta, donde iban setecientos carros y mil y quatrocientos bagages cargados de armas y municiones, si tuvieran aviso de dar en ella, porque no llevaba mas de trescientos caballos de guardia, y ninguna infanteria. Esta escolta iba á mi cargo, y siendo avisado en el camino de la retirada del Marques de los Velez, y de como los Moros andaban fuera de Galera, no quise aventurarme á pasar, sin que se me enviase mayor numero de gente de guerra, y me recogí aquella noche al cortijo de Malagón sobre el rio de Benzuléma, y avisé á Don Juan de Austria y al Marques de los Velez, para que me asegurase el paso de una atalaya que estaba cerca de Galera; y con dos compañias de infanteria, que estaban alojadas en Bena Maurél, y una de caballos que Don Juan de Austria me envió, proseguí otro dia bien de mañana mi camino: por manera, que en medio dia de dilacion se aseguró la escolta; y llegando á Guescar aquella noche, torné á enviar luego los carros y bagages á Baza. Partió Don Juan de Austria con todo el campo, y en una jornada fue á Guescar, que son siete leguas por el ca-

camino derecho, y nueve por el carril. Pasóse grandísimo trabajo este dia, porque los Moros soltando las acequias habian empantanado todas las vegas, y hechose tan grandes atolladeros, que no podian salir los carros ni los bagages. Salió el Marques de los Velez á recebir á Don Juan de Austria como un quarto de legua con algunos caballeros, dexando mandado á sus criados, que mientras iba y volvia, cargasen su recamara para irse á su casa, porque aun no habia desocupado los aposentos del castillo, donde habia de aposentarse Don Juan de Austria, y habia entretenido al licenciado Simon de Salazar, alcalde de casa y corte, que tres dias antes habia ido á hacer el alojamiento. No podia el Marques de los Velez disimular el sentimiento que tenia de la ida de Don Juan de Austria; y aunque se habia visto con el Comendador mayor de Castilla, y dadose buenas palabras de ofrecimientos, sabia muy bien que se hacia poca amistad, y que habia escrito á su Magestad, que no le parecia á proposito para dar fin á aquella empresa; y por ventura habian venido á su noticia las cartas primero que á las de su Magestad, y lo habia disimulado; y por esta causa huía de hallarse en un consejo con él y con Luis Quixada, y solamente quiso hacer el cumplimiento de salir á recebir á Don Juan de Austria, y sin apearse tomar el camino para su casa, como en efeto lo hizo: porque habiendo llegado á besarle las manos, y á darle el parabien de su venida, volvió con él hasta la puerta de la fortaleza, dandole cuenta del estado de las cosas de la guerra; y sin apearse se despidió de él y de todos aquellos caballeros que le acompañaban, y se fue de camino á la villa de Velez

el

el Blanco con la gente de su casa, y una compañia de caballos de Xerez de la frontera, cuyo capitan era Don Martin de Avila.

CAPITULO II.

Como Don Juan de Austria fue sobre la villa de Galera, y la cercó.

Habiendose acrecentado el campo á numero de doce mil hombres, Don Juan de Austria mandó al capitan Francisco de Molina, que habia venido de Motril por su mandado á servir en la jornada, que con diez compañias de infanteria se fuese á poner en la villa de Castilleja, una legua de Galera, que estaba despoblada, porque era importante tenerles tomado á los enemigos aquel paso, por donde habia de ser la entrada del socorro, ó se habian de retirar. Luego partió con el resto de la gente, y á diez y nueve dias del mes de Enero de mil quinientos y setenta años caminó la vuelta de Galera. Esta villa era muy fuerte de sitio: estaba puesta sobre un cerro prolongado á manera de una galera, y en lo mas alto de él entre levante y mediodia tenia los edificios de un castillo antiguo cercado de torronteras muy altas de peñas, que suplian la falta de los caidos muros. La entrada era por la mesma villa: la qual ocupando toda la cumbre y las laderas del cerro, se iba siempre baxando entre norte y poniente hasta llegar á un pequeño llano, donde á la parte de fuera estaba la iglesia, que diximos, con una torre nueva muy alta, que señoreaba el llano, y un rio que baxando de la villa de Orce se junta con el de Guescar, y viene á romper las

aguas en la punta baxa de Galera ; y desviandose luego cerca el llano donde estaba la iglesia , y poco á poco corre hácia la villa de Castilleja. No estaba cercada de muros , mas era asaz fuerte por la dificultosa y aspera subida de las laderas que habia entre los valles y las casas : las quales estaban tan juntas , que las paredes era bastante defensa para qualquier furioso asalto , no se pudiendo hacer en ellas bateria que fuese importante, porque estaban puestas unas á caballero de otras en las laderas , de manera que los terrados de las primeras igualaban con los cimientos de las segundas , y el fundamento era sobre peñas vivas , alzandose hasta la mas alta cumbre ; y por esta causa eran los terrados tan desiguales , que no se podia subir ni pasar de uno en otro sin muy largas escalas ; y teniendo los Moros hechos muchos reparos y defensas en las calles , tampoco se podia andar por ellas sin manifiesto peligro. Habia dos calles principales que subian desde la puerta de la villa, que salia á la iglesia , hasta el castillo : las quales , demas de ser muy angostas , las tenian los Moros barreadas de cincuenta en cincuenta pasos , y hechos muchos traveses de una parte y de otra en las puertas y paredes de las casas , para herir á su salvo á los que fuesen pasando ; y para poderse socorrer los unos á los otros en tiempo de necesidad , las tenian horadadas , y hechos unos agujeros tan pequeños , que apenas podia caber un hombre á gatas por ellos : por manera que aunque faltaban los muros , no se tenian por menos fuertes con esta fortificacion , que si los tuvieran muy buenos. Y porque dentro no habia pozos ni fuentes , habian hecho una mina , que iba cubierta desde las casas baxas hasta el rio , donde salian á todas horas á tomar agua , sin
que

que se les pudiese defender. Habiendo pues de cercar Don Juan de Austria esta fuerte villa, donde habia mas de tres mil Moros de pelea, y algunos Turcos y Berberiscos entre ellos, antes de asentar su campo quiso reconocerla por su persona; y tomando consigo al Comendador mayor de Castilla, y á Luis Quixada con toda la gente de á caballo, y algunos arcabuceros sueltos, la rodearon por unos cerros altos que la señorean á lo largo. Y puestos en una cumbre, donde mejor se descubria, entendieron que para tenerla bien cercada convenia repartir la gente en tres partes, y ponerle tres baterias: la una hácia el medio dia, por la parte del castillo: la otra hácia levante, donde habia un padrastro que tomaba la villa por través; y la tercera al norte, hácia la iglesia. Y para que se pudiesen socorrer mejor estos quarteles, y los alojamientos estuviesen mas acomodados, asentó el campo poco mas arriba de donde el Marques de los Velez habia tenido el suyo, cubierto con un cerro que cae á la parte de levante cerca del rio, y seguro de los tiros de los enemigos; y mandando al maese de campo Don Pedro de Padilla que se pusiese con su tercio á la parte del norte por baxo de la iglesia, quedó la villa cercada por todas partes. Este mesmo dia murió en Guescar el licenciado Birviesca de Muñatones de enfermedad, cuya muerte se sintió mucho en el campo, porque era hombre de valor y de consejo; y habiendo andado mucho tiempo fuera de estos reynos en servicio del Christianisimo Emperador Don Carlos, habia dado buena cuenta de los cargos que habia tenido, y era muy pratico y experimentado en las cosas de la guerra y de gobernacion.

CAPITULO III.

Como se plantaron las baterias contra la villa de Galera, y se dieron dos asaltos, uno á la iglesia, y otro á la villa.

Tenianse todavia los enemigos la iglesia y la torre del campanario; y porque hacian daño en el quartel de Don Pedro de Padilla con las escopetas, y convenia echarlos luego de alli, Don Juan de Austria mandó, que ante todas cosas Francisco de Molina, que ya servia el oficio de capitan de la artilleria, y en su lugar habia ido á Castilleja Don Alonso Porcel de Molina, regidor de Ubeda, hiciese traer de Guescar la artilleria que habia venido de Cartagena, y estaba á cargo de Diego Vazquez de Acuña, y les plantase bateria. El qual puso tanta diligencia en hacer lo que se le mandó, que en una noche hizo un carril desde Guescar á Galera, y dos pontones de madera sobre el rio, por donde pasaron las carretas, y una plataforma cubierta con sus cestones de rama terraplenados: y antes que amaneciese comenzó á batir la iglesia con dos cañones gruesos. A pocos tiros se hizo en la pared un portillo alto y no muy grande, y juntandose con Don Pedro de Padilla el Marques de la Favara, y Don Alonso de Luzon, y otros caballeros animosos, dieron el asalto, y la entraron con muerte de los Moros que la defendian, y no sin daño de los Christianos; y metiendo en la torre dos esquadras de arcabuceros, hicieron una trinchea, por donde podian llegar los soldados encubiertos de los tiros de los enemigos. Luego se puso en obra otra trinchea á la parte de me-

mediodia, que baxaba por la ladera abaxo dando vueltas hasta el valle cerca del castillo, donde se hizo otra plataforma, y se plantaron seis piezas de artilleria para batir un golpe de casas que estaban á las espaldas de él, puestas sobre la torrontera que le cercaba á la parte de fuera. A esta obra atendia personalmente y con grandisimo cuidado Don Juan de Austria haciendo oficio de soldado y de capitan general, porque habiendose de ir por la atocha, de que se hacia la trinchea, á unos cerros algo apartados, á causa de que los enemigos habian quemado la que habia por alli cerca, para que los soldados se animasen al trabajo, iba delante de todos á pie, y traía su haz acuestas como cada uno, hasta ponerlo en la trinchea. Demas de esta plataforma se puso otra con diez piezas de artilleria en el padrastro que diximos, que tomaba la villa por través á la parte de levante, para batir por alli las casas y unos paredones viejos del castillo, y quitar las defensas á los enemigos, echandoles los edificios encima, quando se diese el asalto por las otras baterias, porque por esta no habia arremetida, aunque se tenia todo el costado de la villa á caballero, porque habia en medio un valle muy hondo fragoso. Estando pues las cosas en estos terminos, no faltaron animosos pareceres, que importunaron á Don Juan de Austria, que mandase dar un asalto por el quartel de Don Pedro de Padilla, diciendo, que, pues los de Guescar habian entrado por aquella parte hasta cerca de la plaza, lo mesmo harian nuestros soldados; y seria de mucha importancia ir ganando á los Moros algunas casas, y llevarlos retirando á lo alto. Este consejo parecia ir fundado en alguna manera de razon á lo que se veía desde fuera, porque todas las casas que estaban delan-

lante de la iglesia eran de tapias de tierra , y no se descubria otra defensa ; mas entrando dentro , estaba la fortificacion bien diferente de lo que parecia , porque ni la artilleria podia hacerles daño , ni los nuestros ir adelante ; y ellos podian hacer mucho mal á los que iban entrando con las escopetas y con piedras desde lo alto, estando siempre encubiertos. Dióse el infelice asalto, habiendo hecho algunos portillos en las paredes con la artilleria ; y como los capitanes y soldados hallasen los impedimentos dichos , y grandisima resistencia en los enemigos , despues de haber peleado un buen rato se hubieron de retirar con daño , dexando dentro acorralados muchos hombres principales, que porfiaron por ir adelante. Uno de ellos fue Don Juan Pacheco , caballero del habito de Santiago , y vecino de la villa de Talavera de la Reyna : el qual fue preso por los enemigos, y viendo el habito que llevaba en los pechos , le despedazaron miembro á miembro con grandisima ira. Habia llegado este caballero al campo dos horas antes que se diese el asalto , y no habia hecho mas de besar las manos á Don Juan de Austria en la trinchea , y baxar á visitar á Don Pedro de Padilla , que era su deudo , y de su tierra ; y hallando que querian dar el asalto , quiso hacerle compañia ; y pasó tan adelante , que quando se hubo de retirar , no pudo.

CAPITULO IV.

Como se dió otro asalto á la villa de Galera, en que murió mucha gente principal.

Con el infelice suceso de este asalto no se alteró nada Don Juan de Austria, antes viendo que la artilleria hacia poco efeto en las casas, y que solamente horadaba las paredes de tapias, y no derribaba tanta tierra que pudiese hacer escarpe por donde poder subir la gente, acordó de hacer una mina al lado derecho de la bateria alta, que entrase por debaxo de ellas, y alcanzase parte del muro del castillo: porque se veía, que volando todo aquel trecho haria escarpe suficiente la ruina, por donde la infanteria pudiese subir arriba, y tomar á caballero á los enemigos en la villa. Esta obra se cometió al capitan Francisco de Molina, el qual hizo la mina con mucha diligencia. Y habiendo acabado el horno, y metido dentro cantidad de barriles de polvora, y algunos costales llenos de trigo y de sal, para que el fuego surtiese con mayor furia, á veinte dias del mes de Enero se mandó á las compañias de la infanteria que baxasen á las trincheas, y diesen muestra de querer acometer á subir por unos portillos que habia hecho la artilleria, y por las casas que estaban á las espaldas del castillo, que caían encima de la mina, para llamar á los enemigos hácia aquella parte, y poderlos volar: y por si fuese menester acudir con mayor fuerza para qualquier suceso, se puso Don Juan de Austria con un esquadron de quatro mil infantes á la mira de lo que se hacia por frente del enemigo. Estaban los Moros muy des-

descuidados de que los nuestros pudiesen minar por aquella parte, donde habia tan grande altura de peñas, que parecia cosa imposible poderlas levantar el fuego: los quales viendo entrar las banderas en las trincheas, y ponerse las otras en esquadron, entendieron que sin duda querian darles algun asalto por los portillos de la bateria; y acudiendo luego á la defensa, se metieron mas de setecientos escopeteros y ballesteros en las casas que estaban sobre la mina, y comenzaron á tirar con las escopetas á unos soldados que andaban descubiertos. Quando pareció ser tiempo, dió señal para que se pusiese fuego á la mina: la qual disparó con tanta violencia, que voló la peña y las casas, y mató mas de seiscientos Moros, y hizo una ruina tan grande de la tierra, piedras y maderos que voló, que parecia que el escarpe daba entrada larga y capaz para qualquier numero de gente. Luego envió los reconocedores, por si fuese menester quitar algunas defensas antes que la gente acometiese el asalto: y habia sido bien acordado, si los animosos soldados que estaban en las trincheas no quisieran serlo ellos mismos. Era gran contento ver salir algunos Moros de entre el polvo, como quando se cae alguna casa vieja; mas presto se aguó, porque los soldados se desmandaron tras de ellos, y comenzaron á subir por la ruina de la mina sin orden, hasta llegar al muro del castillo. A este tiempo Don Juan de Austria mandó dar la señal del asalto, y acometiendo los alféreces con las banderas en las manos, se comenzó una pelea menos reñida que peligrosa. Los nuestros trabajaban por ocupar un portillo que la artilleria habia hecho en el muro del castillo, no hallando entrada por otra parte, porque la mina no habia pasado tan adelante como conve-

ve-

venia, y solamente habia volado la peña y las casas que estaban á la parte de fuera, dexando los enemigos mas fortalecidos: los quales estaban prevenidos de manera, que para cada casa era menester un combate, segun las tenian atajadas y puestas en defensa. Acudiendo pues los enemigos á la defensa del portillo, y siendo forzoso que los alfereces y soldados reparasen al pie del muro, era grande el daño que recebian de los traveses y de las piedras que les arrojaban á peso desde un reducto alto, donde estaban los Moros Berberiscos, y entre ellos algunas Moras que peleaban como varones, siendo bien proveidas de piedras de las otras mugeres, y de los muchachos que se las traían y daban á la mano. Habiendo pues estado detenida nuestra gente recibiendo el daño que hemos dicho, los animosos alfereces se adelantaron; y subiendo á raiz del muro uno tras de otro, porque no podian ir de otra manera, fueron á entrar por el portillo, siendo el delantero el de Don Pedro Zapata, que puso su bandera sobre el enemigo muro con tanto valor, que si la dispusicion de la entrada diera lugar á que le pudieran seguir dos ó tres de los otros, se ganára la villa aquel dia; mas como no pudo ser socorrido, los Moros cargaron sobre él, y dandole muchas heridas, le derribaron por la bateria abaxo, llevando siempre la bandera entre los brazos, que no se la pudieron quitar, aunque le tiraban reciamente de ella. Luego cerraron á gran priesa el portillo con maderos, tierra y ropa, y le fortalecieron de manera, que no se pudo llegar mas á él. Estaba en este tiempo Don Juan de Austria mirando todo lo que se hacia, y pareciendole que se podia entrar la villa por los terrados de las casas que caían á la parte de levante, mandó á los ca-

pitanes Don Pedro de Sotomayor, Don Antonio de Gormaz y Bernardino de Quesada, que con los arcabuceros de sus compañias fuesen á intentarlo, y que procurasen quitar del reducto del castillo los Moros y Moras que hacian daño con las piedras: los quales, aunque conocian el peligro que llevaban, rindiendole las gracias por la merced que les hacia en darles muerte tan honrosa, se adelantaron luego; y llegando á la bateria, procuraron hacer lo que se les mandaba, tentando la entrada por diferentes partes; mas era por demas su trabajo, porque los enemigos, esperandolos encubiertos con sus reparos, los herian de mampuesto desde los traveses con las escopetas y ballestas; y matando mas de ciento y cincuenta soldados, fueron tambien los capitanes heridos. Estando pues nuestra gente con esta dificultad descubiertos á la ofensa de los enemigos sin hacer otro efeto, y habiendo durado el asalto mas de dos horas, Don Juan de Austria viendo la resistencia que habia, y que convenia hacer mayor bateria, mandó tocar á recoger, y se retiró la gente á tiempo que no iba mejor á los soldados del tercio de Don Pedro de Padilla, que habian acometido á entrar por su quartel. Murieron este dia muchos Moros, aunque fue mayor el daño de los Christianos, porque mataron quatrocientos soldados, y hubo mas de quinientos heridos, y entre ellos muchos hombres de cuenta, que como el animo es de personas nobles, que desean honra, mataban y herian en ellos como en hombres destroncados antes de poder llegar á mostrar su valor. Murieron los capitanes Martin de Lorite, Juan de Maqueda, Baltasar de Aranda, Alonso Beltran de la Peña, Carlos y Fadrique de Antillon hermanos, y Pedro Mirez, alferez de Don Anto-

tonio de Gormaz, y otros; y fueron heridos Don Juan de Castilla de escopeta en un brazo, Don Antonio de Gormaz, vecino de Jaen, de muchas pedradas, y el capitan Abarca de otra escopeta en el rostro: y murieron dentro de pocos dias de las heridas. Fueron tambien heridos Don Pedro de Padilla, y su alferez Bocanegra, el Marques de la Favara, Don Luis Enriquez, sobrino del Almirante de Castilla, Pagan de Oria, Don Luis de Ayala, y los capitanes Don Alonso de Luzon, Juan de Galarza, Lazaro de Eredia, Don Antonio de Peralta, y su alferez y sargento, Don Pedro de Sotomayor, y Don Diego Delgadillo su alferez, Bernardino de Quesada, Diego Vazquez de Acuña, Don Luis de Acuña su hijo, Bernardino Duarte, Bernardino de Villalta, y su hermano Melchor de Villalta, Francisco de Salante, y su alferez Portillo, Alonso de Alvarado, alferez de Don Alonso de Vargas, Velasco, alferez de Don Juan de Avila Zimbron, y otros muchos, que por escusar prolixidad no ponemos aqui.

CAPITULO V.

Como Don Juan de Austria mandó hacer otras dos minas en la villa de Galera, y la combatió y ganó por fuerza de armas.

No paró en lagrimas ni en gemidos el dolor que Don Juan de Austria sintió, quando vió tantos Christianos muertos y heridos, antes furioso, con justa y santa piedad hizo enterrar á los unos, y llevar á curar los otros. Y mandando juntar luego á los del consejo, les dixo de esta manera: "La llaga de hoy nos ha mostrado

do la cierta medicina. Yo hundiré á Galera, y la asolaré, y sembraré toda de sal; y por el riguroso filo de la espada pasarán chicos y grandes, quantos están dentro, por castigo de su pertinacia, y en venganza de la sangre que han derramado. Apercibanse luego los ingenieros, y el capitan de la artilleria no repose hasta tener hechas otras dos minas, que entren tanto debaxo del castillo, que vuelen el rebellin, de donde hemos recebido el daño, por manera que quede la entrada abierta á nuestra infanteria por aquella parte, que sin duda no habrá resistencia que se lo impida. Y si se pone la diligencia que conviene en ello, yo espero en Dios que con la infelice nueva llegará juntamente la de la vitoria á oidos del Rey mi señor." Diciendo estas palabras el animoso mancebo, su voz fue recebida del consentimiento de todos, y muy loada; y acrecentó tanto el animo y ardor del exercito, que los capitanes y soldados, menospreciando el peligro, no deseaban cosa mas que volver á las armas con los enemigos, para tomar entera venganza por sus manos. Mientras de nuestra parte se trabajaba en las minas, los cercados no se descuidaban en la obra de sus reparos, y en todo aquello que entendian serles necesario para su defensa; mas faltabales ya la municion, que era lo principal, habiendola gastado en los asaltos, y habian perdido la mayor parte de la gente de guerra: y con todo eso pensaban poderse defender, confiados en la vana promesa que el Maleh les habia hecho, de que los vendria á socorrer con todo el poder de los Moros. Salieron una noche doscientos Moros á impedir la obra de una de las minas, donde acertó á hallarse el capitan Francisco de Molina, y con él el alferez Rincon, y obra de veinte soldados, que todos

dos hubieron menester menear bien las manos, porque llegaron determinadamente á la boca de ella, y hirieron algunos de los nuestros; mas como se tocase luego arma, fueron retirados con daño, y no se atrevieron á salir mas, ni contraminaron, teniendo por imposible que la polvora pudiese volar un monte tan grande y tan alto como aquel, sobre que estaba edificado el castillo, y entendieron que reventaria por lo mas flaco antes de llegar á él. Esto es lo que despues nos dixeron algunos Moros; aunque lo mas cierto fue, que no se atrevieron á hacer la contramina, porque fuera necesario cavar mas de quarenta estados en hondo para ir á dar con ella. Sea como fuere, ellos no hicieron diligencia en este particular, habiendo hecho muchas en las otras defensas. Estando ya apunto las minas para poderlas volar, Don Juan de Austria mandó batir con la artilleria todas las defensas por quatro partes. Don Luis de Ayala batió con quatro cañones á la parte de mediodia las casas y los muros del castillo, que se podian descubrir. Los capitanes Bernardino de Villalta y Alonso de Benavides batieron con otras quatro piezas el castillo por través, y las casas que se descubrian de un cerro algo relevado, que está á la parte de poniente. Don Diego de Leyva con dos piezas las casas y defensas baxas por el quartel de Don Pedro de Padilla á la parte del norte; y Francisco de Molina con diez piezas de artilleria batia por través el castillo, y unos paredones antiguos de la torre del homenage, donde los enemigos tenian puesta la cabeza del capitan Leon de Robles, natural de Baza, que lo habian muerto estando alli el Marques de los Velez, y todas las casas de la villa, que caían en la ladera que responde á la parte de levante.

Ha-

Habiase salido de Galera huyendo estos dias un muchacho Morisco, y dado muy cierto aviso del estado en que estaban las cosas de los Moros, y de la fortificacion que tenian hecha, certificando á Don Juan de Austria, que la mina pasada habia muerto mas de setecientos Moros escopeteros y ballesteros. El qual entendiendo que acudirian á ponerse á la defensa en parte que las nuevas minas pudiesen volar los que quedaban, á diez dias del mes de Febrero mandó, que toda la infanteria baxase á las trincheas, y que la gente de á caballo se pusiese alderredor de la villa, por si los enemigos acometiesen á salir; y estando todos apunto con las armas en las manos, los que tenian cargo de las minas pusieron fuego á la primera, que estaba junto con la mina vieja: la qual salió con tanta furia, que voló peñas, casas, y quanto halló encima; mas no llegó al castillo, ni hizo daño en los Moros, que escarmentados de lo pasado se habian retirado á la parte de dentro en una placeta que se hacia alli junto, dexando solos tres hombres de centinela en lo alto echados de pechos, que no podian estar de otra manera, con orden que en viendo subir á nuestra gente les diesen aviso, para acudir con tiempo á la defensa. Volada la una mina, la artilleria no dexó de tirar sin intervalo, y dende á un rato salió la otra, que estaba hácia poniente: la qual hizo tanta ruina, que los enemigos atemorizados del gran terremoto y temblor de tierra, que hizo estremecer todo el cerro, no subieron á descubrir al castillo, creyendo por ventura que aun no eran acabadas de salir todas las minas, ni las centinelas osaron aguardar en lo alto, porque venian tan espesas las pelotas sobre ellos de todas partes, que no tenian donde poderse guarecer. A este tiem-

tiempo envió Don Juan de Austria tres soldados á que reconociesen, si las minas habian hecho suficiente entrada para el asalto, y si quedaba algun impedimento que lo estorvase: uno de los quales llegó hasta el proprio muro del castillo, donde á la parte de poniente tenian los enemigos puesta una bandera grande colorada; y sin hallar quien se lo impidiese la tomó, y se baxó con ella en la mano hasta la trinchea. Viendo pues los soldados que el capitan Lasarte, que asi se llamaba el que traxo la bandera á la trinchea, habia subido hasta arriba, y tomadola sin resistencia, pareciendoles que no habia para que perder tiempo, sin esperar otra señal salieron de las trincheas; y subiendo por las baterias, antes que los enemigos acudiesen á la defensa, ya tenian ocupado lo alto del castillo; y tomandolos á caballero, les fueron ganando las calles y las casas, saltando de unos terrados en otros, por los mesmos pasos que ellos se retiraban. Ayudó mucho para divertirlos y desanimarlos el acometimiento que á un mesmo tiempo hizo por la parte baxa Don Pedro de Padilla con su tercio: el qual pasando á largo de la villa por la ladera de poniente, entró animosamente por los portillos que la artilleria habia hecho en las paredes de las casas. Por manera, que siendo los Moros cercados y combatidos por muchas partes, desatinados con la niebla del temor se iban á meter huyendo por las armas de nuestros soldados; y temiendo de caer en ellas, daban ellos mesmos consigo en la muerte. Estaba una placeta junto á la puerta principal, donde se iban recogiendo, y en ella acabaron de morir la mayor parte de ellos. Fueron de mucho efeto las diez piezas de artilleria con que batia Francisco de Molina, porque entró por alli el golpe de

la

la gente ; y como se descubrian los terrados por través, no dexaban parar Moro en ellos , y los soldados con las proprias escalas que tenian los enemigos aparejadas para ir de unos terrados en otros , subieron , y se los fueron ganando ; y horadando los techos de las casas con maderos , los arcabuceaban , y se las hacian desamparar: y les fueron ganando la villa palmo á palmo, hasta acorralar mas de dos mil Moros en aquella placeta que diximos. Recogieronse algunos en una casa pensando darse á partido ; mas todos fueron muertos , porque aunque se rendian , no quiso Don Juan de Austria que diesen vida á ninguno ; y todas las calles, casas y plazas estaban llenas de cuerpos de Moros muertos , que pasaron de dos mil y quatrocientos hombres de pelea los que perecieron á cuchillo en este dia. Mientras se peleaba dentro en la villa , andaba Don Juan de Austria rodeandola por defuera con la caballeria ; y como algunos soldados , dexando peleando á sus compañeros , saliesen á poner cobro en las Moras que habian captivado , mandaba á los escuderos que se las matasen : los quales mataron mas de quatrocientas mugeres y niños. Y no paráran hasta acabarlas á todas , si las quejas de los soldados , á quien se quitaba el premio de la vitoria , no le movieran ; mas esto fue quando se entendió que la villa estaba ya por nosotros , y no quiso que se perdonase á varon que pasase de doce años : tanto le crecia la ira , pensando en el daño que aquellos hereges habian hecho , sin jamas haberse querido humillar á pedir partido ; y ansi hizo matar muchos en su presencia á los alabarderos de su guardia. Fueron las mugeres y criaturas, que acertaron á quedar con las vidas, quatro mil y quinientas , asi de Galera , como de las villas de Orce y Cas-

Castilleja, y de otras partes. Hallóse tanta cantidad de trigo y cebada, que bastára para sustento de un año, y ganaron los capitanes y soldados rico despojo de seda, oro y aljofar, y otras cosas de precio, que aplicaron para sí. Luego despachó Don Juan de Austria correo con la segunda nueva de la vitoria, que no fue menos bien recebida en la corte de lo que habia sido mal oida la primera. Alcanzó á su Magestad en nuestra Señora de Guadalupe, que iba de camino para la ciudad de Cordoba, donde habia hecho llamamiento de cortes con deseo de ver los pueblos de la Andalucía, cosa que no habia podido hacer hasta esta ocasion, desde que el Christianisimo Emperador su padre le habia hecho dexacion de los reynos, por las muchas y grandes ocupaciones que habia tenido; mas no se hicieron por ello alegrias ni otra demostracion de placer, solo dar gracias á Dios y á la gloriosa virgen Maria, encomendandoles el Catholico Rey aquel negocio, por ser de calidad, que deseaba mas gloria de la concordia y paz, que de la vitoria sangrienta. Don Juan de Austria me mandó á mí, que hiciese recoger el trigo y cebada que tenian alli los Moros, y que la villa fuese asolada y sembrada de sal. Partió con todo el campo la vuelta del rio de Almanzora.

CAPITULO VI.

Como Don Juan de Austria fue á Baza, y envió á reconocer á Seron.

Habiendo mandado Don Juan de Austria asolar todas las casas de Galera, y sembrarlas de sal, partió de

aquel alojamiento con toda la gente de guerra para el lugar de Cúllar. Mas comenzando á caminar la vanguardia, se entendió que no podrian ir por aquel camino las carretas de la artilleria ni los bagages, porque habia llovido y nevado mucho la noche pasada, y estaba la tierra hecha pantanos y barrizales, y habia grandes atolladeros: y asi fue necesario que las tiendas y todo el carruage del campo se llevase á Guescar; y dexandolo á mi cargo, prosiguió su camino con sola la infanteria y caballos. Mandandome que se enviase pan y cebada para sola aquella noche; y que otro dia luego siguiente juntase carros y bagages, en que fuese todo el bastimento, armas y municiones que alli habia, y lo llevase á la ciudad de Baza, donde le hallaria. Alojóse aquella noche en Cúllar, y alli le envié cantidad de pan y cebada; y llegando el dia siguiente á la ciudad el carruage, se juntó alli todo el campo, y se dió luego orden en la ida del rio de Almanzora. Lo primero fue mandar á Don Garcia Manrique, y a Don Antonio Enriquez, y á Tello Gonzalez de Aguilar, que con ciento y sesenta lanzas, y cincuenta arcabuceros de á caballo de la compañia de Don Alonso Portocarrero, llevando consigo los capitanes Jordan de Valdés y Garcia de Arce, fuesen la vuelta de Seron, que era la primera plaza que se habia de combatir, y reconociesen la dispusicion de la tierra, y el sitio de aquella villa, y el lugar donde se podria poner bien el campo: porque aunque se habia enviado á reconocer desde Galera, no se habia podido hacer el reconocimiento á causa de que acudieron muchos Moros á defenderlo. Estos capitanes llegaron al lugar de Canilles de Baza al anochecer, y á las nueve de la noche, despues de haber dado cebada á los ca-

caballos, caminaron la vuelta de Seron; mas era tan grande la escuridad que hacia, que la guia que llevaban perdió el tino de la tierra; y viendo que iba perdido, tomó por remedio descabullirse de la gente, y dar á huir por los montes. Sucedió pues, que apartandose Don Garcia Manrique á beber en una laguna de agua que estaba junto al camino con solos dos de á caballo, y no acertando despues á volver á él, convino que diesen voces, y que la otra gente les respondiese para atinar á donde estaban, y por esta causa vinieron á ser sentidos de los Moros, segun lo que despues se entendió. Hallandose Don Garcia sin guia con una escuridad tan grande, acordó de hacer alto hasta que amaneciese en un monte que está antes de llegar á la fuen caliente; y en siendo de dia claro, comenzó á caminar, enviando delante sus atajadores. Y como no parecia Moro por todo el camino, entendiendo que habian dexado á Seron, pasaron los corredores tan adelante, que llegaron cerca de la villa, yendo siempre el rio abaxo. Tenian los enemigos hecha una empalizada en la entrada del camino, por donde se sube al rio de Seron; y estando puestos alli de emboscada, habian echado doce vacas y seis bagages hácia el rio, para mientras los Christianos fuesen á tomarlas, salir á ellos; mas luego fueron descubiertos, porque llegando los atajadores al ganado, los Moros salieron de la emboscada, y los fueron retirando el rio arriba hasta la otra gente. Estos eran doce escuderos de la compañia de Tello de Aguilar; los quales refirieron á Don Garcia Manrique, como detras de aquella empalizada habia mucho numero de enemigos. Y entendiendo que debian de tener mas emboscadas que aquella, no quiso pasar adelante, ni volver por donde

habia entrado ; y tomando una vereda , que Don Antonio Enriquez sabia , dieron vuelta por la halda de la sierra hácia Canilles , dexando de retaguardia los arcabuceros de á caballo de Don Alonso Portocarrero, y los escuderos de Ecija. Los Moros saltaron fuera de aquellos valles , viendo retirar nuestra gente , y con grandes alaridos fueron siguiendolos hasta que salieron de la sierra ; mas aunque tenian ochenta de á caballo , no osaron apartarse de la escopeteria , temiendo que nuestra caballeria daria la vuelta sobre ellos : lo qual quisieron hacer muchas veces , mas los capitanes no se lo consintieron. Esta retirada por diferente camino del que los nuestros habian entrado , fue de mucha importancia : y si salieran por el camino derecho, hubieran bien menester las manos , porque les habian ya tomado el paso mas de dos mil Moros ; de donde se entendió , que habian sido sentidos aquella noche , quando Don Garcia Manrique se apartó de la gente. Este dia un escudero de los de la compañia de Tello de Aguilar , llamado Leyva , yendo á retirar unos compañeros , que habian quedado haciendo atalaya sobre un cerro, vió estar en una ladera diez ó doce hombres de á caballo, vestidos de colorado; y entendiendo que eran escuderos de su compañia , porque traían todos aquella divisa , se fue para ellos, y les dixo : "Ea , compañeros, retiraos, que hay emboscada." Los quales le rodearon , y tomandole en medio , le prendieron , y le llevaron á Seron , porque eran Turcos y Moros Berberiscos : y no quisieron matarle. Retirado Don Garcia Manrique sin hacer el reconocimiento, volvió á puesta de sol al lugar de Canilles, donde estaba ya Don Juan de Austria con todo el campo esperandole para ir á cercar á Seron ; y viendo que ha-

habian dexado de reconocer la villa por ir poca gente, se acordó en el consejo que fuesen mayor numero de caballos y de infantes á hacer aquel efeto.

CAPITULO VII.

Como Don Juan de Austria fue á reconocer á Seron, y los Moros le desbarataron: y la muerte de Luis Quixada.

La propria noche que Don Garcia Manrique volvió á Canilles, se tomó resolucion de que fuesen á reconocer á Seron dos mil arcabuceros escogidos, y doscientos caballos, porque convenia mucho entender bien la dispusicion que habia, para cercar la villa de manera que no le pudiese entrar socorro, y que los quarteles se pudiesen socorrer los unos á los otros, quando fuese menester: cosa que dificultaban mucho todos los que habian estado en aquel pueblo, diciendo que era tierra muy quebrada, y que por haber falta de agua en algunas partes, no se podia bien cercar. Don Juan de Austria quiso ir personalmente con esta gente, y acompañado del Comendador mayor de Castilla, y de Luis Quixada, y de otros caballeros y gentiles hombres de su casa, partió del lugar de Canilles á las nueve de la noche. Llevaba tres compañias de caballos, una del Duque de Medina-Sidonia, cuyo capitan era Francisco de Mendoza, vecino de Gibraltar; otra de la ciudad de Xerez de la Frontera, que llevaba Don Luis de Avila, por indispusicion de Don Martin de Avila su hermano, que era el capitan; y la tercera del adelantamiento de Cazorla, y capitan de ella Hernando de Quesada. Con la in-

infanteria iban el maese de campo Don Lope de Figueroa, y Don Miguel de Moncada, y Juan de Espuche, y otros capitanes y gentiles hombres de cuenta. Caminando pues toda aquella noche sin parar, á la hora que amanecia se emboscó la infanteria en unas quebradas, que están antes de llegar á Seron en la propria falda de la sierra. Y pasando adelante Don Garcia Manrique con cien lanzas de la compañia del Duque de Medina, se le dió orden que entrase al galope por el rio abaxo, dando muestra á los enemigos que iba á reconocer la villa, porque si hubiese algunos Moros emboscados, saliesen á él: el qual llegó de esta manera hasta la empalizada que diximos; y viendo que no salia nadie, volvió hácia donde habia dexado la otra gente. Viendo pues Don Juan de Austria que los Moros no habian salido, como la otra vez, mandó á Don Francisco de Mendoza, que con sus cien lanzas y algunos caballos mas fuese por el rio abaxo, y se pusiese de la otra parte de Seron en el paso por donde podian venir Moros de Tíjola y de Purchena. Y haciendo de la infanteria dos esquadrones, el uno dió á Luis Quixada, para que fuese por la ladera de la mano derecha del rio, y con él Juan de Espuche; y el otro dió al Comendador mayor de Castilla, para que fuese ocupando la otra parte del rio hácia la mano izquierda, y con él Don Lope de Figueroa; y por el lecho del rio mandó ir la gente de á caballo con su guion, quedandose él con los alabarderos de la guardia, y algunos gentiles hombres, y obra de cien soldados, en un cerro que descubria toda aquella tierra: porque el Comendador mayor y Luis Quixada no le consintieron pasar adelante, hasta que se entendiese que estaba todo el rio seguro de emboscada, y

que podria llegar cerca de la villa sin peligro de su persona, que era lo que mas se procuraba. Con esta orden caminó toda la gente, y comenzando los Moros á hacer ahumadas, acudieron muchos de todos aquellos cerros con sus banderas: y asi los de Seron, como los que venian de otras partes, poniendose en los recuestos, comenzaron á tirar de mampuesto con las escopetas á la gente de á caballo que iba por medio del rio: de cuya causa mandó Don Juan de Austria que se subiese su guion donde él estaba, porque recebian daño los que le acompañaban, tirandoles los enemigos como á terrero. Tello Gonzalez de Aguilar, que iba esta jornada con solos quatro escuderos de su compañia cerca de la persona de Don Juan de Austria, y acompañaba el estandarte, con otros caballeros y gentiles hombres, pasaron adelante, y fueron á juntarse con el esquadron de Luis Quixada, que marchaba poco á poco buscando lugar dispuesto para poder acometer á los Moros, que ocupaban las cumbres de aquellos cerros: el qual llegando en el parage de una atalaya antigua, que estaba frontero de la villa en un cerro antes de llegar al camino que sube del rio, repartió la gente en dos partes: la una dió á Tello Gonzalez de Aguilar, para que subiese derecho á la torre; y con la otra subió él por cerca del camino que va á Seron. Y subiendo animosamente los soldados escaramuzando con los enemigos, fueron retirandolos hasta la propria villa; y no osandolos tampoco aguardar alli, la desampararon, y se subieron á una sierra alta, que está por cima de las casas. Las Moras corrieron luego á meterse en el castillo, donde estaban muchos Moros, que no cesaban de hacer ahumadas llamando socorro. A este tiempo llegó la gente del esquadron

dron que llevaba Don Lope de Figueroa , y entrando los soldados por las casas, comenzaron á desmandarse, y algunos fueron por las calles hasta llegar á las puertas del castillo, y captivaron muchas Moras de las que iban á meterse dentro : y muchos cudiciosos , teniendo mas cuenta con el interese, que con la honra de la nacion , se encerraron en las casas, para guarecer la presa que habian ganado. Mientras esto se hacia, el Comendador mayor y Luis Quixada comenzaron á reconocer la villa, y andando mirando la dispusicion de aquella tierra, se descubrieron mas de seis mil Moros, que acudieron á las ahumadas de Tíjola , y de Purchena , y de los otros lugares del rio , con Hernando el Habaqui , y el Maleh, y otros capitanes Moros: los quales llegaron donde estaba el capitan Francisco de Mendoza , á tiempo que la mayor parte de los escuderos se le habian ido á saquear las casas de la villa ; y no se hallando poderoso para resistir á tan gran golpe de enemigos , comenzó á retirarse tocando arma por el rio arriba. El Comendador mayor y Luis Quixada enviaron á Don Miguel de Moncada con cantidad de caballos y de infantes á que le socorriese, y reforzase la guardia de aquel paso ; mas ya quando llegó era tarde , porque encontró los caballos que venian retirandose á mas andar: y los unos y los otros se retiraron, dexando libre el paso á los enemigos. A esto acudió luego el Comendador mayor en persona, y con mucha brevedad y presteza hizo un cuerpo de los soldados y caballos que pudo recoger, donde se favorecieron los que venian desmandados. Por otra parte los Moros, hallando el paso desocupado, subieron hácia Seron ; y juntandose con ellos los que habian salido huyendo de la villa , entraron por la parte alta ; y hallando á nuestra gen-

gente desordenada, ocupados los soldados en robar, mataron muchos de los que se les opusieron : otros arrojaron vilmente las armas, y dieron á huir, no siendo parte los mas animosos para detenerlos. Don Lope de Figueroa fue herido de un escopetazo en un muslo ; y matáranle, si los escuderos de Ecija no le retiraran. Estos escuderos libraron tambien al compañero, que los Turcos de á caballo habian captivado, y le tenian en una mazmorra. Fue tanto el temor y poca verguenza de algunos soldados este dia, que pareció ira del cielo, porque sin aguardarse unos á otros, no sabiendo por donde poner las espaldas á los enemigos huyendo, ni por donde el pecho peleando, iban de corrida hasta el rio un buen quarto de legua, y aun alli no se tenian por seguros. En tanta desorden Don Juan de Austria baxó del cerro donde estaba, y acudió animosamente á mostrarse á nuestros Christianos, para que hiciesen rostro, ó á lo menos se retirasen con orden, diciendoles: "Qué es esto, Españoles? de qué huis? dónde está la honra de España? No teneis delante á Don Juan de Austria, vuestro capitan? de qué temeis? Retiraos con orden como hombres de guerra con el rostro al enemigo, y vereis presto arredrados estos barbaros de vuestras armas." Con estas y otras palabras animaba y recogia los soldados metido en el comun peligro, porque los Moros crecian, yendo siempre executando su vitoria. Este dia andando Luis Quixada recogiendo la gente, y poniendola en esquadron, fue herido de un escopetazo en el hombro, que le entró la pelota en lo gueco ; y Don Juan de Austria mandó retirarle luego, y que Tello Gonzalez de Aguilar con los caballos de Xerez de la frontera le llevase á curar á Canilles : y con toda la otra gen-

gente se fue retirando lo mejor que pudo con grande exemplo de su invicto valor, acudiendo á todas las necesidades con peligro de su persona, porque le dieron un escopetazo en la cabeza sobre una celada fuerte que llevaba, que á no ser tan buena, le matáran. Finalmente los Moros habiendo seguido mas de un quarto de legua á nuestros Christianos, y hecho poco daño en la retaguardia, se volvieron aquella noche á Seron, y Don Juan de Austria pasó á Canilles. Hubo algunos soldados de los que entraron en la villa, que no se pudiendo retirar, se hicieron fuertes en las casas y en las iglesias, y pelearon tres dias con los Moros, defendiendose, hasta que les pegaron fuego, y los quemaron dentro. Murieron este dia seiscientos hombres de nuestra parte, y de los enemigos hubo fama que quatrocientos, y hubo muchas Moras captivas. Perdimos con la reputacion mas de mil arcabuces y espadas. Teniendo ganada la villa, los Moros quedaron ufanos por aquella vitoria, y hicieron grandes regocijos. Estuvo nuestro campo algunos dias en Canilles: y en este tiempo murió Luis Quixada de la herida, cuya muerte sintió Don Juan de Austria tiernamente, porque era muy buen caballero, y habia servido al Emperador su padre desde niño, y halladose con él en todas las ocasiones de las guerras que se le habian ofrecido, y por la mucha confianza que de su virtud tenia, se lo habia encomendado, y lo habia criado desde su niñez, quando aun no se sabia cuyo hijo era, y asi le llamaba tio, y él á él sobrino. La nueva de este suceso tuvo su Magestad en Cordoba por carta de Don Juan de Austria de diez y nueve de Febrero, dandole cuenta como por la desorden de los soldados se habia dexado de ganar la villa de Seron, y pidien-

diendo mayor numero de gente con que poder proseguir adelante. Y luego se despachó correo á las ciudades de Ubeda, y Baeza y Jaen, por donde habian de pasar dos mil infantes, que iban de Castilla y del reyno de Toledo, con orden que donde quiera que los alcanzase, parasen; y dexando de ir á Granada, como les habia sido ordenado, fuesen al campo de Don Juan de Austria. Y al Duque de Sesa se le escribió, que le enviase el mayor numero de gente que pudiese, quedando él proveido de manera que por falta de ella no dexase de hacer los efetos que se pretendian por aquella parte: encargandole brevedad en su entrada en la Alpuxarra, por ser cosa que daria mucho calor á lo que Don Juan de Austria habia de hacer en el rio de Almanzora. Mas ya quando le llegó este mandato habia salido de Granada, y estaba recogiendo su campo en el lugar del Padúl, como diremos en el siguiente capitulo. Dexemos agora á Don Juan de Austria rehaciendo su campo, y vamos á lo que se hizo en este tiempo á la parte de Granada.

CAPITULO VIII.

De lo que proveyó el Duque de Sesa en Granada: y como salió á juntar su campo en el lugar del Padúl para entrar en la Alpuxarra.

Antes que el Duque de Sesa saliese de Granada, porque en la ciudad y presidios comarcanos hubiese la guardia y seguridad que convenia, proveyó las cosas siguientes. Que en la fortaleza de la Alhambra quedasen los capitanes Lorenzo de Avila y Gaspar Maldonado

con sus compañias, y Antonio Martinez Camacho con cincuenta soldados, á orden del Conde de Tendilla: en la ciudad seis compañias de infanteria: capitanes Juan Nuñez de la Fuente, Don Christoval de Leon, Don Diego de Vera, Francisco Montesdoca, Don Lope Osorio, y Bartolomé Perez Zumel, capitan y cabo de toda esta gente, y Juan Franco, sargento mayor, y tres estandartes de caballos del Marques de Mondejar, de Don Bernardino de Mendoza, y de Martin Noguera, y Geronimo Lopez de Mella con su gente. Este era vecino de Medina de Rioseco, hombre caudaloso en aquella tierra, y habia venido con un hermano suyo, llamado Blas Lopez de Mella, ciento y sesenta leguas á servir en esta guerra á su costa con ocho escuderos de á caballo, y diez arcabuceros de á pie, y despues se le habia acrecentado el numero de la gente. En la vega mandó quedar las compañias de Antonio de Vaena y Pedro Navarro con seiscientos infantes; y con orden que en la ciudad de Santa Fe pusiesen cincuenta soldados, que estuviesen alli de ordinario con la caballeria del Duque de Arcos. Quedaron asimesmo en la vega dos estandartes de caballos de Lazaro de Briones, y de Gaspar de Aguilera. En Alfácar, la Zubia y Gojar Hernan Lopez con trescientos hombres de las quadrillas. En Guéjar quatro compañias de infanteria: capitanes Pedro de la Fuente, Luis Coello de Vilches, Hernando Beceria de Moscoso, y Don Francisco Hurtado de Mendoza, capitan y cabo del presidio: el qual pusiese cien soldados en Pinillos para guardia de aquel paso, y en Níbar la compañia de Don Francisco del partido de Alcantara. Dió orden al corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte, que apercibiese de nuevo los capitanes de

ca-

cada colacion, para que tuviesen la gente de la ciudad apunto, asi la de á pie, como la de á caballo, señalando por cabo de las compañias de infanteria á Don Pedro de Vargas, veintiquatro de aquella ciudad, y por sargento mayor á Jorge de Baeza: y que las guardas, rondas y centinelas se hiciesen de la mesma manera que hasta alli. Quedó el gobierno de paz y de guerra al Presidente Don Pedro de Deza, y que Don Gabriel de Cordoba, como superintendente de la gente de guerra, asistiese en el consejo con él, y se executase lo que alli se ordenase, haciendo oficio de capitan general; asistiendo asimesmo con ellos el corregidor, y los que mas pareciese al Presidente, segun las ocasiones que se ofreciesen. Todas estas cosas proveyó el Duque de Sesa antes de salir de Granada; y quando le pareció tiempo, á veinte y un dias del mes de Febrero de este año de mil quinientos y setenta partió de aquella ciudad, y aquel proprio dia llegó al Padúl, donde se habia de juntar toda la gente. Estaba Don Juan de Mendoza en las Albuñuelas, que habia ido á recoger las compañias que iban viniendo de las ciudades y señores: el qual vino al Padúl á veinte y tres de Febrero. Detuvose el Duque en aquel alojamiento muchos dias con harta importunidad esperando gente y vituallas y armas, que habian de venir de Malaga; y haciendo reductos en Acequia, y en las Albuñuelas, y en las Guájaras. En las Albuñuelas puso de presidio á Don Gutierre de Cordoba con mil infantes, y un estandarte de caballos; á las Guájaras envió al capitan Antonio de Berrio con quinientos arcabuceros, sin caballeria, por no ser la tierra dispuesta para ella; y en el Padúl y Acequia ordenó otros presidios para en su partida. A Jayena envió á Don Alonso de

de Granada Venegas con cincuenta arcabuceros, y el estandarte de caballos de Baeza de Juan de Carvajal, porque su Magestad habia mandado que se pusiese alli con alguna caballeria, para que por su medio, como persona de confianza, de quien la podian tener los rebeldes, se pudiese tener alguna inteligencia con ellos para que se reduxesen, como él lo habia ofrecido, que era el lenguage que mas se trataba: porque su Magestad, como atras diximos, deseaba mas la concordia, que la vitoria de sus vasallos. Y porque la gente no estuviese ociosa comiendo el bastimento en el Padúl, mientras se engrosaba el campo, y llegaban los bastimentos, armas y municiones que esperaba de Granada, y de Malaga, y de otras partes, mandó hacer el Duque algunas correrias, y se pusieron emboscadas á los Moros que andaban por el valle, y fueron presos algunos, de quien se entendió el desinio del enemigo, y como habia enviado al Habaqui á lo del rio de Almanzora con autoridad de capitan general, y puestose él con toda la gente de la Alpuxarra en Andarax, no con proposito de defender la entrada á nuestro campo, sino para molestarle, dando en la retaguardia, y en las escoltas de los bastimentos, y necesitandole á que fatigado de hambre, de cansancio y sin ganancia, le dexasen, porque de este parecer eran el Habaqui y los capitanes Turcos. Y que á la parte de poniente habia enviado quatro mil Moros con el Rendati, y el Macox, y con otros: la mayor parte de los quales eran de aquellas comarcas, y de la sierra de Bentomíz, para el mesmo efeto. Mandandoles que metiesen quatrocientos hombres en el castillo de Lanjarón, y procurasen defenderle, para desde alli salir á hacer sus saltos, quando el campo del Duque

que de Sesa pasase, ofreciendoles, que los socorreria con todo su poder, quando fuese menester; y que estaba confiado en el socorro que le prometia su esperanza que habia de venirle de Argel. En este lugar ponemos dos cartas, una que Aben Aboo escribió al Menfti de Constantinopla, que es como Obispo; y otra del secretario de Aluch Alí, á fin de que se entienda que no se descuidaba en este particular, y luego volveremos á nuestra historia.

CARTA DE ABEN ABOO AL MENFTI de Constantinopla, pidiendo socorro del gran Turco.

"Loores á Dios del siervo de Dios, que está confiado en él, y se sustenta mediante su esfuerzo y poderío. El que guerrea en servicio de Dios, el gobernador de los creyentes, ensalzador de la ley, y abatidor de los hereges descreidos, y aniquilador de los exercitos que ponen competencia con Dios, que es Muley Abdala Aben Aboo: ensalce Dios ensalzamiento honroso, y haga señor de notorio estado y señorío. Al que sustenta el alzamiento de la Andalucía, á quien Dios ayude y haga vitorioso, mediante la fuerza de su brazo, que es el que tiene el cuidado y el poderío para ello. A nuestro amigo, y especial querido nuestro, el señor engrandecido, honrado, generoso, magnifico, adelantado, justo, limosnero, y temeroso de Dios, á quien Dios gualardone con la felicidad del perdon, y despues de esto la salud de Dios general y comprehendiente sea con vuestro estado alto, y la gracia y bendicion abundante de Dios. Hermano y amigo muy preciado nuestro,

ya

ya hemos tenido noticia de vuestro estado alto, y ser tan generoso; y como de compasion que habeis tenido de la desamparada y abatida gente, habeis siempre preguntado con cuidado por nosotros para certificaros de nuestros sucesos, y os habeis dolido de todo nuestro trabajo y aprieto en que nos han puesto estos Christianos: y tambien nos envió una carta el alto y poderoso Rey, sellada con su sello, prometiendonos socorro de gran numero de gente con su armada, y todo lo que mas hubiesemos menester para sustentar esta tierra. Y porque estamos con estos malos en gran congoja, ocurrimos de nuevo á las altas y muy poderosas Puertas, y pedimos el socorro de vuestra parte, y la vitoria por vuestra mano. Por tanto socorrednos, socorreros ha Dios altisimo sobre todas las gentes. Y vuestra señoría informe de nuestro negocio al Rey poderoso, y le haga saber de nuestro ser y estado, y de la grandisima guerra que de presente tenemos entre las manos. Y digasele á su Alteza, que si es servido de nos favorecer, nos socorra presto, y se dé mucha priesa, antes que perezcamos, porque vienen dos exercitos poderosos contra nosotros para acometernos por dos partes; y si nos perdemos, le será pedida cuenta de nosotros, y terná largo juicio el dia de la resurreccion: y la razon de esto se podria alargar en esta parte. Y porque el hombre no tiene mas poder ni esfuerzo para hablar, ceso. La salud de Dios, y su gracia y bendicion os acompañe. Que es escrita martes á once dias de la luna de Xahaban el acatado del año de novecientos setenta y siete," que conforme á nuestra cuenta, fue á once dias de la luna de Febrero en el año de mil quinientos y setenta. Y decia en el sobrescrito: "Sea dada al

al señor alto vicario y consejero mayor de Costantinopla, que está debaxo del amparo de Dios." El registro de esta carta se tomó en la cueva de Cástares entre los papeles de Aben Aboo, y se mandó romanzar despues en Granada, dandola el Comendador mayor de Castilla á Don Juan de Austria: el qual la envió al Presidente Don Pedro de Deza para aquel efeto.

CARTA DEL SECRETARIO DEL REY de Argel para Aben Aboo.

"Con el nombre de Dios poderoso y misericordioso. Guarde Dios el estado alto, cumplido, generoso, venturoso, del Rey Mahamete Abdala Aben Aboo. La salud de Dios sea con vos, y su gracia y bendicion. Hacemoos saber, que recebimos el recaudo que nos enviastes acerca de los negocios de vuestro estado, y de los enemigos de nuestra ley; y entendimos lo que nos dixistes que dixo el Señor de España, que está determinado de acabaros. Nosotros seremos aquellos que con el ayuda de Dios le acabaremos á él; y para esto os enviamos las armas, escopetas, polvora y plomo que vereis: en lo qual hicimos de presente toda nuestra posibilidad. Y en lo que decís, que no os hemos socorrido, porque las ciudades que tenemos están flacas de gente, juro por Dios que tal acá no he sabido que se haya dicho; antes os queremos socorrer por el grande amor que os tenemos, y por el grande amor que el Rey, Dios le ensalce, os tiene. Por tanto no temais, que el Rey tuvo necesidad de ir á las ciudades de Africa, que es la ciudad de Tunez, y no se partió, hasta que envió

una galeota á la costa de Turquia á la casa alta del Rey, que Dios ensalce, haciendole saber el estado en que estais; y nuestro Rey, que Dios conserve su estado, acabado este viage partirá luego para esa tierra, mediante Dios. Hemos sabido que se ha visto con el Rey de Tunez sobre una ciudad que se llama Bexa, y que le echó de ella, y dió Dios la vitoria á nuestro Rey, y le rompió su exercito, y le mató cantidad de dos mil hombres, y huyó el Rey de Tunez con numero de doscientos de á caballo, y entró el Rey nuestro en Tunez, y prestamente vendrá á esta ciudad, y irá á socorreros, y enviará la armada, que baxa para vuestro intento y socorro, mediante Dios. Hemos oido decir que captivastes al hermano del Marques: si es asi, y ha venido á vuestra mano, enviadlo al Rey, y enviad con él otra cosa antes que venga, para que el dia que llegáre se lo presentemos, diciendole: Veis aqui el presente que os envia el Rey de la Andalucía; y con esto le aumentaremos el deseo que tiene de ayudaros, porque vosotros el dia de hoy sois un cuerpo con nosotros. Y por Dios os encargo que lo hagais ansi, y esta es la verdad que os certificamos; y lo demas os informará nuestro amigo Cacim, criado nuestro: y no sigais las palabras de las gentes, y haced lo que Cacim os dixere. Esto es lo que os hacemos saber: Dios os haga saber todo bien. La salud sea con vuestra Alteza, y la gracia y bendicion de Dios. El que tiene necesidad de su socorro, secretario de nuestro señor el Rey, que Dios ensalce." Estaba puesto en la carta el sello de Aluch Alí, que conocimos; y decia en el sobrescrito: "Guarde Dios al gobernador grande, ensalzado, acatado Mahamete Abdala Aben Aboo." Tambien vino esta carta originalmen-

mente á poder de Don Juan de Austria, y la romanzó el licenciado Castillo en Granada por su mandado.

CAPITULO IX.

Como Don Antonio de Luna corrió la sierra de Bentomíz, y puso presidio en Zalia, y retiró los Moriscos de algunos lugares de la Xarquia de Malaga.

Demas de las provisiones que diximos que hizo el Duque de Sesa, quando salió de Granada, fue una, que pudiera ser muy importante, si la gente no faltára al mejor tiempo, que fue enviar á Don Antonio de Luna á correr y asegurar la sierra de Bentomíz y la tierra de Velez-Malaga, donde el Darra y los otros caudillos de los Moros hacian muchos daños, y á recoger los Moriscos de paces de los lugares del Borge, Comares, Cútar y Benamargosa, y enviarlos la tierra adentro, y hacer tres fuertes, y poner presidios en Zalia, Competa y Nerja, y entrar luego corriendo la costa hácia Almuñecar para divertir á los enemigos, y quemarles los bastimentos, y necesitarlos con hambre. Para este efeto se ordenó á los corregidores de Antequera y Malaga, que le acudiesen con su gente de á pie y de á caballo: los quales acudieron luego. Don Fadrique Manrique con la de Antequera, Don Gomez Mexía de Figueroa con la de Loja, Alhama y Alcalá la Real, y Arevalo de Zuazo con la de Malaga y Velez, y el licenciado Soto con la de Archidona, que serian todos al pie de cinco mil hombres; y juntandose en Canilles de Aceytuno á primero de Marzo, fue á Competa pensando hallar alguna resistencia. Y no hallandola, pasó á Nerja, y de ca-

camino corrió el fuerte de Fregiliana, donde se mostraron al pie de él hasta cien Moros, que escaramuzaron con los soldados sueltos de la vanguardia; y volviendo luego huyendo al fuerte con una bandera, subieron tras de ellos los nuestros; y matando seis Moros, se derrocaron los otros por aquellas sierras, de manera que no fueron mas vistos, y captivaronse doce Moras. Aquella noche durmió el campo en Nerja, y estuvo el siguiente dia en aquel alojamiento, aguardando las vituallas que iban de Velez y de Loja; y en este tiempo envió Don Antonio de Luna dos mangas de arcabuceros á correr la sierra por dos partes, que mataron otros dos ó tres Moros, y captivaron otras seis mugeres. Y siendo avisado que el Darra tenia hecha una fusta para pasarse á Berbería, llevando el Moro que le dió el aviso á que se la mostrase, la halló en una rambla metida, y en otra rambla halló otra comenzada á labrar, y una caldera de brea para brearla, y madera, y lo hizo quemar todo. El sabado quatro de Marzo quiriendo partir de alli, halló que se le habia ido casi toda la gente, unos con achaque que les faltaba la comida, y otros por entender que era jornada de poca ganancia, por haber ya poco que saquear en aquella tierra. Decia despues Don Gomez Mexía de Figueroa, que Don Antonio de Luna le habia mandado que se fuese á Loja con la gente de aquellas tres ciudades, pareciendole que bastaba la de Antequera, Malaga y Velez, por el poco bastimento que habia. Sea como fuere, hallandose con solos mil hombres determinó pasar adelante con ellos por el camino de la marina derecho á Almuñecar; y porque no se podia ir por otra parte con los caballos y bagage, hizo noche en el camino en la boca del rio de la Miel.

Miel. Llegado á Almuñecar, tomó algun refresco de vitualla para ir al lugar de Lentexí, donde dixo una espia que habia mas de cinco mil Moros: y era mentira, porque no habia sino obra de quinientas almas. Estuvo la gente algo temerosa con esta nueva, y tomando doscientos soldados de los de aquel presidio, fue aquella noche á alojarse legua y media de alli en la mitad del camino. Otro dia martes á siete de Marzo tomó la mañana, y llegó á las nueve al lugar, donde pensaba hallar los enemigos; mas halló que habian huido de media noche abaxo. Mataron los soldados cinco que hallaron en el lugar, y captivaron uno, y tomaronse algunos bagages. Los soldados de Almuñecar, que estaban algo lastimados de aquellos Moros, pusieron fuego al lugar, y le quemaron todo. Hallóse cantidad de pasa, y mucho aceyte, y poco pan en las casas y cuevas, que todo se quemó y derramó: y lo mesmo se hacia en los lugares donde llegaban, destruyendo y quemando todos los bastimentos. Supose del Moro que se prendió, como los Moros iban la vuelta de los prados de Lopera; y por ser temprano, determinó Don Antonio de Luna de ir tras de ellos, y fue á dormir aquella noche á un cortijo del Marques de Mondejar. Los Moros que iban delante, echaron sobre mano izquierda antes de llegar á los prados, y fueron la vuelta de Almíjar. Aquella noche estando en el cortijo se le fueron mas de quinientos hombres; y quando quiso partir, hallandose solamente con obra de seiscientos soldados de Velez y de Malaga, y pocos de los de Antequera, pasó á la ciudad de Alhama, donde llegó á nueve de Marzo, pidió á la ciudad bastimentos y doscientos hombres. Y con ellos, y con otros doscientos que escribió al

al corregidor de Loja que le enviase, y la gente que le habia quedado, volvió al castillo de Zalia, donde dexó al capitan Christoval de Reynoso con los caballos contiosos de Anduxar, y alguna infanteria; y entrando en la Xarquia, retiró los Moriscos de los lugares sospechosos, sin escandalo ni alboroto, porque los hallaron descuidados. A los del Borge retiró Arevalo de Zuazo; Don Fadrique Manrique á los de Comáres; y Don Antonio de Luna á los de Cútar y Benamargosa: los quales caminaron la tierra adentro á diez y seis de Marzo. Y porque no llevaba gente que poder dexar en Competa, no se puso aquel presidio de esta vez.

CAPITULO X.

Como se comenzó á hacer negociacion para que los alzados se reduxesen.

Deseaba su Magestad mucho que se efetuase la reducion de los alzados, movido de su natural clemencia, y por ver que habia muchos entre ellos, que ni se habian alzado con voluntad, ni cometido los sacrilegios y delitos que otros; y demas de esto se trataba de la liga y confederacion de los Principes Christianos contra el gran Turco, que amenazaba los pueblos de levante con su poderosa armada; y habiendo de ir Don Juan de Austria por generalisimo del exercito de la liga, convenia que diese fin á lo que tenia entre manos. Porque Papa Pio quinto, de felice memoria, habia enviadole su embaxada con el maestro Don Luis de Torres, natural de la ciudad de Malaga, que despues fue Arzobispo de Monreal, exhortandole como verdadero pas-

pastor á la general concordia y defensa del pueblo Catholico. Con este aviso fue al campo Juan de Soto, y á servir de secretario á Don Juan de Austria. Y entendida la voluntad de su Magestad, se trataba con calor el negocio de la reducion; y hubo algunas personas principales, que solian tener amistad con los caudillos de los Moros antes que se alzasen, que se ofrecieron á reducirlos, especialmente Don Alonso de Granada Venegas, que, como diximos, se habia ido á poner de presidio en Jayena, para desde alli procurar alguna inteligencia con ellos; y Don Hernando de Barradas, vecino de Guadix, y otros que deseaban hacer algun buen efeto en este particular, y con la paz y reducion escusar la saca que se trataba de los Moriscos de paces del reyno. Don Hernando de Barradas habia tenido licencia de Don Juan de Austria para poder escrebir á Hernando el Habaqui, que era grande amigo suyo, y aun se habia visto con él en quince dias del mes de Febrero en un monte de Sierra nevada sobre el lugar del Déyre, viniendo el Moro hecho ya capitan general en lugar de Geronimo el Maleh, que era fallecido de enfermedad, con quinientos escopeteros, y entre ellos cien Turcos con un sanjaque ó estandarte colorado; y llevando Don Hernando de Barradas solos cinco de á caballo, habia tratado con él del negocio, y aconsejadole que ganase perdon y gracia con su Magestad, pues tenia buena ocasion para ello. Y él le habia prometido, que lo trataria con sus amigos por los mejores medios que pudiese; y dadole á entender, que nadie lo deseaba mas que él, y que habia muchos de esta opinion entre los alzados: y con estos principios se hicieron algunas diligencias para atraerlos á este proposito por algunas

nas vias. El Presidente Don Pedro de Deza, para que generalmente entendiesen los alzados que tenian lugar de misericordia con su Magestad, si dexaban las armas, cosa que les desviaban de creer los monfis, y los que tenian las conciencias cargadas de gravisimos delitos, industriosamente mandó al licenciado Castillo, que escribiese en lengua arabe una carta persuatoria, disminuyendoles el ayuda y favor de los Turcos, deshaciendo los pronosticos que tenian, y encareciendo mucho el poder y clemencia de su Magestad; y aconsejandoles con buenas razones, que tratasen de algun medio para reducirse. El qual la escribió, y sin poner en ella nombre de autor, porque entendiesen que era algun Morabito, ó Alfaquí, que se condolia de sus trabajos, y de ver su perdicion, se sacaron muchos traslados de ella, que llevó una espia á los lugares de la Alpuxarra, y echó en parte donde pudo ser hallada, y leida. La qual fuimos despues informados, que hizo mucho efeto en los hombres de buen entendimiento, y generalmente en todos los que deseaban quietud; y por esta razon la pornemos en este lugar, que traducida en lengua castellana á la letra decia de esta manera.

CARTA PERSUATORIA.

"Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. No hay esfuerzo ni poderío sino en Dios, y la santificacion sea sobre el mejor de sus mensageros, y sobre su gente y familias. La salud cumplida sea con aquellos que honró, y no les desamparó el bien; que son en este mundo dichosos, y en el otro serán con su ayuda gozosos. Los caudillos, ancianos, alcaydes, alguaciles, be-

belicosos, y otros señores y amigos, vecinos y conquistadores de la Alpuxarra, y de sus anexos, salud en Dios, y gracia y bendicion sea con todos nosotros, y nos esfuerce con su favor y ayuda. Esto es lo que os desea un especial amigo vuestro, que de nuestro general bien y conservacion de nuestras vidas y honras está muy solicito y congojoso: el qual ha tenido siempre cuidado de considerar los sucesos de esta nuestra guerra, y lo que de ella pretendemos sacar, andando siempre entre vosotros tanteando las cosas que suceden, y las que podrán suceder adelante, para amparo de nuestras vidas y honras. Y habiendome desvelado para hallar manera como se pueda sustentar y continuar lo comenzado, es verdad que me obliga vuestro grande amor, y lo que debo al servicio de Dios altisimo, á que os declare lo que en realidad de verdad siento de ello, mediante lo qual pienso alcanzar gracia ante el acatamiento divino, en el dia que á ninguno aprovechará la hacienda ni las familias, sino limpieza de corazon de toda macula y culpa. Y lo que con mis fuerzas he alcanzado á saber es, que andamos muy errados y fuera del camino de la verdad en esta conquista que pretendemos todos, confiados, miserables y desventurados de nosotros, en razones flacas, y fuerzas invalidas y vanas promesas, que no pueden guiarnos al fin que pretendemos. Y si nos atendemos á ellas, sed ciertos que nos perderemos confiando en el socorro de los Turcos, y asegurandonos de ellos: los quales vemos claramente que nos burlan y engañan, y desean nuestra perdicion: porque ellos no pretenden mas que aprovecharse de nuestras riquezas, y de nuestras mugeres y hijas, como lo hemos visto. Y quando se hallaren ricos, se irán á sus tierras, y nos de-

xarán cargados de molestias y vexaciones, usando de su acostumbrada tiranía y maldad, que lleva su natural condicion; y despues se reirán de nosotros, como lo han hecho y hacen muy de ordinario donde llegan. Y ciertamente os digo, que ha pasado asi en efeto; y que muchos de ellos me han dicho, que si no ven en nosotros mas provecho del que han visto hasta agora, nos han de saquear y tomar quanto tenemos, y se han de ir; y que mas vale que lo lleven ellos, que no que quede á los Christianos. Y no dudeis en ello, que ya lo han comenzado á hacer, por ser como son estas gentes estrangeras, barbaras, y que carecen de toda lealtad y misericordia, y de condicion tiranos, y muy avarientos: lo qual es muy ordinario en los levantiscos, y en la gente de Berbería; y asi dice nuestro antiguo proverbio, que tenemos acerca de esto, que todo lo que viene de levante es bueno, salvo el hombre y el ayre. Esto es ansi, y se comprueba por lo que vemos que hacen cada dia; y por lo que han hecho en otras partes, como fue en Argel, que so color de socorrer el Rey de aquella ciudad, vimos todos que se le alzaron con el reyno, y sujetaron toda la gente de él, y hasta hoy está debaxo de su dominio, tiranía y tributo; y es cierto que los naturales querrian mas ser tributarios de otro qualquier Rey Christiano, que de ellos. Lo mesmo hicieron en Tunez en tiempo de Hayredin Barbarroxa: el qual fingiendo querer socorrer á un Rey de aquella ciudad, se alzó con el reyno, y fue causa de la destruicion de los Moros, como todos sabemos. Estas y otras cosas semejantes se han hecho en nuestros dias. Y pues lo sabemos, y entendemos lo que se puede fiar de los Turcos, miremos bien lo que hacemos, y lo que nos cum-

cumple, no se venga á cumplir en nosotros lo que nuestra profecía dice, que nuestra generacion ha de perecer Beyn Barbar y Agem, que quiere decir entre barbaros y advenedizos. Asimesmo me parece, que las causas que nos movieron á seguir esta conquista, como son los pronosticos que nos prometen los juicios que tenemos de ella, no son ciertas ni bastantes; porque en estos pronosticos mas se promete nuestra perdicion, que otra cosa. Y los socorros que dicen que ternemos, no consta cómo, ni quándo, ni hay en ellos tiempo limitado; y lo que dicen unos, deshacen y contradicen otros. Y en quanto al año que ha de entrar en sabado, tambien hubo yerro y falta por nuestro poco saber: porque el año que dice el pronostico es conforme á nuestra computacion lunar, y no á la computacion del año solar, como lo fue el año que comenzamos esta guerra, que es el año de los Christianos, del qual no habla nuestro pronostico. Y dado caso que entrase el año en sabado, no hay razon que satisfaga á que fuese aquel dia mas que otros muchos sabados, en que ha comenzado muchas veces el año, y comenzará de aqui adelante: en los quales no nos movimos á comenzar esta guerra. Demas de esto vemos claramente la contradicion que hay en los pronosticos, y no se ha de dar credito á cosas semejantes, contrarias y diferentes en todo genero de contradicion: porque en uno de los juicios dice, que en esta nuestra conquista no perecerá mas de un solo hombre de nosotros, de oficio baxo, y que será molinero; y en el otro, que es el juicio de Zayd el Guergali, que es el mas cierto de los juicios que tenemos, dice, que serán muy pocos en numero los que de nosotros quedarán en esta conquista. Otras contradiciones y re-

repugnancias hay, y cosas imposibles, que parecen fabulosas ficciones para engañar á los que saben poco, como es lo de las nubes, y de las aves, y del arcangel Gabriel, y de Miguel, y de la mano de Josef, y de la espada de Idris Rey de Fez, y otras fabulas que se refieren en ellos: y no es de creer que sean profecías, ni dichos de nuestro profeta, ni de otro ninguno que tuviese espiritu de profecía; antes deben ser consuelo y entretenimiento, que algunos Alfaquís modernos compusieron para entretener con esperanza á nuestros antepasados y á nosotros en estos reynos de la Andalucía. Y por Dios todo poderoso os juro, que esto me certificaron personas de grande erudicion y saber, diciendo que esta fue la intencion y la razon de estos pronosticos. Y si otra cosa fuera, no hubieramos dexado de hallar alguna mincion de ellos en el Alcoran, ó en alguna otra dotrina de la Zuna y ley que tenemos aprobada por los Halifas y sucesores de nuestro profeta: la qual no se halla, y es lo que totalmente quita la devocion de darles credito en poco ni en mucho; antes es en contrario de ellos lo que se halla en la Zuna acerca de esto, porque es nuestra total destruicion, y triunfo perpetuo que los Christianos ternan de las tierras de Europa, como se refiere por estas palabras que nuestro profeta dice: Sacaros han los Rumis de ella en diversas juntas á las partes mas asperas de sus tierras. Demas de esto, no sé yo quien pone duda en el poder del gran Rey de España, y en que nosotros comparados con él somos como la mosca con el elefante. Y por el descomedimiento que le hemos hecho podria decirnos, como nos lo dice la lengua de la representacion de esta guerra, lo que el grandisimo roble dixo al mosqui-

quito, que habiendo susurrado dentro de él un buen rato, pidiendole perdon por el ruido que le parecia que habia hecho, le respondió el roble: Por cierto no tienes que pedirme perdon, porque ni sentí quando entraste entre mis ramas, ni quando saliste de ellas. En verdad os digo, hermanos, que si este poderosisimo Rey no tuviera en mas nuestra locura, que el ruido del mosquito, y pretendiera de nosotros alguna venganza, que en una hora diera cabo de nuestras vidas, aunque no enviára de sus pueblos mas que los cojos. Y si nos confiamos en los socorros que estos mentirosos burladores nos prometen, tanto mas le enojaremos, y daremos causa para que haga lo que hizo Hercules con los Pigmeos, que los hizo pedazos á todos, viendo su contumacia de querersele poner encima estando durmiendo. Tambien os quiero desengañar, que aunque todos los socorros de Turcos y Arabes y Reyes de Africa vengan, no podrán ganar nada con el Rey de España, porque es invencible, y el dia de hoy le temen todos los Reyes de levante y de poniente, y ninguno hemos visto que le haya osado acometer; antes piensan no hacer poco en guardarse y defenderse de él, y les ha ganado sus fronteras: las quales no han podido recuperar con todo el poderío que tienen, estando dentro de los limites de sus reynos. Pues si esto es asi, qué confianza tenemos, ó en qué podemos fundarnos, para pensar que le han de ganar las tierras que él tiene y posee dentro de sus limites en España? Considerando pues estas tan validas y convencibles razones, me parece, hermanos mios, que miremos muy bien lo que hacemos, y que alcemos la mano de la guerra, procurando algun medio que menos dañoso nos sea, siguiendo la dotrina de los cuerdos

que

que dicen, que de dos males se debe escoger el menor, que mas vale tuertos que ciegos. Yo entiendo por la mucha equidad y templanza que hemos visto en este Rey, que se nos concederá, procurandolo con tiempo, y no enojandole mas: porque la culpa del yerro hecho inconsideradamente, quanto al principio tiene la puerta del remedio abierta, la tiene despues cerrada con la perseverancia y contumacia; y como dice nuestro refran antiguo, el que no pudiere ganar el juego, bien es que lo haga maña. Bien sé que nos concederá esta maña, por lo que hemos visto que nos ha esperado: porque si otra cosa hubiera pretendido, en un almuerzo ó cena nos despachára; y á mi juicio debe de haberlo hecho de lastima y de compasion que de nosotros tiene; á lo menos de algunos que entiende no haber sido participantes de este mal en poco ni en mucho, como en efeto es la verdad. Atengamonos pues á la buena razon y al buen consejo, y alcemos este juego antes que nos dé mate, y tal que no podrá ser mayor, ni mas malo, ni de tanta perdicion, porque será perdida de haciendas, de honra, y de cabezas; y por ventura valdrá mas mi consejo, que las vanas promesas de los Turcos y Moros de Berbería, y que los pronosticos en que tan neciamente hemos puesto nuestra confianza. Por ventura podrá ser que este Rey, á cuyo cargo estabamos, terná compasion de nosotros, especialmente de los que entiende, y es informado que están inocentes de esta liviandad que hemos intentado, como lo ha hecho con los Granadinos: á los quales ha mandado amparar y recoger en sus tierras, no permitiendo que se les haga mal ni daño en poco ni en mucho, por la constancia que tuvieron en no alzarse, ni venir á estos desespera-

raderos de sierras á padecer tanta malaventura como padecemos, esperando la miel del vientre de las hormigas. Dios sea el que nos guie por el camino que mas sea servido, y nos esfuerce para ello, y agradezca la voluntad con que os significo todas estas cosas, y se apiade de nosotros y de nuestros hijos. Y perdonadme que no os declaro quien soy, declarandoos mi intencion, porque lo hago de miedo de la calumnia de los que quieren seguir esta mala ventura, y porque la verdad fue siempre odiosa á los que no se precian de ella. Que es escrita en esta Alpuxarra por uno de vuestros especiales amigos, que el bien general de todos desea, á veinte dias de la luna de Ramadan el grande del año de novecientos setenta y siete. Dios nos haga participantes de sus bienes y bendicion por su infinita misericordia." Y en el sobrescrito decia: "A los señores caudillos, alguaciles, regidores de la Alpuxarra, que Dios altisimo tenga debaxo de su amparo." Esto es lo que decia la carta, volvamos al campo de Don Juan de Austria.

CAPITULO XI.

Como Don Juan de Austria fue sobre la villa de Seron, y la ganó.

Quando Don Juan de Austria hubo reforzado su campo en Canilles de Baza, donde estuvo algunos dias, y proveidose de bastimentos, artilleria y municiones para ir al rio de Almanzora, sabiendo que ya el Duque de Sesa habia salido de Granada con el otro campo, partió de aquel alojamiento con ocho mil infantes y quinientos caballos. La primera jornada que hizo fue á la fuen-

fuen caliente, y á la hora que llegó, que seria á visperas, mandó á Tello Gonzalez de Aguilar, que con los caballos de su cargo diese vista á Seron desde unos cerros, que están de la otra parte del rio, por frente de la villa, y que no se quitase de alli hasta que el campo estuviese alojado. Los Moros pensaron hacer lo que la vez primera, y en descubriendo la caballeria, salieron huyendo la vuelta de la sierra para aguardar el socorro, y volver á dar sobre nuestra gente; mas como vieron que no iba nadie á ocupar la villa, volvieron aquella noche á meterse dentro. Otro dia de mañana marchó nuestro campo en su ordenanza por el rio abaxo, llevando la vanguardia de la infanteria el capitan Antonio Moreno con el tercio de su cargo, y la caballeria delante. Y como los enemigos entendieron que se les iba á poner cerco de proposito, no se asegurando en la villa, ni en el castillo, le pusieron fuego de parte de noche; y dexandole ardiendo, tornaron á subirse á la sierra como de primero. Viendo pues Don Juan de Austria, que el castillo ardia, y entendiendo que los Moros le habian desamparado, mandó á Tello Gonzalez de Aguilar, que fuese á ponerse en el proprio paso donde habia estado Francisco de Mendoza, y á Don Garcia Manrique, que con mil y quinientos arcabuceros tomase lo alto de la sierra sobre la villa á la parte de Tíjola, que eran los pasos por donde los Moros habian de entrar con el socorro. Habianse recogido á las almenaras, que toda la noche habian hecho los de Seron, mas de siete mil Moros en Purchena, donde habia venido Hernando el Habaqui; y al tiempo que nuestra gente caminaba la vuelta de la villa, comenzaron á descubrirse como venian el rio arriba puestos en sus esqua-

quadrones con sus banderas tendidas, tocando sus atabalejos y dulzaynas á manera de representacion de batalla. Don Juan de Austria envió luego á Don Martin de Avila, que fuese á reconocerlos con las cien lanzas que servia Xerez de la frontera: el qual los reconoció, y refirió que era mucha gente, y que le parecia traer determinacion de pelear. Entonces mandó cesar el alojamiento, y ordenó sus esquadrones, y exhortó los capitanes y soldados; y apeandose del caballo, se puso en la vanguardia delante del esquadron de la infanteria. El Habaqui traía la vanguardia de su campo con ochenta caballos, y luego seguia un esquadron de infanteria á veinte y cinco por hilera puestos en tan buena orden, como si fueran soldados muy praticos, y dos mangas de escopeteros sueltas, que fueron acercandose hácia nuestra caballeria, tirando con las escopetas, para provocar á que los nuestros hiciesen algun acometimiento desordenadamente. Y hicierale Tello Gonzalez de Aguilar, si Don Juan de Austria quisiera darle licencia para ello: el qual le mandó que se estuviese quedo; y haciendo apartar el esquadron de la vanguardia sobre mano izquierda, para que pudiese tirar la artilleria contra los enemigos, bastó aquello para que dexasen el camino que llevaban, y tomasen la vuelta de la sierra hácia donde Don Garcia Manrique estaba; y cargandole con grandisima furia, comenzaban ya nuestros soldados á aflojar, y muchos de ellos á huir. Y perdieranse todos, si Don Juan de Austria, viendo ir al enemigo la vuelta de ellos, no enviára dos mil arcabuceros en su socorro: los quales reforzaron la pelea por nuestra parte, cargando animosamente á los enemigos, que firmes se sustentaron mas de una hora. En este tiempo

mandó Don Juan de Austria á Tello Gonzalez de Aguilar, que con sus cien lanzas subiese la sierra arriba, y con él dos adalides que guiasen, porque era tan fragosa, que apenas parecia poderla hollar caballos: tardó en subir mas de media hora por la parte hácia donde nuestra gente peleaba; y quando llegó arriba, no llevaba mas de quarenta caballos con su estandarte, porque no le habian podido seguir los otros. Y siendo á tiempo que Don Garcia Manrique tenia frente á los enemigos, y los comenzaba á arrancar con la gente del socorro, hizo tocar las trompetas, y los acometió. Fue tanta la turbacion de los Moros en ver caballeria, donde entendian que no podia subir, que perdiendo la furia y el animo juntamente, dieron á huir. Siguióse el alcance por nuestra parte, matando y hiriendo muchos de ellos, y prendiendo algunos, les tomaron siete banderas; y el Habaqui, dexando muerto el caballo, se escapó huyendo á pie. Habida esta vitoria, la villa y el castillo quedó por nosotros: alojóse nuestro campo en unas viñas junto al rio, y mandóse á los gastadores que enterrasen los cuerpos de los Christianos muertos, que aun estaban tendidos por aquellos campos desde la rota pasada. Detuvose Don Juan de Austria alli algunos dias, porque comenzaban á faltar los bastimentos para ir adelante; y mandandome á mí, que fuese á las ciudades de Ubeda y Baeza, y al adelantamiento de Cazorla á proveer el campo, como lo hice. Y quando fue tiempo, partió sobre Tíjola, dexando de presidio en Seron al capitan Antonio Sedeño con quatro compañias de infanteria y una de caballos, para asegurar las escoltas; y en el castillo á Christoval Carrillo, criado del Marques de Villena, con doscientos soldados, que habia enviado á

su

su costa para aquel efeto. Vamos á lo que en este tiempo hacia el Duque de Sesa.

CAPITULO XII.

Como el Duque de Sesa fue con su campo á Órgiba: y de algunas escaramuzas que tuvo con Aben Aboo estando en aquel alojamiento.

Treinta dias estuvo el Duque de Sesa en el primer alojamiento aguardando la gente, armas y bastimentos, que con harta importunidad se le enviaba desde Granada, tanto que fue necesario dar por coadjutores al proveedor general al licenciado Pedro Lopez de Mesa, y al corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte. Y como todo estuviese ya aprestado, y su Magestad diese prisa por razon de que Don Juan de Austria estaba ya en el rio de Almanzora, y qualquiera dilacion era muy dañosa, especialmente que enfermaba la gente, y se consumian los bastimentos, Don Pedro de Deza fue á visitarle, y á solicitar su partida. Y á nueve dias del mes de Marzo, yendo con él el contador Francisco Gutierrez de Cuellar, marchó con todo el campo, en que iban diez mil infantes y quinientos caballos, y doce piezas de artilleria de campaña, y muchos caballeros del Andalucía y de Granada, parte con cargos, y otros que de su voluntad le acompañaban. Aquella noche se alojó en Béznar, donde llegó la retaguardia muy tarde, por ser mucho el bagage, y el camino malo. Estuvo en aquel alojamiento dos dias, y en este tiempo se descubrieron algunas banderas de Moros, con mas animo de espantar y entretener, que de pelear, porque en cargandoles

nuestra gente , se retiraron , y fueron á meterse en el castillo de Lanjarón , flaco de muros , aunque de sitio fuerte para batalla de manos. Y como fuesen algunos de parecer que lo combatiesen , el Duque de Sesa no lo consintió , diciendo que los Moros no tenian agua ni bastimento dentro , y que de necesidad se habian de ir de alli aquella noche, y le dexarian el paso libre y desembarazado, que era lo que se pretendia , como en efeto lo hicieron. Pasó otro dia doce de Marzo nuestro campo á Lanjarón , y los Moros mostraron querer hacer algun acometimiento ; mas Don Martin de Padilla con la caballeria de la vanguardia les dió la carga hasta el lugar de Cáñar , y los escarmentó de manera, que no parecieron mas. Y de un Moro que se prendió se supo, como Aben Aboo habia encomendado el castillo de Lanjarón al Rendedi con quatrocientos Moros , con orden que lo sustentase , mas no se atrevió á parar en él ; antes en viendo llegar nuestra vanguardia , salieron huyendo los que estaban dentro , y se pusieron á dar grita á los Christianos desde la otra parte del rio. No pudo llegar la retaguardia aquella noche á Lanjarón , y para esperar la escolta que iba de Acequia, se detuvo un dia en este alojamiento ; y á catorce de Marzo caminó la vuelta de Órgiba. Desde este alojamiento fue Francisco Gutierrez de Cuellar á informar á su Magestad del estado de las cosas de la guerra ; y volvió luego á Granada con la orden de lo que se habia de hacer , y asistió en el consejo con el Presidente , hasta que se acabó de allanar la tierra. Llevaba el Duque su campo bien ordenado conforme á la dispusicion de la tierra por donde iba, que era dificil de hollar por su aspereza. Iban los esquadrones de la infanteria prolongados de á once

sol-

soldados por hilera, para formarlos con brevedad, quando fuese menester, y las mangas de arcabuceria ocupando de un cabo y de otro las cumbres y los pasos peligrosos; el bagage muy recogido, y guarnecidos los lados de arcabuceria, y la caballeria puesta siempre en parte que pudiese salir á hacer sus acometimientos, sin turbar las ordenanzas, y las quadrillas de la gente del campo sueltas delante descubriendo la tierra, y algunos caballos con ellas. Y llegando al paso, donde se entendia que habria alguna resistencia, el Rendedi, y otros capitanes con él, que tenian tomadas las cumbres de las sierras, se descubrieron con mas de tres mil Moros; y dando muestra de querer defender el paso, comenzaron á desvergonzarse, y á hacer algunos acometimientos animosos, aunque de poco efeto, porque el Duque les mandó dar una fuerte carga; y se les dió tal, que no pararon hasta meterse en las sierras, recibiendo daño, y haciendo poco, y dexando algunas armas, y entre ellas la mas hermosa escopeta turquesca que se habia visto en estas partes, porque tiraba onza y quarta de pelota, y tenia diez palmos de cañon. Desocupado el paso, nuestro campo fue á alojarse á Albacete de Órgiba, donde estuvo mas de veinte dias haciendo un fuerte, en que poder dexar mil hombres de presidio por causa de las escoltas. En este tiempo Aben Aboo llegó algunas veces á desasosegar nuestro campo: envió quatrocientos escopeteros á diez y nueve dias del mes de Marzo, á que procurasen prender algun Christiano para tomar lengua: los quales llegaron á tiempo que pudieran hacer algun efeto, si el Duque de Sesa no previniera, enviando luego cien caballos y doscientos arcabuceros, que pelearon con ellos un buen rato, y los desbarataron;

ron ; y matando diez y siete Moros , les ganaron una bandera , y captivaron dos Alpuxarreños , de quien se supo la cantidad de gente que Aben Aboo tenia en Puqueyra , y como pensaba pelear en aquel paso , y le tenia reparado. Dos dias despues de esto envió dos mil hombres. Y estando el Duque de Sesa en misa, que queria recebir el santisimo Sacramento , hincado de rodillas delante el preste , se descubrieron de la otra parte del rio como trescientos Moros escopeteros con una bandera blanca , puestos en tan buena orden , como si fueran soldados praticos. Y como los atambores tocasen arma, y los soldados se recogiesen alborotadamente á las banderas , viendo que llegaban los enemigos cerca de los alojamientos , el Duque conociendo del sacerdote que se habia alterado , le dixo mansamente, que se reportase , y que prosiguiese en el oficio sin alteracion. Y quando hubo comulgado con mucha devocion , salió luego á poner su gente en ordenanza. Mandó á Don Jorge Morejon , vecino de Antequera , que con la caballeria de su cargo , y algunos arcabuceros á las ancas, fuese la vuelta de los Moros : los quales les hicieron rostro , y hechos una muela sobre un cerrillo comenzaron á escaramuzar con ellos , saliendo de diez en diez con tan buena orden , como si fuera gente disciplinada en la milicia. De esta manera tuvieron suspenso y puesto en arma nuestro campo hasta las quatro de la tarde , y á esta hora , dando muestra que se retiraban á la sierra , que cae á la parte de mediodia , asomaron las banderas con el golpe de la gente hácia Puqueyra. Mas ya á este tiempo el Duque de Sesa , sospechando el ardid del enemigo , y que llamaba por una parte para acometer por otra , se habia puesto á su frente. Y mandan-

dando á Don Jorge Morejon que se retirase, estaba con sus ordenanzas aguardando á que los enemigos baxasen. Luego se entendió que no venian á pelear, y que aquella representacion que hacian, solamente era para desasosegar nuestro campo, y para que no se entendiese la flaqueza que de su parte habia. De esta manera estuvieron los unos y los otros puestos en arma. Los Moros hicieron gran cantidad de fuegos por todos aquellos cerros alderredor, y estuvieron haciendo algazaras hasta media noche, y tocando los atabalejos y dulzaynas, y al quarto del alba se retiraron á Puqueyra. El Duque de Sesa estuvo siempre puesto en arma, hasta que supo que el enemigo estaba retirado; y entonces mandó que se fuesen las banderas á sus quarteles. Dexemos agora al Duque de Sesa, que adelante diremos otras cosas que sucedieron en este alojamiento, y digamos la orden que se tuvo en este tiempo en sacar los Moriscos de paces de la vega de Granada.

CAPITULO XIII.

Como se sacaron los Moriscos de paces de los lugares de la vega de Granada, y los llevaron la tierra adentro: y la orden que en ello se tuvo.

Para necesitar á los rebeldes, y reducirlos á estrema miseria, ninguna cosa convenia mas que quitarles los Moriscos de paces que quedaban en el reyno de Granada: porque metiendolos la tierra adentro, se les quitaba de todo punto la comodidad de poderse rehacer de gente, y especialmente de avisos, armas y bastimentos, que les daban secretamente. De este parecer habia sido siem-

siempre el licenciado Alonso Nuñez de Bohorques, y lo estaban ya los del consejo, y especialmente el Duque de Sesa, y Don Pedro de Deza; y habiendose dado y tomado sobre el negocio, y consultadolo á su Magestad, se resolvió en que se hiciese ansi. Quisiera mucho su Magestad, que Don Juan de Austria sacára los de Guadix y Baza, y de los lugares de su jurisdicion, antes de entrar en el rio de Almanzora: y asi lo habia escrito por carta de veinte y quatro de Febrero, que los recogiese con el menor escandalo que ser pudiese, dandoles á entender, que se hacia por su bien, y dexandoles llevar sus mugeres y hijos y bienes muebles. El qual habia dexado de hacerlo por hallarse ya en el alojamiento de Seron, quando recibió la carta, y parecerle que no convenia volver atras, ni dividir el campo, y que se podria hacer con mejor comodidad, quando llegasen las banderas de los dos mil infantes, que venian de Castilla y del reyno de Toledo á cargo de Don Juan Niño de Guevara, deteniendolos algun dia en aquellas ciudades con achaque de tomarles muestra, porque de necesidad los habian de encerrar en las iglesias en un mesmo dia, como se habia hecho con los del Albaycin de Granada, para quitarles la comodidad de poderse ir á las sierras: cosa que ninguno dexára de hacer, pudiendo, segun lo mucho que sentian haber de dexar sus casas; y ansi lo escribió á su Magestad. Despues de esto, por carta de cinco de Marzo su Magestad replicó, que le habia parecido bien lo que decia; y que despues de haberle enviado la primera orden, se habia acordado en el consejo, que en todo el reyno de Granada no quedase Morisco de paces: y que pareciendole, lo remitiese al Presidente Don Pedro de Deza, dandole calor y gen-

gente para que lo executase, por estar menos ocupado que él, ni el Duque de Sesa. Y aunque todavia Don Juan de Austria dificultaba el negocio, por el poco numero de gente que habia fuera de los dos campos, y decia, que en la forma de ponerlo el Presidente en execucion, se le representaban las mesmas dificultades que á él; y que en ninguna manera se podia desmembrar parte de la gente que llevaba, sin la fuerza de la qual no se debia intentar negocio tan arduo, como era sacar los Moriscos de sus casas; y que todavia seria bien aguardar á que llegase la gente de Castilla, como habia dicho, y á que se hiciese algun buen efeto en lo que traía entre manos, como hombre que deseaba hacerlos todos por su persona, todavia su Magestad, resuelto en que no convenia dilacion, por otra carta de veinte y uno de Marzo le avisó, como por escusar que no se dividiese el campo, se habia cometido al Presidente que lo hiciese él con la gente de las ciudades y de los señores que estaban cerca de Granada; y que por no perder ocasion, habia parecido no aguardar á la que venia de Castilla. Con esta carta se le envió la orden para que la enviase al Presidente, y le advirtiese de lo que le ocurria sobre ello. Hubo duda si quedarian algunos Moriscos principales regidores, y que tenian privilegios particulares para traer armas, y otros que no las traían, y habian servido extraordinariamente despues del levantamiento, ó si seria el llevarlos cosa general, de manera que no quedase ninguno. Y su Magestad, como Principe justo, quiso guardar las preminencias á los que lo merecian, y ansi mandó que se hiciese. Llegada esta orden á Don Pedro de Deza, luego puso en execucion lo que tocaba á despoblar las alcarías de la vega de Gra-

nada. Nombró por comisarios, regidores y personas principales de la ciudad, que fuesen á encerrarlos en las iglesias, y les dixesen, como su Magestad por hacerles bien los queria apartar del peligro en que estaban, y meterlos la tierra adentro, donde viviesen seguros, mientras se acababan aquellos trabajos; y mandó que les dexasen vender todos sus bienes muebles, y que no les consintiesen hacer molestia ni vexacion alguna. Y para que tuviesen mejor despacho en el pan y ganados, que no podian llevar consigo, mandó al proveedor general que lo tomase para provision de la gente de guerra, pagandoles el trigo y cebada de contado á la tasa, y los ganados á precios justos y moderados. Con estas cosas se aseguraron, y con igual quietud y desconsuelo se encerraron en las iglesias domingo de Ramos diez y nueve dias del mes de Marzo de este año de setenta, y los llevaron al hospital Real de Granada. Juan Sanchez de Obregon, veinte y quatro de aquella ciudad, sacó los de Otúra con la gente que alli estaba alojada. Los de Uxixar la alta y la baxa retiró Don Pedro de Vargas con la gente que estaba alojada en las proprias alcarías, y otra que se le dió de la ciudad; y Don Martin de Loaysa con una compañia de infanteria de Villanueva de la Serena recogió los de Churriana. Este fue el primer tercio, y en el segundo fueron para el mesmo efeto Pedro Nuño con infanteria de la ciudad á Albolóte. Alonso Lopez de Obregon con la gente de la hermandad y la de su parroquia fue á Armilla. Juan Moreno de Leon á Belicena, y Don Diego Zapata al Atarfe; y á Pinós Luis de Vexar, alguacil mayor de Granada, con gente que á todos estos se dió de la que habia en la ciudad, y la que Don Diego Zapata traía consigo. En el

el otro tercio fueron el capitan Don Antonio de Texeda, vecino de Salamanca, con su compañia de infanteria á Alhendin, y Don Pedro y Don Miguel de Leon con la gente de Medina del Campo á Gábia la grande. Hecho esto se echó un bando general, que todos los Moriscos que habian quedado en Granada, y en las otras alcarías y cortijos de su jurisdicion, saliesen luego del reyno, so pena de la vida. Los del primer tercio se juntaron en Churriana, y el siguiente dia fueron con escolta á Santa Fe, y de alli á Íllora, y á Alcalá la Real con otra escolta de gente de la tierra. En esta ciudad los detuvieron un dia, esperando que llegasen los del segundo tercio, que se habian juntado en el Atarfe, y salido por Pinós á Moclín, y con la gente de aquella villa y de sus cortijos, volviendose la escolta, los llevaron á Alcalá la Real, donde se juntaron con ellos: y juntos fueron á Alcaudete, á la torre de Don Ximeno, á Mengíbar, á Linares, á las ventas de Arquillos, á Santistevan del puerto, al Castellar, á Villamanrique, á Valdepeñas, á Almagro, y á Ciudad Real, donde los entregaron á las justicias para que tuviesen cuenta con ellos: y alli quedaron hechos moradores. El postrer tercio de los de Alhendín y Gábia fueron el siguiente dia con escolta á Colomera, y los de aquella villa los llevaron al Campillo de Arenas, y de mano en mano á Jaen, á Baeza, á la torre Perogil, á Villa Carrillo, y á la torre de Juan Abad, donde los entregaron al gobernador del partido de Montiel para que los repartiese en aquellos lugares. Esta nueva llegó á su Magestad estando en Cordoba, y holgó estrañamente de ver la facilidad con que se habia hecho, porque le ponian mil inconvinientes; y loó la buena diligencia y la resolu-

cion que se habia tenido en la execucion de aquel negocio. Dexemos agora la saca de los otros Moriscos de paces, que á tiempo seremos, y vamos á Don Juan de Austria, que ha rato que nos espera en el rio de Almanzora.

CAPITULO XIV.

Como Don Juan de Austria fue sobre la villa de Tíjola: y como el capitan Francisco de Molina y Don Francisco de Cordoba tuvieron platicas con el Habaqui, persuadiendole á que se reduxese.

Partió Don Juan de Austria del alojamiento de Seron, donde se detuvo algunos dias dando orden en la provision de los bastimentos, á once dias del mes de Marzo, y fue el mesmo dia á poner su campo sobre Tíjola. Esta villa está una legua de Seron, yendo el rio abaxo en la propria hacera. Fue antiguamente edificada por los Moros sobre un monte aspero y fragoso, cercado todo de peñas muy altas, que no dan mas de una entrada bien dificultosa á la parte de la sierra; y los moradores, por caerles tan atrasmano la morada antigua para sus labores, habian baxadose á vivir al pie del monte, cerca de las guertas y del rio. Los quales en la ocasion de este levantamiento repararon los caidos muros, y se recogieron á lo alto con sus mugeres y hijos; y fortaleciendose lo mejor que pudieron, quando supieron que Don Juan de Austria iba sobre ellos, metieron dentro á Caracax con cincuenta Turcos de guarnicion; y estando confiados en la fortaleza del sitio, y proveidos de bastimentos, pensaban defenderse dentro de qual-

quier

quier impetuoso acometimiento. Alojóse nuestro campo en el lugar baxo y en las guertas ; y para tener cercados á los enemigos, y quitarles el socorro, mandó luego Don Juan de Austria, que Don Pedro de Padilla con su tercio ocupase la montaña que cae á la parte de Purchena, por donde les podia venir; y que mil arcabuceros del tercio de Don Lope de Figueroa ocupasen otra montaña que cae hácia Seron , donde se habian de poner las baterias. Habia dentro del fuerte mil Moros de pelea , y entre ellos trescientos escopeteros , los demas todos eran de armas enhastadas de poca importancia: los quales salieron algunas veces á escaramuzar, quiriendo defender el alojamiento, y siempre se retiraron con daño. Atendió Don Juan de Austria á plantarles la artilleria por dos partes, y no se pudo comenzar á batir hasta veinte y uno de Marzo, por ser muy dificultoso el subirla á lo alto, tanto que fue necesario desencabalgar quatro piezas de bronce, de las que llamaban de la nueva invencion, de peso de diez y ocho quintales cada una, para subirlas con un nuevo artificio en el ayre, arrimando dos arboles gruesos y muy largos á una peña tajada, y por cima de ellos tiraban las piezas arriba con carruchas y maromas: tanto puede el ingenio y la fuerza de los hombres ; y de la mesma manera subieron las cureñas y las ruedas, y los tablones y maderos para hacer la plataforma. Mientras esto se hacia, el capitan Francisco de Molina, que tenia conocimiento con Hernando el Habaqui, general de los Moros, y habia posado en su casa en el lugar de Alcudia, siendo cabo de la gente de guerra de Guadix, y hechole algunas buenas obras antes que se fuese á la sierra, pidió licencia á Don Juan de Austria para escribirle una carta, aconsejandole

le que se reduxese, porque entendia que tomaria su consejo. Estaba el Habaqui en Tíjola poco antes que nuestro campo llegase, y como hombre poco amigo de estar cercado habia idose á meter en Purchena, y alli tenia recogida la fuerza de los Moros del rio de Almanzora. Y como Francisco de Molina sabia los tratos que habia entre él y Don Hernando de Barradas, quisiera que se efetuára el negocio por su mano, confiado en la amistad que con él tenia. Y siendole concedida la licencia que pedia, le escribió luego, que holgaria mucho que se viesen, con ocasion de tratar algunas cosas convinientes, y muy necesarias al bien de los Christianos y de los Moros, y de dar orden en lo de los prisioneros, porque los Turcos se quejaban, que en prendiendo alguno de ellos, le ahorcaban; y que se les hacia mala guerra, siendo soldados aventureros, y no vasallos rebelados. Esta era la letra de la carta; mas el Moro, que tenia buen entendimiento, coligió el fin á que se le escribia, y respondió, que el siguiente dia saldria á media legua de Purchena con quarenta de á caballo y cincuenta escopeteros de á pie, y que fuese de su parte con otros tantos, porque alli tratarian de lo que decia. Salió Francisco de Molina al puesto con quarenta caballos, y entre ellos algunos caballeros y capitanes, que holgaron de acompañarle por ver al Habaqui, y á los Turcos que venian con él. Y hallando al Moro, que le estaba esperando con quarenta de á caballo, y quinientos peones escopeteros, le envió á decir, que no era razon que llegase con mas gente de la que él llevaba: que dexase atrás los peones, y se adelantase con sola la caballeria. El Moro holgó de ello, y adelantandose los dos capitanes, el nuestro solo, y el Habaqui con dos Tur-

Turcos aljamiados á los lados, que como gente sospechosa, no se fiando de su capitan, quisieron hallarse presentes, y oir lo que trataban, estuvieron un rato hablando en conformidad de lo que Francisco de Molina habia escrito: y concluyeron su platica con que era cosa razonable hacer buena guerra á los prisioneros, y lo contrario crueldad; y que se hiciese ansi, porque ellos holgarian mucho de ello. Quiriendo pues Francisco de Molina apartar al Habaqui de los Turcos para decirle el negocio principal, como por via de amistad le dixo: "Estos gentiles hombres Turcos tendrán gana de beber: á mí me traen ahí unas conservas, comamoslas y bebamos en buena conversacion, que no es inconviniente para que mañana dexemos de darnos de lanzadas." El Moro entendió el fin á que lo decia, y dixo que le placia; y haciendo traer alli Francisco de Molina una acemila, en que llevaba cosas de comer, y unos frascos de vino, llegaron los Turcos á comer y beber de lo que iba en los cestones. Y mientras comian y bebian, tuvo lugar de apartar al Habaqui, y le dixo de esta manera: "Señor Hernando el Habaqui, sabed que no me trae aqui otro negocio, si no el amor que os tengo por el regalo que recebí en vuestra casa; y como amigo os aconsejo que volvais al servicio de su Magestad, teniendo consideracion quan estrecha carcel es la en que están los que sirven á tiranos, si se quieren conservar en la tirania; y á que los que sirvieron á los Reyes Catholicos, y perseveraron en lealtad, se les hizo mucha merced; y los que de ellos descienden están hoy en dia ricos y muy honrados. Y pues teneis buena ocasion para entrar en este numero, no será bien que la dexeis pasar." A esto respondió el Moro, que le agrade-

decia mucho el buen consejo, que como verdadero amigo le daba, y que holgaria de tomarle; mas que habia de ser de manera, que los Turcos ni los Moros no recibiesen daño por su respeto. "Muchos medios habrá, dixo Francisco de Molina, por donde eso se pueda conservar, y el servicio que de presente podreis hacer es, que aconsejeis á los Moros que dexen las fuerzas del rio de Almanzora, y se recojan todos á la Alpuxarra; y despues de juntos podreis persuadirlos á que se reduzgan, pues ven quan mal pueden sustentarse contra el poder de un Rey tan poderoso, que tan aparejado está para usar con ellos de clemencia, si se ponen libremente en sus manos, siendo, como son, sus vasallos, y naturales de su reyno." El Habaqui le respondió, que en quanto á las fortalezas él haria de manera, que su Magestad entendiese que le deseaba servir; y en quanto á lo demas se veria con Aben Aboo, y con sus deudos y amigos, y le responderia dentro de diez dias. Y con esto se despidieron el uno del otro, sin que los Turcos entendiesen la materia de que habian tratado, segun nos certificó despues el Habaqui. El qual escribió á veinte dias del mes de Marzo otra carta á Francisco de Molina, diciendole, que se tornasen á ver; y por estar ocupado en plantar la artilleria, mandó Don Juan de Austria á Don Francisco de Cordoba, que por mandado de su Magestad habia venido aquellos dias al campo para asistir en el consejo en lugar de Luis Quixada, fuese á ver lo que queria. El qual se fue á ver con él, y confirmó el Moro lo que habia prometido á Francisco de Molina: y quedó muy contento de la oferta que Don Francisco de Cordoba le hizo de parte de Don Juan de Austria.

CA-

CAPITULO XV.

Como Don Juan de Austria combatió y ganó la villa de Tíiola.

Vuelto el Habaqui á Purchena, á veinte y un dias del mes de Marzo hizo pregonar, que todos los Moros se recogiesen á la Alpuxarra, diciendo que no les convenia defenderse en las fortalezas, porque los Christianos los degollarian á todos, como habian hecho á los de Galera, y harian á los de Tíjola, sino se salian con tiempo antes que les echasen los muros encima: y despachó aquella noche un Moro á los cercados, á que les dixese, que se saliesen del fuerte lo mas secretamente que pudiesen, porque en ninguna manera los podia socorrer. En este tiempo estuvo toda la artilleria apunto para poder batir, y se tuvo aviso cierto del estado de los cercados por un renegado Siciliano, natural de la ciudad de Trapana, llamado Felipe, y en turquesco Mami, que se vino á nuestro campo. Este dixo la gente que habia dentro, y como estaban los Moros tan acobardados, que á palos no podian los Turcos hacerlos ir á la muralla por miedo de la artilleria. Que habian intentado de huir la noche pasada, quando llegó el hombre del Habaqui; y no habiendo podido, pensaban salir huyendo la siguiente noche por la puerta del lugar que sale al rio, desconfiados del socorro de Purchena; aunque algunos habia que no tenian perdida la esperanza de ser socorridos. Que tenian trigo y cebada en abundancia, y unos molinillos de mano en que lo molian: carne poca, y no otro genero de bastimentos. Que

bebian del agua de una cisterna, despues que se les habia quitado poderla tomar del rio, y la repartian por una medida pequeña; y habia tanto numero de mugeres y niños, que no les podia durar dos dias; y que los Moros estaban inclinados á rendirse, sino fuera por los Turcos que se lo defendian. Habian batido los nuestros este dia, que fue miercoles de la semana santa veinte y dos dias del mes de Marzo, la villa y el castillo por seis partes, desde la mañana hasta la tarde; y aunque la una bateria, que estaba puesta á la parte del castillo, habia hecho muy grande efeto, y parecia que se podria entrar por ella, no se resolvió Don Juan de Austria en que se hiciese por los inconvinientes que suelen suceder en los asaltos que se dan de noche; y como el principio de la presente fuese con muy grande niebla y escuridad, y con alguna agua, los Moros que se vieron perdidos, aprovechandose de la ocasion del tiempo, salieron por diferentes partes del lugar, y se repartieron huyendo por las cañadas y quebradas de los montes, cada qual hácia donde su fortuna le echaba, dexando las riendas de su huida al antojo que guiase por do quisiese. La gente que estaba de guardia sintió el ruido, y tocando arma, quando entendieron que los Moros se iban, corrieron los soldados á la bateria, y entraron por ella sin hallar quien la defendiese, de manera que en muy poco espacio el lugar fue lleno de Christianos; y de los enemigos, que cayeron en manos de las guardas, que estaban puestas á todas partes por el aviso del renegado, fueron muertos muchos: captivaronse muchas mugeres, y ganóse un rico despojo, que habian recogido los Moros en aquel lugar fuerte. Y hicieraseles mucho mayor daño, si la escuridad de la noche no fuera tan

tan grande , que con ella , y con tomar el nombre y contraseño á los Christianos , se salvaron muchos Moros aljamiados, ellos y sus compañeros. Hubo muy grande desorden en nuestra gente, porque dexó la artilleria y los quarteles , y se fue á saquear el lugar : coyuntura bien importante al enemigo , si llegára con algun socorro ; aunque Don Juan de Austria mandó recoger los mas soldados que se pudieron haber , y envió personas de recaudo que estuviesen en la artilleria ; y porque se iban muchos con la presa, proveyó luego quarenta caballos que corriesen la vuelta de Seron , con orden que no dexasen pasar ningun soldado. Escribió á Don Juan Enriquez á Baza, y Antonio Sedeño á Seron , que todos los que acudiesen hácia aquella parte , los prendiesen , y se los enviasen : lo qual todo proveyó con increible presteza aquella noche. Otro dia en amaneciendo subió al lugar , y al parecer era tan fuerte , que si se hubiera de tomar por asalto , no pudiera ser sin gran daño de nuestra gente. Luego se entendió como los Moros que se habian ido, habia sido por ciertas quebradas, que fuera imposible poderselo estorvar los soldados. Con todo eso fueron muertos y captivos mas de quatrocientos , y los que huyeron aportaron á Purchena con tanto miedo y espanto , que fue causa que huyesen la mayor parte de los que alli habia , como lo hicieron ; y los que quedaron , se dieron á merced de su Magestad á Don Garcia Manrique , á quien Don Juan de Austria envió con la gente de á caballo á saber lo que pasaba: el qual se metió luego en la fortaleza , y recogió dentro todas las mugeres y ropa , pareciendole pertenecerle por haberse rendido á él ; mas Don Juan de Austria gustó poco de aquella diligencia , y envió á Don Geronimo

Manrique que se fuese á poner en ella con quatro compañias de infanteria, mientras llegaba el campo. Y ordenó á Lorenzo del Marmol mi hermano, que se apoderase de todas las Moras, y de los bienes muebles que habia en la fortaleza en nombre de su Magestad, para repartirlo todo por su mano, como lo hizo.

CAPITULO XVI.

Como Don Juan de Austria pasó á Purchena.

Sabado vispera de Pasqua de resurreccion á veinte y cinco dias del mes de Marzo partió Don Juan de Austria con su campo de Tíjola, dexando destruida y asolada aquella villa, y fue á alojarse en las guertas que están debaxo de Purchena; pareciole el lugar tan fuerte, que holgo de ver que los enemigos hubiesen hecho tan buena obra en dexarle y irse. Habian quedado dentro como doscientas personas, los mas de ellos impedidos, que no pudieron huir. Señaló quatro compañias de infanteria y una de caballos para la guardia de ella, y seguridad de las escoltas, á orden de Antonio Sedeño, que mandó venir alli de Seron, y en su lugar envio al capitan Hernan Vazquez de Loaysa. Mandó repartir las Moras, y todos los bienes muebles que habia dentro de la fortaleza entre los capitanes y gentiles hombres que andaban cerca de su persona; y el siguiente dia envio á Don Francisco de Cordoba con dos mil infantes y algunos caballos á la fortaleza de Ória, donde fue avisado que el alcayde no habia querido recebir ciertos Moros que se le venian á reducir, por no concederles las vidas;

das ; aunque lo mas cierto era , que los entretenia hasta dar aviso á algunos capitanes sus amigos que saliesen á esperarlos en el camino , y los captivasen , quando fuesen á reducirse. Esto se entendió luego en nuestro campo , y Don Juan de Austria mandó á los capitanes que estaban aparejados para ir á correr , que no fuesen , y á Don Francisco de Cordoba que se informase , si habia alguna cautela ó engaño en el negocio ; y si acaso viniesen á reducirse , los admitiese , y no consintiese hacerles daño , porque no convenia que se siguiese tan grande inconviniente en coyuntura de la reducion que el Habaqui comenzaba á tratar. Llegó Don Francisco de Cordoba á Ória , y halló en una rambla junto al castillo algunos Moros que se le dieron luego llanamente á merced de su Magestad con sus mugeres y hijos. Y quiriendo saber del alcayde con que orden trataba de reducir los Moros , y como no habia dado aviso á Don Juan de Austria , dió por descargo que ellos mesmos se le habian ofrecido ; y que entendiendo que no le decian verdad , no habia dado noticia. Luego entendió Don Francisco de Cordoba la malicia , y llevando el negocio cuerdamente , admitió aquellos Moros , y dexó orden al alcayde que los recogiese alli , hasta que se le enviase á mandar lo que habia de hacer de ellos ; y que admitiesen todos los que viniesen á reducirse , y les hiciese todo buen tratamiento. Y con esto , viendo que los Moros habian desamparado la fortaleza de Cantória , volvió aquel dia á Purchena , donde dexaremos agora á Don Juan de Austria , para acudir á lo que hacia en este tiempo el Duque de Sesa con el otro campo que tenia en la villa de Órgiba , y decir lo que Don Diego Ramirez , alcayde del castillo de Salobreña , y Don Juan de Cas-

Castilla hicieron sobre el castillo de Velez de Ben Audalla, y el fuerte de Lentexí.

CAPITULO XVII.

Como se ganaron estos dias el castillo de Velez de Ben Audalla, y el fuerte de Lentexí.

Estando el Duque de Sesa en el alojamiento de Órgiba, supo como los Moros habian puesto gente de guarnicion en el castillo de Velez de Ben Audalla, y que salian á hacer daño á los que pasaban por el camino de Motril, y por toda aquella costa. Y luego envió sobre él á Don Juan de Castilla con mil infantes y doscientos caballos, y escribió á Don Diego Ramirez, alcayde de Salobreña, avisandole del efeto para que enviaba aquella gente, y pidiendole con mucha instancia que fuese á hacer aquella jornada por su persona, porque convenia mucho al servicio de su Magestad quitar de alli aquella ladronera. Llegado Don Juan de Castilla á Salobreña, Don Diego Ramirez puso en orden dos piezas de batir, una culebrina y un cañon reforzado, y otras dos pequeñas para tirar á las defensas. Y porque los Moros no se fuesen antes que llegase, mandó á Francisco de Arroyo el quadrillero, que se adelantase con la gente de su quadrilla, y una compañia de caballos, y se fuese á meter de parte de noche en las casas del lugar, que estaban despobladas, por baxo del castillo al pie del cerro. Y con toda la otra gente partió de Salobreña á veinte y seis dias del mes de Marzo, quando anochecia. Y porque no podia ir la artilleria encabalgada á causa de la mucha aspereza del camino, la hizo des-

desencabalgar, y llevar arrastrando sobre tablones á fuerza de brazos al pie de dos leguas por el rio de Motril arriba. Francisco de Arroyo se metió harto encubiertamente en las casas, conforme á la orden que llevaba; mas los soldados no tuvieron el silencio que convenia, y fueron sentidos por los Moros, que estaban escandalizados de haber visto pasar la gente que llevaba Don Juan de Castilla; mas luego se aseguraron, porque Francisco de Arroyo tuvo habla con ellos, y les dixo que era una escolta grande que iba por bastimentos. No pudo allegar nuestra gente hasta otro dia por el embarazo de la artilleria; y aquella noche despachó Don Juan de Castilla al Duque de Sesa un peon pidiendole mas gente y vituallas: el qual le envió quinientos arcabuceros con los capitanes Juan de Borge, Iñigo de Arroyo Santistevan, y Luis Alvarez de Sotomayor. Y poniendo luego cerco al castillo, que está sobre un cerro redondo, alto y fragoso, tan esento, que no se podia subir arriba sin manifiesto peligro, fueron luego los capitanes á reconocerle, y determinaron de plantar la artilleria en lo alto del cerro en un sitio harto llano á cincuenta pasos del muro; y porque no podia subir en las carretas, la llevaron los soldados sobre los tablones y puertas que hicieron quitar de las casas del lugar, allanando con fagina y piedra algunos pasos dificultosos. Plantada la artilleria, comenzaron á batir la mesma tarde, siendo ya la oracion; y estando repartiendo la polvora á sus soldados el capitan Luis Godinez de Sandoval, prendio fuego en ella, y se quemaron él y los que estaban alli cerca. Los Moros se defendian, y mataron dos soldados desde los traveses con las escopetas; y viendo que les aprovechaba poco su vana defensa, tuvieron ha-

habla con algunos soldados de los que hacian guardia delante de la puerta del castillo; y dandoles buena suma de dineros, los dexaron ir á media noche con sus mugeres y ropa. Esto se entendió ser trato, porque aunque las centinelas tocaron arma, los que iban guiando á los Moros les dixeron, que era la ronda que andaba requiriendo las centinelas; y de esta manera pasaron, dexando burlados á los capitanes, sin que se pudiese saber quien fueron los autores del negocio; aunque hubo algunos indiciados, que despues los tuvo presos el Duque de Sesa sobre ello. Otro dia de mañana, viendo que los Moros no tiraban, envió Don Juan de Castilla á reconocer el castillo; y hallandole solo, que no habian quedado dentro sino un Moro viejo, y tres Moras que no se podian menear, le ocuparon. Y dando aviso al Duque de Sesa del suceso, holgó que no le hubiesen batido, y mandó meter cien soldados dentro de guarnicion, por estar en paso conviniente, dando orden á Juan Gonzalez Castrejon que levantase ciento y cincuenta hombres para aquel efeto, porque no fuese menester dexar alli la gente del campo. No fue pequeño el daño que hicieron los codiciosos en dexar ir aquellos Moros, porque demas de estar dentro siete capitanes de quadrillas, en quien se pudiera hacer exemplar castigo, en saliendo de alli, fueron á tomar los pasos por donde habian de volver nuestros soldados al campo del Duque de Sesa; y como fuesen muchos desmandados, dieron en ellos, y mataron y captivaron tantos, que se pagaron bien del daño recebido. En este mesmo tiempo el capitan Antonio de Berrio, que estaba de presidio en las Guájaras, fue sobre el lugar de Lentexí, donde los Moros tenian hecho un fuerte en que se habian meti-

tido algunos de ellos; y acometióle con tanta determinacion, que no osaron aguardalle. Desmandaronse los soldados con cudicia de captivar cantidad de Moras, que iban huyendo. Y hubieranse de perder, si el capitan como hombre pratico y experimentado no mantuviera cuerpo de gente junta, porque los Moros viendo sus mugeres y hijas captivas tornaron á rehacerse; y dando en los desordenados, mataron y hirieron algunos de ellos. Mas Berrio socorrió animosamente su gente, y desbaratando á los enemigos, recogió la presa, y se retiró con ella á su alojamiento.

CAPITULO XVIII.

De un ardid que usó Aben Aboo para romper una escolta que iba al campo del Duque de Sesa con bastimentos.

Estaba el Duque de Sesa apunto para arrancar de Órgiba con un hermoso campo bien armado, y de gente muy lucida, solamente le faltaban bastimentos, porque habia consumido una infinidad de ellos en aquel alojamiento; y para efeto que viniese una gruesa escolta, envió al capitan Andres de Mesa con quinientos arcabuceros, y algunos caballos, y todos los bagages á que los hiciese cargar en Acequia, y en el Padúl, y acompañase los que venian cargados de la ciudad de Granada. Siendo pues avisado el enemigo como iba tan grande escolta la vuelta del Padúl, pareciendole que ninguna cosa haria mas á su proposito que romperla, determinó de dar en ella; y para poderlo hacer mas á su salvo, mandó á Pedro de Mendoza el Xoaybi, y al Ma-

cox, y al Dali que fuesen á meterse en emboscada con dos mil Moros, y le atajasen el camino á la vuelta; y mientras ellos hacian el efeto, fue con la otra gente que tenia á dar vista á nuestro campo para entretener al Duque de Sesa. Habia nueve dias que no se descubria Moro, ni se tenia nueva cierta de donde estaba el enemigo: y aquella mañana una quadrilla que habia ido á correr traxo dos Moros presos, de quien se supo como estaba todavia en Puqueyra, y que se habian venido para él muchos Moros del rio de Almanzora. Este dia quatro de Abril, á las quatro de la tarde, se descubrieron los enemigos en tres emboscadas á la parte de la sierra de Bujól, y sobre el camino á la mano derecha que va al puerto de Jubiley. El Duque envió á Don Jorge Morejon con algunos caballos y arcabuceros de á pie á que los alargase de donde estaban: con los quales trabó escaramuza, y los Moros se fueron retirando á lo alto, yendo tan cebados en ellos los caballos, que entendiendo el Duque de Sesa lo que fue, mandó que les hiciesen espaldas mayor numero de arcabuceros: porque los Moros reconociendo su ventaja, y que los de á caballo no se podian aprovechar en la tierra donde estaban, acometieron á darles una carga; mas no les fue bien de ello, porque nuestros arcabuceros se hubieron valerosamente con ellos, y los retiraron con daño, quedando un solo Christiano herido. En este tiempo parecieron hácia Poqueyra gran cantidad de enemigos, tan tarde, que no habia ya una hora de sol, y hasta tres ó quatro caballos con ellos; y comenzando á baxar hácia donde los otros estaban, dieron muestra de querer ceñir nuestros alojamientos. Por otra parte el Duque hizo poner en orden los esquadrones. Reforzó unos cerri-

rillos, donde tenia gente y artilleria, y asestandola contra los enemigos, trabó la arcabuceria una buena escaramuza con ellos, habiendo un solo valle en medio. Los Moros estuvieron arredrados, que no se osaron acercar, hasta que siendo ya tarde nuestra gente pasó el barranco; y cargandoles la sierra arriba, los fueron siguiendo gran rato, matando y hiriendo muchos de ellos: y como fuese ya muy tarde, el Duque mandó tocar á recoger, y Aben Aboo sin hacer otro efeto se retiró á la sierra, dexando mas de cincuenta Moros muertos. Hernando de Oruña, capitan viejo por edad y por larga experiencia, sospechando el desinio del enemigo, dixo al Duque de Sesa este dia, que sin duda aquel habia sido ardid de guerra, y que debia de haber enviado gente á tomar el paso á la escolta, y convenia enviar luego infanteria y caballos que la asegurasen. Esto confirmó luego un Moro que captivaron tres soldados que siguieron el campo de Aben Aboo: el qual dixo, como su intento habia sido entretener al Duque. Y luego que se entendió, envió á Don Martin de Padilla con quinientos arcabuceros y ochenta caballos á que reforzase la escolta; y tras de él otros quinientos arcabuceros, porque fue avisado que se habian descubierto como ciento y cincuenta Moros. Habia Andres de Mesa escrito al Duque de Sesa aquel dia desde Acequia, avisandole como venia, y habianle dado tan tarde la carta, que segun estaba confiado en la gente que habia llevado, pudieran hacer los enemigos mucho efeto: los quales baxando por la sierra de Órgiba, se habian puesto en quatro emboscadas en el paso entre Acequia y Lanjarón, y esperaban á que pasase para dar en la escolta: la qual habia partido del Padúl la propria mañana con dos mil y quinien-

nientos bagages cargados, y venido aquella noche al lugar de Acequia. Y otro dia de mañana, yendo la vuelta de Lanjarón, en llegando al paso del barranco, los Moros de las emboscadas salieron por quatro partes; y acometieron con tanto impetu, que los soldados que iban repartidos en vanguardia y retaguardia, no pudieron defender que no atajasen por medio, y la rompiesen. Ocuparonse los enemigos luego en derramar vitualla, matar bagages, y escoger otros que llevarse cargados la vuelta de la sierra. El capitan Andres de Mesa, viendo quan mal podia pasar á favorecer la vanguardia, ni remediar en tanta confusion el peligro presente, porque ocupaba la escolta mas de una grande legua de camino, tomando por delante los bagages que pudo recoger, dió vuelta al lugar de Acequia, y puso en cobro todos los que no habian pasado del barranco. Don Pedro de Velasco, que por mandado de su Magestad iba á dar priesa en la partida del Duque, y á tomar relacion del campo, peleó como esforzado caballero este dia; y lo mesmo hicieron Juan de Porras, vecino de Zamora, y Alonso Martin de Montemayor, vecino de Cordoba, y Lazaro Moreno de Leon, capitan de arcabuceros de á caballo, y vecino de Granada, por defender hácia la parte que les tocaba: y matandole el caballo entre las piernas, se hubiera perdido Don Pedro de Velasco, sino lo socorriera Don Antonio de Sotomayor, hijo del licenciado Sotomayor, alcalde de Chancilleria de Granada. En esta refriega murieron doce Moros, y fueron heridos muchos; y de los Christianos hubo dos muertos, y quatro heridos. Y fuera mucho mayor el daño, si Don Martin de Padilla no llegára á tiempo que pudo socorrer la gente, y cobrar la mayor parte

te de los bagages que llevaban los enemigos ; y trayendo consigo los que se habian recogido en Acequia, dió vuelta con todos ellos al campo aquella noche bien tarde. Llevaronse los enemigos quarenta bestias mulares cargadas de harina, y de vizcocho ; y hicieron tanto regocijo con ellas, como si hubieran ganado una grande vitoria. Prendió nuestra gente dos Moros, el uno del Albaycin de Granada, y el otro del lugar de Dílar : estos dixeron en el tormento, que habian sido mas de dos mil hombres los que habian dado en la escolta : que Aben Aboo tenia mas de doce mil hombres, y doscientos Turcos escopeteros entre ellos ; y que habia fortalecido el paso de la puente de Poqueyra, que está por baxo del lugar de Capileyra : y en toda la cuesta habia hecho grandes reparos y trincheas, y atravesado gruesos arboles en los caminos y veredas, para que la caballeria no pudiese pasar. Recogida la escolta en Órgiba, el Duque de Sesa determinó de partir el siguiente dia ; y dando raciones y municiones á la gente, se puso todo en orden para marchar.

CAPITULO XIX.

Como el Duque de Sesa partió de Órgiba, y fue á alojarse al algibe de Campuzano : y de una refriega que tuvo con la gente de Aben Aboo.

Con el aviso que tuvo el Duque de Sesa de la fortificacion del enemigo, acordó de hacer diferente camino del que pensaba ; y dexando mil hombres de presidio en el fuerte que habia hecho en Albacete de Órgiba, partió de aquel alojamiento á seis de Abril, yendo en su com-

compañia el Conde de Orgás, el Conde de Baylen, el Marques de la Favara, Don Juan de Mendoza Sarmiento, Don Martin de Padilla, Don Luis de Cardona, Don Luis de Cordoba, Don Ruy Lopez de Avalos, y Don Gonzalo Chacon, y otros muchos caballeros aventureros. Llevaba en el campo ocho mil infantes, los seis mil y ochocientos tiradores, y quinientos y cincuenta caballos, sin la gente de los señores, y de particulares, que era mucha; doce piezas de artilleria de campaña, y mil y quinientos bagages; porque los demas envió luego á que fuesen trayendo bastimentos: y con ellos se volvió Don Pedro de Velasco á Granada, para ir á dar cuenta á su Magestad de lo que se le habia cometido. Comenzó á subir nuestro campo por la sierra de Poqueyra arriba, donde se habia puesto el enemigo haciendo representacion de mucha gente, y de tener ocupadas las cumbres, caminando los esquadrones poco á poco, á paso tan lento, que habiendo partido bien de mañana, era ya hora de visperas, quando llegó la vanguardia á vista de Poqueyra, legua y media de camino, bien cerca de donde Aben Aboo estaba aguardando con toda la gente en el paso, creyendo que nuestro campo entraria por aquella parte; mas el Duque tomó diferente camino el rio abaxo por el rodeo, para ir entre Ferreyra y el rio de Cádiar por el de Jubíles á un algibe que llaman de Campuzano, que está á la asomada de Pórtugos. Hallandose el Moro burlado, mandó hacer grandes ahumadas llamando los Moros que acudiesen hácia donde marchaba nuestra gente, para que ocupasen otro paso de la sierra de Pítres, por donde forzosamente habia de pasar, y hiciesen diversos acometimientos por muchas partes. Detuvose nuestro campo

po en pasar el rio, que tenia las entradas y el lecho barrancoso, y muy fragoso de peñas y piedras, tanto espacio, que los enemigos tuvieron lugar de llegar á tomar la delantera, á tiempo que el Marques de la Favara, habiendo pasado con la vanguardia, subia por el cerro arriba con la compañia de Herreruelos de Sancho Velez de Teran Montañes, y los caballos del Conde de Tendilla, y quatrocientos arcabuceros, á ocupar la cumbre alta, que tenia á caballero el sitio donde se habia de alojar el campo: el qual llegó peleando con los enemigos á unos peñascos tan asperos y fragosos, que no pudo pasar; y estando los enemigos de la otra parte, le fue forzado hacer alto, y esperar que llegase la batalla. A este tiempo los Moros que baxaban por las laderas de las sierras, acometieron la retaguardia, y fue por tantas partes, que el Duque hubo de volver con la artilleria y parte de la gente de á caballo; y acudiendo por su persona á todas las necesidades, con un tiempo frio, ventoso y lleno de nieblas, se entretuvo hasta puesto el sol, que llegó Don Juan de Mendoza con la batalla bien tarde al lugar del alojamiento; y dando carga con la arcabuceria á los Moros que hacian muestra de quererse defender, los hizo retirar con daño, aunque hicieron muchos acometimientos. Quedaron los capitanes Centeno, vecino de Ciudad Rodrigo, y Luis Alvarez de Sotomayor con sus compañias de infanteria de retaguardia de todo el campo en unos casarones que habia en un llano y en un cerrillo junto á ellos, para hacer cuerpo mientras nuestra gente pasaba el rio, y alli fueron acometidos por el Xoaybi con mas de quinientos escopeteros, y otra mucha gente de honda y hasta; mas los capitanes defendieron su partido animosamente. Y siendo

do

do socorridos por Don Luis de Cordoba y Hernando de Oruña, que llevaban la retaguardia, retiraron los enemigos, y mataron y hirieron muchos de ellos; y llegada nuestra gente al rio, los Moros los acometieron de nuevo por muchas partes; y lo mesmo hicieron á la subida de la cuesta del algibe, aunque con poco daño, porque les acudieron el Duque, y Don Martin de Padilla, y otros caballeros, que trabajaron harto este dia. Y viendo los enemigos que no podian hacer efeto con sus acometimientos, subieron á gran priesa á tomar el cerro que cae sobre el algibe á la parte de Pórtugos; mas el Duque sospechando algun acometimiento por alli, mandó asestar la artilleria contra ellos: con la qual, y con la caballeria y gente de á pie, que cargó hácia aquella parte, les defendió que no le ocupasen, y le ocupó él. Ya comenzaba nuestro campo á alojarse, y se ponian las centinelas, quando el Marques de la Favara se retiró. Hubo alguna desorden en el hacer del alojamiento, por ser de noche, y el tiempo aspero; y fue herido Don Gonzalo Chacon, que iba con el Marques de la Favara, y otros muchos soldados. Aben Aboo recogió su gente, y se fue á poner frontero de nuestro alojamiento, el rio en medio, tan cerca que las escopetas alcanzaban á placer de una parte á otra, y hacian daño. Encendió muchos fuegos, y estuvieron los Moros escopeteando á nuestra gente mas de dos horas; y eran tantas las pelotas y las jaras que tiraban desde aquellas laderas, que no habia seguridad en ningun cabo. El Duque se fortaleció con la arcabuceria lo mejor que pudo hácia aquella parte, y anduvo siempre á caballo requiriendo los cuerpos de guardia y las centinelas; siendo la noche tan escura, que solamente se veían los hombres

bres con el resplandor del fuego de los arcabuces. Duró el tirar de esta manera hasta media noche, y de alli adelante el cansancio y las tinieblas hicieron treguas; y dexando los fuegos encendidos, caminaron los Moros antes que amaneciese la vuelta de Jubíles sin hacer mas efeto. Y si queremos decir verdad, ellos acometieron como muy buenos soldados este dia; mas enflaquecieron, y desbarataronse como ruines. Entendióse que, si cargáran de golpe aquella noche, corriera peligro nuestro campo, porque la confusion fue muy grande, y las palabras entre la gente comun tan viles, que mostraban miedo, metiendose muchos debaxo de los bagages, porque no les diesen las pelotas y jaras que volaban por el ayre; mas valió mucho la resolucion de los capitanes, caballeros y gente particular, y la provision del Duque enderezada á deshacer al enemigo, sin aventurar un dia de batalla: en lo qual parecia conformarse Aben Aboo y él, porque cada uno pensaba deshacer al otro, y romperle con el tiempo y falta de vituallas.

CAPITULO XX.

Como pasó el Duque de Sesa á Pórtugos, y envió á correr las sierras.

El Duque de Sesa veló toda la noche, y la pasó con harto trabajo de su persona. Y luego en siendo de dia claro, quiriendose apartar de aquellos lugares asperos y fragosos, mandando que toda la gente se pusiese en orden para caminar, y teniendo aviso de dos Christianos, que vinieron huyendo del campo de los Moros aquella noche, como el enemigo iba la vuelta de Jubíles, y

que tenia fortalecido el castillo pensando defenderse en él, tomó por la loma de la sierra de Jubíles, y sin llegar á Portugos caminó todo aquel dia hasta las tres de la tarde, que llegó al lugar de Cástares; y en un prado que está encima de él, donde habia agua, aunque poca, alojó el campo, y mandó estar toda la gente en arma, creyendo que los enemigos harian algun acometimiento, porque estaba el alojamiento al pie de la sierra. Aquella mesma noche mandó á Don Jorge Morejon, que con sus caballos, y los del Conde de Tendilla, y quatro compañias de infanteria, cuyos capitanes eran Don Hernando Alvarez de Bohorques, Juan Fernandez de Luna Don Carlos de Samano, Iñigo de Arroyo Santistevan, fuese á reconocer á Jubíles: el qual lo reconoció; y hallando que los Moros lo habian dexado desamparado, y que no habia nadie en el castillo, dió luego vuelta al Duque. Otro dia siguiente partió el campo de Cástares, y fue á ponerse en Pórtugos; y en el camino las quadrillas que iban delante descubrieron muchos Moros, que hacian poca demostracion de querer huir; mas el Duque llevaba la gente tan recogida, que no se desmandó nadie á escaramuzar con ellos. Desde este alojamiento fueron Don Juan de Mendoza y Don Luis de Cordoba con dos mil infantes y doscientos caballos á correr la tierra: los quales pasaron por lo alto de la sierra que cae sobre Ferreyra, y dando de improviso en el lugar de Poqueyra, le saquearon, y captivaron como cien personas que hallaron dentro. Derribaron el reparo y trinchea que tenia hecho el enemigo, que estaba muy curioso y fuerte; y corriendo toda aquella sierra, mataron y captivaron algunos Moros, y se volvieron al campo sin hallar quien les hiciese estorvo, porque el ene-

enemigo no habiendo podido conseguir su intento el dia del algibe, tampoco habia osado aguardar en Jubíles, y se habia retirado con todo el campo á Mecina de Bombarón, y á otros lugares dentro de la Alpuxarra. Algunos entendieron que lo hizo por consejo del Habaqui, que decia que no se pusiese á riesgo de batalla con el Duque, que en todo le era superior, sino que le cansase acometiendole con escaramuzas, y necesitandole con hambre: porque aunque le desbaratase, habria ganado poco, si formando su Magestad mayor exercito, tornaba á enviarle sobre él; y que lo mejor seria entretenerle hasta que le viniese algun socorro de gente forastera. Esto mesmo nos dixo despues en Andarax Caracax, que le habia aconsejado él; y que de esta causa no habian acometido el campo del Duque aquella noche. Desde este alojamiento mandó el Duque de Sesa al licenciado Castillo, que iba con él, que escribiese algunas cartas en arabigo á sus amigos y conocidos, persuadiendolos á que se reduxesen, y no perseverasen en el camino de perdicion que llevaban; y dandoles á entender, que su Magestad usaria de clemencia con ellos: una de las quales llegó á manos del Darra. El qual no se queriendo reducir, ni quedar en la tierra, se embarcó en unas fustas con su muger y hijos y amigos, que pudo llevar, y se pasó á Tetuan.

CAPITULO XXI.

Del progreso que el campo de Don Juan de Austria hizo desde que partió de Purchena, hasta que se alojó en Santa Fe de Rioja: y las diligencias que se hicieron cerca de la reducion de los Moros.

Habiendo Don Juan de Austria mandado asolar y destruir á Tíjola, y puesto presidios en Seron y en Purchena, pasó la vuelta de Cantória; y dexando de presidio en aquella fortaleza, que halló despoblada, al capitan Bernardino de Quesada con una compañia de infanteria y otra de caballos, partió de aquel alojamiento á tres de Abril, y fue á Surgéna de Aguilar, donde puso de guarnicion á Don Luis Ponce de Leon con su compañia de caballos, y otra de infanteria. Otro dia á las quatro de la mañana partió de alli, y fue al rio de Aguas, que son mas de quatro leguas. En este alojamiento se detuvo un dia esperando vituallas, y á los seis de Abril pasó á Sórbas, donde se detuvo hasta los quince. Desde este alojamiento envió á Don Garcia Manrique y á Juan de Espuche con quinientos infantes arcabuceros y doscientos caballos á la sierra de Filábres, con orden que se metiesen en Tahalí; y dexando alli presidio, pasasen á reconocer á Xérgal. Era el intento de Don Juan de Austria quitar á los Moros que no se proveyesen de aquella parte de trigo y cebada, como se entendia que lo hacian, por no tener otra de donde llevarlo, y que de hambre viniesen á tomar algun termino de los que se pretendian con ellos. Hallaron los capitanes el castillo de Tahalí solo, y pusieron den-

dentro al capitan Juan Garrido de Salcedo con una compañia de infanteria y algunos caballos, y pasaron á reconocer á Xérgal; y en todo el camino no hallaron Moros juntos, aunque muchos esparcidos buscando de comer. Tomóseles mucho ganado, y hallaron muchos silos de trigo y de cebada, de donde se sacó cantidad para los presidios: y lo que no se podia recoger, mandaba Don Juan de Austria que le echasen agua, ó lo quemasen, porque los Moros no se aprovechasen de ello. Y porque en este tiempo iba muy adelante el negocio de la reducion con el Habaqui, y se entendia que la mayor parte de los alzados lo deseaban, mandó á Don Alonso de Granada Venegas, que, dexando en Jayena á Don Geronimo Venegas su hermano, fuese luego donde quiera que estuviese el campo, para tratar de aquel negocio, por ser persona á quien los Moros daban mucho credito. Tambien quisiera que entendiera en esto Don Gonzalo el Zegri, vecino de Granada; mas él se escusó diciendo, que pelear con los Moros él lo haria; mas que reducirlos, no: porque no estaba tan bien con sus cosas, que le pareciese que merecian perdon de tan graves delitos como habian cometido. Hecha esta diligencia, y otras que pareció convenir para el fin de que se trataba, partió nuestro campo la vuelta de Tavernas, dexando en Sorbas de presidio al capitan Salido de Molina con otra compañia de infanteria, y algunos caballos: y por cabo y superintendente de todos los presidios del rio de Almanzora, de Purchena para abaxo, á Don Diego de Leyva. El siguiente dia estuvo en aquel alojamiento, esperando que llegasen las escoltas que iban con bastimentos. Envió todos los bagages del campo á la ciudad de Almería para que cargasen los que

alli

alli habia, con una gruesa escolta, en que fue el Comendador mayor de Castilla á curarse de unas tercianas que le habian dado estos dias. Aqui tuvo aviso Don Juan de Austria como el campo del Duque de Sesa se le venia acercando; y porque convenia pasar luego al rio de Almería para apretar los enemigos por aquella parte, sin aguardar que volviese la escolta, hizo cargar todo el fardage del exercito, y los bastimentos y municiones en los bagages de los capitanes y gentiles hombres que habian quedado. Y dexando en aquella plaza por gobernador al capitan Peña Roxa con infantes y caballos, fue aquel dia lunes diez y siete de Abril á dormir al pago de Rioja, donde se detuvo con harta necesidad de bastimento, por no haberse podido proveer por mar, á causa del mal tiempo: mas esto se remedió luego con las escoltas que yo le envié de Ubeda y Baeza, y del adelantamiento de Cazorla. Remediada esta necesidad pasó el campo á Santa Fe, y en estos dias se mataron algunos Moros, y se tomaron otros captivos, que declararon ser extrema la necesidad que pasaban de hambre. Ya en este tiempo habia su Magestad enviado comision á Don Juan de Austria para que admitiese á los que viniesen á reducirse llanamente: y en este alojamiento mandó divulgar un bando general en la forma siguiente.

BANDO EN FAVOR DE LOS QUE SE reduxesen.

"Habiendo entendido el Rey mi señor, que la mayor parte de los Moriscos de este reyno de Granada, que se han rebelado, fueron movidos, no por su voluntad,

tad, sino compelidos y apremiados, engañados, é inducidos por algunos principales autores y movedores, cabezas y caudillos, que han andado, y andan entre ellos: los quales por sus fines particulares, y por gozar y ayudarse de las haciendas de la gente comun del pueblo, y no para hacerles beneficio alguno, procuraron que se alzasen: y habiendo mandado juntar algun numero de gente de guerra para castigarlos como lo merecian sus culpas y delitos, y tomadoles los lugares que tenian en el rio de Almanzora y sierra de Filábres, y en la Alpuxarra con muerte y captiverio de muchos de ellos, y reducidolos, como se han reducido, á andar perdidos y descarriados por las montañas, viviendo como bestias salvages en las cavernas y cuevas, y en las selvas, padeciendo extrema necesidad: movido por esto á piedad, virtud muy propria de su Real condicion, y quiriendo usar con ellos de clemencia, acordandose que son sus subditos y vasallos, y enterneciendose de saber las violencias, fuerzas de mugeres, derramamiento de sangre, robos y otros grandes males que la gente de guerra usa con ellos, sin se poder escusar, nos dió comision para que en su nombre pudiesemos usar de su Real clemencia con ellos, y admitirlos debaxo de su Real mando en la forma siguiente.

Prometese á todos los Moriscos que se hallaren rebelados fuera de la obediencia y gracia de su Magestad, asi hombres como mugeres, de qualquier calidad, grado y condicion que sean, que si dentro de veinte dias, contados desde el dia de la data de este bando, vinieren á rendirse, y á poner sus personas en manos de su Magestad, y del señor Don Juan de Austria en su nombre, se les hará merced de las vidas, y mandará oir y hacer

jus-

justicia á los que despues quisieren probar las violencias y opresiones que habian recebido para se levantar; y usará con ellos en lo restante de su acostumbrada clemencia, ansi con los tales, como con los que, demas de venirse á rendir, hicieren algun servicio particular, como será degollar ó traer captivos Turcos ó Moros Berberiscos de los que andan con los rebeldes, y de los otros naturales del reyno, que han sido capitanes y caudillos del rebelion, y que obstinados en ella no quieren gozar de la gracia y merced que su Magestad les manda hacer.

Otro sí: á todos los que fueren de quince años arriba, y de cincuenta abaxo, y vinieren dentro del dicho termino á rendirse, y traxeren á poder de los ministros de su Magestad cada uno una escopeta, ó ballesta con sus aderezos, se les concede las vidas, y que no puedan ser tomados por esclavos; y que demas de esto puedan señalar para que sean libres dos personas de las que consigo traxeren, como sean padre ó madre, hijos ó muger, ó hermanos: los quales tampoco serán esclavos, sino que quedarán en su primera libertad y arbitrio, con apercebimiento, que los que no quisieren gozar de esta gracia y merced, ningun hombre de catorce años arriba será admitido á ningun partido; antes todos pasarán por el rigor de la muerte, sin tener de ellos ninguna piedad ni misericordia." De este bando fueron diversos traslados por todo el reyno de Granada, y Don Juan de Austria envió ordenes á todos los ministros de su Magestad, para que en virtud de él admitiesen quantos Moros viniesen á reducirse. Y para que supiesen donde habian de acudir, les señaló su campo, y el del Duque de Sesa, y los lugares principales y mas cercanos

nos de donde se hallasen. Y porque fuesen conocidos, y la gente de guerra no les hiciese daño, se les mandó que traxesen una cruz de paño ó lienzo de color en el hombro izquierdo cosida sobre el vestido, tan grande, que se pudiese bien divisar desde lejos. Echóse otro bando este mesmo dia, mandando que no se hiciesen correrias, porque no se interrompiese el negocio de la reducion que se trataba con desordenes, como se habia hecho la primera vez.

CAPITULO XXII.

Del progreso que hizo el campo del Duque de Sesa desde que partió de Pórtugos hasta llegar á Uxixar: y como Aben Aboo repartió su gente.

Hallabanse los alzados en este tiempo en tal estado, que ni podian hacer guerra, ni estar en paz. Faltabanles fuerzas para sustentar exercito; y aunque muchos de ellos deseaban la paz, no se podian inducir á ella, por el dolor de las mugeres y hijos y haciendas que habian perdido. Aben Aboo pues sin perder un punto de animo, luego que vió el campo del Duque de Sesa dentro de la Alpuxarra, repartió su gente á que tomasen los pasos á las escoltas. Mil y quinientos Moros puso entre Uxixar y Órgiba, mil en la sierra de Gádor, mil y doscientos hácia Adra y Almería, y ochocientos á la parte de la sierra de Bentomíz. Otro golpe de gente envió á Sierra nevada, y hácia el puntal, que corriesen los caminos de Granada y de Guadix; y dexando para sí quatro mil tiradores, traía los dos mil de ellos siempre sobre el campo del Duque de Sesa por lo alto

de las sierras y lugares fragosos, porque de esta manera pensaba entretenerse, aprovechandose de los frutos de la tierra con mejor comodidad, y necesitar á nuestro campo con hambre. Por otra parte el Duque de Sesa, entendiendo el desinio del enemigo, y lo mucho que importaba quitarle los bastimentos, y que no habia cuchillo que lo acabase tan presto como la falta de ellos, en toda la comarca donde llegaba hacia talar y destruir los sembrados, enviando quadrillas de gente á unas partes y á otras que corriesen la tierra con tanta orden y recato, que los enemigos no eran parte para enojarlos, ni aun osaban hacerles rostro. Esta orden tuvo nuestro campo desde doce dias del mes de Abril, que partió de Pórtugos, hasta que llegó á Uxixar. En la primera jornada, que fue á Jubíles, se descubrieron algunos Moros que mostraban tener gana de pelear; mas luego se recogieron á la sierra, y el Duque se alojó en el lugar que estaba despoblado, porque no se habian asegurado en él, ni en el castillo, que habian comenzado á reparar y fortalecer, y tenian ya hechos bestiones con sus casamatas y trincheas de tapias gruesas, y dos algibes grandes para recoger el agua de las lluvias, y un horno de pan, y una casa para municion y morada de Aben Aboo, con intento de defender aquella plaza, que cierto era fuerte de sitio, porque tenia una sola entrada por dos puertas que habian comenzado á hacer. El Duque subió á ver la fortificacion, y parecióle tal, que si los enemigos osáran defenderla, le dieran bien en que entender para ganarsela, porque con una pieza de artilleria que pusieran en la entrada pudieran hacer grandisimo daño. Y no estaban sin ella, que Aben Aboo la habia pedido al gobernador de Argel, y se la habia dado por se-

setecientos ducados de oro, y enviadosela en una galeota; mas no habia tenido tiempo, ni aun industria, para subirla al castillo, y teniala abaxo en el rio media legua de alli con todos sus aderezos. De esto dió aviso un Moro Berberisco, que se vino huyendo á nuestro campo, y envió el Duque por ella: y no la pudiendo sacar de donde estaba, la mandó enclavar y enterrar, de manera que el enemigo no la hallase. Desde este alojamiento fueron á correr la sierra Don Luis de Cardona y Don Luis de Cordoba con dos mil infantes, y ciento y cincuenta caballos, y volvieron con algunas mugeres y muchachos que captivaron, y cantidad de ganado. En este tiempo mandó deshacer el Duque los reparos del castillo de Jubíles, y recogida la gente fue á Cádiar, y sin detenerse pasó aquella noche á Yator. Este dia se descubrieron los Moros por lo alto de las sierras de Bérchul, y el Duque no quiso alojar el campo en el lugar, por estar muy pegado con la sierra, sino abaxo en el rio entre unos cerros, que mandó luego ocupar á las quadrillas para que el campo estuviese mas seguro. Y siendo ya bien tarde, los enemigos se acercaron, y hicieron grandes fuegos en las cumbres de las sierras, con que tuvieron toda la noche en arma á nuestro campo, sospechando que querian hacer algun acometimiento. Este era Aben Aboo con sus quatro mil escopeteros, y los Turcos y Moros Berberiscos, y otra mucha gente de hondas y armas enhastadas, que venia con mas animo de espantar, que de pelear, diciendo á los que le aconsejaban que pelease, que no habia para que probar el salitre de la polvora de los arcabuces de los Christianos, porque ellos se hartarian de andar, y dexarian la tierra mal de su grado. Y cierto fue providencia divina no

 aco-

acometer algunas de estas noches, porque pudiera ser que hiciera daño. Partió el campo de este alojamiento otro dia viernes por la mañana, y sin estorvo llegó á Uxixar, que tambien estaba despoblada, y se alojó dentro del lugar de Albacete. Aqui traxo un Moro de Jubíles á Don Diego Osorio, que por mandado de su Magestad iba con despachos al Duque de Sesa, en que se trataba la resolucion de la guerra, y lo que se habia de hacer en la reducion que se platicaba: el qual habia salido de Órgiba con quince escuderos de la compañia de Osuna de escolta, creyendo hallar el campo en Jubíles; mas habia ya una hora que era partido. Y como llegó cerca del lugar, y vió las calles llenas de gente, entrando dentro, no halló el hospedage que pensaba, porque no eran Christianos, sino Moros, que en viendo salir nuestro campo habian baxado de las sierras. Los quales le dexaron entrar, y cercandole, le prendieron con todos los escuderos, y le tomaron los despachos. Y despues de haberle atormentado, lo dieron en guarda á este Moro, que tenia á su muger y una hija captivas: el qual fue tan hombre de bien, que le regaló, y le tuvo sin prisiones, y le dixo, que si se atrevia á irse con él, le llevaria á nuestro campo, como le prometiese de darle á su muger y hija. El qual marabillado de ver en Moro aquella cortesía, rindiendole las gracias por tan buen tratamiento como le hacia, siendo su captivo, prometió de darle lo que pedia, y hacer con su Magestad que le hiciese otras muchas mercedes. El Moro le replicó, que no le tenia por prisionero; antes lo era él suyo, y sabia que habia menester su favor, segun el desatino que los Moriscos habian hecho en levantarse con la tierra que no podian sustentar. Y diciendo y haciendo,

do, otro dia de mañana le llevó al campo del Duque de Sesa, que estaba en Uxixar; y llegando de parte de noche, porque las centinelas no los dexaron entrar, se detuvieron hasta ser de dia. Don Diego Osorio dixo al Duque la cortesía que el Moro le habia hecho, y le suplicó le hiciese merced y favor: el qual le loó mucho aquel hecho, diciendole que pidiese gratificacion, porque se le haria de muy buena voluntad. Y él pidió que le diesen á su muger y á su hija, que las habian captivado en la correduria, que Don Luis de Cordoba habia hecho, y una salvaguardia para poder ir y venir libremente al campo, porque entendia poner en libertad algunos Christianos de los que habian sido captivos con Don Diego Osorio, y reducir mucho numero de los alzados á merced de su Magestad. El Duque prometió de darle á su muger y hija, que las habian llevado á la Calahorra, y le dió luego la salvaguardia, y le despachó al campo de Don Juan de Austria con avisos. Y antes de llegar allá, le prendieron unos Moros de Aben Aboo: los quales, hallandole la salvaguardia y el despacho en el seno, le llevaron ante él, y le mandó ahorcar de un olivo; y muerto, le hizo jugar á la ballesta. No mucho despues de esto el Habaqui suplicó á Don Juan de Austria por la libertad de aquellas mugeres, que eran sus parientas, y pagó doscientos ducados por el rescate de ellas, y las puso en libertad.

CA-

CAPITULO XXIII.

Como Don Antonio de Luna volvió á correr la sierra de Bentomíz, y puso presidios en Competa y en Nerja.

Mientras estas cosas se hacian en los dos campos, su Magestad á instancia del Duque de Sesa mandó á Don Antonio de Luna, que se habia recogido ya á Guétor Táxar, despues de haber despoblado los quatro lugares de la Xarquia de Malaga, y puesto alguna gente de presidio en ellos, por estar en el paso por donde se va de la Alpuxarra y sierra de Bentomíz á los otros lugares de la hoya de Malaga y serranias de Ronda, que tornase á entrar en la sierra de Bentomíz; y dando el gasto en la tierra, hiciese un fuerte en Competa, y pusiese presidio en él, y en el castillo de Nerja, por ser plaza de importancia para la seguridad de aquella costa, y del paso de Almuñecar: y hecho esto pasase adelante hasta el Cehél, donde se tenia aviso que los Moros habian recogido muchos bastimentos para entretenerse en la aspereza de aquellos montes, mientras les venia socorro de Berbería. Para esta jornada mandó su Magestad á los corregidores de las ciudades comarcanas, que recogiendo la gente de sus corregimientos, se volviesen á juntar con él, y estuviesen á su orden, guardando Don Antonio de Luna la que el Duque de Sesa le diese. Y porque no se siguiese el inconviniente de volverse los soldados, si acaso fuese menester mas de diez dias, se mandó á Pedro Verdugo, proveedor de Malaga, que los proveyese de los bastimentos necesarios. Era el inten-

tento del Duque de Sesa desbaratar el desinio de los enemigos, y quitarles la esperanza de levantar de nuevo lugares, despoblandolos, y necesitandolos con hambre y trabajo de guerra; y hacia instancia con su Magestad, en que mandase meter la tierra adentro todos los Moriscos de paces de la Xarquia y hoya de Malaga, y serranias de Ronda, para que los alzados no pudiesen valerse de ellos. Don Antonio de Luna aceptó la jornada, mas temia hacerla con gente de ruego, y poco disciplinada; y pidió soldados de ordenanza, diciendo que no era bien tornar á arrojar su honra y credito á la ventura: y que le pusiesen vitualla en la ciudad de Velez, en Nerja, en Almuñecar, y en Motril. El Duque de Sesa le dió dos compañias de infanteria, una suya, y otra del Duque de Alcalá, y dos estandartes de caballos de los Duques de Medina-Sidonia, y Arcos. Ordenó á los proveedores que pusiesen bastimentos en los lugares que decia. Y con esta gente y la de las ciudades volvió Don Antonio de Luna á entrar en la sierra de Bentomíz; y con poco trabajo dió el gasto á la tierra escaramuzando con los Moros, que andaban como salvages por aquellas sierras, matando y captivando algunos de ellos, y perdiendo á las veces soldados, comenzó el fuerte en Competa. Y habiendo enviado mil hombres á correr el rio de Chíllar, con poca presa, y perdida igual, sin hacer otro efeto, dió fin á la jornada, dexando de presidio en Competa al capitan Antonio Perez, regidor de Velez, con doscientos soldados; y en el castillo de Nerja á Diego Velez de Mendoza con otra compañia de infanteria, y fue á la ciudad de Antequera, donde se vino á ver con él Pedro Bermudez, cabo de la gente de guerra que estaba en Ronda, para dar orden en cómo

se

se habian de despoblar los lugares de aquellas serranias, porque su Magestad, informado que algunos andaban alborotados, le pareció sacallos de alli, antes que se acabasen de declarar, y cometió la execucion de ello á Don Antonio de Luna.

CAPITULO XXIV.

Como los Moros desbarataron la escolta que llevaba el Marques de la Favara á la Calahorra.

Comenzaba ya á faltar bastimento á nuestro campo en Uxixar; y no le viniendo tan á cuento proveerse del que Pedro Verdugo enviaba por mar desde la ciudad de Malaga á la villa de Adra, el Duque de Sesa mandó juntar todos los bagages, y que fuese una gruesa escolta con ellos á traerlo de la Calahorra: camino mas corto, que se podia ir y volver en un dia; aunque aspero y peligroso, por estar las fuerzas del enemigo hácia aquella parte, y haber de pasar el puerto de la Ravaha. Mas estas dificultades previno con diligencia y fuerza de gente, encomendando el viage al Marques de la Favara; y dandole mil infantes y cien caballos que le acompañasen, partió del alojamiento de Uxixar á diez y seis dias del mes de Abril, una hora antes que amaneciese, yendo él de vanguardia con doscientos infantes y quarenta caballos: luego seguia el bagage con algunos arcabuceros sueltos á los lados, y de retaguardia dexó la infanteria de Sevilla, y sesenta caballos. De esta manera comenzó á subir nuestra gente por la sierra arriba, sin noticia de los enemigos ni de la tierra, y aun sin ocupar lugares aventajados para asegurar el bagage. Y como

mo se adelantase demasiadamente la vanguardia, y el embarazo de las mugeres, enfermos y heridos impidiese poder seguirla, fue necesario quedar entre ellos y el bagage mucho espacio de tierra. No fue menor descuido el de la retaguardia, caminando á paso tan lento, y deteniendose en recoger algunos ganados, que por ventura los enemigos les echaron á las manos, que hubieron de hacer el mesmo intervalo entre ellos y el bagage. Estaba Aben Aboo á la mira, y viendo salir de nuestro campo tanto numero de bagages juntos, no sabiendo para donde caminaban, mandó al alcayde Alarabi, que tenia cargo de aquel partido, que los siguiese. Traía este Moro quinientos hombres, y muchos tiradores entre ellos; y repartiendolos en tres esquadras, tomó la una para sí con obra de cien escopeteros, otra dió al Picení de Guéjar con doscientos hombres, y la tercera al Martel del Zenete, mandandoles, que mientras él daba en el bagage, acometiesen el uno la retaguardia por frente, y el otro la rezaga de la vanguardia, metiendose por entre ella y el bagage. Con este acuerdo se emboscaron en partes, que pudieron estar bien encubiertos; y dexando pasar la vanguardia, quando tuvieron la escolta en la mayor angostura del camino, el Alarabi salió á ella con sus cien hombres en tres quadrillas. Con la primera, en que llevaba quarenta escopeteros, acometió el bagage, cargando luego la segunda, y la tercera; y hallando poca defensa, porque los arcabuceros, poco cuidadosos de lo que llevaban á cargo, se habian desmandado á buscar algun aprovechamiento, rompió por medio, poniendo á los bagageros, enfermos y heridos en confusion. A un mesmo tiempo dió el Picení en la caballeria de la retaguardia, y desbaratandola, desbarató

ella la infanteria ; lo mesmo hizo el Martel en el rezago de la vanguardia : lo uno y lo otro con grandisima presteza, y tanto silencio, que no parecia ser Moros, sino soldados de disciplina antigua. Iba el Picení siguiendo la retaguardia de manera, que parecia que los nuestros huían. El Martel hizo otro tanto, y entrambos siguieron su alcance, sin que los caballos, ni los soldados se rehiciesen. El Alarabi fue matando bagageros, enfermos y bagages, y todos á una mataban soldados y escuderos. Llegó el arma con silencio y temor de los nuestros al Marques de la Favara tan tarde, que no pudo remediar el daño ; aunque con obra de veinte caballos y algunos arcabuceros procuró llegar á tiempo, porque se lo impedia la fragosidad del camino, bagages caidos, y otros impedimentos que habia en él : y al fin prosiguió su camino, yendo los Moros á las espaldas hasta cerca de la Calahorra. Murieron este dia al pie de ochocientos Christianos, los seiscientos enfermos y heridos, que iban á curarse á Guadix. Llevaronse los Moros seiscientas Moriscas, que iban captivas, y trescientos bagages escogidos, sin otros muchos que mataron, y captivaron quince hombres, sin perder uno ni mas de los suyos. Fue tanta la turbacion de los bagageros y soldados que escaparon de alli, que en llegando á la Calahorra se fueron huyendo la mayor parte de ellos ; y asi no hubo quien volviese con la escolta al campo. La nueva de este suceso llegó á Uxixar aquella mesma noche, porque el Marques de la Favara en llegando á la Calahorra envió al capitan Lazaro Moreno de Leon con seis caballos á dar aviso al Duque : el qual pasó por el mesmo camino sobre los cuerpos muertos, y llegó antes que amaneciese con la desastrada nueva, que sintió gra-

gravemente el Duque de Sesa. Y hallandose sin bagages, y sin bastimento, animosamente determinó de ir luego la vuelta de Válor para entender de mas cerca lo que habia, y pelear con el enemigo, si le aguardase; y con los bagages que pudiese juntar, enviar por bastimento, ó ir por ello, porque habian quedado muchos enfermos: y faltandole la gente que habia llevado el Marques de la Favara, le quedaba poca que enviar para aquel efeto.

CAPITULO XXV.

Como el Duque de Sesa fue á poner su campo en la villa de Adra.

Otro dia de mañana diez y siete de Abril partió el Duque de Sesa de Uxixar con todo el campo puesto en ordenanza, y fue á Válor harto congojado de ver la flaqueza de nuestra gente: halló el lugar solo, que los Moros se habian recogido á las sierras. Desde alli despachó espias á Guadix y á Granada, encargando al Presidente Don Pedro de Deza, que diese orden como el Marques de la Favara recogiese la gente, y juntase otra de nuevo con que irle luego á buscar, donde quiera que estuviese. Aquella noche tuvo toda la gente puesta en arma y mucho recaudo de centinelas y cuerpos de guardia á la parte de la sierra, por si los enemigos hiciesen algun acometimiento de noche: los quales habian soltado las acequias, y empantanado los barbechos y sembrados alderredor del lugar, para que los caballos atollasen, y no fuesen de provecho, y se habian puesto á la mira en la halda de Sierra nevada. Contónos un Mo-

ro de los que se hallaron con Aben Aboo este dia, que quando iba caminando nuestra gente hácia Válor, estaba mirando desde la cumbre de una sierra á los soldados que subian por aquellas cuestas arriba; y pareciendole que iban muy cansados, habia dicho que era hermosa procesion aquella, y muy buena ventana la en que él estaba mirando como pasaba: y que con sola la vista pensaba desbaratarlos, sin hacer otro acometimiento. El Duque de Sesa considerando el daño que se le podia seguir de salir á la Calahorra, porque se le deshiciera el campo, y el enemigo viendole fuera de la Alpuxarra le tomaria los puertos, y le seria dificultoso tornarlos á cobrar, asi por esto, como porque en opinion de Moros y Christianos no faltaria quien dixese que salia roto y desbaratado, acordó de dar vuelta á la villa de Adra, donde entendia hallar recaudo de bastimentos. Para esto juntó los caballeros y capitanes á consejo, y como hubiese algunos de contrario parecer, Don Juan de Mendoza Sarmiento se les opuso diciendo, que no se sacaba otro fruto de salir á la Calahorra, sino perder reputacion; pues era cierto, que en viendose los soldados fuera de la Alpuxarra, harian lo que habian hecho en el campo del Marques de los Velez. El Duque pues arrimandose al mas sano consejo, hizo un razonamiento á los capitanes y soldados, encomendandoles que guardasen las ordenanzas, y no se desmandasen: y dió vuelta hácia Uxixar. Los Moros viendo el camino que tomaba, baxaron á gran priesa de la sierra; y habiendo pasado el rio nuestra vanguardia y batalla, dieron en la retaguardia, y escaramuzaron mas de tres horas con los soldados para entretener el campo. Llegaba el Duque de Sesa á la ermita de San Sebastian cerca de Uxixar, quando

do sintió tocar arma; y mandando hacer alto, acudio á reforzar la retaguardia. Y porque la escaramuza era en lugar donde la caballeria no podia aprovechar, hizo cargar á los enemigos con dos mangas de arcabuceros, que les hicieron volver las espaldas, y en parte se pagaron del daño recebido en el puerto de la Raguaha: con todo eso se llevaron una carga de moneda que hallaron desmandada. Llegó la gente á Uxixar, donde hallaron muertos algunos soldados y bagageros, que habian quedado enfermos en el hospital, que estaba en una mezquita que los Moros habian hecho de nuevo para su zalá, y algunos bastimentos robados que habia dexado el tenedor en la casa de la municion, por no tener bagages en que poderlos cargar. Esto habian hecho unos Moros que andaban por aquellos montes: los quales viendo salir el campo, habian baxado á las casas del lugar. Sintiólo mucho el Duque de Sesa, y reprehendió gravemente á los capitanes y comisarios, á cuyo cargo habia sido recoger el campo aquel dia; y sin detenerse alli pasó á Lucaynéna, enviando gente delante que reconociese el camino por donde habia de ir. Llegando cerca de Lucaynéna, tuvo aviso que tenian tomado el paso los enemigos, y no por eso dexo de pasar adelante. Los Moros viendo la determinacion que llevaba, dexaron el lugar que tenian tomado, y se fueron retirando á Darrícal. Pasó el campo por Lucaynéna, y poniendo fuego los soldados á las casas, como lo hacian en todos los lugares donde llegaban, fue á alojarse aquella noche á un algibe tres leguas y media de Adra, donde llegó la gente cansada, mojada, y bien muerta de hambre, tanto que, sin querer hacer franqueza, hubo soldados que compraron un pan por seis reales, y una azumbre de vino

no por ducado y medio. Hicieron los enemigos algunos acometimientos á la parte de Verja, pero el Duque mandó asestar la artilleria contra ellos, y se retiraron luego. Otro dia miercoles de mañana marchó el campo la vuelta de Verja con tanta hambre, que aunque se caminaba por tierra llana, no podian los hombres ni los bagages andar, y hubo muchos que se cayeron de su estado. Y pasando por el lugar á medio dia, llevando siempre á vista los enemigos, fue á los algibes de Adra hácia la costa de la mar; y llegando á repechar en la cuesta que baxa hácia la villa, halló á Hernando de Narvaez, capitan del presidio, que le habiá salido á recebir con cincuenta caballos. Alojóse el campo aquella noche en las guertas fuera de los muros, y alli mandó armar el Duque sus tiendas, que no quiso entrar dentro de la villa. Era tanta la hambre de la gente y de las bestias, que en termino de una hora no quedó cosa verde que no cortasen y destruyesen en las guertas y en las hazas; pero remedióse otro dia con el vizcocho y harina que habia de respeto en los almacenes de su Magestad.

CAPITULO XXVI.

De lo que se hizo en Adra, mientras el campo del Duque de Sesa estuvo en aquel alojamiento: y como se apercibió para ir sobre Castil de Ferro.

Llegado el Duque de Sesa á Adra, corrió con la caballeria las taas de Dalías y Verja, y parte de la sierra de Gádor, hácia donde entendió que andaban Moros; y volviendo al alojamiento con algunas presas, estuvo aguardando que llegasen las galeras del cargo de Don San-

Sancho de Leyva para embarcarse en ellas, y dar sobre Castil de Ferro, donde tenia puestos los ojos, y los Moros su esperanza. Este castillo está en la marina en el parage de la taa de Órgiba, y era del Duque de Sesa. Habiale vendido un mal Christiano, hijo de una Morisca, por quatrocientos ducados á el Hosceyn de Motril; y para hacerlo á su salvo, habia muerto á traycion al alcayde, ó, como algunos decian, lo habian ganado con emboscadas los Moros, y deseaba mucho el Duque de Sesa cobrarle, antes que le fortaleciesen mas de lo que estaba, y para este efeto solicitaba las galeras: porque habiendo de ir por tierra, eran siete leguas de camino aspero y muy trabajoso para llevar las carretas de la artilleria. En este tiempo llegaron á la playa de Dalías tres galeotas cargadas de trigo y arroz, y de armas y municiones, que traían de Berbería; y habiendolo ya desembarcado los arraeces Turcos, supieron como los alzados andaban en tratos para rendirse: y blasfemando de ellos, quisieron tornarlo á embarcar, y volverse á su tierra; pero no lo pudieron hacer tan á su salvo, que dexasen de perder la mayor parte del trigo y de las otras cosas que tenian fuera, porque los descubrieron nuestras atalayas; y acudiendo la gente de á caballo, no les dió mas lugar de quanto pudieron embarcar las personas, y hacerse á largo. Tomóseles entre las otras cosas un costal de angeo encerado lleno de libros arabes, en que venian algunos Alcoranes, y un libro intitulado *Instrucion de la guerra, y ardides de ella*, que segun pareció los enviaban los Alfaquís de Argel á los Moros: y decia el titulo que venia en el encerado *Habices para los Andaluces*, como que los enviaban en limosna. Esto fue á veinte y seis dias del mes de Abril, y aquella mes-

mesma noche tocaron en tierra otras siete galeotas, en que venia el alcayde Hosceyn, hermano de Caracax, con quatrocientos Turcos de socorro, y muchas armas y municiones: el qual avisado asimesmo de los conciertos en que andaban los Moros de la tierra, se volvió luego á la ciudad de Argel. Tenia el Duque de Sesa ya en su poder dos dias habia el bando, y la orden de Don Juan de Austria para admitir los Moros que se viniesen á reducir, y habia hecho que el licenciado Castillo sacase traslados de todo ello traducido en arabigo, y enviadolos á diversas partes de la Alpuxarra con un Morisco llamado el Zambori, para que se divulgase á un tiempo por todas las taas. Y como se publicasen en Adra á veinte y siete dias del mes de Abril, aquel mesmo dia se le fueron mas de cien soldados, diciendo que ya habia paces; y pudiera ser que se fuera la mayor parte de la gente, sino llegáran las galeras aquella noche, y se embarcára luego otro dia para Castil de Ferro, donde le iremos á buscar, quando sea tiempo. Vamos á lo que se hacia en el negocio de la reducion.

CAPITULO XXVII.

Como Don Alonso de Granada Venegas escribió á Aben Aboo, persuadiendole á que se reduxese: y lo que el Moro le respondió.

Por el discurso de esta historia se ha entendido la instancia que Don Alonso de Granada Venegas hacia, intercediendo con su Magestad y con los de su consejo, por los Moriscos del reyno de Granada, que no habian sido culpados, y les habian hecho otros que se rebelasen

sen por fuerza, ofreciendose á que haria con ellos que se reduxesen. Para este efeto habia su Magestad mandado á Don Juan de Austria, que le pusiese de presidio en Jayena con alguna gente de á pie y de á caballo, y el Duque de Sesa le habia proveido de la que diximos: el qual habia hecho estos dias algunas entradas, y carteadose con algunos caudillos de los alzados amigos y conocidos suyos, persuadiendolos á que dexasen las armas, y conociesen su desatino, y la merced que su Magestad les hacia. Y como se comenzase á encaminar el negocio bien, en diez y ocho dias del mes de Abril de este año, antes de ir al campo escribió una carta á Aben Aboo del tenor siguiente.

CARTA DE DON ALONSO DE GRANADA Venegas para Aben Aboo.

"Señor Aben Aboo: muy espantado he estado, que una persona tan cuerda, y de tan buena casta como sois, haya venido á parar en un camino de tan gran perdicion, asi para el alma, como para la vida, y destruicion de toda esa tierra y gente de ella. Y porque me pesa mucho de ello, y deseo vuestro bien, y el de todos, y poner remedio en ello, os pido por merced, que me envieis algunas personas de confianza con quien tratarlo, que yo prometo como Christiano y caballero de les dar toda seguridad, como de presente se la doy, para que puedan ir y venir libremente á Jayena, donde me hallarán: porque quiero tratar con ellos cosas que podrian ser muy convinientes al servicio de Dios nuestro Señor y de su Magestad, y para el bien de toda la gente. Y creedme que digo verdad sin ninguna malicia y en-

engaño ; y espero la respuesta : la qual venga luego. Y al que esta lleva se le haga todo buen tratamiento por amor de mí, pues lo que me mueve á enviarlo es el bien que á todos deseo ; y querria mucho que nos viesemos para tratar de estos negocios. Fecha en Jayena á ocho dias del mes de Abril."

Y juntamente con la carta dió una salvaguardia al mensagero , encargando á Don Gutierre de Cordoba, gobernador de las Albuñuelas , que le dexase ir y volver libremente , porque iba á negocio que cumplia al servicio de su Magestad. Esta carta recibió Aben Aboo en Mecina de Bombarón , estando ya el Duque de Sesa en Adra ; y por consejo de Hernando el Habaqui , que se halló presente , quando se la leyeron , le respondió de esta manera.

RESPUESTA DE ABEN ABOO.

"Señor Don Alonso: por vuestra carta entendí el buen zelo que teneis del sosiego de este reyno , y del servicio de vuestro Rey , como buen Christiano : y esto os obliga procurar el remedio, para que cese tanto mal y daño como ha venido por la Christiandad , y por los de este reyno , y la pacificacion y sosiego de él. En lo que decís que estais espantado que yo me pusiese en tan gran peligro del alma y del cuerpo , en lo que toca al alma, Dios sabe lo mejor ; en lo del cuerpo , ya tenemos entendido que el Rey Don Felipe es poderoso, y puede mucho ; mas tambien se ha de entender , que le podemos hacer mucho daño mas del que se le ha hecho , porque á los de este reyno no les queda ya que perder : y lo que les puede venir agora ya lo tienen tra-

ga-

gado. Y todo lo que ha venido y viniere á los unos y á los otros, cuelga de quien no lo ha remediado con tiempo, creyendose de livianos juicios, y no de los caballeros que le informaron de lo que convenia al servicio de Dios y suyo. No hay de que hacerme á mí culpado ni á los de este reyno acerca de este negocio, pues la causa de haberse encendido este fuego fue malos consejeros: y á estos tales se les debe echar la culpa, que ordenaron tantas liviandades, que los del reyno no podian ya vivir; y como entre ellos hay hombres, quisieron tragar la muerte, antes que padecer tantos trabajos y sinjusticias como se les hacian. Esto ha sido la causa de tanto mal y daño como ha venido, y de tantas muertes de criaturas inocentes: y por esta razon no se ha de hacer culpa á ninguno de los naturales, sino á los que fueron causadores: porque si los agravios que se hacian á estas gentes, se hicieran al mas cuerdo hombre que hay en la Christiandad, no se contentára con hacer lo que ellos hicieron, sino que hiciera mucho mas mal. Quanto á lo que decis que envie dos hombres de quien mucho me confie á Jayena, debaxo de vuestro seguro y palabra, bien tengo entendido que como caballero lo cumplireis; mas habrá otros de diferente opinion, que harán lo contrario: y hasta que haya comision del Rey, ó de Don Juan de Austria, no se atreverán á ir. Don Hernando de Barradas escribió á Hernando el Habaqui, que es general de esta tierra levantada, los dias pasados, pidiendo que se juntase con él en el Marquesado del Zenete, y juntos trataron del remedio para que este fuego se apague; y de alli se fue el Habaqui al rio de Almanzora, donde tambien le escribió Francisco de Molina, y se vió con él; y despues

fueron á verse con él Don Francisco de Cordoba y otros caballeros, y el Habaqui nos vino á dar cuenta de todo, como hombre á quien tenemos dada comision para estos negocios. Si quisieredes veros con él, enviadle seguro del Rey para él, y los que fueren de nuestra parte con él, porque de la nuestra aseguramos á vos, y á los que vinieren con vos. Y para tratar de este negocio, y que venga á tener efeto, nos parece que se podrá negociar por la via de Guadix, pues está allá comenzado y puesto en buenos terminos; y sino en Órgiba os podreis ver con él, porque es persona que holgareis de verle, y de tratar con él qualquier negocio. Fecha en la Alpuxarra á veinte y dos dias del mes de Abril de mil quinientos y setenta años. Muley Abdala Aben Aboo."

CAPITULO XXVIII.

Del progreso del campo de Don Juan de Austria desde que partió de Santa Fe hasta que se alojó en Padúles de Andarax: y como se prosiguió en la reducion de los alzados.

Publicado el bando, y hechas otras diligencias en el alojamiento de Santa Fe, asi para apretar á los Moros, como para reducirlos, Don Juan de Austria pasó con su exercito á Terque; y siendo informado que en Finíx habia algunos Moros y Turcos Berberiscos con los de la tierra, y que hacian daño á la parte de Almería, envió contra ellos á Jordan de Valdés con dos mil infantes, y á Tello Gonzalez de Aguilar con las cien lanzas de Ecija: ordenandoles, que diesen antes que amaneciese sobre el lugar, y procurasen degollarlos; porque los otros

otros temiesen, y se apresurasen á tomar el buen consejo. Partieron del alojamiento, quando anochecia, y caminando de noche, llegaron á hora que pudieran hacer efeto, si las diligentes atalayas y centinelas de los Moros no los sintieran, y fueran á dar rebato; por manera que quando nuestra gente llegó, ya los Moros iban la sierra arriba con las mugeres por delante caminando quanto podian; y poniendose la caballeria en su alcance, pelearon un buen rato con ellos, hasta que cargó la arcabuceria, y los desbarataron y mataron. Murieron al pie de cien Moros, y captivaron quatrocientas mugeres. Y pareciendo á los capitanes que no era bien meterse mas adentro en la sierra, porque los enemigos apellidaban la tierra, y se rehacian, dieron vuelta hácia el lugar; y entrando dentro, le saquearon: y cargados de despojos, con mil cabezas de ganado que pudieron recoger de presto, tornaron aquel mesmo dia bien tarde á Terque. A este alojamiento vino Don Alonso de Granada Venegas, que, como atras diximos, le habia enviado á llamar Don Juan de Austria, para que tratase el negocio de la reducion con los Moros; y vista la respuesta de Aben Aboo á su carta, se le mandó, que continuase la platica que habia comenzado con él, y le volviese á escrebir en el negocio. El qual despachó luego un Morisco con otra carta, en que le decia: "Que conforme á lo que le habia escrito los dias pasados, con el deseo que tenia de escusar tan gran perdicion, como la gente de aquella tierra traía, se habia dado la priesa posible en suplicar á su Magestad usase con ellos de clemencia, entendiendo lo mucho que deseaban reducirse á su servicio, y ponerse en sus Reales manos. Y que para efetuar aquel negocio, como se lo habia prometido,
ha-

habia venido á Terque, y deseaba verse con él, y con el Habaqui, y con las demas personas que quisiese, y donde él señalase: porque habiendo tantas largas de su parte, en cosa que solo aquel remedio les quedaba para no ser muerte general, no podia Don Juan de Austria dexar de darse la priesa que era justo para executarla en todos con mucho rigor. Por tanto que se aprovechase de tan buena coyuntura, pues teniendo la espada en la mano, deseaba tambien usar de la clemencia que su Magestad les concedia, como lo habian entendido por los bandos que se habian publicado. La qual singular gracia y merced debian estimar y recebir con alegria, y creer que habia sido mucha parte la buena intercesion de Don Juan de Austria, y lo que él habia ofrecido de parte de todos los de la nacion Morisca, confiado en el arrepentimiento que les habia conocido. Avisandoles asimesmo como el bando que se habia publicado no era para suspender la guerra sola una hora, sino con aquellos que se fuesen á reducir dentro del termino en él contenido. Y que estos tales, aunque hubiesen sido capitanes, alcaydes, ó caudillos de los alzados, su Magestad los admitia en su gracia, y no consintiria que se les hiciese mal ni daño. Que estuviese cierto, que las palabras del bando se habian de cumplir, diciendolas Don Juan de Austria de parte de su Magestad, que tan inviolablemente las guardaba; y que para que mejor entendiese esta verdad, y la llaneza y bondad con que Don Juan de Austria trataba de su negocio, holgaria mucho se viese con él, y con otras personas de credito que pudiesen satisfacer." Esto todo decia Don Alonso de Granada Venegas, porque Aben Aboo, y los que con él estaban, entendian diferentemente el bando, y ha-

habia escrito el Habaqui sobre ello á Don Hernando de Barradas, entendiendo que se suspendia la guerra con todos mientras se trataba de la reducion ; y aun parecia que no aseguraba á los caudillos. Tambien habia escrito Hernando el Habaqui , que los de la Alpuxarra , entendiendo que se trataba de sacar los Moriscos de las ciudades de Guadix y Baza, que no se habian rebelado, estaban escandalizados : y Don Alonso de Granada Venegas satisfizo en esta propria carta, diciendo : "Que entendiesen el buen zelo con que su Magestad lo hacia , y verian que solo era para apartarlos de las molestias y malos tratamientos de la gente de guerra , que ni se podian reparar ni sufrir ; y que no iban tan lejos de sus casas , que quando los negocios tuviesen buen termino dexasen de volver á ellas acrecentados de mercedes que su Magestad les haria. Y que él habia suplicado á Don Juan de Austria , que detuviese el campo en aquel alojamiento algun dia para tratar del negocio , y se lo habia concedido por seis dias. Por tanto que enviase los que habian de verse con él con la verdad y llaneza que era justo , pues habian entendido la voluntad de su Magestad , y no debian dar lugar á que de todo punto cerrase la puerta de su clemencia." Estos mesmos dias se tornó á ver Don Hernando de Barradas con el Habaqui en el castañar de Lanteyra , y le dixo como tenia en buenos terminos el negocio de la reducion ; y que suplicase á Don Juan de Austria de su parte , mandase que no llevasen los Moriscos de Guadix la tierra adentro , porque habia sabido que los tenian ya encerrados en las iglesias para dar con ellos en Castilla. Y que él se ofrecia á hacer de manera que todos los de la Alpuxarra rindiesen las armas , y se diesen á merced de su Magestad,

tad, y que Aben Aboo viniese tambien en ello. Don Juan de Austria, aunque entendió que era negociacion de los proprios Moriscos para que no los sacasen de sus casas; no embargante que muchos de ellos habia dias que pedian que les señalasen donde pudiesen irse, que estuviesen seguros de los trabajos de la guerra, fuera del reyno de Granada, por atajar inconvinientes mandó que los dexasen estar mientras otra cosa se proveía. Y porque se habian de juntar con el Habaqui, y con los caudillos Moros, que viniesen á tratar de la reducion, algunos caballeros de nuestrá parte, mandó venir á Don Juan Enriquez de Baza, Don Alonso Habiz Venegas de Almería, y Don Hernando de Barradas de Guadix, y les dió orden y comision para que juntamente con Don Alonso de Granada Venegas entendiesen en ello: y á treinta dias del mes de Abril partió con todo el campo de Terque. Aquel dia se alojó en el lugar de Instincion; y el siguiente fue á la rambla de Canjáya, donde vino á darse un Moro conforme al bando, y dixo como los alzados perecian de hambre, y que valia entre ellos la hanega de trigo ocho ducados, y la de cebada seis, y que no se hallaba. Desde este alojamiento se enviaron algunos traslados del bando, escritos y traducidos en lengua arabe, á diferentes partes para que lo entendiesen mejor. Y porque acabado lo del rio de Almería habia de ir el campo á los Padúles de Andarax, donde Don Juan de Austria pensaba detenerse algunos dias, por ser lugar comodo para tratar la paz, ó proseguir la guerra, ordenó á todos los provecdores y comisarios, que teniamos cargo de enviar bastimentos al campo, asi de Granada, como de Jaen, Baza, Ubeda, Cazorla y otras partes, que los encaminasemos por la via de Gua-

Guadix; y que los proveedores de Malaga y Cartagena los enviasen por mar á la villa de Adra. Dexando pues el rio de Almería á la mano izquierda, yendo por camino harto aspero y trabajoso, por ser la mayor parte de él cuestas, á dos dias del mes de Mayo fue á poner el campo en los Padúles, dos leguas pequeñas de Andarax, cinco de Uxixar, tres del puerto la Raguaha, cinco de Fiñana, ocho de Almería, y otras cinco de Verja y de Dalías. Aqui hizo asiento, pareciendo á los del consejo que no convenia pasar adelante por el mucho impedimento de bagages, aspereza de la tierra, y ventaja que podian tener los enemigos, que perdido un sitio se podian pasar á otro sin daño, y hacerle á nuestro campo; y por ser muy á proposito, segun el estado de las cosas, y lo que se pretendia. Y demas de esto era tierra acomodada de arboles, abundante de aguas, y tenia un sitio apto para poderle fortalecer á poca costa, que era lo que mucho hacia al caso para recoger dentro los bastimentos y el campo, quando los tercios saliesen á correr, ó fuesen á hacer escoltas, que de necesidad habian de ser grandes, y muy acompañadas de gente de guerra, para quitar á los alzados la esperanza de poderlas romper, y valerse de los bastimentos que tomasen, como lo habian hecho otras veces. El desinio de Don Juan de Austria era enviar desde este alojamiento quatro ó cinco mil hombres de á pie con doscientos de á caballo, sin bagages, y con mochilas para cinco ó seis dias, á que corriesen la sierra por la parte que mas pareciese convenir, y entrasen adentro todo lo que fuese posible, haciendo á los alzados el daño que pudiesen, sino se venian luego á reducir: el qual no podia dexar de ser mucho, hallandose, como se hallaba,

el Duque de Sesa en Adra, tres leguas de Uxixar, quatro de Válor, tres de Lucaynéna, y quatro de Poqueyra, que podia con gente suelta hacer el mesmo efeto en la Alpuxarra; y si viesen que convenia, darse los unos á los otros la mano. El dia que llegó el campo á Padúles, se hallaron cantidad de Moros metidos en cuevas sobre el rio, y por baxo del lugar y del proprio alojamiento; y como se defendiesen dentro, por ser fuertes, y estar puestas en torronteras de peñas muy altas, Don Juan de Austria les hizo combatir con humo, con bombas de fuego, con artilleria y con escalas, conforme á la dispusicion de cada una: y todos los Moros que habia dentro fueron muertos, ó presos, no sin daño de los combatidores. A seis dias del mes de Mayo llegó á Padúles un Moro con una carta del Habaqui para Don Alonso de Granada Venegas en conformidad del negocio que se trataba de la reducion: la conclusion de la qual fue, que el Habaqui con los caudillos principales de los alzados viniese al lugar del Fondón de Andarax, una legua de Padúles; y dando rehenes de su parte, irian los caballeros, que estaban diputados, á verse con ellos. Otro dia luego siguiente fue avisado Don Juan de Austria, como en la sierra de Baza y Filábres habia muchas quadrillas de Moros; y que andaban con ellos Aben Mequenun, hijo de Puertocarrero el de Xérgal, y el Moxahali, y el negro de Almería, que llamaban Andres de Aragon: los quales corrian la tierra, y hacian daños; y para castigarlos envió á Don Pedro de Padilla con mil y doscientos soldados de su tercio, y á Don Diego de Argote con setenta lanzas de Cordoba, y treinta de las de Ecija, á que corriesen la sierra, y les hiciesen todo el daño que pudiesen. Esta gente anduvo tres dias de

una

una parte á otra, sin que las guias pudiesen atinar á dar sobre los enemigos, hasta que una noche acaso descubrieron lumbres en un valle muy hondo; y caminando hácia ellas, al amanecer del dia fueron á dar cerca de unas fuentes, donde estaban mas de tres mil Moros, y mucha cantidad de mugeres, bagages y ganados. Los hombres hicieron rostro, y trabaron una asaz reñida pelea, en que murieron algunos soldados, y fueron muchos heridos; pero al fin se hubieron tan valerosamente los capitanes, que matando al pie de quatrocientos Moros, los desbarataron, y pusieron en huida, y les tomaron las mugeres, bagages y ganados; y recogiendo la presa, dieron luego vuelta al campo, llevando mas de cinco mil almas captivas. Mas no les sucedió como pensaban, porque los Moros se rehicieron; y acometiendo la retaguardia, mataron doce escuderos, siete de Cordoba, y cinco de Ecija, y muchos y muy buenos soldados, y cobraron la mayor parte de la presa; que por ser tan grande, y ocupar tanto camino, no pudieron guarecerla toda: y fuera mayor el daño de este dia, si los capitanes no acudieran á resistir tan grande impetu como los enemigos traían, y los retiráran. Todavia salvaron mil y cien esclavas que iban en la vanguardia, y alguna cantidad de bagages y de ganados con que volvieron á Padúles.

CAPITULO XXIX.

Como el Duque de Sesa ocupó á Castil de Ferro.

En el capitulo veinte y seis de este libro diximos, como el Duque de Sesa se embarcó en Adra para ir sobre

Castil de Ferro. Llevando pues la gente en diez y nueve galeras del cargo de Don Sancho de Leyva, y en una nao, salió de aquel puerto á veinte y ocho dias del mes de Abril; y el mesmo dia le dió un soldado una carta escrita en arabigo, que, segun él dixo, la habia tomado á un Moro, y era del alcayde de Castil de Ferro, que la enviaba á Berbería: en la qual daba cuenta de la artilleria y gente que tenia en el castillo, y de la fortificacion que hacia para que no le pudiesen batir, pidiendo con instancia á los arraeces Moros y Turcos, que llegasen con las fustas á hacer escala en aquel puerto, diciendo que alli estarian seguros de los Christianos, y podrian poner sus contrataciones. El Duque holgó mucho con la carta, y llegando aquel mesmo dia á Castil de Ferro, echó la gente en tierra en la playa, que está á la parte de levante, donde llaman el Pararíque, lugar cubierto de la artilleria del castillo. Luego mandó ocupar una montañeta que le tiene á caballero, donde los enemigos habian comenzado á hacer un baluarte, y tenian cantidad de cal, arena y piedra recogida para él; y haciendo subir dos piezas de artilleria con harto trabajo, por ser la tierra aspera, comenzó á batir las defensas. Los Moros mostraron gran determinacion de no quererse rendir tirando con una pieza gruesa, y con otros tirillos pequeños que tenian; y el Hosceyn, que, como diximos, habia comprado el castillo, conociendo flaqueza en un Moro, que decia que no se podian defender, y que seria bien que se rindiesen, le despeñó vivo por cima de las almenas, diciendo que haria lo mesmo á todos los que tratasen de dar el castillo á los Christianos. Otro dia siguiente mandó el Duque subir otras dos piezas gruesas de batir, con que se prosiguió

er

en la bateria mas de proposito , y se quebró á los enemigos la pieza principal con que tiraban. A este tiempo faltó la municion , y mandó hacer dos mantas de madera de las arrumbadas de las galeras para picar el muro del castillo ; y enviando á reconocer el lugar donde se habian de arrimar á las diez de la noche , los reconocedores se encontraron con el Hosceyn : el qual desengañado de poderse defender, salia con treinta Moros para irse á la sierra ; y prendiendo algunos de ellos, se echaron otros á la mar, y fueron nadando hácia una serrezuela que despunta en la playa á la parte de Motril : el Hosceyn , y otro Moro viejo Granadino llamado el Taybili , fueron muertos. Aquella mesma noche tuvieron los nuestros habla con los Moros que habian quedado dentro del castillo : los quales trataron luego de rendirse ; y el Duque por no acabar de echarle por el suelo holgó de concederles las vidas , y que no los echaria en galeras. Y mandando á Don Juan de Mendoza , y al Marques de la Favara , y á Don Juan Niño de Guevara , capitan de la infanteria con que servia la ciudad de Toledo , que subiesen á ocuparle , fue restaurado y vuelto á poder de Christianos en dos dias del mes de Mayo. Los Turcos que habia dentro repartió el Duque entre los capitanes y gentiles hombres que le pareció que habian trabajado. Los Moros de la tierra remitió á la Inquisicion , para que los castigase conforme á sus culpas ; y á los que habian intentado de irse, para exemplo de otros los hizo ahorcar , y que á cuenta de su Magestad se pagase veinte ducados por cada uno á los que los habian tomado: y las Moras y todo el mueble mandó repartir entre la gente de guerra. Ganado Castil de Ferro, Don Sancho de Leyva fue con las ga-

le-

leras á traer bastimentos de Malaga para ellas y para el campo, que ya faltaban. Y como se detuviese en el viage cinco dias, hubiera de deshacerse de todo punto el campo segun la necesidad que pasaban los soldados, especialmente de agua, porque era menester ir por ella á una fuente que está media legua de alli; y no eran parte el Duque ni los capitanes para detenerlos que no se fuesen desmandados en quadrillas la vuelta de Órgiba y de Motril, y los Moros mataban muchos de ellos en el camino. En este tiempo llegaron de parte de noche dos fustas de Turcos á vista de Castil de Ferro, y hicieron señal con los eslabones, creyendo que estaba todavia por los Moros; y aunque no les respondieron, llegaron á la playa, y saltaron en tierra, sin que las centinelas echasen de ver en ello, porque como vieron baxar aquellos dos baxeles, creyeron que eran algunos barcos de los que el mesmo dia habian venido de Almuñecar, Motril y Salobreña con refresco. Subieron hácia el castillo quince Turcos: y quando llegaron á las centinelas, y reconocieron que eran de Christianos, dieron vuelta huyendo á las fustas; y metiendose dentro, tomaron una barca que venia de Motril, y se fueron sin recebir daño, dexando nuestro campo todo puesto en arma: el qual se embarcó para volver á Adra á ocho dias del mes de Mayo, quedando de guarnicion en aquel castillo el capitan Juan de Borja con cien soldados.

CA-

CAPITULO XXX.

Del progreso que hizo el campo del Duque de Sesa desde que volvió á Aara, hasta que se juntó con el de Don Juan de Austria.

Vuelto el Duque de Sesa á Adra, no fueron menores inconvinientes que los pasados los que alli tuvo por falta de bastimentos, enfermedades y fuga de soldados, que se le iban cada dia por mar y por tierra, sin poderlos detener. Estaban los Moros en este tiempo tan divisos, que si unos compelidos de necesidad venian á rendirse, otros muchos andaban haciendo daños, no perdiendo coyuntura ni ocasion en que poder ofender á los Christianos; por manera que no salia hombre ni bagage fuera del campo desmandado, que no lo captivasen, ó matasen. Y el mayor daño de todos era el descontento que nuestra gente tenia de ver que no les dexaban hacer correrias: las quales estorvaba el Duque, no porque le faltaba voluntad de castigar los rebeldes, que siempre habia sido de aquel parecer, sino por escusar el daño que podian hacer en los rendidos. Vinose á disminuir en tanta manera el campo con estas cosas, que de mas de diez mil hombres que habia metido en la Alpuxarra no le quedaban quatro mil, y de estos se le iban cada dia á mas andar. Pasóse al lugar de Dalías, donde estuvo algunos dias; y vinieron muchos Moros de todas las taas de la Alpuxarra á rendirse conforme al bando; y los que no podian ir luego, daban sus poderes al Habaqui, como autor de aquella paz. En este alojamiento se refrescó la gente con la frescura y delica-

cabeza de las aguas de las fuentes de aquel lugar; mas pasando de alli á Verja, donde era necesario que estuviese el campo, para que las escoltas, que pasaban con bastimentos desde Adra al campo de Don Juan de Austria, fuesen con mas seguridad, las aguas malas y calientes de aquella taa, y los calores que iban creciendo cada dia mas, causaron muchas enfermedades, de que vino á morir mucha gente: y por esta razon deseaba el Duque estrañamente que los dos campos se juntasen, y hacia instancia en ello, antes que el suyo se le acabase de deshacer. En este tiempo sucedió, que un Moro Berberisco espia de Aben Aboo, que hablaba muy bien la lengua castellana, y estaba por soldado en una compañia de infanteria, persuadió á unos soldados, que andaban movidos, para irse del campo, diciendo que sabia muy bien la tierra, y que los llevaria por toda la Alpuxarra seguros de Moros y de Christianos; y para acreditarse mas con ellos, les pidió intereses por su trabajo é industria. Los soldados, que eran mas de setenta, creyendose de sus palabras, le ofrecieron que le daria cada uno un real; y el solene traydor, quando los tuvo apalabrados, dió aviso á Aben Aboo del camino que pensaba hacer para que les tomase los pasos. Salieron á la hora que anochecia del alojamiento, y guiólos el Moro hácia Mecina de Bombarón. El Duque tuvo aviso de como se iban, y envió dos estandartes de caballos y dos compañias de infanteria tras de ellos; mas aunque los alcanzaron, no fueron parte para que por bien ni por mal quisiesen volver; antes se defendieron con tanta determinacion, que las compañias, no quiriendo derramar su mesma sangre, hubieron de tornarse al campo sin hacer efeto: y ellos guiados de su falso consejero,

ro , llegando cerca de Mecina de Bombarón , dieron en una emboscada que Aben Aboo les tenia puesta , y fueron todos muertos , ó captivos. Estos dias vino un capitan Moro llamado el Picení , natural de Verja , con trescientos escopeteros al campo del Duque á tratar de rendirse , y á desculparse de que le habian dicho que estaba informado que enviaba él Moros de noche á que matasen y robasen los Christianos , caballos y bagages que se desmandaban del campo : el qual ofreció al Duque reduciria al servicio de su Magestad cinco ó seis mil animas, y le certificó que los daños no eran con su consentimiento ; antes habia ahorcado dos Moros de los que los hacian con muy pequeña informacion. El Duque le mandó hacer muy buen tratamiento , y quando hubo de volver donde habian dexado su gente , envió con él cincuenta de á caballo que le hiciesen escolta ; pero el Picení no quiso despues reducirse , pareciendole que los negocios iban encaminados de manera , que no le podia suceder bien de ello. Y juntando sus compañeros , les dixo : "Hermanos , los Christianos nos miran con odio terrible : la tierra está perdida: malo es estar en ella como enemigos, y peor como amigos. Mi parecer es que nos pongamos en cobro ; que si mugeres y hijos perdieremos, otras mugeres hallaremos, y otros hijos podremos tener donde quiera que fueremos." Y dende á pocos dias se pasó con ellos á Berbería en unas fustas de Turcos que vinieron á la costa. Estando el Duque en este alojamiento , le escribió Don Juan de Austria , que tenia necesidad de verse con él para tratar de algunas cosas que convenian al servicio de su Magestad. Y él le respondió, que iria á besarle las manos. Y ansi hubieron de partir el camino , y se jun-

taron en el cortijo que dicen de Leandro, ó de Juan Caballero, donde comieron y trataron de los negocios: y de alli se volvieron á sus alojamientos. Don Juan de Austria se fue á Padúles de Andarax, y el Duque de Sesa á Verja: y no mucho despues partió de aquel alojamiento, y fue á juntarse con él en Padúles, y de alli adelante asistió cerca de su persona.

LI-

LIBRO NOVENO

DE LA HISTORIA

DEL REBELION DE LOS MORISCOS

DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO.

Como el Habaqui y otros alcaydes Moros se juntaron en el Fondón de Andarax con los caballeros comisarios para tratar del negocio de la reducion.

Dabase mucha priesa Don Juan de Austria por concluir el negocio de la reducion, mientras los alzados padecian hambre: porque entendia, que pasado el mes de Mayo hallarian en cada parte la mesa puesta de los frutos que producia la tierra, y que seria menester engrosar de nuevo el exercito á mucha costa y con grande embarazo, especialmente que el Habaqui lo traía ya en buenos terminos, y venian muchos á reducirse. A unos traía el temor de morir, y la esperanza del perdon; á otros el amor de las mugeres y hijos que tenian captivos, pensando rescatarlos: y por la mayor parte á todos el deseo de quietud y paz, cansados de tantos trabajos y desventuras. Habiendose pues juntado en el alojamiento de Padúles los caballeros diputados que Don Juan de Austria habia mandado venir para tratar del negocio, á trece dias del mes de Mayo vinieron al Fon-

dón de Andarax Hernando el Habaqui , y Hernando el Galip hermano de Aben Aboo , y Pedro de Mendoza el Hosceni , y un hijo de Geronimo el Malch , y Alonso de Velasco el Granadino , y Hernando el Gorri , y doce Turcos de los principales con ellos , y mil escopeteros de guardia. El mesmo dia escribió el Habaqui á Don Alonso de Granada, avisandole como habia venido á cumplir lo prometido , para que suplicase á Don Juan de Austria mandase ir luego los caballeros que habian de tratar del negocio , significandole que ninguna cosa deseaban mas que paz , y volver al servicio de su Magestad , concediendoseles algunas cosas fuera de las contenidas en el bando. Luego que Don Juan de Austria supo la venida del Habaqui al Fondón de Andarax con los alcaydes Moros y Turcos , mandó que los caballeros diputados fuesen á ver lo que querian , y con ellos el dotor Marin , y los beneficiados Torrijos y Tamarin. Lo primero que trataron fue ponderar con arrogancia quan mal se podian guardar las prematicas, los daños que de ellas se les seguia , y los malos tratamientos que recebian de las justicias , y de los ministros executores de ellas. Quejabanse de no haberles guardado nada de quanto se habia asentado con ellos desde que se quisieron reducir al Marques de Mondejar , refiriendo lo de Alvaro Flores en Válor , lo de Villalta en Laróles, y las mugeres que habian tomado por esclavas en la Calahorra, yendose á reducir ; y mostraban mucho sentimiento de que llevasen á Castilla los Moriscos que no se habian alzado, diciendo, que si aquello se hacia con los que habian sido leales , qué podian esperar los rebelados. Finalmente dixeron , que su pretension era , que Don Juan de Austria nombrase personas de quien

quien ellos se fiasen, que recibiesen y amparasen á los que se fuesen á reducir, recogiendo á cada uno en su partido: que se diese paso libre á los de Berbería, porque como gente que habia venido á ayudarlos, querian que no se les hiciese daño por ninguna manera. Que se los ayudase para el rescate de las mugeres y hijos, y no se consintiese sacarlas de Castilla; y que darian luego todos los Christianos que tenian captivos en su poder: que los dexasen vivir en el reyno de Granada, y que volviesen los que habian metido la tierra adentro: que se les guardasen las provisiones que tenian antiguas, y que una vez perdonados y reducidos hasta aquel dia, habia de haber perdon general, sin que hubiese recurso contra ellos por ninguna persona. Esta relacion enviaron luego los caballeros comisarios con Hernan Valle de Palacios á Don Juan de Austria: el qual llegó al campo á media noche, y aquella mesma hora se juntó el consejo: y visto lo que pedian los Moros, se les respondió, que ante todas cosas traxesen poder de Aben Aboo, y de los otros caudillos, en cuyo nombre se venian á rendir, y que presentasen juntamente con él su memorial en forma de suplicacion, pidiendo lo que viesen que les convenia, tratando solamente de aquellas cosas que fuesen pertinentes. Y porque se entendió, que por falta de estilo no lo habian hecho, Juan de Soto, secretario de Don Juan de Austria, que tambien lo era del consejo, les envió la orden que habian de tener en lo que quisiesen pedir. Con este despacho volvió aquella noche Hernan Valle de Palacios al Fondon, y los Moros holgaron de hacerlo ansi. Y para que el negocio fuese mas acertado, suplicaron á Don Juan de Austria mandase á Juan de Soto, que fuese tambien á hallarse

en

en la conclusion de él, ofreciendose de volver luego con los poderes. Y con esto se partieron los unos y los otros, y el Habaqui prometió de hacer que dentro de ocho dias viniesen con los recaudos al mesmo lugar.

CAPITULO II.

Como volvieron los caballeros comisarios al Fondón de Andarax, y concluyeron el negocio de la reducion.

El Habaqui cumplió su palabra, y el viernes diez y nueve dias del mes de Mayo volvió al Fondón de Andarax, y con él los otros alcaydes, excepto Hernando el Galip, que maliciosamente de envidia de ver que hacian los caballeros Christianos mas cuenta del Habaqui que de él, no quiso volver con ellos. Sabida su venida en el campo, Don Juan de Austria mandó que fuesen luego las personas que habian intervenido en las platicas pasadas, y con ellos el secretario Juan de Soto, y Garcia de Arce. Los quales partieron el mesmo dia del campo, y encontrando en el camino diez Moros, que el Habaqui enviaba en rehenes, los entregaron á Don Martin de Argote, que con los caballos de su compañia iba haciendo escolta, y ellos pasaron adelante. Llegados al lugar del Fondón, el Habaqui presentó sus poderes, y hizo sus memoriales en la forma que Juan de Soto le dixo que habian de ir: y con ellos partió luego Hernan Valle de Palacios al campo, y los presentó en el consejo. Aquella noche quedaron los caballeros comisarios en buena conversacion con los Moros, y cenaron todos juntos; aunque se hubiera de convertir aquel placer en mayor desasosiego por la inadverten-

cia

cia de un capitan de caballos del campo del Duque de Sesa, llamado Pedro de Castro, que escribió una carta al Habaqui, con que los alteró á él y á todos los que habian venido á tratar del negocio de las paces, porque cierto en aquella coyuntura pudiera escusar los terminos de ella. Salian los escuderos del campo del Duque de Sesa á buscar de comer para los caballos, y desmandabanse tanto algunas veces, que llegaban hasta cerca de Andarax; y el Habaqui por quitar inconvinientes, entendiendo que hacia servicio, habia mandado pregonar en su campo, que ningun Moro fuese osado de hacerles daño, y habia escrito sobre ello al Duque, avisandole de la diligencia que habia hecho, para que mandase á los escuderos que no pasasen de ciertos limites que señalaba en la carta, porque hasta alli llegarian seguros. De esto hizo poco caso el Duque de Sesa, y Pedro de Castro, ofendido que hubiese tenido atrevimiento aquel Moro de querer poner limites á su capitan general, le respondió por su parte, que bien sabia él que todas las veces que el Duque habia querido pasear la Alpuxarra, lo habia hecho á pesar suyo y de todos los Moros de ella, y que lo mesmo haria de alli adelante, y otras palabras á este proposito. Esta carta acababa de recebir el Habaqui, quando Hernan Valle de Palacios entró por el lugar con la resolucion del consejo: el qual le llamó desde la ventana de su aposento, estando con él el Maleh, y Pedro de Mendoza, y Alonso de Velasco, tan indignados todos, que tenian acordado de matar á los comisarios, y no hablar mas en el negocio, entendiendo que quanto se trataba con ellos era engaño. Mas Hernan Valle los aplacó, mostrandoles el despacho que les traía; y con buenas razones los persuadió á que
no

no hiciesen caso de las palabras de Pedro de Castro, diciendoles, que confiasen de los caballeros que alli estaban, pues eran los mayores amigos que tenian, y tales, que ellos proprios los habian escogido para tratar con mayor confianza de su bien; y que mirasen que qualquiera desorden que hiciesen les seria tan dañosa, que jamas tornarian á enristrar su negocio, ni hallarian lugar de clemencia en su Magestad. El Habaqui le dió la carta para que la fuese á mostrar á Juan de Soto, y le prometió que no dexaria salir de aquel aposento á ninguno de los que con él estaban, hasta que los comisarios se juntasen. Los primeros que vieron la carta fueron Don Juan Enriquez, y Juan de Soto: los quales entraron luego en la posada del Habaqui, y enviando á llamar los compañeros, trabajaron tanto con él y con los otros alcaydes, que los pusieron en razon, y sin salir de alli concluyeron el negocio de esta manera. Que el Habaqui en nombre de Aben Aboo y de los otros, cuyos poderes tenia, fuese á echarse á los pies de Don Juan de Austria, pidiendo misericordia de sus culpas, y le rindiese las armas y la bandera; y que su Alteza los admitiria en nombre de su Magestad, y daria orden como no fuesen molestados, cohechados, ni robados, y enviaria á los que se reduxesen con sus mugeres y hijos y bienes muebles á las partes y lugares donde habian de vivir, porque no habian de quedar en la Alpuxarra. Con estas cosas y otras particulares que el Habaqui pidió para Aben Aboo, y para los amigos, y para sí mismo, que todas se le concedieron, partió aquel dia para los Padúles, llevando consigo á Alonso de Velasco y trescientos escopeteros, y fue á hacer la sumision á Don Juan de Austria en nombre de su Magestad.

En-

Entró en nuestro campo acompañado de los caballeros comisarios, y sus trescientos escopeteros Moros puestos en orden á cinco por hilera: á los quales tomaron en medio quatro compañias de infanteria que los estaban aguardando. Luego entregó la bandera de Aben Aboo por mandado de Don Juan de Austria á Juan de Soto, y él la cogió en el hasta; y pasando por medio de los esquadrones de la gente de á pie y de á caballo, que estaban puestos en sus ordenanzas tocando sus instrumentos de guerra, hicieron una hermosa salva de arcabuceria, que duró un quarto de hora. Estaba Don Juan de Austria en su tienda acompañado de todos los caballeros y capitanes del exercito, y llegando el Habaqui cerca, se apeó del caballo, y fue á echarse á sus pies, diciendo: "Misericordia, Señor, misericordia nos conceda vuestra Alteza en nombre de su Magestad, y perdon de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves"; y quitandose una damasquina que llevaba ceñida, se la dió en la mano, y le dixo: "Estas armas y bandera rindo á su Magestad en nombre de Aben Aboo y de todos los alzados, cuyos poderes tengo": y Juan de Soto arrojó á sus pies la bandera de Aben Aboo. Don Juan de Austria estuvo á todo esto con tanta serenidad, que representaba bien la magestad del cargo que tenia; y mandandole que se levantase, le tornó á dar la damasquina, y le dixo que la guardase para servir con ella á su Magestad, y despues le hizo mucha merced y favor. Los trescientos Moros se volvieron á Andarax, y el Habaqui quedó en el campo. Llevóle á comer á su tienda Don Francisco de Cordoba, y sobrecomida se trataron algunas cosas concernientes al bien de los negocios, que quedaron apuntadas. Otro dia le lle-

llevó á comer el Obispo de Guadix , que no holgó poco de verle con demostracion de arrepentimiento , y contento de haber hecho aquel servicio á Dios y á su Magestad. Y á veinte y dos de Mayo volvió á la Alpuxarra á dar cuenta á Aben Aboo y á los otros caudillos de lo que dexaba efetuado. Este mesmo dia partió Don Juan de Austria de Padúles , y se fue á poner en Codbaa de Andarax.

CAPITULO III.

Como Don Antonio de Luna fue á despoblar los lugares de la sierra de Ronda.

La ciudad de Ronda , que los Moros llamaron Hizna Rand , que quiere decir castillo del laurel , está en la parte mas occidental del reyno de Granada : fue fundada por los Alarabes sectarios en lugar algo apacible, aunque rodeada de asperisimas sierras , donde se acaba la sierra mayor. A poniente tiene los terminos de las ciudades de Gibraltar , Xerez de la frontera y Sevilla; al cierzo los lugares de la tierra llana de Andalucía ; al mediodia la de Marvella, y al levante la de Malaga. Su sitio es fuerte por naturaleza , porque la rodea por las tres partes una muy honda cava de peña tajada : por la qual corre un rio, que la mayor parte de él nace debaxo de la puente de la mesma cava : la demas que viene por aquel lugar son juntas de arroyuelos que baxan de las sierras , y se secan á tiempos en el año ; por manera que la verdadera fuente está debaxo de la propria ciudad , donde no se le puede quitar por cerco el agua. Donde no la cerca la cava ni el rio , que es entre ponien-

niente y mediodia, la fortalece un castillo, bastante defensa para guardar aquella entrada. Sus terminos son fertiles, vestidos de arboledas, de olivares y de viñas; y tiene grandes montes para cria de ganados, y muy buenas tierras para sembrar pan. Los lugares de su jurisdicion son muchos, están metidos en los valles de las sierras, donde corren aguas frescas y saludables de fuentes y de rios que nacen en ellas. Atraviesa por esta tierra de levante á poniente la sierra mayor con nombre de Sierra bermeja; aunque los moradores la llaman diferentemente, conforme á las poblaciones que están en ella. Su principio es en la sierra de Arbóto cerca de Ístan, y fenece en Casáres y Gausín, ultimos pueblos del Havarál, ó algarbe de Ronda, que está á poniente de aquella ciudad. El rio que sale de la cava llaman al principio Guadal Cobacín; y quando va mas abaxo, Guadiaro: y con este ultimo nombre se mete en la mar entre Gibraltar y la torre de la Duquesa, llevando consigo las aguas de otros rios que le acompañan. Sobre Igualeja, que es el mas alto lugar de esta sierra, nace otro rio que corre por el valle del Havarál, donde hay muchos lugares de una parte y otra de él, y le llaman Genal. El primer lugar que está en la ladera á mano derecha es Paráuta, luego Cartagíma, Xúscar, Faraxám, Pandeyre, Atajáte Benadalíd, Benalabría, Benamaya, Algatucín, Benarrabá y Gausín, donde fenece el Havarál. En la otra ladera de la mano izquierda están Puxérra, Moclon, Jubríque, Rotíllas, Benaméda, Ginalguacíl, Benestepár y Casáres, que está en el parage de Gausín. En Xúscar hay una torre antigua labrada de quatro esquinas, que sirve de campanario en la iglesia, que en tiempo de Moros fue mezquita: la qual con

fuerza de un hombre puesto sobre el pretil alto , donde está la campana, se menea tanto, que se tañe sin llegar á ella. No hallamos quien nos dixese la causa de su movimiento ; mas puesto arriba consideré , que es la delicadeza de la fabrica; y ansi dicen unas letras arabes que están en ella , que la hizo el maestro de los maestros del arte de albañileria. Volviendo á nuestro proposito, el rio corre siempre á poniente hasta llegar á Casáres, y alli vuelve hácia mediodia ; y dexando á mano izquierda aquella villa , se va á meter en la mar entre Gibraltar y Estepona. Vadeanse estos dos rios por todas partes, sino es dos ó tres leguas de la mar que Guadiaro se pasa en barca. Casáres y Gausín son villas fuertes por naturaleza de sitio. Casáres está cercada de una cava de peña tajada de la manera que Ronda , y tambien Gausín ; aunque la cava no es tan alta, y en tiempo de Moros era la llave del Havarál. Otra serrania está tres leguas desviada del Havarál á la parte del cierzo, que llaman de Villaluenga : la qual solia ser de Ronda , y agora es de señorío , y en ella hay siete villas. Esta sierra es alta y prolongada , y tiene cinco leguas de largo del norte á mediodia. Tornando pues á la parte de levante de Ronda, donde llaman la Xarquia , encima de la villa de Tolóx, que es de la hoya de Malaga, quatro leguas de la mar , está la Sierra blanquilla, mas alta que otra del reyno de Granada , fuera de la Sierra nevada: en la qual están las fuentes de tres rios. El uno es Rio verde, que , como diximos en la descripcion de Marvella , corre hácia aquella parte. El otro llaman Rio grande, sale entre Tolóx y Yunquera , y por baxo de Alozayna pasa á Casapalma ; y juntandose con el rio que baxa de Álora , va á entrarse en la mar una legua á po-

poniente de Malaga, junto á Churriana. El tercero rio, que baxa de Sierra blanquilla, nace á la parte del Burgo; y pasando junto á la villa, va al castillo de Turón, fortaleza importante quando la tierra estaba por los Moros, y á la villa de Hardáles; y juntandose con él otros rios en unas sierras, se va á despeñar entre dos peñas tajadas de grandisimo altor, que está media legua abaxo de la junta, donde llaman el despeñadero: alli entra el rio por una angostura ó gollizo muy largo, donde antiguamente estaban dos grandes poblaciones, cuyas reliquias se ven el dia de hoy apartadas media legua del rio, la una hácia el mediodia, y la otra hácia el norte. La de mediodia llaman los modernos Villaverde, y la otra Abdelagíz, donde está una poblacion pequeña, que corruptamente llaman Audalaxíx. De alli va el rio á Álora, y en Casapalma, dos leguas mas abaxo, se junta con el Rio grande que diximos. Estando pues su Magestad y los de su consejo resueltos en que se despoblasen todos los lugares de Moriscos de paces, que estaban por alzar en el reyno de Granada, para que los alzados acabasen de perder la esperanza que en ellos tenian, y se rindiesen, ó deshiciesen presto; aunque con la ocasion de la reducion, que se trataba en Andarax, habia Don Juan de Austria suspendido la saca de los de Guadix y Baza, no se asegurando de los de la serrania y Havarál de Ronda, por haber algunos levantados en aquellas sierras, mandó á Don Antonio de Luna que valiendose del corregidor de aquella ciudad, y de Pedro Bermudez de Santis, á cuyo cargo estaba la gente de guerra de la guardia de ella, y de los corregidores de las otras ciudades comarcanas, con el mayor numero de gente que pudiese fuese á sacarlos de alli, y los llevase la tierra

ra adentro á los lugares de Andalucía, y hácia la raya de Portugal, con la menor molestia que fuese posible, porque no tuviesen ocasion de resistir el mandato y orden que se le daba. Para este efeto partió Don Antonio de Luna de Antequera, donde habia venido Pero Bermudez de Santis á comunicar la jornada con él á veinte de Abril; y llevando dos mil infantes y sesenta de á caballo, fue á la ciudad de Ronda, donde cumplió el numero de quatro mil infantes y cien caballos: luego puso en execucion la orden que llevaba. Y á un mesmo tiempo juntó Arevalo de Zuazo la gente de su corregimiento, y fue á despoblar á Monda y á Tolóx, que confinan por aquella parte con la serrania de Ronda, ansi porque no habia mucha seguridad de los Moriscos que moraban en ellos, como para tomar el paso á los de la hoya y Xarquia, en caso que quisiesen hacer alguna novedad. Siendo avisado Don Antonio de Luna, que para el buen efeto del negocio convendria ocupar ante todas cosas la parte alta de la sierra, antes que los Moriscos entendiesen lo que se iba á hacer, mandó á Pero Bermudez de Santis, que con quinientos soldados se fuese á poner en el lugar de Xubríque, sitio á proposito para asegurar las espaldas á los que habian de ir á despoblar los otros lugares del Havarál. Hecho esto, repartió las compañias, dandoles orden, que á un tiempo y en una hora los encerrasen en las iglesias, y los comenzasen á sacar. Partieron á las ocho de la mañana, no pareciendo cosa conveniente ir de noche por la aspereza de los caminos poco conocidos; y los Moros, que estaban sospechosos y recatados, en descubriendo nuestra gente se subieron con sus armas á la sierra, dexando las casas, las mugeres, los hijos y los ganados á dis-

discrecion de los soldados : los quales como gente visoña y mal disciplinada comenzaron á robar y cargarse de ropa, y á recoger esclavos y ganados, hiriendo y matando sin diferencia á quien en alguna manera daba estorvo á su codicia. Viendo los Moros esta desorden, movidos de ira y de dolor baxaron de la sierra, y acometiendo á los que andaban embebecidos en robar, los desbarataron. Creció esta desorden con la escuridad de la noche, y como algunos soldados desamparasen la defensa de sí y de sus banderas, Pero Bermudez, dexando alguna gente en la iglesia de Genalguacil en guardia de las mugeres, niños y viejos que tenia alli recogidos, tomó fuera del lugar un sitio fuerte donde guarecerse. Entraron los Moros determinadamente por las casas, y cercando la iglesia, la combatieron; y sacando los que habia dentro, le pusieron fuego, y la quemaron, y á los soldados, sin que pudiesen ser socorridos. Luego acometieron á Pedro Bermudez : el qual se defendió animosamente, y al fin le mataron quarenta soldados; y quedando muchos heridos de una parte y de otra, se recogieron los enemigos á la sierra. Vista la desorden, y el poco efeto que se habia hecho, retiró Don Antonio de Luna las banderas con obra de mil y quinientos soldados, bien cargados de Moriscas, y de muchachos, y de ropa y ganados, que vendian despues en Ronda, como si fuera presa ganada de enemigos. Luego se deshizo aquel pequeño campo, yendose cada uno por su parte, como lo suelen hacer los que han hecho ganancia, y temen por ella castigo; y Don Antonio de Luna, dando licencia á la gente de Antequera, y enviando los Moriscos, que habia podido recoger, la tierra adentro, sin hacer mas efeto partió para Sevilla, donde habia su

Ma-

Magestad ido aquellos dias, á darle cuenta de sí, y del suceso, porque los de Ronda y los Moros le cargaban culpa: los unos diciendo, que habiendo de dar al amanecer sobre los lugares, habia dado en ellos alto el sol, y dividido la gente en muchas partes; y que habia dado confusa la orden, dexando en libertad á los capitanes y oficiales. Y á los otros, que habia quebrantado el seguro y palabra Real, que tenian como por religion: y que estando resueltos en obedecer lo que se les mandaba, les habian robado las casas, las mugeres, los hijos y los ganados; y que no les quedando mas que las armas en las manos, y la aspereza de las sierras, se habian acogido á ellas por salvar las vidas. Y que todavia estaban aparejados á dexarlas, y volverian á obediencia, tornandoles las mugeres, hijos y viejos que les habian llevado captivos, y la ropa que con mediana diligencia se pudiese cobrar. A lo primero decia Don Antonio de Luna haber repartido la gente como convenia en tierra aspera y no conocida; que si caminára de noche, fuera repartir á ciegas, y llevarla desordenada y deshilada de manera, que facilmente pudiera ser desbaratada, por estar los enemigos avisados, saber los pasos, y serles la escuridad de la noche favorable. Y á lo segundo, aunque parecia no ir los Moros fuera de razon, eran tantos los interesados, que por solo esto fueron habidos por enemigos, no embargante la demostracion de haberse movido provocados y en defensa de sus vidas: por manera que las razones de Don Antonio de Luna fueron admitidas, y se dió culpa á la desorden de los soldados. Y en efeto no sirvió esta jornada mas que para acabar de levantar aquella tierra, y dexarla puesta en arma.

En

En este tiempo Arevalo de Zuazo llegó á la villa de Tolóx con la gente de su corregimiento, y mandó encerrar los Moriscos de aquella villa en la iglesia con alguna manera de quietud; mas teniendo puestas guardas alderredor de la villa, los soldados se descuidaron, y tuvieron muchos Moriscos lugar de irse á la sierra con sus mugeres y hijos; y recogiendo el ganado que tenian en ella, fueron á juntarse con los demas alzados que andaban á la parte del Rio verde. Despoblada aquella villa, dexó en ella al capitan Juan de Paxariego con ciento y treinta hombres, mientras se recogian los bienes muebles: el qual siendo avisado cômo los Moros, que habian huido á la sierra, tenian mas de tres mil cabezas de ganado, y muchas mugeres y niños, y que se podrian desbaratar facilmente, por ser gente desarmada, juntó ciento y veinte hombres de Alhaurin y de Alozayna, y de otros lugares, que andaban avéntureros, y fue á buscarlos; y llegando al puerto de las Golondrinas, vieron el ganado cabrio en unas ramblas, junto á la majada que dicen de la Parra, con tres Moros que lo andaban guardando. Habian los enemigos puesto alli aquel ganado de industria, quando vieron ir los Christianos, y puestose en emboscada; y como el capitan hiciese alto en un cerrillo, y enviase quatro mozos ligeros que lo recogiesen, salieron de la emboscada dando grandes alaridos, y á gran priesa subieron á tomar los puertos mas altos para revolver sobre ellos. Viendo esto algunos temerosos Christianos dieron á huir, que no bastaban los ruegos del capitan, ni del alferez, ni de los otros oficiales á detenerlos, ni las amenazas que les hacian. Algunos hombres de vergüenza repararon, y comenzaron á hacer un esquadron mal or-

denado, porque ya los enemigos venian tan cerca, que no tuvieron lugar de poderlo formar: y fueron acometidos con tanta determinacion, que los rompieron; y matando siete Christianos, hirieron treinta; y les hicieron pedazos el tafetan de la bandera, y la caxa del atambor. Yendose retirando de esta manera, llegaron á la loma de Corona, que es una cordillera alta que da vista á todas aquellas sierras: y alli salió otra manga de Moros, que los fue cercando; y renovando la pelea, mataron otros quatro Christianos, y hirieron veinte. Y como ya estuviesen cansados y faltos de municion, se arrojaron la sierra abaxo, que es fragosa, y sin arboleda: y los Moros yendo á la parte alta, echaban á rodar sobre ellos peñas y piedras grandes con que los iban apocando. Quedabase atras el capitan Paxariego metido entre unas matas, y un hijo suyo volvió animosamente en busca de su padre; y pasando por medio de los enemigos con catorce soldados, llegó al lugar donde estaba, y le retiró. Y sin duda se perdieran todos, si el capitan Luis de Baldivia, vecino de la ciudad de Malaga, no los socorriera con veinte caballos, y la gente de á pie que habia en Tolóx: el qual los retiró, y llevando los heridos á curar á Alozayna, dexaron á Tolóx despoblado. Idos los Christianos de alli, los Moros baxaron luego á la villa, y quemaron la iglesia y las casas de los Christianos que vivian entre ellos.

CA-

CAPITULO IV.

Como el Habaqui volvió al campo de Don Juan de Austria con resolucion, y se dió orden á los caballeros comisarios que habian de recoger los Moros que viniesen á reducirse.

El dia de Corpus Christi, que fue este año á veinte y cinco de Mayo, volvió el Habaqui al campo de Don Juan de Austria con resolucion de lo que se habia platicado con él, y con el consentimiento de Aben Aboo, y de los otros caudillos principales de los alzados, y de los Turcos, y especialmente de la gente comun, que no deseaban cosa mas que verse en quietud. Y porque á la hora que llegó, andaba la procesion del santisimo Sacramento, salieron á entretenerle, mientras se ácababa, Don Hernando de Barradas y Hernan Valle de Palacios: los quales estuvieron con él hasta que se acabó la fiesta, que fue muy solene, porque anduvo la procesion por una calle hecha de alamedas y frescuras alderredor de la tienda, donde se ponia el altar para decir misa, estando los esquadrones de la infanteria y la gente de á caballo de un cabo y de otro con sus banderas tendidas tocando los instrumentos de guerra, y se hicieron tres salvas de arcabuceria, que duró cada una un quarto de hora. Iban en la procesion el Obispo de Guadix con los clerigos y frayles que habia en el campo, y todos los caballeros, capitanes y gentiles hombres con hachas y velas de cera ardiendo en las manos. Llevaban las varas delanteras del palio del santisimo Sacramento Don Juan de Austria y el Comendador mayor de Cas-

tilla, y las traseras Don Francisco de Cordoba y el licenciado Simon de Salazar, alcalde de la casa y corte de su Magestad. Cierto era cosa de ver el abatir de los estandartes y banderas, las gracias que todos daban al Soberano, loando su infinita bondad y misericordia en aquel lugar, donde tantas abominaciones y maldades habian cometido los hereges rebeldes contra la Magestad divina y humana. Aquel dia predicó un frayle de San Francisco: el qual con muchas lagrimas alabó á nuestro Señor, por tan gran bien y merced como habia hecho al pueblo Christiano en traer aquellas gentes á conocimiento de su pecado: y sobre esto dixo hartas cosas con que se consoló la gente. Acabada de solenizar la fiesta de este dia el Habaqui entró en el campo, y se le dieron luego los recaudos que hacian al caso para el despacho de su negocio, y un bando firmado de Don Juan de Austria en confirmacion del pasado con algunas declaraciones y prorogacion de tiempo. Dieronse comisiones á los caballeros comisarios, á cuyo cargo habia de ser el recoger los Moros que se viniesen á reducir, para que fuesen luego á los partidos donde habia de estar cada uno. A Don Juan Enriquez se cometió lo de Baza y su hoya, rio de Almanzora, sierra de Filábres y tierra de Vera; á Don Alonso de Granada Venegas todo lo de la Alpuxarra, sierra, vega de Granada, taa de Órgiba, costa de la mar, valle de Lecrin y rio de Alhama; á Don Hernando de Barradas lo de Guadix, la Peza, Fiñana, Abla, Lauricena, Guénija, Dílar, Ferreyra, y la Calahorra; á Don Alonso Habiz Venegas lo de Almería y su rio; á Juan Perez de Mesqua lo del Déyre, Elquíf, Lanteyra y Xériz; y á Tello Gonzalez de Aguilar y Hernan Valle de Palacios se man-

mandó recoger todos los que viniesen á reducirse al campo de Don Juan de Austria. Y porque Hernando el Darra y los de la sierra de Bentomíz trataban tambien de rendirse, y habian enviado á Don Alonso de Granada Venegas dos Moriscos llamados Gonzalo Gaytan, vecino de Competa, y Jorge Abul Hascen, vecino de Canilles, por toda la sierra, se envió comision á Arevalo de Zuazo, para que él y Alonso Velez de Mendoza, vecino de Velez, los recogiesen. La orden que se les dió á todos fue, que los dexasen ir á morar en las partes y lugares donde pareciese que habia mas comodidad á su libre voluntad, con que fuese en tierra llana fuera de las sierras, y apartados de la costa de la mar todo lo que fuese posible, haciendo lista de todos los hombres de quince años arriba, y de sesenta abaxo, con relacion del dia en que se reducian, de las armas que entregaban, y del lugar donde querian ir á vivir; y que les dexasen vender ó llevar los bienes muebles, sin que se les pusiese impedimento en ello. Ofrecióse el Habaqui á reducir tambien los de la serrania de Ronda y Marvella que anduviesen alzados; y con animo de ir encaminando luego los de la Alpuxarra, diciendoles adonde habian de acudir, y por qué caminos habian de ir seguros, se partió del campo con orden de embarcar los Turcos y Moros Berberiscos que andaban en la tierra, y enviarlos á Berbería: cosa que aunque al parecer era aspera de sufrir, bien considerado fue importante para quitar á los alzados la esperanza que de su socorro tenian, y quien los pudiese persuadir á que no se reduxesen; porque aunque eran pocos, podian mucho en este particular, y era una cosa en que el Habaqui habia hecho instancia, por quitar este inconviniente que podia in-

interromper su negocio ; aunque tambien le debió de mover á ello haberlos traido él de Argel , y por ventura persuadidolos á que se volviesen con ganancia y seguridad antes que todo se perdiese.

CAPITULO V.

Como Don Alonso de Granada Venegas fue á verse con Aben Aboo.

Habia de ir Don Alonso de Granada Venegas á ponerse en Otúra , lugar de la vega de Granada , para recoger los Moros que viniesen á reducirse de su partido; y porque diese esperanza á Aben Aboo de todo lo que el Habaqui le habia dicho , Don Juan de Austria le mandó que hiciese camino por el Alpuxarra , y fuese á verse con él , y que de su parte le dixese la merced que en nombre de su Magestad le hacia , y como condoliendose de verle embarazado en cosa tan fuera de su buena inclinacion , entendiendo su inocencia y sencillez, como se lo habia significado el Habaqui , le habia tomado debaxo de su proteccion y amparo para suplicar á su Magestad , como se lo suplicaria , que le hiciese toda merced y favor. Y que debaxo de esto podria estarse en su casa sin salir de ella ; pues aunque se ordenaba á los demas , que estaban en la Alpuxarra , que saliesen , no se debia esto entender con su persona , ni con algunos particulares de los que él quisiese nombrar, teniendo por cierto que haria el servicio que habia ofrecido. Y porque llevaba tambien orden de ir á Mecina de Bombarón á recoger las armas de todos los que se reduxesen , y enviarlas á Granada , se mandó, que en este par-

particular no hiciese novedad con Aben Aboo, pues ya el Habaqui habia hecho el auto de sumision con poder suyo. Peligrosa comision era la que Don Alonso de Granada Venegas llevaba entre gente barbara indignada, y holgára harto poder escusar aquel camino, temiendo algun desatino de quien tantos habia hecho: con el qual venia á desbaratarse el negocio. Y diciendolo ansi á Don Juan de Austria, el animoso principe le respondió, que no habia que parar en el peligro, porque en los grandes hechos grandes peligros habia de haber. Viendo pues Don Alonso Venegas la determinacion de Don Juan de Austria, domingo á veinte y ocho de Mayo á mas de las quatro de la tarde partió de Codbaa de Andarax; y llevando consigo al beneficiado Torrijos, y al alferez Serna, y otras once ó doce personas, llegó á puesta de sol á Alcoléa, donde estaba Pedro de Mendoza el Xoaybi, que le salió á recebir con dos de á caballo y cincuenta arcabuceros y ballesteros. Quedó alli aquella noche, y no quiso pregonar el bando que llevaba, por ser el distrito de otro comisario; mas dixo de palabra á los vecinos las partes donde habian de ir á rendirse, la seguridad con que lo podian hacer, la confianza del buen acogimiento que hallarian en todos los caballeros que estaban diputados para aquel efeto, y lo mucho que les convenia reducirse con brevedad. Los Moros forasteros de Granada y de otras partes, que estaban en el lugar, mostraron estar en el cumplimiento del bando llanos; mas los de la tierra sentian mucho haber de dexar sus casas: y con todo eso le dixeron, que harian lo que se les mandaba. Y porque se temian de ir con sus mugeres y hijos y ropa por entre los monfis, le rogaron que escribiese á Don Juan de Austria,

que

que, como el Habaqui tenia comision de poder traer gente, la tuviesen algunos particulares, como Pedro de Mendoza el Xoaybi, y otros, que asegurasen los caminos, y los acompañasen hasta ponerlos en salvo: el qual les dixo que lo haria ansi, y les avisó, que ninguno fuese al campo sin orden: y que llevandola, entrasen de dia, y no de noche, por el inconviniente que podria haber. Otro dia de mañana partió de Alcoléa, y llegó á Albacete de Uxixar, donde fue bien recebido, y mandó pregonar y fixar el bando en una puerta; y diciendo á los Moros, que halló en el lugar, lo que habia dicho á los de Alcoléa, fue por el camino derecho á Cádiar, donde supo que le aguardaban Aben Aboo y el Habaqui. Y era verdad que le habian estado aguardando el domingo, y se lo habian enviado á decir ansi; y porque el mensagero no habia tornado con la respuesta, se habian vuelto á Mecina de Bombarón, y enviaron á Alonso de Velasco con seis de á caballo el camino adelante que le fuese á encontrar: el qual le topó media legua de aquel cabo de Uxixar, y se fue con él á Cádiar. Habia en aquel pueblo mucha gente de Cogóllos, y de los lugares de la vega y sierra de Granada, que le recibieron con mucho contento, y le aposentaron y regalaron mucho, regocijandose todos con la nueva de las paces. Aquel mesmo dia vinieron á Cádiar Aben Aboo y el Habaqui con trescientos Moros escopeteros, y cincuenta Turcos, y se fueron á apear á la posada de Don Alonso de Granada Venegas; y apartandose con ellos el beneficiado Torrijos, toda la platica de Aben Aboo fueron descargos, dando á entender, que no habia tenido culpa en el levantamiento; antes habia amparado á los Christianos de su lugar, y defendido á los al-

alzados que no quemasen la iglesia, aconsejandoles que no hiciesen semejante maldad. Que despues de esto habia sido de los primeros que se habian reducido al Marques de Mondejar, y hecho que se reduxesen otros muchos: que por fuerza y contra su voluntad habia aceptado el cargo de la gobernacion de los Moros; y que siendo Christiano de corazon, no habia permitido que se hiciesen crueldades en los Christianos captivos, y habia comprado los que habia podido, á fin de que no los matasen. Y ultimamente concluyó con decir, que venia alli á que Don Juan de Austria hiciese de él, y de sus armas, y de todo lo demas lo que fuese servido: y que ordenandosele, iria con los de la Alpuxarra donde se le mandase; aunque le parecia que serviria mas en encaminar la gente á sus distritos, sin que hubiese desorden que pudiese impedir lo que tanto deseaba; y en hacer embarcar los Turcos y Moros Berberiscos, que era la cosa que de presente mas cuidado le daba, por ser gente tan ocasionada para qualquier mal efeto, y tan desconfiados que dañaban á los demas, de cuya causa los traía consigo á fin de no dexarlos desmandar, por ser mozos, y los que mas mano tenian en la tierra con los malos: y que desde el dia que su Magestad habia abierto la puerta de la misericordia, habia hecho quanto habia podido para dar á entender á los alzados lo mucho que les importaba reducirse, aunque habia tenido hartas contradiciones en ello. Con estas y otras cosas que Aben Aboo decia, daba á entender que tenia voluntad de reducirse; mas no se asegurando de sus mesmas culpas, como si tuviera el cuchillo á la garganta, temia la muerte. Don Alonso de Granada Venegas le dixo, que Don Juan de Austria estaba muy satisfecho de su per-

sona , y que se diese priesa en concluir aquel negocio, que era lo que mas le convenia para su quietud y descanso : pues, como el Habaqui le habia dicho , el dexar la tierra y las armas no se entendia con su persona , ni con algunos de los que él nombrase. Con estas y otras razones que le dixo , quedó Aben Aboo al parecer algo mas asegurado , y prometió de hacer todo quanto Don Juan de Austria le mandase : solamente pidió á Don Alonso de Granada Venegas , que no tratase de recoger las armas , como se lo mandaba por su instrucion , diciendo que la gente que traía consigo era para servir á su Magestad , y hacer el efeto que tenia prometido. El qual holgó de ello , y le dixo, que no habia ya para que traer banderas ni otra insignia : y en su presencia las mandó luego Aben Aboo quitar : y con esto se volvió aquel mesmo dia á Mecina de Bombarón.

CAPITULO VI.

Como Don Alonso de Granada Venegas avisó á Don Juan de Austria de lo que habia pasado con Aben Aboo.

Estuvo Don Alonso de Granada Venegas en Cádiar dos dias inquiriendo las voluntades de aquellas gentes; y aunque no hizo pregonar publicamente el bando, porque Aben Aboo le rogó que lo suspendiese hasta que los Turcos fuesen embarcados , no dexó de hacer mucho efeto divulgandolo de palabra , y asegurando á los que se fuesen á reducir. Y luego avisó á Don Juan de Austria , y particularmente como el Habaqui decia , que estaban ya los Turcos apunto para embarcarse en sabiendo que habia navios en que poderse ir. Y que conve-

venia mucho despacharlos con brevedad, porque no alterasen la tierra; porque andaban diciendo, que los Christianos debian de tratar como meterlos á todos juntos en parte donde los pudiesen degollar en una hora; y que pedian navios de remos en que pasar, no se asegurando en otros de otra suerte. Avisó mas, que seria bien que se hallase presente al embarcar alguna persona particular, que tuviese cuenta con que no llevasen Moriscas, ni Moros de la tierra, ni Christianos captivos, ni otras cosas de las que estaban prohibidas: y porque la ocasion de los Christianos, que tenian captivos no los entretuviese, procurando embarcarlos á escondidas en fustas, ó en otros navios, fuese servido mandar enviar algun dinero que se les diese por ellos, pues Aben Aboo y los otros alzados no los rescataban, ni tenian con que poderlo hacer: y el Habaqui se ofrecia á concertarlos en muy poco precio. Hechas estas diligencias, y otras que parecieron convenir al bien del negocio, Don Alonso de Granada Venegas pasó á la vega de Granada; y haciendo su asiento en Otúra y en Zúbia, comenzó á recoger los que se iban á reducir, que fueron muchos; repartialos por los lugares como iban viniendo; asegurabalos, y proveíalos de bastimentos: todo esto con grandisimo trabajo por las desordenes de nuestra gente, que salian á los caminos, y los mataban y robaban, y hacian esclavas las mugeres, escondiendolas, y llevandolas á vender la tierra adentro. No fue menor inconviniente el que hubo en los otros partidos, donde por la mesma orden los recogian los otros caballeros comisarios, sin que se pudiese reparar ni remediar, aunque algunos soldados fueron castigados exemplarmente; y su Magestad envió á mandar á los corregidores de las

ciudades, y á los cabos de la gente de guerra, que diesen orden como no recibiesen agravio, y fuesen bien tratados los que se viniesen á reducir, castigando á los transgresores.

CAPITULO VII.

De algunas entradas que los capitanes hicieron estos dias en diferentes partes del reyno contra los que no se iban á reducir.

Tenian orden general los capitanes de la gente de guerra, en que les mandaba que no cesasen de correr la tierra á la parte que sintiesen haber Moros de guerra, para quitarles los mantenimientos, necesitandolos á que con hambre se diesen priesa á reducir. Mandandoles asimesmo, que no hiciesen correrias, porque no se siguiese algun estorvo ó inconviniente, que interrompiese lo que estaba asentado con ellos; mas esto se disimulaba con los que las hacian en parte donde andaban Moros inobedientes. Con este calor se hicieron muchas entradas entre paz y guerra en diferentes partes del reyno: algunas de las quales pornemos en este capitulo, porque fueron espuelas para traer á obediencia la mayor parte de los alzados, aunque lo pudieran ser para lo contrario. Habia enviado el Presidente Don Pedro de Deza desde Granada una gruesa escolta con muchos bagages cargados de bastimentos á Guadix con Bartolomé Perez Zumel y Geronimo Lopez de Mella: los quales de vuelta fueron por encima del lugar de la Peza á dar á Valdeinfierno sobre Guéjar, donde sabian que se habian recogido muchos Moros con sus mugeres, hijos y ga-

ganados ; y llegando de improviso sobre ellos , captivaron sin resistencia ciento y trece personas , y les tomaron mucha cantidad de ganado. Eran los nuestros seiscientos infantes y çien caballos , y no osando aguardar los Moros , dieron á huir por aquellas sierras. Fue de mucho efeto el daño que se les hizo este dia , porque la mayor parte de los que huyeron fueron luego á reducirse , pareciendoles , que pues los habian ido á buscar en aquella umbria , ternian poca seguridad en otra parte. Y porque se averiguó que de alli baxaban á correr á Guéjar , y hacian otros daños , fueron dados por esclavas las personas que captivaron. Don Diego Ramirez y Don Alonso de Leyva fueron en este tiempo con la gente de Motril y Salobreña , y alguna de las galeras al lugar de Itrabo , donde habia muchos Moros juntos ; mas hicieron poco efeto , porque fueron avisados, y huyeron á la sierra. Supieron que estos y otros muchos se habian puesto en Pinillos de Rey seis leguas de Salobreña y cinco de Granada ; y avisando á Don Juan de Austria , como estando reducidos los de Restábal y Melexíx alli cerca , se estaban quedos ellos , confiados en la aspereza del sitio de aquel lugar , les mandó que fuesen en su busca ; y sin tocar en los lugares reducidos , porque no se alborotasen , procurasen destruirlos. Con esta orden , y con dos mil infantes y cien caballos partieron nuestros capitanes de Salobreña una tarde , y fueron aquella noche á la garganta del dragon , que es una angostura de peñas muy larga , por donde el rio de Motril sale al lugar de Patáura y á la mar. Otro dia pasaron á Velez de Ben Audalla , donde tuvieron aviso del alcayde de la fortaleza , como andaba por alli un capitan Moro llamado Moxcalan , que hacia mucho da-

ño

ño con una quadrilla de Moros forasteros y naturales de la tierra : el qual venia de ordinario á las casas del lugar, y hablaba con los soldados, y les decia que se queria reducir. Con este aviso acordaron los capitanes de detenerse alli aquel dia puestos en emboscada hasta que fuese tarde, para ir á amanecer sobre Pinillos; mas el Moro que habia estado en atalaya, y vistolos partir de la boca del rio, baxó luego á la angostura; y encontrando tres soldados que venian de Motril en busca de nuestra gente, mató al uno, al otro captivó, y el tercero fue huyendo, y dió rebato en Velez de Ben Audalla á nuestra gente. Entendiendo pues los capitanes, que el captivo habria descubierto á los Moros el desinio que llevaban, mandando tocar las caxas, á gran priesa recogieron la gente, y caminaron la vuelta de Pinillos, pensando poder llegar á dar sobre el lugar, antes que el Moxcalan avisase; mas aprovechó poco su diligencia, porque los Moros estaban ya avisados, y se habian comenzado á ir. Don Diego Ramirez puso la caballeria á la parte alta para tomarles el paso de la sierra; y con la infanteria cercó el lugar por las otras partes, donde habia dispusicion de poderle cercar, porque está en un sitio muy fragoso; y á la parte baxa, que cae sobre el rio de Melexíx, tiene grandes barranqueras y despeñaderos. Era tanta la gente que habia en este lugar, que aunque fueron avisados, no se pudieron poner todos en cobro : la mayor parte de ellos, los quales salieron tarde, y acudieron hácia la sierra, dieron en manos de la caballeria, y se perdieron : los otros se arrojaron por aquellas barranqueras abaxo con sus mugeres y hijos, y fueron á meterse en Restábal y en Melexíx, que, como diximos, estaban de paces, y alli se guarecieron, porque

que Don Diego Ramirez no consintió que los soldados pasasen adelante. Ochenta Moras, que no pudieron descabullirse, fueron captivas, y dadas por esclavas: toda la demas gente que alli habia se reduxo luego, y dexando saqueado el lugar, con muchos bagages cargados de ropa volvió la gente á Salobreña. Estaba en lo de Almuñecar otro Moro llamado Cacem el Mueden, que en la furia de la guerra traía ochocientos hombres de pelea, la mayor parte de ellos escopeteros, y habia hecho mucho daño por toda aquella comarca, corriendo la tierra hasta las puertas de la ciudad: el qual viendo que le iba dexando la gente para irse á reducir, habia recogidose en la sierra de Mínjar con ciento y cincuenta Moros y las mugeres, y de alli salia algunas veces á hacer saltos. De esto fue avisado Don Diego Ramirez, y con cien soldados de los que tenia en Salobreña, y cincuenta que Don Luis de Baldivia le envió de Motril, y doce de á caballo, partió una tarde de Salobreña, y fue á ponerse antes que amaneciese bien cerca de donde estaban los Moros metidos en una rambla; y para tomarles los pasos, por donde se le podian ir, hizo tres partes de la gente. Los soldados de Motril mandó que se adelantasen, y fuesen á ocupar un paso por donde de necesidad los enemigos habian de salir á tomar las otras sierras: y cincuenta de los de Salobreña envió por la cordillera de la propria sierra, que fuesen siempre á caballero, y acudiesen á la parte donde viesen que podian hacer mejor efeto; y con los otros cincuenta soldados y los doce caballos se puso él en la boca de la propria rambla, que sola aquella entrada tenia por llano. Siendo pues ya claro el dia, los Moros descubrieron la gente que iba por la cordillera de la sierra; y reco-

conociendo ser Christianos, dieron rebato al Mueden, que estaba muy de su espacio almorzando con las mugeres: el qual viendo que le tenian tomada la sierra, y que la importancia de su negocio consistia mas en tomar la aspereza de los montes, que en hacer armas, dixo á los compañeros que le siguiesen; y tomando una vereda en la mano, comenzó á subir la sierra arriba, hácia donde estaban los cincuenta soldados de Motril, llevando consigo las mugeres. Tenia este Moro una cueva muy secreta junto á la vereda por donde iba, metida entre unas peñas, y la boca de ella salia entre unas matas tan espesas, que por ninguna manera se podia ver; y emparejando con ella, dexó pasar toda la gente adelante: y haciendo que las mugeres se metiesen dentro, quebrandose tambien él entre las matas, hizo lo mesmo. Los otros Moros fueron á dar donde estaban los soldados de Motril, y rompiendo determinadamente por ellos, tuvieron lugar de escaparse, y de subirse á las otras sierras; y lo mesmo pudiera hacer el Mueden, sino se tuviera por mas seguro en su cueva. Mas no le sucedió como pensaba, porque un soldado le vió quedar entre aquellas matas; y teniendo cuenta con él, como no le vió salir hácia ninguna parte, dió aviso á otros que entraron á buscarle, y toparon con la boca de la cueva. Y entrando dos de ellos dentro, anduvieron buen rato por ella sin encontrar con nadie; y queriendose ya salir, el trasero volvió la cabeza, y vió el rostro de un hombre en lo ultimo de la cueva. Estaba el Mueden con la ballesta armada en las manos, y entendiendo que habia sido descubierto, disparó, y dió una saetada en los lomos al soldado; mas no le hirió, porque acertó á dar la saeta en unos alpargates de cañamo

que

que llevaba en la cinta. A este tiempo llegó Don Diego Ramirez, y viendo aquel Moro puesto en defensa, porque no matase algun Christiano, hizo que le dixesen en arabigo, que se rindiese, y que le salvaria la vida; y al fin se rindió, y le llevó preso al castillo de Salobreña, donde le tuvo algunos dias, hasta que el Presidente Don Pedro de Deza y los del consejo, que estaban en Granada, enviaron por él: y porque tan graves delitos, como habia hecho, no quedasen sin castigo, le mandaron entregar al auditor de la guerra, que hizo justicia de él. Las mugeres que se hallaron en la cueva fueron captivas: y la mayor parte de los Moros que de alli escaparon, hallandose desarmados, porque unos no habian tenido lugar de tomar las armas, y otros las habian soltado para huir, fueron á reducirse. Andaban los Turcos y Moros Berberiscos en este tiempo con voluntad de pasarse á Berbería, desconfiados de las cosas de la Alpuxarra; y aunque algunos confiaban de las palabras del Habaqui, que les ofrecia navios en que pudiesen pasar seguros, otros no se aseguraban de ir en baxeles de Christianos, y aguardaban fustas de Berbería en que meterse. Estando pues munchos de ellos y de los rebelados en el cabo de Gata con el negro de Almería y cincuenta Christianos captivos para pasarse, Don Garcia de Villa Roel con orden de Don Juan de Austria fue á dar sobre ellos, llevando doscientos soldados y veinte y cinco de á caballo; no se pudo hacer tan secreto, que los enemigos dexasen de ser avisados: el negro huyó con parte de la gente armada de la tierra. Los Turcos y Moros Berberiscos, y con ellos algunos de los rebelados, con los cincuenta Christianos, se mudaron á otra parte, y la gente inutil se fue luego toda

á reducir : por manera que quando Don Garcia de Villa Roel llegó donde tenia aviso que estaban , no halló mas de seis personas que habian quedadose durmiendo; mas prendió en el camino dos Moriscos de los de Almería , que habian ido con el aviso , de quien supo como se habian ido aquella noche. Y entendiendo que no podian estar muy lejos , por los rastros que halló nuestra gente , fue á dar á los frayles del cabo de Gata , que son unas peñas cerca de la mar ; y tomando los pasos aquella noche , otro dia nueve de Junio repartió ciento y veinte soldados en quatro quadrillas , que subiesen por quatro partes en busca de los enemigos , que parecia no haber pasado adelante , y fuesen á juntarse en lo alto del frayle mayor al salir del sol. El caporal Pedro de Aguilar fue el primero que se encontró con ellos, que iban retirandose de la quadrilla que llevaba Villaplana , porque le habian visto ir subiendo el cerro arriba hácia donde estaban : los quales dexaron muertos en el camino siete Christianos de los cincuenta que llevaban captivos , porque no podian caminar con las cargas que llevaban acuestas. Y como se descubrieron los unos y los otros , comenzaron á pelear valerosamente; y aunque los enemigos eran mas de doscientos hombres escogidos , todavia los treinta soldados , ayudados del sitio que tenian tomado, que era fuerte , y con esperanza de socorro , les daban bien en que entender. A este tiempo asomó Villaplana con su quadrilla , que iba siguiendo el rastro ; y creyendo los treinta soldados de Pedro de Aguilar , que los unos y los otros eran Moros , comenzaron á aflojar , y algunos volvieron las espaldas. No faltó Pedro de Aguilar con palabras y obras de animoso soldado á su gente , tanto que les hizo dispo-

ponerse á morir ó vencer ; y tornando á renovar la pelea , tuvieron rostro al enemigo, hasta que llegó Villaplana á juntarse con ellos , y se mejoró su partido. No tardaron mucho que .llegaron las otras dos quadrillas, que llevaban Julian de Pereda y Diego de Olivencia, y todavia los Turcos peleaban animosamente , hasta que los nuestros cerraron con ellos ; y viniendo á las espadas , mataron al capitan Turco , y los pusieron en huida. Murieron algunos en el alcance , fueron captivos treinta y cinco , y entre ellos un Chauz del gran Turco , por quien se gobernaba Aben Aboo , y treinta y tres Moros de los de la tierra con Alonso el Gehezel natural de Tavernas , y cincuenta mugeres y muchachos: y lo que en mas se tuvo , que se dió la deseada libertad á quarenta y tres Christianos que estaban para perecer de hambre , y habian querido matarlos un dia antes los Moros , porque no tenian que darles de comer, y los Turcos no lo habian consentido, diciendo que era inhumanidad matar los captivos : y tenian acordado, que si dentro de tres dias no venian navios de Berbería, en que poderse embarcar, que los matasen , ó hiciesen lo que les pareciese de ellos. Esta jornada fue importante para que los otros Turcos abreviasen su partida con menos condiciones de las que pedian. Otros munchos efetos dexamos de poner , que se hicieron estos dias , excediendo los capitanes en la orden que de Don Juan de Austria tenian para que castigasen á los rebeldes pertinaces , de manera que no recibiesen daño los obedientes ; y escusabanse con decir , que en son de amigos hacian mas daños que quando eran enemigos , y que era imposible castigar á los unos sin hacer daño á los otros , estando todos juntos , pues los soldados que

 ha-

habian de ser ministros del castigo, no los conocian; y quando los conociesen, ó tuviesen orden de poderlos conocer, no habia tanta justificacion en gente de guerra, que, pudiendolo hacer, dexasen de vengar los daños que habian recebido de sus enemigos, hasta tanto que estuviesen apartados los reducidos de los rebeldes: y ansi se disimulaban muchas cosas, que en otros tiempos y ocasiones merecieran riguroso castigo.

CAPITULO VIII.

Como el Habaqui embarcó los Turcos, y vinieron otros de nuevo en socorro de los alzados: y como Aben Aboo mudó parecer.

Acudian en este tiempo á todas horas navios de Bertería á nuestra costa, cargados de bastimentos, gente, armas y municiones, que los Moros Andaluces, que habian pasado á Tetuan y á Argel, procuraban enviar á los alzados para entretenerlos que no se reduxesen, sabiendo los tratos en que andaban, compelidos de pura necesidad. Venian tambien otros muchos cosarios Turcos y Moros Berberiscos á pasar gente á Berbería por su flete, y estos tenian mas ganancia, porque tomaban la mitad de los muebles, joyas y dineros que llevaban los pasageros: y algunas veces se lo quitaban todo, como hombres que no tenian mas fin que al interes. Y aunque Don Sancho de Leyva ponia diligencia en quitarles estos socorros, andando de dia y de noche por la costa con las galeras de su cargo, no se podia escusar, siendo el pasage tan breve, que dexasen de llegar algunos navios á tierra, y desembarcasen la gente y lo que

que traían. En este mes de Junio les tomó trece fustas en diferentes partes de la costa. El proprio dia que Don Garcia de Villa Roel fue al cabo de Gata, como diximos en el capitulo antes de este, llegaron á la playa de Castil de Ferro de parte de noche dos fustas: en las quales se embarcaron secretamente algunos Turcos de los que el Habaqui tenia recogidos para enviar con salvo conduto á Berbería, por llevarse los Christianos captivos que tenian consigo; pero el alcayde del castillo fue avisado de ello, y disparó una pieza de artilleria de aviso, por si las galeras estuviesen donde la pudiesen oir: y no estando muy lejos, acudieron hácia aquella parte, y las tomaron yendo navegando; y poniendo en libertad aquellos pobres Christianos, fueron los Turcos y Moros captivos. El Habaqui pues, que ninguna cosa deseaba mas que acabar el negocio que habia comenzado, de donde pensaba sacar honra y provecho, daba grande priesa que le diesen navios en que embarcar los Turcos que quedaban en la tierra, antes que viniesen otros que los alborotasen; y aunque le pedian baxeles de remos, diciendo que no sabian navegar en otros, hizo tanto con ellos, que los embarcó en navios mancos, haciendoles dexar todos los Christianos captivos que tenian, y los envió á Berbería. Estando pues los Turcos embarcados, y á pique para partirse, llegaron á la propria playa cinco fustas con gentes, bastimentos y municiones; y aunque nuestras galeras las tomaron, fue despues de haber dexado doscientos Turcos y Moros Berberiscos en tierra, que subieron á la sierra, y fueron en busca de Aben Aboo, y se juntaron con él, y le dieron nueva como en Argel esperaban por momentos navios de levante con que socorrerle.

le. Era Aben Aboo hombre mudable, aunque de mediano entendimiento: deseaba reducirse, quedando con honra y con provecho; y pareciendole que esto lo procuraba el Habaqui para sí mesmo y para sus deudos, y que no se hacia tanto caudal de su negocio, como él quisiera, estaba envidioso de él, y aun sospechoso de que no le trataba verdad en lo que le decia: y teniendo el lobo por las orejas, no osaba soltarle, ni sabia como tenerle asido de miedo que en reduciendose le habian de matar. Y creciendo cada hora mas en él esta envidia y sospecha, aunque no impedia publicamente á los que se querian ir á reducir, favorecia á los Turcos y Moros Berberiscos, y á los escandalosos de la tierra; y entretenia á los demas con decir, que se hacian malos tratamientos á los reducidos, que se guardaba mal lo capitulado en el Fondón de Andarax, y que el Habaqui habia mirado mal por el bien comun, contentandose con lo que solamente Don Juan de Austria le habia querido conceder, y procurando el bien y provecho para sí y para sus deudos. Y segun lo que despues nos dixeron personas con quien comunicaba su pecho, su fin era, viendo al Habaqui hecho tan señor del negocio de la reducion, quitarselo de las manos, y hacerlo él, para asegurar mas su partido con servicio tan particular; mas el vulgo todo entendió haberse arrepentido con el nuevo socorro de Berbería, y hacersele de mal dexar la seta y el vano nombre de Rey, mientras le durase la vida. Lo primero mostró en las cartas que despues escribió á particulares que tenia por amigos, rogandoles que intercediesen con Don Juan de Austria de manera que hubiese efeto la paz que se pretendia; y lo segundo por otras que escribió á Berbería, que las unas

unas y las otras irán en esta historia para satisfacion de los que la leyeren. Por manera que quando el Habaqui penso tener acabado el negocio con haber echado los Turcos de la tierra que tenia por amigos, se le puso de peor condicion; y sobre todo se le recreció ignominiosa muerte, como adelante diremos.

CAPITULO IX.

Como el Habaqui quiso prender á Aben Aboo viendo que mudaba parecer: y como Aben Aboo lo hizo prender y matar á él.

Luego que los Turcos fueron embarcados, el Habaqui fue á dar cuenta de lo que habia hecho á Don Juan de Austria; y aunque entendió la mudanza de Aben Aboo, estaba tan confiado en sí, y teniale en tan poco ya, que no haciendo caso de él, ofreció al consejo que le haria cumplir lo que habia prometido, ó le traeria maniatado al campo: solamente pedia quinientos arcabuceros Christianos, para con ellos y con los Moros deudos y amigos suyos ir á dar sobre él, quando mas descuidado estuviese. Don Juan de Austria no quiso dar la gente que pedia, por parecerle que no seria bien aventurarla; y mandandole dar ochocientos ducados de oro, con que levantase quatrocientos Moros, de quien pudiese tener confianza para el efeto que decia, partió el Habaqui contento de Andarax la vuelta de Bérchul, donde tenia á su muger y á sus hijas, para sacarlas de alli, y llevarlas á la ciudad de Guadix, primero que comenzase á levantar la gente. Era el Habaqui astuto, pero muy confiado de sí mesmo; y viendose tan favore-

ci-

cido de Don Juan de Austria, que cierto le hacia mucha merced, entendia que nadie seria parte para ofenderle: el qual llegando al lugar de Legem el segundo dia que partió de Andarax, y viendo estar parados en la plaza muchos Moros, llegó á ellos, y soberbiamente les dixo, que á qué aguardaban, por qué no se iban á reducir á los partidos que les estaban señalados, como lo hacian los demas? Y como le respondiese uno de ellos, que aguardaban orden de Aben Aboo, replicó, que la reducion estaba bien á todos; y que quando Aben Aboo de su voluntad no lo hiciese, le llevaria él atado á la cola de su caballo. Estas palabras llegaron el mesmo dia á oidos de Aben Aboo, y acrecentando con ellas su indignacion, envió luego á que le prendiesen los ciento y cincuenta Turcos que tenia consigo, y dos quadrillas de Moros de los de su guardia: los quales le espiaron, sabiendo que estaba en el lugar de Bérchul, le cercaron la casa de parte de noche, estando bien descuidado de aquel hecho, y de pensar que hubiese en la Alpuxarra quien osase acometerle. Y sintiendo el ruido de la gente, tuvo lugar de salir hácia el arroyo del lugar, sin que le sintiesen; y hubierase escapado del peligro, si sus proprios vestidos no le acusáran, porque estando en una quebrada, otro dia de mañana devisaron los que le buscaban el cafetan de grana que llevaba vestido, y el turbante blanco de la cabeza; y aunque iba bien lejos, le siguieron por aquellas peñas, y le prendieron junto á unos molinos, y le llevaron á Cuxúrio, donde estaba Aben Aboo: el qual le tomó luego su confesion, y como le preguntase el Habaqui la causa por qué le habia mandado prender, pues nunca le habia hecho deservicio, le dixo, que por traydor, que le habia tratado

do mentira, procurando el bien y la honra para sí y para sus parientes tan solamente. Esto fue jueves, y el viernes siguiente lo hizo ahogar secretamente, y mandó echar el cuerpo en un muladar envuelto en un zarzo de cañas, donde estuvo mas de treinta dias sin saberse de su muerte. Y para disimularla, envió luego á decir á su muger y á sus hijas, que se fuesen á Guadix, y que no tuviesen pena, porque él le tenia preso, y brevemente le soltaria. Muerto el Habaqui, Aben Aboo despachó á su hermano Hernando el Galipe á las sierras de Velez y Ronda á que estorvase la reducion, y animase á los que no se habian alzado para que se alzasen. Y para disimular mas escribió luego á Don Hernando de Barradas una carta en letra arabiga, que traducida en nuestro romance castellano decia de esta manera.

CARTA DE ABEN ABOO A D. HERNANDO de Barradas.

"Las alabanzas sean á Dios solo, antes de lo que quiero decir. Salvacion honrada al que honró el que da la honra. Señor y amigo mio, el que yo mas estimo, Don Hernando de Barradas: hago saber á vuestra honrada persona, que si quisieredes venir á veros conmigo, verneis á vuestro proprio hermano y amigo muy seguramente; y lo que de mal os viniere será sobre mi hacienda y fe: y si quisieredes tratar de estas benditas paces, lo que trataredes tratarlo heis conmigo; y haré yo todo lo que vos quisieredes con verdad, y sin traycion. Pareceme que el Habaqui de todo lo que hacia ninguna parte me daba, antes encubria de mí la verdad, por-

que todo lo que pidió lo aplicaba para sí, y para sus parientes y amigos. Esto hago saber á vuestra honrada persona, y conforme á ello podrá hacer lo que le pareciere, y lo que viere que estará bien á los Christianos y á nosotros: y Dios permita este bien entre nosotros, y que vuestra honrada persona sea causa de ello. Y perdonadme, que por no haber tenido quien me escribiese, no he escrito antes de agora. La salvacion sea con nosotros, y la misericordia de Dios y su bendicion. Que fue escrita dia martes." A esta carta respondió luego Don Hernando de Barradas, que holgaria mucho de verse con él para efetuar el negocio de la reducion por la orden que decia, y que le hiciese placer de avisarle donde estaba el Habaqui, y lo que se habia hecho de él. Y Aben Aboo le tornó á escrebir otra carta en castellano del tenor siguiente.

OTRA CARTA DE ABEN ABOO A DON Hernando de Barradas.

"Muy magnifico señor: la de vuestra merced recebí: y en quanto me envia á decir por ella de la prision del Habaqui, y si hubo causa para ella, digo, que las causas que hubo para prenderle fueron estas que agora diré. La primera, que andaba engañando á vuestra merced y á mí: porque cosas que yo le decia, no las iba él á decir allá, ni menos me daba parte de lo que se hacia, ni qué era lo que trataba: porque si yo le hubiera dado mi sello, entendiera vuestra merced que yo lo sabia, y que pasaria por lo que él hiciese; mas entendí que andaba engañando á una parte y á otra, y halléle que tambien habia hecho una barca para irse con sus hi-

hijos á Berbería : y por estas razones y otras le tengo preso hasta que estas paces se acaben de efetuar. Y de mi parte ruego á vuestra merced las acabe, y que se apague este fuego, para que se quite tanto mal. Hecho esto yo lo soltaré. Y entienda vuestra merced, que no tiene mal ninguno, porque si al presente estuviera aqui cerca, él escribiera á vuestra merced de su mano. Vuestra merced consuele á sus hijos, y les diga como está bueno; y que yo les doy la palabra, como quien soy, de no tratarle mal, sino que le terné preso por algunos dias. Y vuestra merced acabe lo que ha comenzado, que todo se hará como vuestra merced manda." No mucho despues, viendo Aben Aboo que la ida de Don Hernando de Barradas á verse con él se dilataba, escribió otra carta á Don Alonso de Granada Venegas, que decia ansi.

CARTA DE ABEN ABOO A DON ALONSO de Granada Venegas.

"Señor: sabrá vuestra merced, que de pocos dias á esta parte me ocurrieron ciertas cosas en los negocios de las paces, y fue que los de la Alpuxarra sospecharon mal en Hernando el Habaqui, por donde pensaron que los habia de engañar, y que les hacia traycion; y como les vino á notificar el bando, que salgan de la tierra dentro de seis dias, sintieronlo tanto, que entendieron ser traycion, y luego le prendieron; y creo que sucedió mal: nuestro Señor lo remedie. Y quisiera mucho que vuestra merced estuviera cerca, porque quizá se pudiera remediar, porque despues de Dios entendemos que vuestra merced podrá remediar mucho en este ne-

gocio ; y pues ha hecho lo mucho, es menester que se haga alguna diligencia para que se acabe esta buena obra : y esto sea con brevedad , porque asi cumple al servicio de su Magestad. Y si acaso no pudiere venir por acá, escriba á Don Juan de Austria, para ver si remedia algo. Y si determináre de venir hácia Órgiba , ó hácia el campo , y le pareciere traer en su compañia al beneficiado Torrijos, y á Pedro de Ampuero , hagalo , que podrá ser que aprovechen harto; y si recelan de algo, para su seguridad les enviaré la gente que fuere menester."

Hasta aqui decia la carta de Aben Aboo : la qual envió luego Don Alonso de Granada Venegas á Don Juan de Austria , que todavia estaba en el alojamiento de Andarax aguardando el efeto de la reducion , aunque harto suspenso de ver que ya no venian Moros á reducirse. Y porque no se podia acabar de entender bien por las cartas de Don Hernando de Barradas , ni por otros avisos el encantamiento del Habaqui , si era vivo ó muerto, se acordó en el consejo , que Don Hernando de Barradas diese buena esperanza á Aben Aboo, y procurase verse con él, como se lo pedia en su carta. Y porque su ida no hubo efeto, se tomó resolucion, que Hernan Valle de Palacios fuese en su lugar , y que entendiese de él, qué era lo que queria , y supiese lo que se habia hecho del Habaqui, y procurase espiar con mucho cuidado el estado en que estaban las cosas de los Moros, qué desinio era el de Aben Aboo , la cantidad de gente armada que tenia, ansi de naturales como de estrangeros , y á qué parte estaba la mayor fuerza de ellos , y todas las otras cosas que le pareciese convenir. Diósele para este efeto una instrucion de lo que habia de tratar con Aben Aboo , y una carta de Don Hernando

do de Barradas en respuesta de la ultima suya, remitiendose á Hernan Valle de Palacios, con quien podria tratar sus negocios como con su mesma persona. Y para que mejor se entienda la dobladura con que Aben Aboo andaba, y su disimulacion y maldad, pornemos en el siguiente capitulo una carta que escribió en el mesmo tiempo á unos alcaydes Turcos sus amigos, que estaban en Argel, y despues diremos lo que Hernan Valle de Palacios hizo en su viage.

CAPITULO X.

Como Aben Aboo escribió á unos alcaydes Turcos de Argel, dandoles cuenta de la muerte del Habaqui.

Estos mesmos dias tomaron nuestras galeras una fusta de Moros Andaluces, que iban á Berbería; y entre otras cosas les hallaron una carta escrita en arabigo, que segun el tenor de ella pareció ser de Aben Aboo, que la enviaba á unos alcaydes Turcos amigos suyos, que estaban en Argel, dandoles cuenta del suceso de sus negocios, y pidiendoles todavia socorro: y porque el lector se vaya entreteniendo, la pornemos en este capitulo traducida en lengua castellana.

"Los loores sean á Dios, que es uno solo, del siervo de Dios soberano. A los alcaydes Balquez Aga, Concoxari, Albazquez Busten, y Aga Baxet, y á todos los otros Turcos nuestros amigos y confederados: hacemoos saber, como estamos buenos, loado sea Dios, y que para nuestro contentamiento no nos falta mas que ver vuestras presencias. Habeis de saber que Nebel y el alcayde Caracáx nos han destruido ya todo este reyno, por-

porque ellos vinieron á decirnos que se querian ir á sus tierras; y aunque no quisimos darles licencia para que se fuesen, esperando el socorro de Dios y de vosotros, todavia trataron de irse, y se fueron. Los que allá dixeren que yo dí licencia á los Andaluces para hacer paces y rendirse á los Christianos, tenedlos por mentirosos y por hereges, que no creen en Dios: porque la verdad es, que el Habaqui, y Muza Cache y otros fueron á los Christianos, y se concertaron con ellos de venderles la tierra; y estos se conformaron despues con Caracache, y con Nebel, y con Ali arraez, y con Mahamete arraez: y ellos y los otros mercaderes les dieron sesenta captivos de los que tenian en su poder, porque les diesen navios en que pasasen seguramente á Berbería. Y habiendo hecho este concierto, vino el Habaqui á los Moros Andaluces, y les dixo, que habian de entregarse todos á los Christianos, y retirarse á Castilla; y pensando yo que andaba procurando el bien de los Moros, hallé despues que nos andaba vendiendo á todos: y por esta causa le hice prender y degollar. Lo que acá ha sucedido despues que Caracáx y sus compañeros se fueron es, que los Christianos nos acometieron, y hubo entre nosotros y ellos muy gran pelea, y matamos muchos de ellos: por manera que ya no les queda exercito en pie, con que podernos ofender; mas tememos que su Rey juntará otro campo, y lo enviará contra nosotros. Por tanto socorrednos con brevedad, socorreros ha Dios; y ayudadnos, ayudaros ha Dios. Y por amor de Dios nos avisad qué nueva teneis de la armada de levante. Y si no hay aprestados en esa costa navios, alquilad los que pudieredes, en que pasemos las mugeres y los hijos: porque nosotros queremos quedar guerreando

do

do con nuestros enemigos hasta morir. Y mirad, que si no nos socorreis, os lo demandaremos en el dia del juicio ante el acatamiento divino. Conmigo está Ali Ebalquez con ciento y cincuenta Turcos, y muchas mugeres y criaturas desamparadas: tened piedad de ellas, pues á vosotros mas que á otra persona del mundo toca este socorro, como cosa en que pusistes las manos. Que es fecha esta carta á quince dias del mes de Zafar del año de la Hixara novecientos ochenta y siete, (que á nuestra cuenta fue en diez y siete dias del mes de Julio del año del Señor mil quinientos y setenta.) Y abaxo decia la firma: "Mahamud Aben Aboo."

CAPITULO XI.

Como los vecinos de Álora mataron al Galipe, hermano de Aben Aboo, que iba á recoger los alzados de la sierra de Ronda.

Habia enviado Aben Aboo estos dias al Galipe su hermano á levantar los Moros que no se habian alzado, y hacer que los alzados no se reduxesen, dandoles á entender, que esperaba socorro de Berbería, y la armada del gran Turco en su favor. Este Moro habia sido uno de los de la junta de Andarax para el negocio de la reducion; y pareciendole, que los caballeros Christianos habian hecho mas caso del Habaqui que de él, se habia ido muy enojado, y procuraba estorvar todo quanto se hacia. Y para este efeto se partió con doscientos escopeteros la vuelta de la serrania de Ronda, y llegó á la sierra de Bentomíz, estando Arevalo de Zuazo, corregidor de Malaga, en la ciudad de Velez tratando con los de

de aquella tierra que se reduxesen al servicio de su Magestad. Y como supo que un Morisco, vecino de la villa de Comáres, llamado Bartolomé Muñoz, andaba en ello, y que estaba alli, mandó luego prenderle; y quiriendole justiciar, acudieron á él los amigos que tenia, y le dixeron, que no permitiese que se hiciese mal ni daño á aquel hombre, que debaxo de su palabra habia venido á tratar del bien de los Moros, y á rescatarles sus mugeres y hijas, que tenian captivas, á trueco de unos mozos Christianos. Y pudieron tanto con él, que le mandó soltar, y que luego se fuese de la sierra: y hizo pregonar, que ninguno se reduxese so pena de la vida. No fue perezoso Bartolomé Muñoz en ponerse en la ciudad de Velez; y dando aviso á Arevalo de Zuazo de la venida de aquel Moro, y como traía doscientos escopeteros, y entre ellos algunos Berberiscos, y que habia de pasar á lo de Ronda, despachó luego á la ciudad de Malaga y á las villas de su jurisdicion, para que enviasen gente que tomase los pasos, por donde se entendia que habia de pasar para ir á Ronda; y particularmente encomendó esta diligencia á Hernando Duarte de Barrientos, vecino de Malaga. Estando pues toda la tierra apercebida, el Galipe partió de Bentomíz con su gente y algunos de la sierra que le quisieron acompañar, llevando su guia que le guiase por los caminos y trochas de las sierras que caen sobre la hoya de Malaga, por donde entendia pasar seguro. Esta guia se le murió en el camino, y llegando los Moros en el parage de la villa de Almóxia, captivaron un Christiano que andaba requiriendo unos lazos; y preguntandole, si sabria guiarlos á Sierra bermeja, dixo que sí, porque sabia muy bien los caminos y las trochas de aquellas sier-

sierras. Y diciendole el Galipe que guiase hácia un lugarito pequeño de Christianos, que le habian dicho que estaba alli cerca, los guió la vuelta de Álora; y llevandolos por las viñas para ir á dar en el rio, el Moro oyó campanas; y pareciendole que no eran de lugar pequeño, preguntó al cazador, qué vecindad tenia? El qual le dixo, que hasta noventa vecinos. Y no se fiando de él, envió dos renegados, uno Valenciano y otro Calabrés, á reconocer: los quales llegaron á Álora, y como los vecinos andaban sobre aviso, luego echaron las guardas de ver que no eran hombres de la tierra, y los prendieron, y se supo como los Moros quedaban en el arroyo que dicen del Moral. Luego se tocó á rebato, y en siendo poco mas de media noche, salieron trescientos hombres repartidos en tres quadrillas á buscarlos. Por otra parte el Galipe, viendo que los renegados tardaban, y que las campanas repicaban todavia, entendió que el cazador le llevaba engañado, le hizo matar, y tornó á tomar el camino por donde iba. Habiase puesto Hernando Duarte de Barrientos con su gente en una trocha muy cierta, por donde entendia que habian de pasar los Moros; y como llegasen las escuchas que llevaban delante, y hacia tan grande escuridad, entendieron las centinelas que era el golpe de los Moros que venian juntos. Y saliendo á ellos, los hallaron tan arredrados, que tuvieron lugar de apartarse de aquella trocha; y tomando otra, fueron á dar en manos de la gente de Álora: y como se vieron cercados de Christianos, luego desmayaron; y muriendo algunos, que hicieron defensa, los otros dieron á huir. Un vecino de Álora llamado Alonso Gavilan prendió al Galipe, que se habia escondido en unas matas; y llevandole preso, lo

mató Melchior Lopez, alferez de la gente de la villa, que no bastó decirle que era el Rey, diciendo que no conocia él otro Rey sino á Don Felipe, ni tenia cuenta con Moros. De todos los que iban con el Galipe solos veinte quedaron vivos: los doce captivaron aquel mesmo dia, y despues los vendieron, y del precio hicieron una ermita á la advocacion de la Veracruz, que hoy está en pie en memoria de esta vitoria, no poco celebrada en aquella villa. La mesma noche sucedió, que unos vecinos de Alozayna, que iban á la ciudad de Antequera, llegaron al rio de Cazarabonela, donde dicen el paso del saltillo, y unos Moros, que aguardaban la venida del Galipe, los mataron y captivaron, que no escaparon mas que tres de ellos. Y como fuese el uno á dar rebato á Álora, luego enviaron dos escuderos á dar aviso á los de Alozayna, para que saliesen á tomarles el paso por la trocha que llevaban; y saliendo doce caballos y cincuenta peones, fueron la vuelta de la villa de Tolóx; y hallando por aquellos cerros muchas quadrillas de Moros, que habian baxado de las sierras á recebir al Galipe, arbolaron una banderilla blanca en señal de paces; y les preguntaron, si querian rescatar los Christianos que habian captivado en lo de Cazarabonela; mas ellos respondieron con las escopetas, y los Christianos comenzaron á retirarse por el camino que va de Tolóx á Coín, yendo los Moros en su seguimiento. Un animoso escudero llamado Martin de Erencia fue parte este dia para detenerlos, revolviendo sobre los enemigos, y exhortando á los amigos de manera, que siendo los nuestros como sesenta hombres, y los Moros mas de trescientos, los desbarataron, y mataron muchos de ellos: y entre los otros á un mal Moro, natural de la villa de Yun-

Yunquera, llamado Leon. Este Moro, teniendole pasado de una lanzada un escudero llamado Juan de Moya, se le metió por la lanza, y con un chuzo que llevaba le hirió el caballo; y le matára á él, si la muerte le diera un poco de mas lugar. Entre otras cosas que ganaron los soldados este dia fue una haquita en que venia un Moro santo al recebimiento de su nuevo Rey, y á echarle la bendicion, porque era grande la confianza que aquellos serranos barbaros tenian en él, y pensaban hacer grandes cosas con su presencia.

CAPITULO XII.

Como los Moros de la sierra de Ronda fueron sobre la villa de Alozayna, y la saquearon.

No estaban muy quietos en este tiempo los Moros alzados de la serrania de Ronda: los quales habiendose juntado en Sierra bermeja, salian á correr la tierra, y desasosegaban los lugares comarcanos, llevandose los ganados mayores y menores; y no podian los Christianos salir á segar sus panes, ni recoger sus esquilmos sin manifiesto peligro, porque eran mas de tres mil hombres de pelea los que se habian juntado con Alfor, Lorenzo Alfaquí, y el Jubeli sus caudillos, aguardando á el Galipe hermano de Aben Aboo, con cuya presencia esperaban hacer mayores daños. Juntandose pues el Jubeli y Lorenzo Alfaquí con seiscientos hombres de pelea en la villa de Tolóx, á cinco dias del mes de Julio acordaron de ir sobre Alozayna, lugar pequeño de hasta ochenta vecinos, que está una legua de alli, y eran todos Christianos, gente rica de ganados y de pan; y to-

mando por el camino de Yunquera para ir mas encubiertos por la sierra de Jurol, fueron á dar sobre él. Llevaban doce Moros por delante á trechos, de quatro en quatro, que iban descubriendo la tierra; y antes que amaneciese llegaron al arroyo de las viñas, donde estuvieron emboscados el miercoles siete dias del mes de Julio con sus centinelas en el portichuelo de los olivares, como tres tiros de ballesta del lugar. Desde alli descubrian toda la tierra, y veían los que entraban y salian: y viendo que los vecinos se iban á segar los panes, bien descuidados de que estuviesen ellos en la tierra, baxaron el jueves á las nueve de la mañana puestos en su esquadron de ocho por hilera, con seis caballos á los lados, que parecian Christianos que venian del Burgo á hacer alguna entrada: y ansi aseguraron á las atalayas que los del lugar tenian puestas en lo alto de las barrancas. Y pudieran hacer muncho mas daño del que hicieron, sino se paráran á matar dos Christianos que andaban segando cerca de las casas. Al uno llamado Luis del Campo mataron de un arcabuzazo, que alborotó el lugar; el otro llamado Francisco Hernandez dió á huir, y siguiendole un Moro de á caballo, revolvió sobre él, y le ganó la lanza; y estando bregando para sacarsela de las manos, llegó otro Moro, que por mal nombre llamaban Daca dinero, y le desjarretó: y juntamente mataron á su muger, que habia ido á llevarles el almuerzo á la siega aquella mañana. Luego como se entendió que eran Moros los que entraban por el lugar, comenzaron á tocar arma y á repicar las campanas; y acudiendo dos escuderos, que estaban con sus caballos en el campo, porque otros ocho, de diez que alli habia de presidio, se habian ido con su capitan á Coín,

Coín, el uno partió la vuelta de Álora á dar rebato, y el otro llamado Gines Martin entró en el lugar; y rompiendo una y mas veces por el esquadron de los Moros, pasó animosamente adelante: y si, como era uno solo, fueran los diez que alli estaban de presidio, hicieran mucho efeto; mas él hizo harto en recoger la gente hácia el castillo. Es Alozayna lugar abierto, y tiene un castillo antiguo y mal reparado, donde está la iglesia y algunas casas, y alli se pudieron recoger tumultuosamente las mugeres y niños, llevandolas por delante Don Iñigo Manrique, vecino de Malaga, que se halló alli este dia. Tambien se halló alli el bachiller Julian Fernandez, beneficiado de Cazarabonela, que servia el beneficio de Alozayna aquel año: el qual acudió luego á su iglesia para consumir el santisimo Sacramento, si los enemigos entrasen dentro, porque no habia en el lugar mas de siete hombres. Mas las mugeres, animandolas aquel caballero y el beneficiado, suplieron animosamente por los hombres, haciendo el oficio de esforzados varones, y acudiendo á la defensa de los flacos muros, con sombreros y monteras en las cabezas, y sus capotillos vestidos, porque los enemigos entendiesen que eran hombres: y otras puestas en el campanario no cesaban de tocar las campanas á rebato. Los Moros se repartieron en tres partes para acometer á un tiempo: el Jubeli con dos banderas fue hácia la puerta del castillo, y Lorenzo Alfaquí con otras dos fue á la plaza del Burgo, y la tercera con los de á caballo cercó el pueblo, para atajar los que saliesen ó viniesen á meterse en él; y dieron tres asaltos á los muros, en los quales perdieron diez y siete Moros, que les mataron, y fueron heridos mas de setenta. Aqui me ocurre por buen exemplo decir

cir el valor de una doncella llamada Maria de Sagredo: la qual viendo caido á Martin Dominguez su padre de un escopetazo, que le habia dado un Moro, llegó á él, y le tomó un capotillo que traía vestido, y se puso una celada en la cabeza, y con la ballesta en las manos y el aljaba al lado subió al muro; y peleando, como lo pudiera hacer un esforzado varon, defendió un portillo, y mató un Moro, y hirió otros muchos de saeta, y hizo tanto este dia, que mereció que los del consejo de su Magestad le hiciesen merced de unas haciendas de Moriscos en Tolóx para su casamiento. Fue tanta la turbacion de las pobres mugeres este dia, que yendo una muger al castillo con un niño en los brazos, y un Moro de á caballo tras de ella para captivarla, se metió en una casa, y en un poco de estiercol que alli habia escondió el niño; y como tirasen desde el castillo una saeta al Moro, y le pasasen el muslo, se hubo de retirar, y la muger tuvo lugar de volver por su hijo, y ponerse en cobro. Otra muger tenia una niña de tres meses en la cuna, y turbada tomó un lio de paños en los brazos, entendiendo que llevaba su hija, y se fue huyendo al castillo; y entrando un Moro en la casa, halló la niña en la cuna, y la tomó por los pies para dar con ella en una pared; y como otro Moro, que era amigo de su padre, se la quitase de las manos, la arrojó en el suelo: y quando la muger volvió á buscar su hija, siendo ya idos los Moros, la halló viva. Viendo pues los enemigos la resistencia que habia en la villa, y que no podian conseguir el efeto que pretendian, acordaron de retirarse, porque acudia ya la gente del campo, y las mugeres con sogas subian algunos hombres por donde estaba el muro mas baxo; y dexando quemadas mas de trein-

treinta casas en el arrabal, y robado y destruido quanto habia en ellas, se retiraron, llevando quatro mozas captivas y una vieja, que despues mataron, porque entendia su algarabia, y mas de tres mil cabezas de ganado, que acaso tenian los vecinos junto para llevar parte de ello á la feria de Antequera: y volviendose á Tolóx, repartieron entre ellos la presa, y se fueron á sus partidos, Lorenzo Alfaquí á la sierra de Gaymon, y Diego Jubeli á lo de Ronda. Llegó el socorro de los lugares aquel mesmo dia, aunque tarde para poder hacer algun efeto. De Cazarabonela llegó el beneficiado Juan Antonio de Leguizamo con quarenta hombres, que envió Don Christoval de Cordoba, de Alhaurin Don Luis Manrique con mucha gente de á caballo, y dende á un quarto de hora llegó la gente de Álora, y luego los de Coín. Y estando toda esta gente junta, y sabiendo el camino que los Moros llevaban, se trató de ir en su seguimiento; mas como eran munchas cabezas, no se conformaron. Y otro dia á las nueve de la mañana llegó Arevalo de Zuazo con la gente de Malaga, y dexando algunos soldados de presidio se volvió á la ciudad.

CAPITULO XIII.

Como Hernan Valle de Palacios fue á verse con Aben Aboo en lugar de Don Hernando de Barradas: y lo que trató con él.

Teniendo ya Hernan Valle de Palacios instrucion y orden para lo que habia de hacer, partió del alojamiento de Andarax á treinta dias del mes de Julio, llevando consigo á Mendoza el Jayar, vecino de Granada, que ha-

habia servido de secretario al Habaqui , y otros Moriscos de los que se habian venido ya á reducir. Aquella noche fue al lugar de Soprón , y posó en casa de un alcayde llamado el Mohahaba ; y desde alli despachó un Moro á Aben Aboo , avisandole como iba á tratar con él negocios de parte de Don Hernando de Barradas , para que le diese seguro. Y otro dia luego siguiente vino á Soprón un Moro llamado el Roquemí con quarenta escopeteros , que le hizo escolta hasta el lugar de Almáuzata , donde halló orden de Aben Aboo y seguro para pasar adelante, y fue á dormir á Válor el alto. En este lugar estaba un Moro primo de Aben Umeya , llamado Don Francisco de Cordoba , enemigo capital de Aben Aboo , asi por la muerte de su primo , como por otras cosas que habia entre ellos : el qual, aunque no habia tratado á Hernan Valle de Palacios , pareciendole hombre de buena razon , hizo confianza de él , y se le descubrió , y le dió entera noticia de todo lo que quiso saber del hecho de los Moros. Quanto á lo primero le dixo con certidumbre la muerte del Habaqui , y el ruin proposito que Aben Aboo tenia de reducirse ; y como quedaban cinco mil hombres de pelea en la Alpuxarra bien armados á su devocion : porque aunque se habia publicado , que no les quedaban armas , en efeto tenian mas de doce mil arcabuces y ballestas , y las que habian rendido eran las inutiles. Dixole mas , que todos estos Moros estaban dentro de siete leguas , y tenian ochocientos hombres de presidio en Pítres : y que para qualquier suceso habian de acudir á ciertas ahumadas que tenian por señal. Y que habiendo ya cogido en lo del Cehel los panizos y alcandias , con esto y con algunos silos de trigo y de cebada que les queda-

daban, habia bastimento para mas de tres meses; y que los Turcos hacian polvora, y tenian la que habian menester. Y estaban confiados en que les vendria socorro, porque no habia mas que seis dias que habian llegado siete Turcos de Argel, y les habian certificado, que parte de la armada turquesca baxaba de levante en su favor; y que si Aben Aboo habia callado la muerte del Habaqui, era temiendo que Don Juan de Austria entraria luego en su busca, y por dar lugar al tiempo, y poderse entretener algunos dias hasta ver como se ponian los negocios. Con estos y otros avisos que el Moro dio á Hernan Valle, quedó muy satisfecho de que le trataba verdad, y le ofreció de interceder con Don Juan de Austria para que le hiciese merced. Y otro dia de mañana partieron juntos de aquel lugar, y fueron á Yator, donde habia enviado á decir Aben Aboo que le hallarian; y llegando cerca del lugar, encontró dos Moros que le iban á buscar, para decirle que pasase á Mecina de Bombarón. Y pasando adelante, quando llegó cerca, antes de entrar en el lugar salieron quinientos escopeteros Moros hácia él en son de guerra tirando con las escopetas; mas luego les mandó Aben Aboo que dexasen llegar aquel Christiano para ver el recaudo que traía, porque solamente hacia estas demostraciones á fin de que se entendiese que aun estaba poderoso. Luego se apartaron los Turcos, y entre ellos algunos Moros bien aderezados, que por todos serian hasta trescientos tiradores puestos en su ordenanza; y poniendo una bandera en la ventana del aposento de Aben Aboo, tomaron las bocas de todas las calles alderredor: y quando Hernan Valle de Palacios llegó, en apeandose para entrar en el aposento donde el Moro estaba, le quitaron

ron las armas, y le buscaron si llevaba algunas secretas. Recibiole Aben Aboo con autoridad barbara arrogante, sin levantarse de un estrado donde estaba sentado, cercado de unas mugercillas que le cantaban la zambra; y de esta manera estuvo escuchando las razones que Hernan Valle de Palacios decia con muchos ofrecimientos de parte de Don Juan de Austria, para persuadirle á que se reduxese al servicio de su Magestad, y no fuese causa de la total destruicion de la nacion Morisca, sin darle respuesta por entonces. Luego hizo que se juntasen los Turcos y Moros con quien se aconsejaba, y respondiendo por escrito á la carta de Don Hernando de Barradas, que Hernan Valle de Palacios le llevaba, le dixo tambien á él de palabra: "Que Dios y el mundo sabian que no habia procurado ser Rey, y que los Turcos y Moros le habian elegido y querido que lo fuese: que no habia impedido ni iria á la mano á ninguno de los que se quisiesen reducir; mas que entendiese Don Juan de Austria, que habia de ser él el postrero. Que quando no quedase otro sino él en la Alpuxarra con sola la camisa que tenia vestida, estimaba mas vivir y morir Moro, que todas quantas mercedes el Rey Felipe le podia hacer; y que fuese cierto, que en ningun tiempo, ni por ninguna manera, se pondria en su poder. Y quando la necesidad lo apretase, se meteria en una cueva que tenia proveida de agua y bastimentos para seis años: durante los quales no le faltaria una barca en que pasarse á Berbería." Con esta respuesta se despidió Hernan Valle de Palacios de Aben Aboo, y Don Francisco de Cordoba dió orden como llevase seis Christianos captivos entre los Moros, que iban á hacerle escolta hasta el puerto del Rexon, que cae por encima del lu-

lugar de Xeriz. Haciase en este tiempo un fuerte en el lugar de Codbaa de Andarax, donde dexar suficiente presidio de infanteria y caballos que corriesen toda aquella tierra, porque su Magestad habia enviado á mandar, que de nuevo se formasen dos campos, que entrasen por dos partes en la Alpuxarra, el Comendador mayor de Castilla con el uno por la parte de Granada, y Don Juan de Austria y el Duque de Sesa por Guadix: los quales fuesen á encontrarse en medio de la Alpuxarra, talando y quemando los panes, alcandias y panizos á los Moros de guerra, viendo la remision que habia en la reducion. Y estando ya el fuerte puesto en defensa, bastecido de todas las cosas necesarias, dexando en él doce compañias de infanteria, y un estandarte de caballos á orden de Don Lope de Figueroa, partió Don Juan de Austria á dos dias del mes de Agosto de aquel alojamiento, y por el puerto de Guénija fue á la ciudad de Guadix, donde habia de rehacerse de gente, porque era poca la que le habia quedado en su campo. Tres dias despues de esto llegó Hernan Valle de Palacios con relacion cierta de lo que habia en la Alpuxarra, y de lo que le habia parecido de la resolucion de Aben Aboo; y ansi se tomó luego de que se le hiciese la guerra, para castigarle como merecian sus culpas. Escribióse al consejo de Granada, que se diesen priesa en hacer provisiones para juntar la gente que habia de llevar el Comendador mayor: y haciendose la mesma diligencia en Guadix, se comenzó á levantar nuevo campo de los lugares mas numerosos de la Andalucía y reyno de Granada.

CAPITULO XIV.

Como Aben Aboo tornó á escrebir diciendo que se queria reducir : y como se acabó de entender el fin porque lo hacia , y se dió orden en la entrada de la Alpuxarra.

Luego que Hernan Valle de Palacios partió de Mecina de Bombarón , Aben Aboo y los otros Moros que le aconsejaban , entendiendo que su Magestad mandaria que Don Juan de Austria juntase nuevo exercito contra ellos , para entretener y dilatar esta entrada con esperanza de que se irian á reducir, acordaron que se escribiese una carta á Juan Perez de Mescua : por la qual le encargase quan encarecidamente pudiese , que intercediese en el negocio de las paces , diciendo que se queria reducir por su intercesion , y que fuese á verse con él al lugar de Lanteyra , donde le hallaria , y podria llegar con toda seguridad. Esta carta se escribió luego , y la envió Aben Aboo á Guadix con seis Moros de los principales que habian quedado con él , con poder suyo y de otros particulares, para que se les diese mas credito : los quales dieron la carta á Juan Perez de Mescua , y él la llevó á Don Juan de Austria ; y leida en el consejo causó harta confusion , viendo quan diferente era aquello que decia de lo que Hernan Valle de Palacios habia referido. Y mandandole llamar, para entender de él , si era posible , aquella mudanza en Aben Aboo, les dixo , que no era determinacion la que habia visto en él para que hiciese nada de lo que decia en la carta. Estando en esto llegó otro Moro con una carta de Don Fran-

Francisco de Cordoba, aquel primo de Aben Umeya que diximos, para Hernan Valle de Palacios, en la qual declaraba el trato de los Moros, y le decia, que avisase luego de ello á Don Juan de Austria, porque su fin solamente era entretener á los Christianos mientras retiraban las mugeres al Cehel, porque Aben Aboo no habia mudado proposito de lo que habia visto y entendido de él: y que para mas certidumbre cotejasen las cartas, y verian como eran entrambas escritas de su mano y letra, porque se habia comunicado el negocio con él. Con esto se verificó lo que Don Francisco de Cordoba decia, y se entendió, que todas las platicas que habia traido Aben Aboo estos dias eran falsas, y que su fin era morir tan Moro como nació y habia vivido; y que lo que convenia era atender á dar fin al negocio con castigar rigurosamente á los rebeldes pertinaces, pues no habian querido gozar del bien y merced que su Magestad les hacia, no cerrando la puerta á los que se fuesen reduciendo, y prorogandoles los terminos del bando: porque se entendió, que muchos dexaban de hacerlo por ignorancia, ó por temor que tenian de poca seguridad en los caminos. La orden que se dió en esta ultima entrada de la Alpuxarra fue, que el Comendador mayor levantase la gente de la ciudad de Granada, que estaba descansada de algunos dias atras; y con ella y la que se juntaba de las ciudades convecinas entrase por la parte de Órgiba: y que Don Juan de Austria no entrase mas en la Alpuxarra, sino que se pusiese en Xeriz, ó en otro lugar de los del Marquesado del Zenete, donde pudiese valerse de vituallas, para desde alli enviar á hacer correrias á los enemigos. Mas despues se acordó que no partiese de Guadix, y que los tercios de la infante-

ria

ria con los estandartes de caballos entrasen por el puerto de Loth; y dando el gasto á la tierra, talasen los panizos y alcandias que habia nacidos, y fuesen á juntarse en Cádiar con el campo del Comendador mayor, y estuviesen á su orden. Quiriendo pues Don Juan de Austria gratificar á Don Francisco de Cordoba el servicio que habia hecho á su Magestad en dar tan ciertos avisos, mandó dar una salvaguardia á Hernan Valle de Palacios para que se la enviase, y le escribiese que viniese á reducirse solo, quando no pudiese traer otra gente consigo, porque deseaba hacerle merced. El qual dexando de tomar tan buen consejo, respondió que entendia hacer mas servicio á su Magestad en el lugar donde estaba, que reducido. Y al fin vino despues á rendirse en una cueva, que combatieron los soldados del campo del Comendador mayor, y de alli fue llevado á servir á las galeras, como adelante diremos.

LIBRO DECIMO

DE LA HISTORIA

DEL REBELION DE LOS MORISCOS

DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO.

Como su Magestad cometió al Duque de Arcos la reducion de los Moros de la serrania de Ronda: y lo que se trató con ellos.

Luego que Don Antonio de Luna partió de la ciudad de Ronda, como diximos en el capitulo tercero del noveno libro, los soldados que quedaron desmandados en compañia de la gente de la ciudad comenzaron á salir por la tierra á robar las alcarías y lugares; y los Moros, por huir estos daños, indignados y persuadidos de los que iban huyendo de la Alpuxarra, hallandose libres de todo embarazo, comenzaron á hacer la guerra descubierta. Recogieron las mugeres y hijos, y los bastimentos que les habian quedado; y subiendose á lo mas aspero de la Sierra bermeja, se fortificaron en el fuerte de Arbóte cerca de Istan, tomando la mar á las espaldas para recebir el socorro que les viniese de Berbería. De alli pasaban hasta las puertas de Ronda, desasosegando la tierra, robando ganados, matando Christianos, no como salteadores, sino como enemigos declarados.

Su Magestad pues, como principe considerado y justo, informado que estas gentes no habian sido participantes en el rebelion, y que lo sucedido habia sido mas por culpa de los ministros, cometió á Don Luis Christoval Ponce de Leon, Duque de Arcos, gran señor en la Andalucía, que los reduxese á su servicio, volviendoles las mugeres, hijos y muebles que les habian tomado; y que recogiendolos, los enviase la tierra adentro por la orden que Don Juan de Austria le daria. Tenia el Duque de Arcos una parte de su estado en la serrania de Ronda, y por aprovechar mas se llegó á la villa de Casáres, que era suya, para tratar desde cerca con los alzados el negocio de la reducion. Luego les envió una lengua, que le refirió como mostraban deseo de quietud, y pesar de lo sucedido; y que enviarian personas que tratasen del negocio de las paces donde y como se les mandase, y se reducirian. No tardó mucho que enviaron dos hombres principales y de autoridad entre ellos, llamados el Alarabique, y el Atayfar: los quales baxaron á una ermita, que estaba fuera de Casáres, y con ellos otros particulares de las alcarías levantadas. El Duque por no escandalizarlos, y mostrar confianza, salió á hablarles con poca gente; y persuadiendoles con eficacia, respondieron lo mesmo que le habian enviado á decir, y le dieron ciertos memoriales firmados de cosas que habian de concederseles: y con decirles que avisaria á su Magestad se partió de ellos, dexandolos llenos de buena esperanza. Luego despachó correo á su Magestad, dandole aviso del estado en que estaban las cosas, y le envió los memoriales que habian presentado. Y antes que volviese la respuesta, le vino orden para que, juntando la gente de las ciudades de la Andalucía

cía comarcanas á Ronda, estuviese á punto, por si hubiese de hacer la guerra por aquella parte, en caso que los Moros no quisiesen reducirse, porque habia su Magestad enviado sus Reales cedulas de veinte y uno de Agosto á las ciudades y á los señores de la Andalucía, mandandoles que acudiesen á orden de Don Juan de Austria con toda la gente de á pie y de á caballo que pudiesen recoger, y vitualla para quince dias, que era el tiempo que parecia bastar para dar fin al efeto que se pretendia. Mientras la gente se juntaba acordó el Duque de Arcos, que seria bien ir al fuerte de Calaluy, por si convendria ocuparle en caso que se hubiese de hacer guerra, antes que los enemigos se metiesen dentro: y vista la importancia de él, envió dende á pocos dias una compañia de infanteria que lo guardase. Vinole en este tiempo resolucion de su Magestad, que concedia á los alzados casi todo lo que pedian en sus memoriales. Luego comenzaron algunos á reducirse, aunque con pocas armas, diciendo que los que quedaban en la sierra no se las dexaban traer. Estaba entre los Moros uno escandaloso y malo llamado el Melchi, imputado de heregia, y suelto de las carceles de la Inquisicion, ido y vuelto á Tetuan: el qual juntando el ignorante pueblo, que ya estaba resuelto en reducirse, les hizo mudar de proposito, afirmando, que quanto trataban el Alarabique y el Atayfar, era todo engaño: que habian recebido nueve mil ducados del Duque de Arcos, y vendido por precio su tierra, su nacion y las personas de su ley: que las galeras habian venido á Gibraltar: que la gente de las ciudades y señores de la Andalucía estaba levantada: y que los cordeles estaban á punto, con que los principales habian de ser ahorcados, y los demas atados y pues-

tos perpetuamente al remo, á padecer hambre, azotes y frio, sin esperanza de otra libertad que la de la muerte. Con estas palabras tales, y con ser la persona que las decia tan acreditado con los malos, facilmente se persuadieron aquellos rusticos; y tomando las armas contra el Alarabique, le mataron, y juntamente con él á otro Moro Berberisco, que era de su opinion. Y de alli adelante quedaron mas rebeldes de lo que habian estado; y si algunos querian reducirse, el Melchi se lo estorvaba con guardas y con amenazas. Los de Bena Habíz enviaron por el bando y perdon de su Magestad, con proposito de reducirse, á un Moro llamado el Barcochi, á quien el Duque de Arcos dió una carta para el cabo de la gente, que estaba en el fuerte de Montemayor, mandandole que tuviese cuenta con él y con sus compañeros, y les hiciese escolta hasta ponerlos en lugar seguro; mas nuestra gente por cudicia de lo que llevaban, ó por estorvar la reducion, con que cesaba la guerra, le mataron en el camino. Esta desorden movió á los de Bena Habíz, y confirmó la razon del Melchi; de manera que no fue parte el castigo que el Duque de Arcos hizo, ahorcando y echando á galeras los culpados, para que no se alzasen todos, y quedasen de mala manera. Dexemos agora esta historia, que á su tiempo volveremos á ella, y digamos como el Comendador mayor de Castilla hizo la entrada en la Alpuxarra.

CA-

CAPITULO II.

Como el Comendador mayor de Castilla juntó la gente con que habia de entrar en la Alpuxarra.

Mientras en Guadix se aprestaban las vitualIas y municiones para la gente que habia de entrar por aquella parte en la Alpuxarra, el Comendador mayor de Castilla fue á hacer lo mesmo en la ciudad de Granada, donde llegó á diez dias del mes de Agosto. Aposentóse en las casas de la audiencia, y alli fue muy regalado del Presidente Don Pedro de Deza, que en este particular era muy cumplido con los ministros de su Magestad. Fueron con él Don Miguel de Moncada, Don Bernardino de Mendoza, hijo del Conde de Coruña, Don Lope Hurtado de Mendoza, y otros caballeros deudos y amigos suyos. Llevaba poder y facultad de su Magestad para levantar gente en la ciudad, llamar la de la comarca, y hacer todas las otras provisiones necesarias para la expedicion de la guerra, como teniente de capitan general; y como tal presidió en el consejo, mientras alli estuvo; nombró capitanes y cabos de la infanteria, y todos los demas oficiales; y encargóme á mí el oficio de proveedor de su campo. Y quando tuvo toda la gente apercebida, y hecha una gruesa provision de vituallas y municiones, y puesta buena parte de ella en Órgiba y en el Padúl, partió de la ciudad de Granada á dos dias del mes de Setiembre de este año de mil quinientos y setenta, y aquella tarde á puesta de sol fue al lugar del Padúl, donde le alcanzó la gente de las ciudades, y engrosó su campo á numero de cinco mil hom-

bres lucidos y bien armados. Los cabos de la infanteria, que sacó de Granada, eran Don Pedro de Vargas y Bartolomé Perez Zumel, y de la de las siete villas de su jurisdicion Don Alonso Mexía. Con la gente de Loja, Alhama y Alcalá la Real iba Don Gomez de Figueroa, corregidor de aquellas ciudades. Don Fadrique Manrique con la de Antequera, y una compañia de infanteria de la villa de Archidona con Iñigo Delgado de San Vicente su capitan. Iban tambien Francisco de Arroyo, Leandro de Palencia, Juan Lopez, Lorenzo Rodriguez, Diego de Ortega, y Juan Ximenez con sus quadrillas de gente ordinaria, y el capitan Lorenzo de Avila con trescientos arcabuceros de los que el Conde de Tendilla tenia en la fortaleza de la Alhambra; y demas de los estandartes de las ciudades iba una compañia de herreruelos de Lazaro Moreno de Leon, vecino de Granada. Solo un dia se detuvo el Comendador mayor en el Padúl para hacer paga, y me mandó que hiciese dar quatro raciones á la gente, que llevasen para quatro dias en sus mochilas, porque no ocupasen los bagages que habian de llevar la vitualla y municiones del campo. Y á quatro dias del mes de Setiembre bien tarde se alojó en el lugar de Acequia. De alli fue á Lanjarón y á Órgiba, sin hallar impedimento en el camino; y en este alojamiento se detuvo un dia, para que descansase la gente, y esperar la que le iba alcanzando, y poder tomar resolucion del camino que habia de hacer. Aquel dia llegaron los estandartes de caballos de Cordoba, que estaban en las Albuñuelas, y setecientos y treinta soldados de las Guájaras, Almuñecar y Salobreña, y por cabo el capitan Antonio de Berrio. Estando pues el campo en Órgiba, á siete dias del mes de
Se-

Setiembre partió Don Juan de Austria de la ciudad de Guadix, y fue á la Calahorra, donde estaba junta la gente que habia de entrar por aquella parte para aviarla. Y aquel dia bien de mañana fueron á dormir al puerto de Loth tres mil y doscientos infantes, y trescientos caballos, con raciones para quatro dias en las mochilas, y mil y quinientos bagages mayores cargados de bastimentos y municiones. Los cabos de esta gente eran Don Pedro de Padilla, maese de campo del tercio de Napoles, Juan de Solís, vecino de Badajoz, maese de campo del tercio que llamaban de Francia, porque habian servido aquellas banderas al Rey de Francia contra los Luteranos con orden de su Magestad, y despues se habian venido á juntar con el campo de Don Juan de Austria en Andarax Antonio Moreno, y Don Rodrigo de Benavides, y los capitanes de la caballeria Tello Gonzalez de Aguilar, y Don Gomez de Agreda, vecino de Granada. Otro dia fueron á Válor, donde vino Don Lope de Figueroa con ochocientos soldados, y quarenta caballos de los que tenia en Andarax. Llevaban orden por escrito de lo que habian de hacer; y porque no hubiese diferencias entre los cabos, mientras se juntaban con el campo del Comendador mayor, á quien todos habian de obedecer, se les mandó que cada uno gobernase un dia, y los demas le obedeciesen como á capitan general. Hizose esto con mucha conformidad, enviando todos los dias infanteria y caballos que corriesen la tierra, y talasen los panizos y alcandias, y hiciesen todo el daño que pudiesen á los enemigos. En estas correrias captivaron y mataron mucha gente, y recogieron gran cantidad de ganados; y vendiendo luego la presa en almoneda, la repartian entre los capitanes y soldados: y al

go-

gobernador del dia en que llegaban con la presa al campo daban el quinto, como á capitan general. Habiendo pues enviado una gruesa escolta desde este alojamiento á la Calahorra, y traido buena cantidad de bastimentos y municiones, pasó el campo al lugar de Cádiar, donde llevaba orden de aguardar al Comendador mayor; y desde alli hicieron otras muchas corredurias, en que los capitanes y soldados fueron bien aprovechados, sin hallar quien les hiciese resistencia. En este tiempo partió el Comendador mayor de Órgiba, y porque tuvo aviso en el camino que los Moros de guerra se recogian á la umbria de Valdeinfierno, avisó al Presidente Don Pedro de Deza, que mandase á Don Francisco de Mendoza, gobernador del presidio de Guéjar, que con el mayor numero de gente que pudiese acudiese hácia aquella parte. Llegó nuestro campo á Poqueyra á ocho dias del mes de Setiembre, y mataron las quadrillas tres Moros, y talaron todos los mijos, panizos y alcandias de aquella taa: y el siguiente dia bien de mañana pasó á Pítres de Ferreyra. Fueron las quadrillas á correr la tierra, mataron cinco Moros, y captivaron cinco mugeres, y gastóse todo aquel dia en talar y cortar las mieses. Y porque se entendió que en saliendo el campo de Poqueyra, habian vuelto los Moros á meterse en las casas, asi para esto, como para acabar de talar los sembrados, fue un buen golpe de gente á amanecer sobre aquella taa, que hicieron algun efeto. Estuvo el campo en Pítres desde nueve dias del mes de Setiembre hasta los diez y siete: hallóse en las casas de los lugares de aquella taa mucha uva pasada, higos, nueces, manzanas, castañas y otras frutas de la tierra, y miel, y algun trigo y cebaba, aunque poco: y los soldados no se daban á manos

á

á buscar silos de ropa, que los Moros habian dexado escondida. Desde este alojamiento fueron dos gruesas escoltas por el bastimento que habia de respeto en Órgiba, y no perdiendo el Comendador mayor tiempo en lo que mas importaba, que era hacer la guerra de alli adelante con quadrillas de gente suelta, que corriesen las sierras buscando los enemigos, y poner presidios en los lugares importantes, mientras se hacia un fuerte alderredor de la iglesia de Pítres, donde habia de dexar quinientos soldados de guarnicion, á doce dias del mes de Setiembre envió á amanecer sobre el lugar de Trevélez mil y quinientos infantes, y ciento y veinte caballos divididos en dos bandas, con orden que se detuviesen por allá dos dias talando la tierra, y procurando degollar los Moros que hallasen. Con esta gente fue Don Miguel de Moncada. Don Alonso Mexía fue á combatir unas cuevas, que estaban de la otra parte del rio que pasa por baxo de Pítres, y otros capitanes á otras partes, que todos hicieron buenos efetos, y volvieron con presas de Moras y ganados, dexando muertos algunos Moros de los que andaban desmandados, y talada toda la tierra, y trayendo algunos captivos: entre los quales vino un Moro, que dió aviso de una cueva que estaba en un monte, donde no bastára á hallarla nadie. Hallóse en ella algun trigo, cebada y harina, que tenian los Moros escondido; y habiendose ofrecido de descubrir otras, y prometidole el Comendador mayor libertad por ello, unos soldados que iban con él sintiendo tocar arma le mataron: cosa que dió harto desgusto al Comendador mayor, porque no podia dexar de haber muchas cuevas secretas, y no habria de quien se fiase para ir á mostrarlas. Estando pues el fuerte en defensa, y habiendo

trai-

traido de Órgiba y del Padúl el bastimento y municion que habia quedado, dexó en aquel presidio al capitan Hernan Vazquez de Loaysa, vecino de Malaga, con quinientos soldados, y orden que corriese y diese el gasto á la tierra por aquella comarca. Y á diez y ocho dias del mes de Setiembre partió la vuelta de Jubíles, y aquel dia envió mil y doscientos infantes y setenta caballos, que tornasen á correr lo de Trevélez y toda aquella sierra, porque se entendió que los Moros habian vuelto hácia aquella parte al calor de los Moriscos de paces, que siempre les ayudaban con algun bastimento. Dexando pues las taas de Poqueyra y Ferreyra y Jubíles tan taladas y destruidas, que muy pocas mazorcas de panizos y alcandias podian ser de provecho, aunque los Moros quisiesen valerse de ellas, y el presidio en Pítres, para acabar de desarraygarlos que no volviesen á su querencia, y degollar los que hallasen, fue á juntarse con el otro campo, que le estaba aguardando en Cádiar: y este mesmo dia se dió orden en otras correrias de que adelante diremos, porque nos llama el Duque de Arcos, que en este tiempo no estaba de vagar en Ronda.

CAPITULO III.

Como el Duque de Arcos salió contra los alzados de la sierra de Ronda, y los echó del fuerte de Arbóto.

En el mesmo tiempo que se hacian estas cosas en la Alpuxarra, el Duque de Arcos, á quien su Magestad habia cometido lo de la serrania de Ronda, aprestaba tercero campo en aquella ciudad; y teniendo juntos quatro

tro mil infantes, y ciento y cincuenta de á caballo, y cantidad de bastimentos y municiones para quince ó veinte dias, á diez y seis dias del mes de Setiembre salió en campaña, y fue á alojarse una legua del fuerte de Arbóto. Alli estaba recogida la fuerza de los enemigos, lugar aspero y dificultoso de subir, donde naturaleza en la cumbre mas alta de aquel monte puso una compusicion y maquina de peñas cercadas de tantos tajos y despeñaderos, que parece una fortaleza artificial, capaz de mucho numero de gente. Dexó el Duque en Ronda á Lope de Zapata, hijo de Luis Ponce, para que en su nombre recogiese y encaminase los Moros que viniesen á reducirse, porque nunca su Magestad quiso cerrarles la puerta, teniendo solamente fin á la pacificacion y seguridad de aquel reyno. Vinieron pocos, por estar escandalizados de la muerte de Barcochi, y de ver que en Ronda y en Marvella hubiesen los Christianos quebrantado la salvaguardia del Duque de Arcos, y muerto al pie de cien Moros reducidos al salir de los lugares. No se detuvo el Duque en este castigo, porque era dañosa qualquier dilacion al negocio principal; mas dió luego aviso á su Magestad, que envió juez que castigó los culpados. La noche primera, estando el Duque alojado donde llaman la Fuenfria, se encendió fuego en el campo, no se entendió de donde vino, y atajóse con mucho trabajo. Luego el siguiente dia reconoció el Duque el fuerte con mil infantes y cincuenta caballos, y vió el alojamiento de los enemigos, y el lugar del agua, desde la sierra de Arbóto, que está puesta enfrente de él; y aunque se mostraron fuera de sus reparos, no los acometió por ser ya tarde, y aguardar que llegase la gente que venia de Malaga. Otro dia puso guar-

dia de gente en aquella sierra , no sin resistencia de los enemigos , que á un tiempo acometieron la guardia y el alojamiento , y travaron una escaramuza lenta y espaciosa, que duró mas de tres horas. Los Moros eran ochocientos tiradores , y algunos con armas enhastadas : los quales viendo que dos mangas de arcabuceros les tomaban la cumbre , se retiraron á su fuerte con poco daño de los nuestros , y alguno suyo. El Duque reforzó la guardia de aquel sitio con dos compañias de infanteria por ser de importancia , y á diez y ocho dias del mes de Setiembre llegó Arevalo de Zuazo , corregidor de la ciudad de Malaga , con dos mil infantes y cien caballos. Con su venida mejoró el Duque el alojamiento , y se puso mas cerca de los enemigos , cuyas fuerzas se presumian harto mas de lo que eran , porque habian procurado dar á entender que estaban poderosos de gente. Luego se tomó resolucion de combatir el fuerte , y á veinte dias del mes de Setiembre repartió el Duque de Arcos la gente , y dió la orden que habian de tener los capitanes en la subida de la sierra , señalandoles los lugares por donde habian de ir. A Pedro Bermudez de Santis mandó , que con una manga de gente reforzada tomase las cumbres de dos lomas que subian al sitio del enemigo ; y que el capitan Pedro de Mendoza con otro buen golpe de gente le hiciese espaldas á la mano izquierda. Tomó el Duque para sí con la artilleria y caballos , y mil y quinientos infantes , á la mano derecha de Pedro Bermudez , lugar menos embarazado , y mas descubierto , quedando entre ellos un espacio de breñas , que los Moros habian quemado para que rodasen mejor las piedras desde arriba. Ordenó á Arevalo de Zuazo , que con la gente de su corregimiento y dos man-

mangas de arcabuceros delante subiese á la mano derecha del Duque; y adelante de él, hácia el mesmo lado, Luis Ponce con seiscientos arcabuceros por un pinar, camino mas desocupado que los otros. La orden era, que saliendo del alojamiento fuesen todos encubiertos por la falda de la montaña, donde estaba el sitio del enemigo, y por una quebrada que hacia un arroyo hondo, que estaba al pie de ella, y subiendo poco á poco para guardar el aliento, á un tiempo diesen el asalto en sintiendo una señal que se haria. De esta manera quedaba cercada toda la montaña, sino era por la parte de Ístan, que no se podia cercar por su aspereza; y nuestra gente iba tan junta, que parecia poderse dar las manos los unos á los otros. Habiendo pues repartido municion á los arcabuceros, y apercebido á los capitanes para el siguiente dia, el Duque mandó á Pedro de Mendoza, que con la gente de su cargo y algunos gastadores fuese delante á aderezar ciertos pasos, por donde habia de ir la caballeria; y como los Moros le vieron desviado, en parte donde les pareció que no podia ser socorrido tan presto, al caer de la tarde salieron cantidad de tiradores desmandados, quedando el golpe de la gente á manera de emboscada, y travaron una escaramuza de tiros perdidos con él: el qual confiado en sí mesmo, pudiendo guardar la orden, y estarse quedo sin peligro, acudió á la escaramuza con demasiado calor, desmandandose los soldados por la sierra arriba desordenadamente, y sin aguardarse unos á otros, yendose los enemigos unas veces retirando y otras reparando, como si los fueran cebando para meterlos en alguna emboscada. Viendo Pedro de Mendoza el peligro, y no lo pudiendo reparar, porque ya no era parte para detener la gente,

envió á dar aviso al Duque de Arcos, á tiempo que puesto que habia enviado tres capitanes á retirarle, fue necesario tomar con su persona lo alto para reconocer el lugar de la escaramuza; y con los que con él iban, y los que pudo recoger, atravesó por medio de los que subian: y pudo tanto su autoridad, que los desmandados se detuvieron; y los Moros, que ya habian comenzado á descubrirse, se recogieron al fuerte, en ocasion que por ser cerca de la noche pudieran hacer harto daño. Hallóse el Duque tan adelante, quando descubrió el golpe de los enemigos, que teniendo por imposible poder detener los soldados, que subian desmandados, quiso aprovecharse de su desorden; y con el mayor numero de gente que pudo juntar, todo á un tiempo, acometió, y se pegó con el fuerte de manera, que fue de los primeros que entraron en él. Los Moros no osaron aguardar, y se descolgaron por diferentes partes de la sierra, que era larga y continuada, y de alli se repartieron: unos fueron á Rio verde, otros la vuelta de Istan, otros á Monda, y otros á Sierra blanquilla, dexando quinientas mugeres y niños en poder de los Christianos. De esta manera se ganó el fuerte de Arbóto tan nombrado y temido, aunque no con tan buena orden como el Duque quisiera; y ansi le mataron alguna gente, habiendo peleado tres horas ó mas. Y por ocuparse en recoger la presa los soldados, y sobrevenir la noche, no se siguió el alcance, hasta que en saliendo la luna fueron mil y quinientos arcabuceros por la parte que se entendió que habian huido; mas no los pudiendo hallar, se volvieron al campo.

CAPITULO IV.

De lo que el Duque de Arcos hizo en prosecucion de esta guerra, hasta que volvió á Ronda.

Ganado el fuerte de Arbóto, el Duque de Arcos dió licencia al corregidor de la ciudad de Malaga para que se fuese con orden que corriese la tierra, y con el resto del campo pasó á Ístan á veinte y dos dias del mes de Setiembre, porque le pareció conviniente dexar presidio en aquel lugar, donde podria ser facilmente proveido de la ciudad de Marvella, y de la de Malaga. Aquel dia envió quatro compañias de infanteria divididas, sin banderas ni atambores, á correr la sierra, hácia donde pareció que podrian estar los Moros: las tres de ellas les quemaron tres barcas grandes, que tenian hechas para pasar á Berbería, y mataron algunos; y la otra, que iba con el capitan Morillo, á quien mandó que corriese el Rio verde, no guardando la orden que llevába, fue á dar con la gente del Melchi, no lejos de Monda, en un cerro que los de la tierra llaman Alborno; y siendo inferior, fueron desbaratados los nuestros. El capitan se vino retirando hasta llegar á vista de Istan, tan cerca del campo, que se oyeron los arcabuces y escopetas; y el Duque sospechando lo que era, envió á Pedro de Mendoza á que le socorriese: el qual llegó á descubrir los enemigos, y contentandose con recoger algunos de los soldados que venian huyendo, no quiso pasar adelante temiendo alguna emboscada. El capitan Morillo, que con calor del socorro habia dado vuelta sobre los Moros, murió peleando, y con él la mayor parte de

de su gente. En el mesmo tiempo el capitan Francisco Ascanio, á quien Arevalo de Zuazo habia dexado en Monda, para que fuese á correr la tierra en compañia de los de Álora, codicioso de hacer alguna buena presa, sin aguardarle, con solos sesenta soldados, y el alcayde de la fortaleza, que quiso acompañarle, fue la vuelta de Hojén; y cerca del puerto, que está sobre aquel lugar, dieron los Moros en ellos; y matandole á él, y al alcayde, y mas de treinta soldados, escaparon huyendo los otros. Tambien desbarataron una compañia de cien hombres de Xerez de la Frontera, que enviaba el Duque de Arcos á que hiciese escolta á un correo que iba desde Ístan á Monda, para que de alli fuese con despachos á su Magestad; y matando algunos soldados, tuvo lugar de favorecerse el correo en Monda. El Duque pues, viendo que hácia aquella parte estaba el golpe de los enemigos, envió orden á Arevalo de Zuazo, que con la gente de Malaga y Velez volviese á Monda: escribió á Don Sancho de Leyva, que le enviase ochocientos soldados de los de galera, y envió á Pedro Bermudez por la gente de Ronda, y él con la que habia quedado en el campo fue á esperarlos en Monda, y habiendose juntado todos partió para Hojén. En el camino le encontró Don Alonso de Leyva, hijo de Don Sancho de Leyva, con los ochocientos soldados; entendióse que los Moros esperarian una legua de alli; y mandando á Pedro Bermudez, que con mil arcabuceros tomase á la mano izquierda, y que Don Alonso de Leyva fuese derecho á Hojén por un monte que llaman el Negral, con toda la otra gente caminó él hácia el Corvachín, tierra de grande aspereza y espesura: y con esta orden llegaron todos á un tiempo á Hojén, donde ha-

habian estado los Moros : y no los hallando , fueron calando la sierra hasta llegar á vista de la Fuengírola, sin hallar mas que rastros de gentes á diferentes partes , porque los Moros se habian esparcido á la parte de las sierras. Y como no hubiese que hacer, Don Alonso de Leyva se volvió con su gente á las galeras, y Arevalo de Zuazo fue corriendo la tierra de Malaga, dexando orden á Gabriel Alcalde de Gozón , vecino de Cazarabonela, hombre diligente y cuidadoso del servicio de su Magestad , para que recogiendo gente de aquellos lugares , anduviese á la mira por las caras de Rio verde, por si algunos Moros reventasen hácia aquella parte poderlos oprimir : el qual con veinte caballos y cantidad de peones anduvo asegurando la tierra, y hizo algunos efetos de importancia, siendo muy pratico en ella. Habiendo estado el Duque de Arcos algunos dias en Monda , porque llovia mucho para tener la gente en campaña , dexó presidios en Calaluy , Ístan , Monda , Tolóx, Guaro , Cartágima y Jubríque , y fue á Marvella , y de alli á Ronda, á esperar orden de su Magestad para lo que adelante se habia de hacer , donde estuvo á cinco dias del mes de Octubre. Volvamos al campo del Comendador mayor , que dexamos en la Alpuxarra.

CAPITULO V.

Del progreso del campo del Comendador mayor de Castilla desde que se juntaron los dos campos hasta que volvió á Cádiar.

El mesmo dia que el Comendador mayor de Castilla llegó á Cádiar, envió los tercios de Juan de Solís y Barto-

tolomé Perez Zumel y Don Pedro de Vargas á hacer escolta á los bagages que iban á traer bastimentos de Adra, donde ya habian ido dos veces Don Pedro de Padilla y Antonio Moreno antes que llegase, y saqueado el lugar de Lucaynéna, la orden que les dió fue, que mientras Bartolomé Perez Zumel volvia con la escolta hasta Verja, porque se habian de detener un dia en cargar, amaneciesen los otros dos tercios el jueves en Dalías, y procurasen degollar los Moros que alli hubiese, y talar la tierra; y el viernes se juntasen con la escolta en Verja, para volver el sabado al campo. Volvieron los que habian ido á correr segunda vez á Trevélez, y traxeron ciento y veinte Moras y dos mil cabezas de ganado y cien vacas y cincuenta bagages, y mataron cantidad de Moros. El mesmo dia vinieron Don Lope de Figueroa y Don Rodrigo de Benavides, que habian ido á correr el Cehel, con otras ochenta Moras, dexando muertos algunos Moros, y quemadas tres barcas muy buenas, que tenian hechas para pasarse á Berbería. Vinieron tambien otros, que habian ido á otras partes, con dexar hechos tan buenos efetos, que á los veinte y dos de Setiembre habian ya traidose al campo mil y cien esclavas, y muertose al pie de quinientos Moros, y tomadoles gran cantidad de ganados y bagages, y taladoles la comarca alderredor, asegurando la tierra de manera, que á veinte y quatro de Setiembre pudieron ir dos escoltas juntas en un dia, una á Órgiba, y otra á Pítres, á traer los bastimentos que alli habian quedado, teniendo fuera en correrias ocho tercios de diez que habia en el campo. Corrióse toda la Alpuxarra, sin dexar Cehel ni Dalías, y mucha parte de ella dos y tres veces; talaron y quemaron los soldados infinitos panizos y alcan-

candias, y hallaron gran cantidad de trigo y cebada en las cuevas. Este dia se traxeron al campo doscientas Moras, dexando al pie de ochocientos Moros muertos. Hizo arcabucear el Comendador mayor veinte Moros, y el dia de antes quatro de los mas principales, y entre ellos á Miguel de Herrera el de Pítres, á quien diximos que el Marques de Mondejar habia encomendado las esclavas de Jubíles: y á ninguno de quantos se prendian de veinte años arriba se daba vida. Comenzaronse á hacer los fuertes en Cádiar, Cuxúrio, Bérchul, Mecina de Bombarón, y en Jubíles, para dexar gente de guarnicion en ellos, que corriesen siempre la tierra, porque no quedase á los Moros donde habitar. Traían estas corredurias tan corridos y acosados á los malaventurados, que ya no tenian sierra, cueva ni barranco seguro. A veinte y nueve de Setiembre fue una escolta á traer bastimento de la Calahorra, llevó mas de mil Moras, y quedaron pocas menos en el campo, habiendose degollado otros quatrocientos Moros, y hecho justicia de treinta y seis. En la cueva de Mecina de Bombarón se tomaron doscientas y sesenta personas, y se ahogaron de humo que se les dió otras ciento y veinte. En otra cueva cerca de Bérchul se ahogaron sesenta personas, y entre ellas la muger y dos hijas de Aben Aboo; y estando él dentro, se salió por un agujero secreto con solos dos hombres que le pudieron seguir. En la cueva de Castáres murieron treinta y siete personas, y en la de Tíar se tomaron vivas sesenta y dos: y en todas se hallaron muchas armas, vituallas y ropa. Ganaronseles otras cuevas menores por fuerza de armas, y ellos desamparaban algunas, quando veían la perdida de sus vecinos: y finalmente la procesion que ellos decian que pasaba,

quando veían pasar nuestros exercitos, les fue quitando el ultimo refugio. Quando hubo el Comendador mayor acabado los quatro fuertes, dexandolos bastecidos de gente y de vituallas para un mes, á tres dias del mes de Otubre pasó á Uxixar; y dexando alli un tercio, otro en Laróles, haciendo dos fuertes, pasó á Verja y á Dalías á hacer otros dos, para que á un mesmo tiempo se acabasen todos quatro, como se habia hecho en los otros: y á los quince de Otubre los tuvo acabados, y á vituallados y con gente. Desde el alojamiento de Dalías envió el Comendador mayor á Don Pedro de Padilla con su tercio y las cien lanzas de Ecija á correr los lugares de Iníx, Filíx y Vícar, con orden, que habiendo degollado unos Moros, que andaban en aquel partido, pasasen á Canjáyar, y corriesen la sierra de Gádor. Esta gente llegó al amanecer del dia á Finíx, donde tenian aviso que estaban cantidad de Moros; y antes que llegasen á él, salieron todos con sus mugeres y hijos, y caminaron la vuelta de la ciudad de Almería á fin de quererse reducir: nuestra gente entró en el lugar, y le saqueó, y captivaron algunas mugeres y muchachos, que se habian quedado en las casas. Y unos escuderos de los de Ecija, siendo avisados como aquellos Moros iban hácia Almería, fueron tras de ellos; y habiendose alargado gran rato de los compañeros sin poderlos alcanzar, quisieran volverse; mas andaban tantos Moros apellidando la tierra, que determinaron de ir adelante, y llegaron á la ciudad, á tiempo que Don Garcia de Villa Roel acababa de recoger los Moros y Moras que llevaban por delante; y quiriendo que se los diese todos por esclavos, Don Garcia de Villa Roel no lo quiso hacer, diciendo que eran libres conforme al bando de su Ma-

Magestad, pues se iban á reducir, y tenia comision para admitirlos; y sobre esto hubo algunas demandas y respuestas, de donde resultó descomedirse los escuderos, y mandarlos prender. De esto se quejó Tello Gonzalez de Aguilar á Don Juan de Austria, y envió un juez á determinar aquel negocio: el qual soltó los escuderos, y les adjudicó todos aquellos Moros por esclavos. Estuvieron Don Pedro de Padilla y Tello Gonzalez de Aguilar en Canjáyar algunos dias, y corrieron toda aquella tierra asegurando los pueblos reducidos, hasta que se les dió orden que los metiesen la tierra adentro. En este tiempo Don Sancho de Leyva, que andaba discurriendo por la costa con las galeras, puso gente en la Rábita, y en Castil de Ferro, y en Albuñól, conforme á la orden que se le envió. Continuabanse siempre las correrias, y captivaronse mas de tres mil Moras y muchachos, y fueron muertos al pie de mil y quinientos Moros; ganaronseles seis cuevas muy grandes, que en solas dos de ellas hubo al pie de ochocientas personas; y en la postrera, que se rindió á diez de Otubre, que fue la de Détiar, habia cien Moros de la tierra, y treinta de Berbería, y un Turco, todos muy bien armados, y mas de trescientas mugeres y niños. Y en otra, que estaba sobre el lugar de Murtas hácia la mar, se rindió Don Francisco de Cordoba, aquel primo de Aben Umeya, que diximos en el capitulo trece del libro noveno, y otro hermano suyo, y dos capitanes Turcos, y un sobrino de Aben Aboo, que despues se les huyó á los soldados que le llevaban: concedióles el Comendador mayor las vidas, y despues los mandó llevar á las galeras. Acabados los fuertes arriba referidos sin contradicion del enemigo, que andaba ya reducido á extrema mise-

ria , huyendo de cueva en cueva con algunos tan pertinaces como él , y donde estaba un rato de la noche no osaba aguardar el dia , el Comendador mayor volvió corriendo la tierra con sus tercios repartidos á todas partes ; y visitando los presidios , á diez y seis de Otubre estuvo en Uxixar de vuelta , y á diez y nueve en Cádiar ; dióseles otra mano á los Moros tal y tan buena como las pasadas. Tomaronseles muchas cuevas , y volvian los soldados al campo con las manos llenas de los Moros y Moras que prendian , que eran muchos ; y unos enviaba el Comendador mayor á las galeras , otros hacia justicia de ellos , y los mas consentia que los vendiesen los soldados para que fuesen aprovechados. La mayor parte de los Moros que se prendieron y mataron estos dias fueron de los que habian ido á reducirse al marquesado del Zenete , que se volvian ya muchos , y les hallaban las salvaguardias en el seno ; y aunque decian que venian á encaminar á sus parientes y amigos á que se reduxesen , les aprovechaba poco , por los avisos que de allá se tenian en contrario. Estos dias, yendo Don Diego de Leyva visitando los lugares que estaban á su cargo , y llevando nueve arcabuceros á pie y cincuenta caballos de la compañia de Diego Merlin de Avalos , Garcia el Zaycal , y el Bayzi de Xérgal , y el Naguar , con doscientos Moros de sus quadrillas , se pusieron en emboscada , y le aguardaron en un paso angosto entre Tavernas y Xérgal , á la baxada de la rambla que dicen de Belélche ; y saliendo de improviso á los nueve arcabuceros que iban delante , los pusieron en huida , y luego tras de ellos siguieron los caballos. Bien pudiera Don Diego de Leyva retirarse este dia , si quisiera ; mas como animoso y buen caballero hizo rostro,

y

y procuró detener la gente, y recoger los bagages, donde iba cantidad de dinero de su Magestad; y no le aprovechando su trabajo y diligencia, que fue mucha, porque la vereda que llevaba era angosta, y los caballos no podian correr por ella, ni los bagages dar vuelta, herido de dos escopetazos, uno en un brazo y otro en los lomos, le retiró Don Felipe de Leyva su hermano bien contra su voluntad; y poniendose un page en las ancas de su mesmo caballo, le fue teniendo, porque no cayese, hasta llevarlo á la ciudad de Almería, donde murió de las heridas. Este dia probó nuestra gente tan mal, que sino fueron Don Felipe de Leyva, y el bachiller Soler su auditor, y seis caballos, todos los demas huyeron, dexando á su capitan solo en poder de los enemigos.

CAPITULO VI.

Como su Magestad mandó sacar todos los Moriscos que habia en el reyno de Granada, ansi de paces, como reducidos, y meterlos la tierra adentro.

Ya en este tiempo su Magestad habia enviado á mandar á Don Juan de Austria, y al Presidente Don Pedro de Deza, y al Duque de Arcos, á cada uno por su parte, que con toda brevedad y diligencia posible executasen las ordenes que tenian de sacar todos los Moriscos del reyno de Granada, ansi los nuevamente reducidos, como los que no se habian alzado, y los metiesen la tierra adentro, porque los pocos que quedaban en la sierra, perdiendo la confianza de poderse valer de ellos, acabasen de reducirse, ó de perderse. Estando pues

pues las cosas de la Alpuxarra y de la serrania de Ronda en los terminos que hemos dicho, por carta de veinte y ocho dias del mes de Otubre, fecha en la villa de Madrid, tuvo Don Juan de Austria segunda orden y ultima resolucion sobre ello; y por ser negocio de tanta importancia, comunicandose los consejos, se acordó que antes que el Comendador mayor saliese de la Alpuxarra, pues los Moriscos dexaban ya de venirse á reducir, y se volvian muchos de los reducidos á la sierra, se pusiese en execucion el mandato de su Magestad, y ansi se hizo por la orden siguiente. Que los de Granada, y de la vega, y valle de Lecrín, sierra de Bentomíz, xarquia y hoya de Malaga, y serranias de Ronda y Marvella, saliesen encaminados la vuelta de Cordoba, y de alli fuesen repartidos por los lugares de Estremadura y Galicia, y por sus comarcas. Los de Guadix, Baza y rio de Almanzora fuesen por Chinchilla y Albacete á la Mancha, al reyno de Toledo, á los campos de Calatrava y Montiel, al priorato de San Juan, y por toda Castilla la vieja hasta el reyno de Leon; y los de Almería y su tierra por mar, en las galeras del cargo de Don Sancho de Leyva, á la ciudad de Sevilla: y que no fuesen ningunos para quedar en el reyno de Murcia, ni en el marquesado de Villena, ni en los otros lugares cercanos al reyno de Valencia, donde habia grande numero de Moriscos naturales de la tierra, porque no se pasasen con ellos, y por el peligro de la comunicacion de los unos con los otros; ni menos quedasen en los pueblos de la Andalucía, por haber en ellos muchos de los que se habian llevado primero, y estar la tierra trabajada: y demas de esto habia inconviniente por poderse volver á las cercanas sierras los que quisiesen huir.

La

La orden que se dió á los que los habian de llevar fue, que la primera escala, fuera del reyno de Granada, la hiciesen en los lugares que fuesen mas á proposito, para llevarlos de alli, donde habian de parar, con seguridad y comodidad suya: de manera que no se fuesen, ni los hurtasen, ni llevasen á otras partes, y asi ellos como sus bienes fuesen seguros: no permitiendo que los hijos se apartasen de los padres, ni las mugeres de los maridos por los caminos, ni en los lugares, donde habian de quedar, sino que las casas fuesen y estuviesen juntas; porque aunque lo merecian poco, quiso su Magestad que se les diese este contento, mandando, que demas de la gente de guerra fuesen con ellos comisarios personas de autoridad y confianza con lista y memorial de los que cada uno llevaba á su cargo, para que los llevasen de unos lugares á otros, y proveyesen vituallas y gente que los acompañase, presupuesto que la que habia de salir del reyno de Granada no habia de pasar de la primera escala. Dando pues su Magestad priesa, y no estando Don Juan de Austria de vagar, despachó correos en diligencia á todas partes, solicitando las personas que habian de hacer el efeto, y mandandoles, que para primero dia de Noviembre, dia en que la iglesia Catholica celebra la fiesta de Todos los Santos, á un mesmo tiempo encerrasen todos los Moriscos de qualquiera calidad y condicion que fuesen en las iglesias de los lugares de sus partidos, y acompañados de la gente de guerra, que para ello estaba repartida, los metiesen la tierra adentro; y para que se hiciese con mas seguridad, se proveyeron algunas cosas necesarias. Ordenóse que tres mil hombres de la Andalucía y de otras partes, que venian ya camino para quedarse de presidio en los fuer-

fuertes que el Comendador mayor dexaba hechos, se ocupasen primero en sacar los Moriscos del reyno de Granada. Que el Comendador mayor, para el dia que se habian de recoger, tuviese tomados los pasos de las sierras, por donde se podrian volver á ellas. Que Don Francisco Zapata de Cisneros, señor de Barajas, que despues tuvo titulo de Conde, y fue Presidente del supremo Consejo de Castilla, y á la sazon era corregidor de Cordoba, con la gente de aquella ciudad acudiese á la vega de Granada; y que Don Alonso de Carvajal, señor de la villa de Jódar, haciendo otra junta de gente, como la que habia hecho para el socorro de Serón, fuese al partido de Baza. La gente de la Andalucía llegó á un mesmo tiempo á lo de Granada y de Guadix repartida en dos partes. El Comendador mayor pasó con su campo desde Cádiar á Pítres de Ferreyra, y el primer dia del mes de Noviembre tuvo tomados catorce pasos de las sierras con gruesas mangas de arcabuceria. Don Francisco Zapata de Cisneros con doscientos caballos y mil infantes de su corregimiento partió de aquella ciudad á veinte y ocho dias del mes de Otubre en la tarde, y á los treinta estuvo en Alhendín, lugar de la vega de Granada. Capitanes de la caballeria eran Don Luis Ponce y Alonso Martinez de Angulo, y de la infanteria Gutierre Muñoz de Valenzuela, Hernando Cebico, Pero Hernandez de Monegra y Don Luis de Cordoba, y Luis Hernandez de Cordoba, que servia el oficio de sargento mayor. Iba toda esta gente tan bien aderezada y proveida de armas y de caballos, que representaban bien la pompa de su ciudad y de su capitan. Llevaban los estandartes y banderas con las armas de la ciudad, que son un leon raspante leonado en campo blanco, y

cas-

castillos y leones por orla. Los escuderos iban vestidos de marlotas coloradas, y los trompetas y ministriles, que acompañaban al capitan, con ropetas de terciopelo carmesí, y capotillos de saya entrapada, guarnecidos de franjas y pasamanos de oro; y los atambores y pifaros con libreas de seda de colores azul y amarillo: y lo que mas hubo que notar en esta gente fue su buena orden y disciplina. Habia ya enviado á mandar Don Juan de Austria á Don Alonso de Granada Venegas, y á los otros comisarios que tenian cargo de los Moros reducidos, que retirasen los que tenian alojados cerca de la sierra á otros lugares mas apartados, dandoles á entender, que lo hacian, porque no recibiesen daño, quando saliese de la Alpuxarra la gente del Comendador mayor. Estando pues todo prevenido, el dia de Todos Santos á un mesmo tiempo en todo el reyno de Granada se encerraron todos los Moriscos, ansi hombres como mugeres y niños en las iglesias y lugares diputados, aunque en algunas partes con menos orden de la que convenia. Los que habian quedado en la ciudad de Granada, y los que estaban recogidos en los lugares del valle de Lecrin y de la vega, los encerraron sin escandalo ni alboroto, y los llevaron al hospital Real de Granada, y los entregaron á los capitanes que los habian de llevar. Don Francisco Zapata llevó cinco mil, y Don Luis de Cordoba, alferez mayor de aquella ciudad, los demas. Fueron divididos en dos partes, y cada parte hechas esquadras de á mil y quinientos Moriscos, sin los viejos, mugeres y niños, y con cada esquadra iban doscientos soldados y veinte caballos, y un comisario. Los primeros llevó Luis Hernandez de Cordoba á Estremadura y tierra de Plasencia, y los otros fueron al reyno de Toledo.

Habia algunos Moriscos Granadinos, que habian sido reservados la otra vez; y pretendiendo serlo tambien en esta ocasion, hicieron diligencia con el Presidente Don Pedro de Deza, suplicandole, que escribiese sobre ello á Don Juan de Austria. El qual respondió, que sin embargo de que aquellos tales hubiesen mostrado voluntad de servir á su Magestad, no tenia orden suya para mostrarles gratificacion de presente, ni era de parecer que dexasen de salir del reyno de Granada; y que dando fianzas, que dentro de tres dias saldrian de todo él, los dexasen ir solos á las partes y lugares que quisiesen con sus familias y bienes muebles; y que estando fuera del reyno, intercederia con su Magestad, y le suplicaria les diese licencia para volver á sus casas. Por la mesma orden, y á un mesmo tiempo, se encerraron los de la ciudad de Guadix y de los lugares de su jurisdicion, y los de las villas del marquesado del Zenete. Tambien el Duque de Arcos recogió los que pudo en los lugares de las serranias de Ronda y Marvella, y los envió con Antonio Flores de Benavides, corregidor de Gibraltar, á Íllora, y alli los juntaron con los que iban de Granada á la ciudad de Cordoba. Don Alonso de Carvajal, señor de la villa de Jódar, se gobernó tan bien con los del partido de Baza, que siendo gente de quien menos seguridad se tenia, por haber andado la mayor parte de ellos alzados y en las sierras, los recogió en las iglesias pacificamente, metiendo gente de parte de noche en los lugares donde entendió que habia Moriscos sospechosos, y publicando, que les queria repartir trigo y bueyes con que sembrasen aquel año. Y con esto, y con mandar soltar libremente algunos Moriscos, que los soldados le traían presos, por haberlos en-

encontrado que se iban con sus armas á la sierra , los aseguró de manera, que munchos de los que estaban ya allá se volvieron á sus lugares , y caminó con ellos la vuelta de Albacete , donde habian de ir conforme á su instruccion. Arevalo de Zuazo , corregidor de la ciudad de Malaga , con la gente de su corregimiento recogió tambien pacificamente los que quedaban en los lugares de él , aunque dificultó el negocio harto al principio , y quiso interceder por algunos de los que no se habian alzado; mas no hubo lugar , y conforme á la orden que se le envió, los llevó á la ciudad de Antequera, y de alli pasaron á Estremadura y á Plasencia ; y á las ciudades de Ecija y Carmona llevó Gabriel Alcalde de Gozón los de Tolóx y de Cazarabonela. Don Juan de Alarcon y Don Miguel de Moncada, á quien Don Juan de Austria habia proveido estos dias por cabo de los presidios del rio de Almanzora , estuvieron tan desconformes en la saca de los Moriscos de aquel partido, que hubo notable desorden , y los soldados con mano armada comenzaron á matar y á captivar la gente reducida ; y viendo esto se pusieron muchos Moros en arma , y se subieron á la sierra de Bacáres. Don Pedro de Padilla recogió los de su partido casi con igual desorden , porque estando repartidos en muchas partes , fue dificultoso poderlos encerrar á todos en las iglesias , sin que algunos lo entendiesen : y los del Boloduy huyeron á la sierra de Bacáres. Habianse de recoger los otros todos en tres lugares , y en el uno , donde estaba el capitan Diego Venegas, hubo tan grande desorden , que dió materia á que los Moriscos se alborotasen ; y poniendose los soldados en arma , mataron al pie de doscientos hombres , no sin daño suyo , porque tambien hubo de ellos

 mun-

munchos muertos y heridos. Los que pudieron huir se subieron á la sierra de Bacáres, y alli se juntaron con los otros, y comenzaron á hacer nuevos daños; saquearon los soldados las casas del lugar, y tomaron todas las mugeres por esclavas: cosa que dió harta sospecha de que la desorden habia nacido de su cudicia; mas Don Pedro de Padilla lo atajó con poner las Moriscas en libertad, y enviarlas con los reducidos de los otros lugares, que fueron llevados á la ciudad de Almería, y de alli á Vera, y á Albacete: y Don Sancho de Leyva embarcó los de Almería y su tierra en las galeras de su cargo, y los llevó á la ciudad de Sevilla. De esta manera se despobló el reyno de Granada de la nacion Morisca, y sino acaecieran las desordenes dichas, fueran muy pocos los Montaraces que quedáran en él; como quiera que despues los que se fueron huyendo, ó la mayor parte de ellos, tornaron á reducirse, entendiendo el buen tratamiento que se hacia á los que iban la tierra adentro, y fueron admitidos y llevados con ellos; y los que no quisieron tomar el buen consejo, se perdieron. Munchos fueron los que se pasaron á Berbería, que sirvieron á Abdul Malic, Rey de Fez, en su milicia con nombre de Andaluces, que no fueron poca parte para desbaratar y vencer á Don Sebastian Rey de Portugal en la batalla cerca del rio de Alcazar Quibir, donde murió, yendo á restituir en aquellos estados á Mahamete Xerife, hijo de Abdala, á quien Abdul Malic habia desposeido, como lo diremos en la segunda impresion de nuestra Africa, que saldrá brevemente á luz con el favor divino.

CA-

CAPITULO VII.

Como Don Juan de Austria y el Comendador mayor de Castilla despidieron la gente de guerra, y se dió orden como se acabasen de perder los rebeldes que habian quedado en las sierras.

Retirados los Moriscos del reyno de Granada de la manera que hemos dicho, y metidos la tierra adentro, el Comendador mayor encaminó la gente que habia de quedar en los presidios de la Alpuxarra, y los dexó proveidos, y con orden que no dexasen de hacer correrias á todas partes: y mandó que Francisco de Arroyo y Luis de Arroyo, y Reynaldos y Leandro de Palencia, y Juan Lopez, y Diego Rodriguez, y Diego de Ortega, y Juan Ximenez con sus quadrillas de gente del campo corriesen la tierra. Estas quadrillas sirvieron á orden de Don Hernando Hurtado de Mendoza, que hoy es capitan general de la costa del reyno de Granada, de quien podemos decir, que dió fin al rebelion de la Alpuxarra, siguiendo á los rebeldes pertinaces por su persona de noche y de dia, yendo á pie con las quadrillas como qualquier soldado particular, hasta que dió fin de ellos en las sierras y en las cuevas, donde se habian metido. Dexando pues el Comendador mayor prevenido lo de la Alpuxarra, á cinco dias del mes de Noviembre fue á la ciudad de Granada; y en llegando, dió licencia á la gente de las ciudades que se fuesen á sus casas. Tambien partió Don Juan de Austria de Guadix cinco dias despues, y á los once entró en la ciudad de Granada, y con él el Duque de Sesa: fue alegremente re-

ce-

cebido de todos los tribunales y gente de guerra, porque cierto le amaban mucho. Y mientras estuvo en Granada, que fueron diez y nueve dias, se ocupó en dar orden como acabar los Moros rebelados, que quedaban en las sierras, y en reformar capitanes y oficiales de los que habian servido á sueldo de su Magestad, y no eran ya menester, mandandoles pagar lo que se les debia, y haciendoles otras mercedes, mas conformes á la posibilidad presente, que al deseo que tenia de que no fuesen menores que los servicios que habian hecho en aquella guerra; y dexando ordenadas las escoltas que habian de proveer los presidios para aquel hibierno, y las quadrillas que de ordinario corriesen las sierras en seguimiento de Aben Aboo y de otros rebeldes, quedó en su lugar el Comendador mayor de Castilla: y á treinta dias del mes de Noviembre partió de la ciudad de Granada para la corte de su Magestad.

No mucho despues el Duque de Arcos juntó de nuevo gente en la ciudad de Ronda para acabar de deshacer los Moros que hacian daños en aquella tierra, y partió en su busca con mil y quinientos arcabuceros de los soldados y gente de señores, y otros mil de sus vasallos, y con los caballos que pudo juntar. Eran los enemigos tres mil hombres, los dos mil escopeteros acaudillados por el Melchi, y mostraban determinacion de morir ó defender la sierra. Y siendo el Duque de Arcos avisado de ello, ordenó á Pedro de Mendoza, que con seiscientos arcabuceros fuese á la boca del Rio verde por el pie de la sierra; y á Lope Zapata, que con otros seiscientos caminase hácia Gaymón, á la parte de las viñas de Monda, yendo el uno del otro media legua: y con el resto de la gente comenzó á caminar por aquel espacio

cio que quedaba entre ellos. Pedro Bermudez, que llevaba la mano derecha, dió mandato á Carlos de Villegas, que estaba en la guardia de Istan y de Hojén con dos compañias de infanteria y cincuenta caballos, que con doscientos arcabuceros tomase á un tiempo lo alto de la sierra, y las espaldas del sitio del enemigo; y á Arevalo de Zuazo, que partiendo de Malaga con mil y doscientos soldados y cincuenta caballos, acudiese á la parte de Monda. Partieron todos á un tiempo de noche, para hallarse á la mañana con los enemigos: los quales avisados por unos tiros de arcabuceria que habian oido, ó por alguna espia, dexaron el lugar que tenian, y se mejoraron á la parte de Pedro de Mendoza, que era el postrero, por tener la salida mas abierta. Comenzó el Duque á subir la sierra, y Pedro de Mendoza á pelear con igualdad, yendose los Moros siempre mejorando; y aunque el Duque iba algo apartado de él, en oyendo la arcabuceria, entendió que se peleaba por aquella parte, y se le acercó por la ladera de la sierra; y en descubriendo la escaramuza, con los mas arcabuceros y caballos que pudo juntar, acometió á los enemigos, llevando cerca de sí á Don Luis Ponce su hijo. Porfióse buen rato de entrambas partes, y no pudiendo los Moros resistir, tomaron lo alto, y de alli se partieron desbaratados, quedando muertos mas de ciento, y entre ellos el Melchi; y si acudieran á salir á la hora que se les ordenó Pedro Bermudez y Carlos de Villegas, se hiciera mayor efeto. Repartió luego el Duque la gente en quadrillas, que anduvieron siguiendo á los Moros, y mataron otros ochenta, que no se hallaron mas: y con esto se volvió á Ronda, y se dió fin á la guerra por aquella parte. Y porque el Comendador mayor habia

de

de ir á la jornada de la liga, que los Principes Christianos hacian contra el gran Turco, como teniente de capitan general de la mar por Don Juan de Austria, mandó su Magestad al Duque de Arcos que fuese á dar fin en lo que quedaba por hacer en Granada: el qual entró en aquella ciudad á veinte dias del mes de Enero del año del Señor mil quinientos setenta y uno. Estuvose alli algunos dias el Comendador mayor, informandole de los negocios de la Alpuxarra, como persona que tan bien los entendia. Reforzaronse las quadrillas de la gente del campo del cargo de Don Hernando Hurtado de Mendoza, y dióse orden en otras cosas del servicio de su Magestad con asistencia y parecer del Presidente Don Pedro de Deza: y por Febrero de aquel año se fue á la corte, donde llegó tambien el Duque de Sesa, habiendo estado algunos dias en su estado. En Baza quedó por capitan y cabo de la gente de guerra Don Juan Enriquez por orden de su Magestad, y en el rio de Almanzora Don Miguel de Moncada, donde se hicieron despues buenos efetos contra los Moros que quedaban derramados, deshaciendolos con hierro, hambre y desventura. Solo nos queda por decir el fin y muerte de Aben Aboo, cuya sangre hubo al fin de derramar el torpe Senix, famoso monfi, de quien mucho se fiaba.

CAPITULO VIII.

Que trata de la muerte de Aben Aboo, y fin de esta guerra.

Andaba en este tiempo Aben Aboo huyendo por las sierras que caen entre Bérchul y Trevélez en lo mas agrio de la Alpuxarra, y escondiendose de cueva en cueva, porque ya no le quedaban sino quatrocientos hombres que le siguiesen ; y las personas de quien mas se fiaba eran un Bernardino Abu Amer, su secretario, y Gonzalo el Senix, famoso monfi, de quien habemos hecho mencion otras veces. Este habia estado quatro años preso en la carcel de Chancilleria de Granada por muerte de un hombre, y un año antes del rebelion se habia soltado, y dadose á la sierra con los monfis, donde habia cometido otros muchos delitos ; y viendo su perdicion, habia hecho una barca secretamente para irse á Berbería, y Aben Aboo se la habia hecho quemar, y mandadole que no baxase hácia la marina, sino que anduviese en la sierra con los otros compañeros. Y asi por esto, como por otras cosas que habian pasado entre ellos, teniendose por muy agraviado, mantenia enemistad secreta con él ; y aun deseaba, segun lo que nos certificó, que se ofreciese ocasion en que poderse vengar. Sucedió pues, que estando Galaso Rotulo, natural de Ciudad Real, por gobernador de los presidios de Cádiar y Bérchul, y teniendo presos ciertos Moros para hacerles justiciar, llegó alli un platero, vecino de Granada, llamado Francisco Barredo, que solia tener mucha amis-

tad y conocimiento con los Moriscos de la Alpuxarra antes que se levantasen, y les llevaba á vender cosas de plata y de oro: el qual confiado en que no le harian mal por este respeto, iba tambien en tiempo de guerra á comprarles seda, oro y aljofar, y otras cosas: y andando un dia mirando unos Moros, que Galaso Rotulo queria hacer arcabucear, uno de ellos, que era muy su amigo, y se llamaba Bernardino Zatahari, corrió á tomarle las manos para besarselas, y le comenzó á contar sus trabajos. El Barredo le consoló, y hizo con los soldados que se lo dexasen llevar á su posada aquel dia; y preguntandole por Aben Aboo, y por los que andaban con él, y el lugar donde se recogian, le contó el Moro con verdad todo lo que pasabâ, y como Bernardino Abu Amer, y el Senix de Bérchul, eran las personas de quien mas se fiaba. Era este Bernardino Abu Amer muy grande amigo suyo, y luego concibió en sí, que si le enviaba á hablar, ofreciendole perdon de sus culpas y otras mercedes de parte de su Magestad, no dexaria de hacer algun señalado servicio, persuadiendo á Aben Aboo á que se reduxese, ó entregandole muerto ó vivo: y preguntando al Zatahari, si se atreveria á hacer un hecho de hombre, por donde viniese á ganar libertad, le respondió, que por salvar la vida haria qualquier cosa que le mandase. "Has de ir (dixo entonces el platero) á llevarme una carta á Bernardino Abu Amer, y á decirle, que se venga á ver conmigo entre Bérchul y Trevélez. Y si esto cumples como hombre de bien, y me traes respuesta, yo haré que tengas libertad, y que su Magestad te haga mercedes." Y como el Moro prometiese de servir fielmente, Barredo lo comunicó con

Ga-

Galaso Rotulo, y le pidió, que mientras iba á Granada á hablar con los del consejo no hiciese justicia de él: el qual holgó de ello, y partiendo luego para Granada, trató con el Comendador mayor, que aun no era ido, y con el Duque de Arcos el negocio, ofreciendose, que daria orden por medio de aquel Moro, como Aben Aboo se reduxese, ó fuese preso, ó muerto. Los del consejo tuvieron el negocio por incierto al principio, y no tomaban resolucion, hasta que viendo la instancia que Barredo hacia, y lo poco que se aventuraba en soltar un Moro, acordaron que se le diese orden para que Galaso Rotulo se lo entregase: el qual se lo entregó, y lo envió con una carta para Bernardino Abu Amer, advirtiendole, que si le prendiesen otros Moros en el camino, dixese que iba huyendo, y que se habia soltado de la prision de Cádiar. Tenia Gonzalo el Senix puestas sus atalayas al derredor de las sierras, donde estaba su cueva; y como el Zatahari llegó cerca de ellas, salieron quince Moros á él, y le prendieron, y lo llevaron ante él: y preguntandole de dónde venia, dixo que iba huyendo de Cádiar; mas el solene monfi entendió luego que le mentia, y le amenazó con la muerte, sino le decia la verdad. El Moro no osó hacer otra cosa, y sacando la carta que llevaba se la dió, y le contó todo lo que pasaba. Entonces dixo el Senix, que no tuviese miedo, porque mejor negocio haria con él, que con Abu Amer: el qual en oyendo semejante embaxada, era cierto que le habia de matar; y que si Barredo quisiese tratarle verdad, seria mas parte para su pretension que nadie. Y encargandole el secreto, para cumplir con los Moros que le habian visto prender, hizo llamar alli á

Abu Amer, y le dió la carta de Barredo: el qual se enojó tanto, que quiso matar al Moro que la llevaba; y le matára, sino se lo quitára de delante el Senix, diciendo que no le habia de hacer mal, porque lo que habia hecho habia sido por salvar la vida. Luego habló secretamente con Zatahari, y le dixo, que fuese á Cádiar, y dixese de su parte á Barredo, que aquel negocio no iba bien encaminado por aquella via, que él lo haria mejor, si le traía perdon de su Magestad generalmente de todas sus culpas, y le daban á su muger y á una hija, que tenia captivas. El Moro fue á Cádiar, y refiriendo á Barredo lo que el Senix le habia dicho que le dixese, fue luego á verse con él entre Bérchul y Trevélez; y despues que hubieron platicado largamente en el negocio, escribió el Senix una carta en arabigo para el Presidente, ofreciendose de reducir á Aben Aboo, ó darle muerto ó vivo, si veía seguridad de la merced que su Magestad le hacia; y pidiendo, que para satisfacion de esto, y de que no se le trataba engaño, lo que se acordase, y la orden ó carta que se hubiese de enviar fuese en letra arabe de mano del licenciado Castillo, que conocia muy bien. Viendo pues el Duque de Arcos, y el Presidente y los del consejo, que con el ofrecimiento del Senix se daba fin á la guerra, mandaron al licenciado Castillo, que le escribiese como su Magestad le concedia lo que pedia; y que cumpliendo lo que prometia, demas de su merced particular, tendrian libertad los Moros que traxese consigo, y se les harian otras mercedes. Con este recaudo, y una carta de creencia para Leonardo Rotulo Carrillo, que en este tiempo asistia por cabo y gobernador de aquellos presi-

si-

sidios, por ausencia de Galaso Rotulo su hermano, partió Barredo de Granada á trece dias del mes de Marzo del año de mil quinientos setenta y uno; y enviando desde Cádiar á avisar al Senix, se fueron á ver luego con Leonardo Rotulo, en el proprio lugar donde se habian visto la otra vez: el qual holgó mucho del buen despacho que le llevaban, viendo la carta de letra del licenciado Castillo, y una orden que iba firmada del Presidente, cuya firma conocia, porque la habia visto otras veces: y prometiendoles que cumpliria brevemente lo que á él tocase, volvieron á Bérchul. De estas vistas del Senix con Barredo fue avisado Aben Aboo, y como hombre sospechoso, quiriendo saber lo que trataba, tomó consigo á Abu Amer, y una quadrilla de escopeteros, y se fue á la cueva del Senix, que era fuerte en la sierra, llamada el Huzúm, entre Bérchul y Mecina de Bombarón, á media noche; y dexando la gente á la parte de fuera, entró con solos dos Moros, por mejor disimular con él, y le preguntó, que con qué licencia habia hablado con Barredo. El qual le respondió: "Señor, con la vuestra; y agora queria ir á daros parte de lo que tratamos. Sabed que nuestra platica ha sido para bien vuestro, y de todos los qúe aqui estamos: porque el Presidente nos envia á decir, que nos reduzgamos al servicio de su Magestad, y que nos hará merced de perdonarnos, y que nos dexará ir libremente á vivir donde quisieremos: y demas de esto nos hará otras muchas mercedes, que nos envia firmadas de su nombre en este papel." Y sacando los despachos que Barredo le habia llevado para mostrarselos, Aben Aboo se ayró grandemente, diciendo, que todo era maldad y traycion, y qui-

quiso salir á llamar á Abu Amer ; pero quando llegó á la boca de la cueva, donde habia dexado los dos Moros, y á un sobrino del Senix llamado Bartolomé, y otro cuñado suyo, habian muerto el uno de ellos, y el otro habia salido huyendo. Tenia el Senix consigo seis hombres de hecho todos parientes suyos : los quales viendo la determinacion de Aben Aboo quisieron detenerle, y estando bregando con él, llegó el Senix por detrás, y le dió con el mocho de la escopeta tan gran golpe en la cabeza, que le derribó en el suelo, y alli le acabaron de matar. Y porque Abu Amer, y los que con él estaban, entendiesen que no tenian ya á quien defender, arrojaronles luego el cuerpo muerto desde una peña alta, que estaba delante de la cueva ; mas no estaban alli los Moros que habia dexado, porque habian ido á visitar amigos por las otras cuevas alli cerca. Esta ocasion fue tan á proposito del Senix, como lo pudiera desear, viniendosele á las manos ; aunque no era cosa nueva para Aben Aboo irse las mas noches de cueva en cueva con dos ó tres compañeros. Finalmente el primer aviso que Abu Amer tuvo fue ver el cuerpo muerto, y como hombres inconstantes, sospechosos de sí mesmos, se fue cada uno por su parte : y los mas se juntaron luego con el Senix, para gozar del indulto que tenia. Abu Amer no quiso reducirse, y despues le prendieron las quadrillas, y murió arrastrado y hecho quartos. Muerto Aben Aboo, el Senix avisó á Leonardo Rotulo y á Francisco Barredo, que estaban en Bérchul, y les pidió una acemila en que llevar el cuerpo ; y siendole enviada, lo llevó al presidio, y se lo entregó. De alli lo llevaron á Cádiar, y porque no oliese mal, habien-

biendole de llevar á Granada, le abrieron, y hincheron de sal. Luego avisaron al Duque de Arcos, y tornando á la sierra, recogieron los Moros y Moras que se venian á reducir, que eran muchos. Y quando volvieron á Cádiar, hallaron á Juan Rodriguez de Villafuerte Maldonado, corregidor de Granada, y del consejo, que por orden del Duque iba á asistir á la reducion de aquellas gentes: el qual quedó en el lugar para aquel efeto, y mandó que Leonardo Rotulo y Barredo llevasen á Granada el cuerpo de Aben Aboo, y los Moros reducidos. Entraron por la ciudad con gran concurso de gente, deseosos de ver el cuerpo de aquel traydor, que habia tenido nombre de Rey en España. Delante iba Leonardo Rotulo, y luego Francisco Barredo á la mano derecha, y á la izquierda el Senix con la escopeta y alfange de Aben Aboo: todos tres á caballo. Luego seguia el cuerpo sobre un bagage enhiesto y entablado debaxo de los vestidos, de manera que parecia ir vivo; y de un cabo y de otro los parientes del Senix con sus arcabuces y escopetas. Detras de todos iban los Moros reducidos con sus bagages y ropa; los que llevaban ballestas, quitadas las cuerdas; y los que escopetas, las llaves. Y á los lados la quadrilla de Luis de Arroyo, y de retaguardia Geronimo de Oviedo, comisario de la gente de guerra de aquellos presidios con un estandarte de caballos. De esta manera entraron por la ciudad haciendo salva los arcabuceros, y respondiendo la artilleria de la alhambra, y fueron hasta las casas de la audiencia, donde estaban el Duque de Arcos, y el Presidente Don Pedro de Deza, y los del consejo, y gran numero de caballeros y ciudadanos. Apearonse

Leo-

Leonardo Rotulo, y Francisco Barredo, y el Senix, y subieron á besar las manos al Duque y al Presidente, á quien el Senix hizo su acatamiento, y entregó el alfange y la escopeta de Aben Aboo, diciendo, que hacia como el buen pastor, que no pudiendo traer á su señor la res viva, le traía el pellejo. Tomó el Duque las armas, agradeciendoles á todos tres lo bien que se habian gobernado en aquel negocio, y ofreciendoles que intercederia con su Magestad para que les hiciese particulares mercedes. Mandó luego arrastrar y hacer quartos el cuerpo de Aben Aboo, y la cabeza fue puesta en una jaula de hierro sobre el arco de la puerta del rastro, que sale al camino de las Alpuxarras, donde hoy está. Estuvo el Duque de Arcos en aquella ciudad hasta diez y siete de Noviembre de aquel año, que partió para su casa proveido por Visorey de Valencia; y quedó á cargo de Don Pedro de Deza la presidencia de todos los negocios de justicia, de guerra, de hacienda, y de poblacion. Fuese poblando la tierra de Christianos con alguna dificultad al principio; mas la cudicia de las haciendas, que su Magestad mandó repartir entre los nuevos pobladores, y las franquezas que les dió, lo facilitó adelante. Y de esta manera, habiendo sido la mudanza de aquel reyno el quicio sobre que toda España dió la vuelta, y hechose la guerra por la religion y por la fe, el premio de los trabajos, y de tanta sangre Christiana, como en ella se derramó, fue desterrar la nacion Morisca, que habia quedado en él. O quán felice hora fue para tí, insigne ciudad de Granada, quando los Catholicos Reyes Don Hernando y Doña Isabel te sacaron de la sujecion del demonio! Ellos
te

te ennoblecieron con suntuosos edificios, aumentaronte, y adelantaronte en religion divina y estado temporal, haciendo tus cerimoniosas mezquitas, en que se veneraba el falso Mahoma, templos sagrados, donde fuese glorificado el Redentor del mundo. En lugar de los Menftis, y de los sectarios alfaquís, y de sus guadores y zalaes, cobraste Arzobispos santos, sacerdotes y religiosos zelosos de la verdadera fe, que celebrasen el culto divino, y administrando los sacramentos á tus moradores, te hiciesen parroquiana del cielo. Juntandote pues con el pueblo Christiano, te hicieron hija de quien siempre habias sido enemiga. Metieronte en el gremio de la santa iglesia Romana; conformaronte con los principes Catholicos, y con los varones escogidos, por quien esclarece el sagrado evangelio. Apartaronte de la confusion de los Alcoranistas: y siendo maestra de las setas y de errores, te hicieron discipula de verdad. En lugar de los Cadís, que te regian y gobernaban con leyes frivolas y de poco fundamento, te dieron gobernacion aprobada un corregidor, un cabildo, un tribunal de la fe, una audiencia suprema, donde las leyes de verdad igualan á chicos, medianos y mayores, con el juicio de hombres escogidos profesores de letras legales, y un presidente, que presidiendo á lo que se hace, ordena lo que se ha de hacer. Harto mas debes Granada á estos Catholicos principes, que á los que edificaron tus primeros fundamentos; que no han sido mayores los trabajos belicos que has padecido, que la paz christiana de que al presente gozas, mediante el felice gobierno del Christianisimo Rey Don Felipe su biznieto, que extirpando la heregía, que habia queda-

 do

do en los corazones de los nuevamente convertidos de Moros en tu reyno, te ha dexado en nuestros tiempos al Christianisimo Rey Don Felipe su hijo libre y desembarazada de aquella nacion, para que mejor te goces con el pueblo Christiano. Dios por su misericordia, que tanto bien y merced te ha hecho, guarde, ampare y defienda tan esclarecido principe, y tu noble y virtuosa republica conserve.

LAUS DEO.

TABLA

DE LAS CIUDADES, VILLAS, POBLACIONES y Sierras, que contienen estos dos Tomos del Rebelion de los Moros del Reyno de Granada.

A

B

BE-

CA-

D

G

H

I

J

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

V

U

X

Y

Z

TA-

TABLA GENERAL

DE LAS COSAS NOTABLES CONTENIDAS en estos dos Tomos del Rebelion de los Moros del Reyno de Granada.

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

Q

R

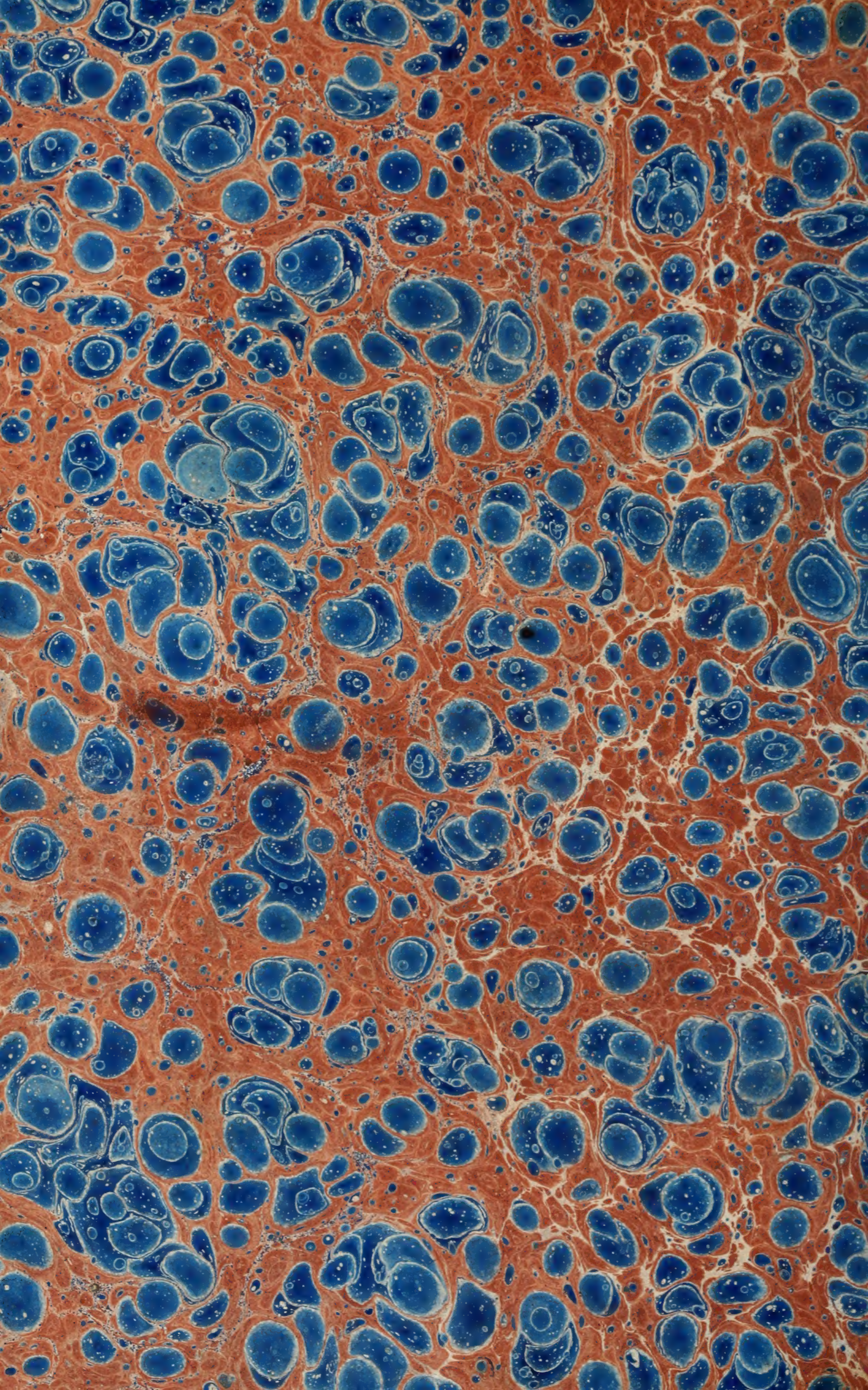
S

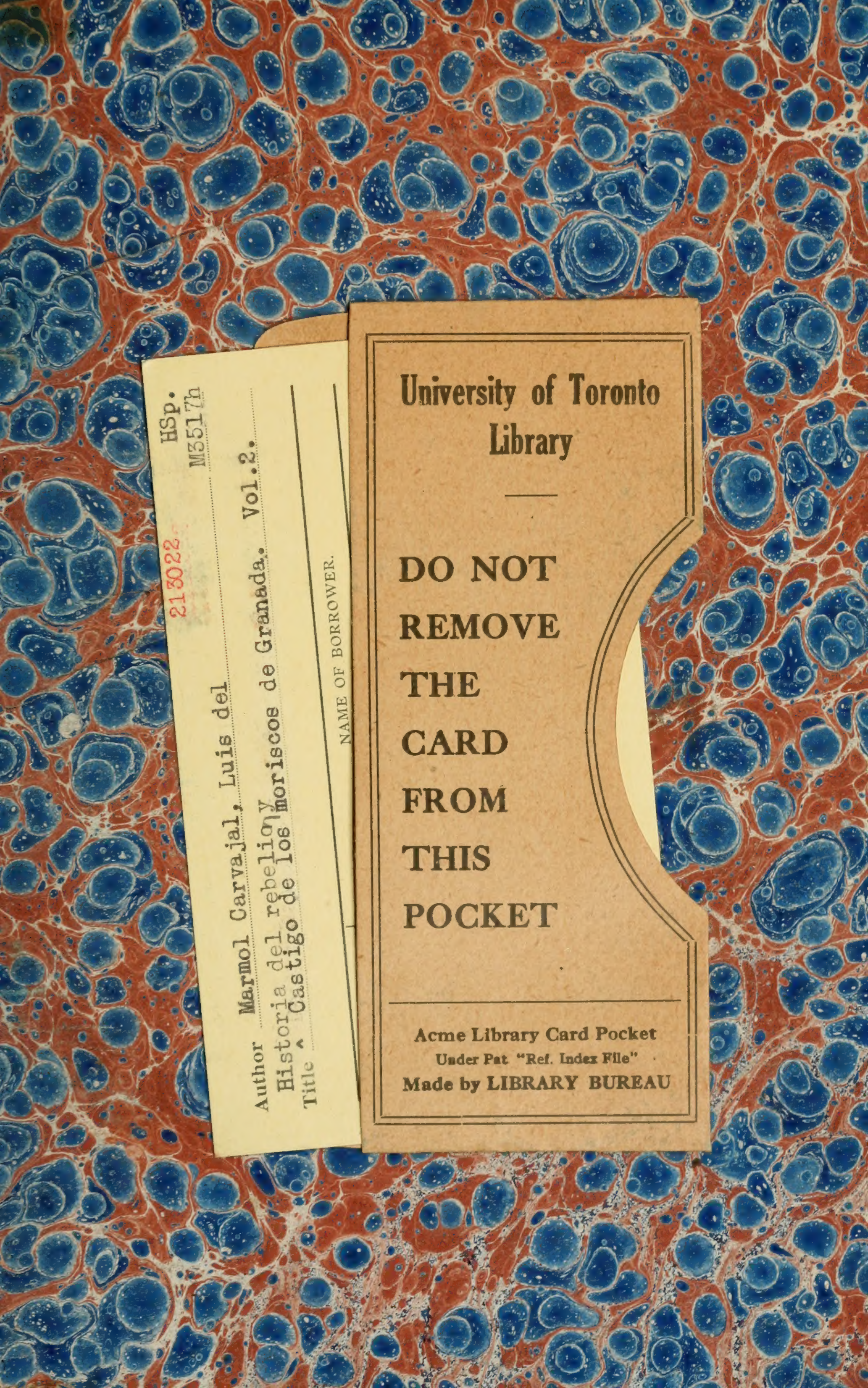
T

V

U

Z




HSp.
M3517h
213022
Author Marmol Carvajal, Luis del
Title Historia del rebelion y Castigo de los moriscos de Granada. Vol.2.
NAME OF BORROWER.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

